

OBRAS COMPLETAS (TOMO II)
CUENTOS BREVES, DIÁLOGOS, CONVERSACIONES, EPIFONEMAS, MIRANDO
VIVIR Y CARTAS INOCENTES
Rafael Barrett

CUENTOS BREVES (DEL NATURAL)

DE CUERPO PRESENTE

Sobre la cama sucia estaba el cuerpo de doña Francisca, víctima de cuarenta años de puchero y de escoba. Entraban y salían del cuartucho las hijas llorosas. Chiquillos de todas edades, casi harapientos, desgredados, corrían atropellándose. Una vieja acurrucada pasaba las cuentas de un rosario entre sus dedos leñosos. El ruido de la ciudad venía como el rumor vago que sube de un abismo, y la luz desteñida, cien veces difusa sobre muros ruinosos, resbalaba perezosamente por los humildes muebles desportillados.

Siguiendo los declives del piso quebrado, fluían líquidos dudosos, aguas usadas. Una mesa sin mantel, donde había frascos de medicina mezclados con platos grasientos, oscilaba al pasar de las personas, y parecía rechinar y gemir. Todo era desorden y miseria. Doña Francisca, derrotada, yacía inmóvil.

Había sido fuerte y animosa. Había cantado al sol, lavando medias y camisas. Había fregado loza, tenedores, cucharas y cuchillos, con gran algazara doméstica. Había barrido victoriosamente. Había triunfado en la cocina, ante las sartenes trepidantes, dando manotones a los chicos golosos. Había engendrado y criado mujeres como ella, obstinadas y alegres. Había por fin sucumbido, porque las energías humanas son poca cosa enfrente de la naturaleza implacable.

En los últimos tiempos de su vida doña Francisca engordó y echó bigote. Un bigotito negro y lustroso, que daba a la risa de la buena mujer algo de falsamente terrible y de cariñosamente marcial. Sus manos rojas y regordetas, sanas y curtidas, se hicieron más bruscas. Su honrado entendimiento se volvió más obtuso y más terco. Y una noche cayó congestionada, como cae un buey bajo el golpe de un mazo.

Durante los interminables días que tardó en morir, la costura se abandonó, las hijas aterradas no se ocuparon más que de contemplar la faz de la agonizante y de espiar los pasos de la muerte. Las oscuras potencias enemigas del pobre, las malvadas que deshilachan, manchan y pudren, las infames pegajosas se apoderaron del hogar, y se gozaron del cadáver de doña Francisca.

Las horas, las monótonas horas, indiferentes, iguales, iban llegando unas tras otras, y pasaban por el miserable cuartucho, pasaban por el cadáver de doña Francisca, y dejaban descender sobre aquella melancolía, la melancolía del ocaso y la madeja de sombras que ata al sueño y al olvido. Los chiquillos, hartos de jugar, se fueron durmiendo. Las mujeres, sentadas por los rincones, rezaban quizá. La vieja, acurrucada siempre, era en la penumbra como otro cadáver que tuviera abiertos los ojos.

* Editorial *Amérecal*, 1954. Digitalización: KCL.

Una de las mujeres se levantó al cabo, y encendió una vela de sebo. Miró después hacia la muerta, y se quedó atónita. Debajo de la nariz roma de doña Francisca la raya del bigote se acentuaba. La longitud de cada pelo se había duplicado, y algunos rozaban ya los carrillos verduscos de la valerosa matrona.

– A los hombres les suele crecer la barba -murmuró la vieja.

El silencio cubrió otra vez, como un sudario, la escena desolada. Se agitaba extrañamente la llama de la vela, haciendo bailar grupos de tinieblas por las paredes del aposento. Encorvadas, abrumadas, las mujeres dormitaban, hundiendo sus frentes marchitas en las ondas de la noche. Las horas pasaban, y el bigote de doña Francisca seguía creciendo.

A veces se incorporaba una de las hijas, y consideraba el rostro desfigurado de su madre como se consideran los espectros de una pesadilla. Los niños, con aleteos de pájaros que sueñan, se estremecían confusamente. La vela se consumía; en la hinchada, horrible doña Francisca, seguía creciendo aquel bigote espantoso que después de difunta le trastornaba el sexo.

Cuando el alba lívida y helada se deslizó en el tugurio, y despertaron ateridos los infelices, vieron sobre la carne descompuesta de doña Francisca unos enormes bigotes cerdosos y lacios que le daban un aspecto de guillotinado en figura de cera.

Entonces el más menudo de los diablillos soltó la carcajada, una carcajada loca que saltaba a borbotones como de una fuente salvaje, y la vieja se destapó también como una alimaña herida, y las mujeres no pudieron más y se rieron como quien aúlla, y aquellas risas inextinguibles, sonando en las entrañas de la casa sórdida, hacían sonreír a los que pasaban por la calle.

EL BOHEMIO

Era muy bueno. Tenía nobles aficiones. Hubiera aceptado la gloria. Cada detalle de su existencia era precioso a la humanidad. Nadie lo sospechaba sino él. ¿Qué importaba? Le bastaba saberse un profeta desconocido, cuya misión maravillosa puede fulminar de un momento a otro. El espectáculo de su propia vida no le bastaba nunca. La lucha cuerpo a cuerpo con el hambre y el frío no le parecía menos épica que la lucha contra la envidia olfateada bajo la amistad. Paseaba con orgullo su sombrero grasiento y sus miradas furiosas.

Como ya no hay bohemios, era el bohemio por excelencia. Los demás, los burgueses, le despreciaban a causa de haber quebrado en el negocio. No entendía la explotación del libro y del artículo, ni se ocupaba del reclamo. Lanzado a un siglo donde todo es comercio se obstinaba en no comerciar. Por eso su talento olía a miseria, y la tinta con que firmaba sus vagas elegías le servía también para pintar las grietas blancuzcas de sus zapatos.

Pero, ¿tenía talento? Sus continuos fracasos le daban a pensar que sí. Llevaba la aureola dentro de la cabeza.

Caía una llovizna helada y pegadiza que le hizo estremecer cuando salía de su *bar*. El piadoso alcohol, el verde Mefistófeles que dormitaba en el fondo de las copas de ajeno, no había brillantado del todo aquella tarde las ágiles visiones del poeta. Sobre ellas, como sobre la calle mojada, el cielo incoloro y el universo inútil, caía una sombra gris. El héroe se sintió viejo. El barro de sus pantalones deshilachados se había secado y endurecido bajo la mesa del cafetucho, y pesaba lúgubrementemente. El orgulloso dudó de sí mismo. Divisó reflejada en una

vitrina la silueta lamentable de su cuerpo agobiado. Un abandono glacial entró en la médula de sus huesos. Candoroso y desconsolado, lloró sencillamente.

De repente el corazón se le fue del pecho... ¿Qué...? Era a, él... Imposible... Miró detrás de sí... No había duda, era a él mismo.

Una mano desnuda, demasiado suave para los macizos anillos suntuosos que la cargaban, le hacía señas desde la portezuela de un carruaje de gran lujo, detenido a duras penas un instante. El bohemio vaciló. La mano se agitaba, ordenando, suplicando, que se acercara, que acudiera. Y él se acercó temblando. Respiró. Ninguna infame limosna manchaba los dedos de nácar. La portezuela se abrió. Unos brazos impacientes se anudaron a él, y sobre su boca amarga y poco limpia vino una boca de raso, tibia y deliciosa como el amor... Los caballos arrancaron al trote, y las luces de la ciudad, que empezaban a encenderse, cruzaban como ligeros proyectiles el vidrio biselado y húmedo. Al reflejo débil vio el poeta pegado a su rostro el rostro bellísimo de una mujer en cuyos ojos se había refugiado todo el azul del paraíso, y cuya piel era de una dulzura igual a la dulzura de las blondas y las sedas de su traje fantástico.

Sentados a la mesa opulenta, después de un banquete íntimo, la voz de oro sonoro de la princesa -era naturalmente una princesa rusa- explicaba al bohemio qué raro y pronto capricho la había obligado a volcar el tesoro entero de las felicidades humanas sobre la testa melenuda aparecida a la puerta de un *bar*. Él, desabrochado y estúpido, la oía en silencio. Y ella, ante la camisa cansada que asomaba por la abertura del chaleco y las uñas sombrías del vate, reflexionaba con alguna tristeza en el final de la aventura...

Pero el hombre se levantó, recogió titubeando su sombrero grasiento, y fijando en los labios luminosos y puros de la princesa sus ojos de niño, exclamó:

– Señora, alta señora, he cenado porque tenía hambre. Yo no soy mi estómago. No quiero satisfacer el hambre eterna de mis sentidos y de mi alma. No tomaré tu carne hecha con pétalos y besada por las estrellas. A tu hazaña la mía. ¡Me donaste una divina ilusión, y no me la arrebatarás nunca!

Y se marchó, ostentando en su frente, por única vez quizá, el rayo melancólico del genio.

LA PUERTA

– Sí... ¡márchate! ¡Déjame en paz!

– Alberto... ¿es posible?

Al verla tan débil, tan rubia, tan suave, un malvado deseo le hizo repetir:

– ¿Qué...? ¡Que te vayas! ¡Que no vuelvas!

La arrojó del gabinete, y cerró la puerta.

Una satisfacción ácida alegraba sus venas de macho fuerte. Había sentido, bajo sus dedos que mordían, doblarse la carne infantil y temblorosa de la mujer, y había mirado aquel cuerpecito estrecho, otras veces palpitante de caricias largas, desvanecerse lánguidamente en la sombra. Y como un eco salvaje oía aún el latigazo de su propia voz:

– ¡Que te vayas! ¡Que no vuelvas...!

Pero también comenzó a oír lamentos que subían en su conciencia... ¿A ella, a su Mari tan dulce, había tenido valor de castigarla? ¿Y por qué? ¿Por qué, en medio de una disputa cariñosa y abandonada, le había ahogado de repente el ansia feroz de hacerla sufrir, de estrujar el corazoncito adorado? Y una gran extrañeza, una gran claridad surgió de pronto. No, no la amaba ya. Todo había acabado. Todo había muerto. Se quedó contemplando la alta puerta inmóvil, y le pareció que no se abriría jamás.

Detrás de la puerta, apretándose el pecho con las manos moribundas, Mari escuchaba. Era muy de noche. Por las piedras de la calle se arrastraban los pasos de algún mendigo. Mari le envidió no tener más que frío y hambre. Ella tenía un horrible frío en el alma. Percibió ruido de papeles, de hojas de libro que se pasan... "Está trabajando...", pensó. "Ahora se levanta, se pasea..., viene". Mari no podía respirar. "Se va. No abre". Los pies crueles de Alberto iban y venían, sin pararse a la puerta, sin querer llegar hasta aquella desesperación muda, llevando la limosna de paz... Y las lágrimas brotaron sin fin, brotaron quemadoras de la fuente invisible, mojando en la oscuridad el rostro tibio, pegado a la puerta inmóvil... Y Mari se dejó caer poco a poco al fondo de su dolor...

Las horas aprovechaban el negro silencio para huir empujándose las unas a las otras, y Alberto, borracho de sueño y de tristeza, se decidió a abrir.

Mari, desplomada en el suelo, se había quedado dormida. Él levantó la hermosa cabeza de oro, empapada en sudor y en llanto, y besó los cálidos ojos entreabiertos. A la luz de la lámpara aparecían algunas arrugas junto a la hora atormentada, de donde salía un vago perfume de muerte.

Entonces el hombre tomó a la niña en brazos, y pasaron la puerta para entrar en el amor verdadero, hecho de tinieblas, de angustias y de llamas.

LOS DOMINGOS DE NOCHE

– Y usted, ¿no nos cuenta ninguna proeza amorosa, señor Martínez?

El famoso financista sacudió, con el meñique ensortijado de brillantes, la ceniza del magnífico veguero, sonrió con ese desdén que da a su grasiento rostro una expresión de desencanto fatuo y nos dijo:

“– Les contaré mi primera aventura. Era yo entonces estudiante y mi familia me pasaba a Madrid una renta de veinte duros al mes, gastos pagados. Las facturas de alojamiento, ropa, libros, matrículas, se abonaban allá. Los veinte duros eran para el bolsillo. No había modo de aumentarlos porque mi padre entendía de negocios tanto como yo. Mi presupuesto estaba distribuido así: cuatro reales diarios para café, propina incluida; dos de billar, entretenimiento imprescindible; uno de tranvía, término medio; tres de teatro, diversión que pagábamos a escote los de la pandilla. El resto era consagrado al amor. En aquellos tiempos compraba el amor hecho, como las camisas y los zapatos. Ahora me lo encargo todo a la medida.

“Devoraba con delicia, por extraño que les parezca, folletines de Escrich, y novelones de Dumas y Sué y soñaba con raptos y escalamientos, desafíos a la luz de la luna y frases generosas. Una madrugada, en lugar de acostarme después de la sesión del “Levante” donde

nos reuníamos, me dio por vagar solo, a semejanza de Don Quijote, buscando doncellas que desencantar a lo largo de las calles solitarias.

"Hacía frío. Mis pasos eran sonoros sobre las aceras lisas y relucientes. Las estrellas encaramadas hasta lo alto del espacio, centellaban más que de costumbre a través del aire inmóvil y seco. Había poesía en mí y fuera de mí, o por lo menos tal me parecía. Con todos mis libros en la cabeza me hallaba dispuesto a redimir definitivamente a la primera pecadora que pasara.

"Y de pronto, saliendo de una bocacalle, cruzó delante de mí una mujer. Caminaba de prisa, sin mirar a ningún lado; iba como una máquina. Llevaba el mantón clásico de la madrileña del pueblo, el pelo libre, la enagua crujiente.

"La seguí. Nuestros pasos repetían sus ecos iguales, cada vez más próximos. Noté que tenía la cara muy blanca. Los faroles, a intervalos, iluminaban esa palidez como los relámpagos iluminan un paisaje triste. Ya muy cerca, casi tocándola, balbucí a mi perseguida las majaderías que ustedes saben.

"No hizo caso. Insistí. Nada. Volví a insistir. Yo no me resignaba a renunciar a mi aventura.

"Entonces da media vuelta y clava los ojos en mí. Unos ojos negros, de un negro absoluto, sin fondo. Y con una voz sorda, una voz sin timbre, como desteñida, me pregunta:

"– Quieres venir conmigo, ¿verdad?

"– Sí.

"– Vamos.

"– Y nos fuimos por callejuelas que yo no había visto nunca. La mujer había cambiado de rumbo. Nos metíamos en los barrios bajos. No decíamos una palabra. Yo tenía miedo y orgullo, al estilo de los héroes. Acompañaba a la dama misteriosa, y me prometía terribles voluptuosidades.

"Se detuvo delante de una puerta larga y angosta. Sacó una pesada llave. Abrió.

"– ¡Entra!

"– ¡Sube! -dijo la voz desteñida, más fúnebre aún en aquel momento.

"Y subimos las escaleras empinadas. Un piso. Dos. Tres. Cuatro. Me ahogaba en la oscuridad; y una angustia rara se apoderaba de mí.

"– Aquí es -dijo la mujer.

"Sentí un brazo rozarme, otra llave rechinar en una cerradura, y el gemir de unos goznes.

"– ¿Tienes fósforos?

"– Sí.

"– Entra y enciende.

"Entré. Pero apenas lo hago cierra la puerta, da dos vueltas a la llave y me deja solo allí dentro.

"Estupefacto, oigo que baja rápidamente las escaleras, que cierra también la puerta de la calle y que huye, sí, ¡huye como una condenada!

"Aturdido, enciendo un fósforo.

"Entre un catre viejo y una mesa desastillada, con los ojos abiertos de par en par y la mandíbula caída, enseñando el agujero negro de la boca, estaba tendido el cadáver de un hombre, encharcado en sangre.

"Fue tal mi horror que no grité. Me quedé como una estatua y el fósforo se me apagó entre los dedos.

"No atinaba a encender otro. Mis pies resbalaban en aquello pegajoso, enorme, que me parecía llenar el mundo.

"Yo no sé cuánto tiempo estuve allí, ni cómo descubrí una claraboya por donde me escapé al tejado, ni cómo no me maté entre las tejas, ni cómo fui a parar a una buhardilla, donde vivía un zapatero que se llevó un susto mayúsculo, aunque menor del que yo traía, ni cómo le convencí de que me dejara salir a la calle, al reino de los vivos, ¡al paraíso!

"Cuando lo conseguí, amanecía".

Martínez calló satisfecho y ninguno de nosotros dijo nada.

– ¿Pero la mujer? -preguntó uno al fin.

– Aquel crimen no se puso nunca en limpio.

– ¿Usted no declaró?

– ¡Dios me libre! Jamás me he metido en esas cosas; y desde aquella noche no he vuelto a leer una novela.

Y Martínez se rió pesadamente, haciendo palpar su vientre de banquero inquebrantable.

EL PERRO

Por lo anchos ventanales abiertos del comedor del hotel, contemplaba desde mi mesa el horizonte marino, esfumado en el lento crepúsculo. Cerca del muelle descansaban las velas pescadoras a lo largo de los mástiles. Una silueta elegante cruzaba a intervalos, subiendo la rampla; *cocotte* que viene a cambiar de *toilette* para cenar, *sportman* aguijoneado por el apetito. El salón se iba llenando; el tintero de platos y cubiertos preludiaba; los mozos, de afeitado y diplomático rostro, se deslizaban en silencio.

La luz eléctrica, sobre la hilera de manteles blancos como la nieve, saltaba del borde de una copa a la convexidad de una pulsera de oro para brillar después en el ángulo de una boca sonriente. La brisa de la noche movía las plumas de los abanicos, agitaba las pantallas de las pequeñas lámparas portátiles, descubría un lindo brazo desnudo bajo la flotante muselina, y mezclaba los aromas del campo y del mar a los perfumes de las mujeres. Se estaba bien y no se pensaba en nada.

De pronto entró un hermoso perro en el comedor, y detrás de él una arrogante joven rubia que fue a sentarse bastante lejos de mí. Su compañero se dio a pasear, pasándonos revista. Era una especie de galgo, de raza cruzada. El pelo, fino y dorado, relucía como el de un tísico. La inteligente cabeza, digna de ser acariciada por una de esas manos que sólo ha comprendido Van Dick, no se alargaba en actitud pedigüeña. Al aristocrático animal no le importaba lo que sucedía sobre las mesas. Sus ojos altaneros, amarillos y transparentes como dos topacios, parecían juzgarnos desdeñosamente.

Llegado hasta mí, se detuvo. Halagado por esta preferencia, le ofrecí un bocado de fiambre. Aceptó y me saludó con un discreto meneo de cola. No creí correcto insistir, y le dejé alejarse. Miré instintivamente hacia la joven rubia. El profundo azul de sus pupilas sonreía con benevolencia.

Después de comer subí a la terraza, donde había soledad. El faro lanzaba un haz giratorio de luz, ya blanca, ya roja, sobre las negras aguas del Océano. El viento se extinguía. Un hálito tibio ascendía de la tierra caliente aún.

Embebido ante el espectáculo sentí, cuando lo esperaba menos, las nerviosas patas de mi nuevo amigo apoyadas sobre mí. La joven rubia estaba a mi lado.

– ¡Qué admirable perro tiene usted, señorita...! ¿o señora? -pregunté.

– Señora -dijo la voz más dulce que he oído en mi vida.

Nos veíamos de noche, sobre la terraza solitaria, o bien hacíamos algunas tardes largas excursiones campestres con Tom por único testigo.

La señora de V... era rusa. Mal casada, rica y melancólica, obtenía a veces de su marido una temporada de libertad. Entonces se abandonaba al encanto de la naturaleza y al sabor de los recuerdos, arrastraba sus desengaños por todas las playas a la moda.

– No le debía odiar -murmuraba-, y le odio; sí, le odio, y Tom lo mismo; es grosero, celoso, insufrible; yo le hubiera perdonado mis amarguras, si me hubiera dado un hijo. Ni siquiera eso.

Su sombrilla trazaba un ligero surco por el césped.

– No me puedo permitir una amistad, una simpatía. Su intransigencia salvaje me tiene prisionera. Dentro de quince días estará aquí.

Bajaba la preciosa cabeza de oro, y seguía en voz más baja:

– Amigo mío; desgraciada de mí ni sospecha esta intimidad inocente. ¡No nos veremos más desde el momento que llegue! Sería demasiado grave; V... es uno de los primeros tiradores de San Petersburgo.

Su brazo temblaba bajo el mío, pero sus ojos húmedos lucían tiernamente. Tom brincaba sobre las mariposas, y acudía a lamernos las manos. Se le despedía con grandes risas y le consolábamos después, llenos de remordimiento.

En otras ocasiones la señora V... me recibía en su cuarto. Tom se arrojaba sobre mí bulliciosamente. Ella, con alegrías de niña, me enseñaba los retratos de sus amigas, o me contaba historias de su infancia. De cuando en cuando se apoderaba de nosotros un acceso de

sentimentalidad, y con los dedos unidos callábamos, dejando hablar a nuestro silencio emocionado. Pero antes de marcharme era preciso jugar con el perro como dos chiquillos.

Delante de la gente no aparentábamos conocernos. Cuando bajaba la señora de V... al comedor, apenas inclinaba la frente. Tom daba su paseo de costumbre, y se detenía un instante a recibir alguna fineza mía. ¡Nada de saltos, nada de fiestas! ¡El tacto de aquel animal era prodigioso! Un día en que almorzaba yo con un conocido, pasó de largo, como si no me hubiera visto jamás. Pero su mirada parecía explicarme... "No es que tenga celos; es que ese señor es muy antipático".

Sonó la hora funesta. V... llegó al balneario, y con él mi desesperación. El hombre no dejaba a su mujer un instante, como no fuera encerrada. La joven retenía a Tom con ellos, y yo no conseguía ni la satisfacción de acariciar la cabeza de nuestro fiel confidente.

Las semanas huían y comenzaba realmente a desanimarme, cuando fui presentado a V... en la tertulia de los señores de H... Por una coincidencia salimos juntos, y juntos volvimos al hotel.

V... era tal como me lo habían pintado; su aspecto, áspero y desapacible, y su conversación, autoritaria y seca. Cambiamos pocas palabras. Al apretarme la mano me preguntó con indiferencia:

– ¿Quiere usted conocer a mi esposa? Estará todavía en pie. Es muy insociable, pero le gusta hablar francés.

¿Qué hubieran hecho? Subimos las escaleras, y nos detuvimos ante el cuartucho donde etan deliciosos ratos había yo gozado. De repente me estremecí de terror. ¡El perro! ¡Había olvidado el perro! ¡El perro que iba a festejarme y a lamerme con toda su alma! ¿Qué partido tomar? ¡Pobre amiga mía! ¡Pobre de mí! No me hizo ninguna gracia recordar que V... era el primer tirador de San Petersburgo...

Como quien va al suicidio, entré en la habitación. La señora de V..., asaltada por el mismo pensamiento que yo, estaba más pálida que la muerte. Tom, tendido con elegante indolencia, alzó las orejas al ruido de nuestros pasos, y abrió sus lúcidos ojos amarillos...

Pero no se levantó siquiera. Se contentó con mover irónicamente la larga cola empenachada.

LA VISITA

Una noche de bruma, y de luna lívida, salió el poeta de la casa y recorrió el jardín. Los árboles, en la niebla iluminada blandamente, parecían fantasmas de árboles. Todo estaba húmedo, misterioso y triste. Se diría que el suelo y las plantas habían llorado de frío, o quizá de soledad. Enfrente, del otro lado del camino, en la espesura, había un hombre inmóvil. Se distinguían su pantalón negro y su camisa blanca. La cabeza faltaba. Era un decapitado que *miraba* fijamente al poeta.

Éste, después de un rato, volvió a la casa. Una raya de luz salía del adorado nido. Era su casa, y, sin embargo, queriendo entrar, no pudo entrar. Durante largos minutos angustiosos creyó que había sido despedido para siempre de ella, y que su espíritu impotente, pegado a los cristales, contemplaba la felicidad perdida.

Otra noche sintió ruido. Se levantó y se asomó. Un gran perro negro, de pie contra el portón, empujaba con las patas delanteras. El poeta lo espantó, pero el animal volvió dos veces.

Aquella tarde, el poeta, con la frente apoyada en el vidrio de la ventana, se divertía en pensar. Una mujer, vestida de luto, entró silenciosa y súbitamente, y se sentó. El velo que le cubría el rostro caía hasta el suelo.

El poeta había visto en el vidrio el vago reflejo de la intrusa, y se volvió sonriendo hacia ella.

– Hijo mío -dijo la mujer enlutada-, tienes demasiada fiebre. Mis brazos son frescos y puros como la sombra.

– Lo sé -dijo él-, y los deseo. Te deseo sanamente. No me lleva a ti, ¡oh consoladora!, el sufrimiento, sino la vida. Si yo fuera más fuerte, más joven, te desearía más. Tienes las llaves de la noche, del mar y del sueño.

– Ven conmigo.

Las ropas de la mujer, en la penumbra del ocaso, bajaban sus volutas tenebrosas, fluidas, a la obscuridad de la tierra, donde se hundían semejantes a las raíces de un tronco secular, y las ondas de la cabellera eran las de un río que temblaba. Algo de cóncavo y de alado palpitaba en el espacio. A través del velo y del crepúsculo, los ojos insondables de la enlutada lucían con dulzura.

– Ven conmigo. En mi noche hay estrellas. Mi mar se desmaya en playas de oro. En mi sueño se sueña. Ven conmigo.

El poeta se estremeció levemente.

– ¿Es preciso seguirte? -preguntó.

– Bien sabes que no ordeno por mí misma. Soy una enviada. Transporto a los hombres de una orilla a otra, Soy la barquera, y atiendo a la voz que llama desde el borde que no se ve. Hoy no vine por ti. Aún no eres reclamado. Vengo a solicitarte, a ofrecerte. Es cierto que obedezco al destino, y que a veces, contra mi voluntad piadosa, lleno de espanto las débiles almas. Pero también obedezco a los hombres. Pídeme, tómate, soy tuya.

En la habitación inmediata sonaron besos, risas balbucientes de niño o de ángel.

– Iría contigo -murmuró el poeta-. Me asomo a ti, y un vértigo sagrado me embriaga; un viento glacial y delicioso adormece mi sangre. Iría a ti, Y no obstante quisiera hoy, como todos los días, encender mi lámpara. La página está sin concluir.

– Nada concluye; nada empieza.

– Mi hijo ríe; todavía no habla. Quisiera oírle hablar.

– Hablar es mentir.

– Estoy encariñado de cosas humildes, vulgares, casi feas. Quisiera despedirme, acariciarlas, disponer de unas horas. Te amo; eres la única, la suprema; fuera de ti no hay sino espectros. Espectros vacilantes, espectros del dolor, de la alegría, de la esperanza. Espectros; yo mismo, mientras no me toques tú, no soy más que un espectro. Eres la sola realidad. Darme a ti es nacer. Dispuesto a partir a la región maravillosa y eterna, considero las piedras polvorientas del

yerma, la hierba pobre, la zarza sedienta, y siento que son aún compañeras de mi corazón. Perdóname, ¡oh madre! No sé lo que es justo; no sé lo que conviene. En tus manos me pongo. Arrástrame contigo...

El poeta cayó en un sopor, pasajero y profundo. Cuando despertó, un silencio mortal reinaba en la casa. Espantado, el hombre, corrió a la habitación vecina...

Respiró. El niño estaba allí, entre los brazos invencibles de su madre.

SOÑANDO

Era como un inmenso baile de personas y de cosas. Figuras de todos los siglos pasaban en calma o se precipitaban girando. Animales fantásticos y objetos sin nombre se mezclaban a los mil espectros de un carnaval delirante. El espacio infinito parecía iluminado por la fiebre. No había piso ni techo. Se adivinaba la noche más allá de la luz.

Yo me trasladaba de un punto a otro sin esfuerzo. Nada resistía ni entorpecía a nada. Flotábamos en un ambiente suave como el polvo de las mariposas. El mundo estaba vacío de materia y lleno de vida.

De un racimo de seres agitados se desprendió hacia mí un caballero vestido de frac. Venía tan de prisa que atravesó en su carrera el cuerpo de una desposada melancólica. Cuando llegó a mi lado observé la angustia de su rostro contraído.

– ¿Qué le sucede, señor profesor? -pregunté.

– El chimpancé se ha vuelto loco. Ya sabe usted que era mi mejor sirviente. Hasta fumaba mis cigarrillos. Un mono admirable, superior al hombre, puesto que no hablaba. Imitaba perfectamente mis movimientos y aprendía cuanto se le enseñaba. Usted recordará mi última conferencia sobre los simios antropoides. Él la inspiró. Pues bueno: ayer me entretuve tirando al blanco en el jardín delante del mono. ¡Nunca lo hubiera hecho! He querido meterme ahora en casa porque se hace tarde. ¿Creerá usted que el maldito chimpancé me ha recibido a tiros, confundiendo mi pechera con el blanco? Por poco no me acierta. ¿Cómo entrar en mi casa, Dios mío?

De lo alto del firmamento llovían pétalos rosados. Cerca de nosotros una niña rubia decía que no a un banquero.

– ¡Una idea! -exclamó de pronto un poeta lírico que nos había, quizás, escuchado. Su cabellera larguísima y sucia olía mal. Los mechones semejaban serpientes, y de cada uno colgaba un volumen, de modo que el hombre llevaba siempre consigo su biblioteca. A la cintura ostentaba un cuchillo envainado. Lo desnudó con gesto teatral.

– ¡No tiembren! Esto no es un puñal, sino una pluma, y mis venas son mi tintero. Por ellas no corre sangre, sino tinta.

Se hundió el arma varias veces en el corazón y embadurnó la pechera del profesor con el negro líquido, gritando:

– ¡Lo salvé! ¡Lo salvé!

Sin comprender cómo me hallé de repente acostado sobre la arena fría de una playa. El mar, de un azul luminoso, extendía su oleaje brillante bajo el cielo borracho de sol. Una adolescente, más bella que Venus, vagaba por la orilla, mojando sus pies de nácar en la lisa lámina de cristal que se deslizaba cantando. Su túnica era casta como la espuma. Sus ojos de ángel estaban penetrados de bondad y de amor. Una nube de pájaros alegres y puros revoloteaba en torno. Noté que la encantadora virgen los cogía y les arrancaba las alas.

– ¿Por qué, por qué? -gemí dolorido.

– Les arranco las alas -suspiró su voz melodiosa-, para que no se cansen volando.

Caían lentamente las tinieblas espesas como cae el légamo al fondo de un charco, y distinguí a enorme distancia el resplandor confuso de la fiesta aérea. Me propuse alcanzarla, mas un abismo de una profundidad espantosa me detuvo. Subía de él un silencio más horrible que el trueno. En el opuesto borde se alzaba un peñasco siniestro que dibujaba su silueta de azabache, cortando el horizonte sombrío, y sobre el peñasco una mujer harapienta se retorció los brazos mirando el precipicio.

– ¿Qué? ¿Qué hay? ¡Oye! -clamé-. ¡Oye!

Ella no oía y seguía mirando. La sombra se hizo más densa aún, y fue borrando aquel gesto de agonía. Ya no quedaba más que la noche insondable, y el resplandor lejano y confuso de la fiesta aérea. El resplandor se fue transformando en una nebulosa, y la nebulosa en la luna, luna serena y plácida.

Deseé ir a ella, y desperté. La luna era el globo de mi lámpara encendida. Sobre mi mesa de trabajo dormían mis libros.

EL MAESTRO

Por treinta pesos mensuales el señor Cuadrado, a las cinco de la mañana incorporaba sobre el sucio lecho sus sesenta años de miseria, y empezaba a sufrir. Levantar a los niños de primer grado, vigilar su desayuno, meterles en clase, darles tres horas de aritmética y de gramática, llevarles a almorzar, presenciar su almuerzo, cuidar el recreo, propinarles otras tres horas de gramática y de aritmética, conservar orden en el estudio, servirles la cena, conducirles al dormitorio, estar alerta hasta las 10 de la noche, dormirse entre ellos para volver a comenzar al día siguiente... todo eso hacía el señor Cuadrado por treinta pesos al mes.

Y lo hacía bajo humillaciones perpetuas, obstinadas; los niños de primer grado eran un enjambre de mosquitos en cuyo centro el señor Cuadrado pasaba la vida. Cada instante estaba marcado por un pinchazo o por una puñalada, porque si el señor Cuadrado era blanco constante de las risas bulliciosas de los pequeños, también lo era de las risas malvadas de los grandes, de los que ya saben ¡ay! herir certeramente. El profesor interno era el lugar sin nombre donde quien quería tenía derecho a descargar, a soltar su malhumor, su impaciencia, su deseo de hacer daño, de martirizar, de asesinar. Y el señor Cuadrado vivía entre el dolor del último salivazo y el terror al salivazo próximo. En su corazón no había más que odio y miedo. Se sentía vil. Era el maestro de escuela.

Menudo de cuerpo y de alma, flaquísimo, blando, vacilante, tiritaba siempre bajo su antiguo chaqué sin color y sin forma, famoso en las conversaciones burlonas de los muchachos. La cara del maestro, roja y descompuesta, parecía de lejos una llaga. Las innumerables arrugas,

profundas y movedizas, que se entreabrían para mostrar dos ojillos de culebra, atraían de cerca y provocaban a un estudio interminable. Tosía y su voz cascada se rompía con sonido lúgubre. Sacudía a cada momento los hombros, como si su raído chaqué fuera una piedra abrumadora, y temblaban sin causa sus endebles miembros.

Al señor Cuadrado se le había escapado su mujer, dejándole cinco hijos de poca edad. Él no los veía porque no tenía tiempo. Disponía de dos horas por semana. Una vez en la calle, el señor Cuadrado se erguía, respiraba. ¿Adónde ir? ¿A visitar a los chiquitos? Repartidos por los oscuros rincones de Buenos Aires, las distancias sin fin de la implacable ciudad agobiaban al señor Cuadrado. "Podía ver a uno. ¿A cuál? ¿Iremos a pie? Los botines se me están cortando... ¿Tomaremos el tranvía? Con los treinta centavos me echaría entre pecho y espalda un té bien caliente... Hace frío..." Y el señor Cuadrado se deslizaba en el establecimiento de la esquina, se acurrucaba en un ángulo, delante de la taza humeante, gozaba con delicia del ambiente tibio, de la soledad. Los hombres cruzaban sin ocuparse de él. No sufría. No pensaba en nada. Eran dos horas de ensueño, toda la poesía del señor Cuadrado.

Aquella noche, después de roer su miserable alimento, el señor Cuadrado se metió en la cama. ¡Contra su costumbre, se durmió pesadamente! Los doce o quince diablillos de primer grado se acostaron también, guardando una compostura de mal agüero. Dieron las diez, las once...

Las horas sonaban en los relojes lejanos y detrás de ellas caía el silencio más profundamente. El dormitorio, mal iluminado por una vieja lámpara, hundía su hueco en la sombra donde blanqueaba como en los hospitales la doble fila de camas estrechas. En la última, junto al umbral se distinguía apenas el bulto del señor Cuadrado, y un débil reflejo brillaba tristemente sobre su calva amarilla.

Rumores de pájaros, cuchicheos, carcajadas mudas, alguien camina... Las cabezas rizadas se agitan, los cuellos se alargan. Desde la penumbra todas las miradas se tienden a la puerta y al cuerpo inmóvil del señor Cuadrado...

Y a la entrada del aposento surge cautelosamente una aparición celestial. Desnudas las rosadas piernas, revueltos los rubios bucles sobre una frente de ángel, muy abiertos los dulces ojos azules, sonriente la boca fresca y pura como una flor, el más lindo de los alumnos de primer grado espía a su maestro.

Convencido de la impunidad alza la mano, de donde cuelga por el rabo el cadáver sangriento de una rata, y deposita delicadamente el inmundo animal sobre la almohada, a dos dedos del ralo bigote del señor Cuadrado...

Desde el amanecer está sobresaltado el dormitorio. Al resplandor lívido del alba se ve la rata manchada de sangre al lado de la faz marchita del maestro de escuela. Pero el señor Cuadrado sigue durmiendo. Son las cinco, las cinco y cuarto, y el señor Cuadrado no se despierta. Los demonios hacen ruido, derriban sillas, se lanzan libros de un lecho a otro. El señor Cuadrado duerme. Los demonios le disparan bolitas de papel, pero es inútil. El señor Cuadrado descansa. El señor Cuadrado está muerto...

Remontando el Alto Paraná. Una noche cálida, perfecta, como si durante la inmovilidad del crepúsculo se hubieran decantado, evaporado, sublimado todas las impurezas cósmicas; un cielo bruñido, de un azul a la vez metálico y transparente, poblado de pálidas gemas, surcado de largas estelas de fósforo. Al ras del horizonte, el arco lunar esparcía su claridad de ultratumba. La tierra, que ocupaba medio infinito, era bajo aquel firmamento de orfebre un tapiz tejido de sombras raras; las orillas del río, dos cenefas de terciopelo negro. Las aguas pasaban, seda temblorosa, rasgada lentamente por el barco y se retorcían en dos cóncavos bucles, dos olas únicas que parecían prenderse a la proa con un infatigable suspiro.

Los pasajeros, después de cenar, habían salido a cubierta. De codo sobre la borda, una pareja elegante, ella virgen y soltero él, discreteaba.

– ¿La Eglantina está triste?

(Porque él la había bautizado Eglantina).

– Esta noche es demasiado bella, -murmuró la joven.

– La belleza es usted...

Brilló la sonrisa de Eglantina en la penumbra. "Mis mayores me aprueban", pensó. En un banco próximo, tía Herminia, que conversaba con una señora de luto, dejaba ir a los enamorados su mirada santamente benévola, bendición nupcial. Roberto las acompañaría al Iguazú, luego a Buenos Aires, y después...

Sonaban guitarras y una voz española:

*Los ojazos de un moreno
clavaos en una mujé...*

Y palmaditas andaluzas. Debajo, siempre el sordo estremecimiento de la hélice, y la respiración de las calderas.

Dos fuertes negociantes de Posadas paseaban, anunciados por la chispa roja de sus cigarrillos.

– Si continúa la baja del lapacho, cierro la mitad de la obrajería -dijo el más grueso.

La brisa de la marcha movía las lonas del toldo. Eglantina contemplaba el lindo abismo.

– ¿Ve usted algo? -preguntó Roberto.

Pero ella no contestó que veía, artísticamente borroso, como reflejado en un ébano pulido, el cuadro de la felicidad futura: Roberto y ella inclinados sobre una cuna de encajes, donde dormía la cabecita de un niño. "Extraño es, pensó Eglantina, que en esas aguas, en que nada hay, flote ya nuestro hijo".

– Veo la imagen de los astros, -respondió con prudencia.

La señora de luto contaba a tía Herminia sus penas de viuda, su viaje a Corrientes, donde su hija mayor estudiaba para maestra normal. Eran pobres. Tenían que trabajar. Dos de sus niñas corrían por el buque, jugando al escondite.

Cruzaron de pronto, jadeantes. La señora las detuvo.

– ¿Y el nene?

– Está escondido. -Y huyeron-. "¡Coreco! ¡Coreco!"

– ¿Coreco? -interrogó tía Herminia.

– Es el grito del juego. Lo aprendieron de unos chiquillos paraguayos.

La voz española cantaba:

*Dos besos tengo en el alma
Que no se aparten de mí...*

– Ahora hay que traer obreros de Misiones. Se han concluido de este lado, -decía el negociante gordo.

– No aguantan ni diez años en el monte.

Las niñas volvieron fatigadas.

– ¿Pero dónde está su hermanito? -insistió la señora de luto.

– No sabemos... no se le encuentra.

La señora se levantó y se fue.

Roberto quería convencer a Eglantina de que el vapor estaba quieto, y la mostraba el extremo de los mástiles, fijo entre las estrellas... Tía Herminia se acercó. Sentía inquietud.

Los mozos iban de una parte a otra, buscando.

El comisario vino a Roberto.

– No se encuentra ese niño, -exclamó con angustia.

Partieron juntos.

Los pasajeros se agitaban, como las ideas en un cerebro, dentro del barco silenciosamente fulminado por la desgracia. Transcurrieron diez minutos atroces.

La madre reapareció. Estaba vieja.

– ¡Se ha caído al agua! ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

Un síncope, en los brazos de tía Herminia. Eglantina observó con horror que la infeliz recobraba el conocimiento. Apenas abrió los ojos, la muerte, se asomó a ellos.

– ¡Mi hijo!

Se desprendió de los que intentaban detenerla, fue a la borda, y se dobló, llamando, sobre el río.

– ¡Mi hijo! ¡Mi hijo!

La lisa corriente pasaba.

A popa se extendía una vaga inmensidad. Se oyeron órdenes. El vapor viró trabajosamente.

Las ondas únicas se quebraron; tumultuosos remolinos rompieron el espejo, agujerearon la seda temblorosa de las aguas, donde sin duda había el cadáver de un niño. Pero Eglantina, sollozando, nada pudo ver en ellas.

MI ZOO

En el verdadero campo. Un retacito de naturaleza, lo suficiente para revelar la sabiduría y la bondad de Dios. Animalitos vulgares, pero en libertad. Yo también ando suelto. Es la hora de la siesta; arrastro mi butaca de enfermo al ancho corredor, al amparo de las madre selvas; me tiendo con delicia, y procuro no pensar en nada, lo que es muy saludable. Un centenar de gallinas picotean y escarban sin cesar la tierra; los gallos padecen la misma voracidad incoercible; olvidan su profesional arrogancia, y hunden su pico. Esa gente no alza la cabeza sino cuando bebe; entonces mira hacia arriba con expresión religiosa. Un tábano hambriento se me adapta a la piel; lo aplasto de una palmada, cae al suelo y, agonizante aún, se lo llevan las hormigas al tenebroso antro donde almacenan los víveres. Los elásticos lagartos se fían de mi inmovilidad; densos, redondos, viscosos, avanzan en rápidas carreras, interrumpidas por largos momentos de espionaje petrificado. Parece a primera vista que toman el sol; lo que hacen es cazar moscas. Las detienen al vuelo con su lengua veloz como el rayo, y sobre ellas se cierra instantáneamente la caja de las chatas mandíbulas. Es triste, en pleno siglo XX, dominar los aires y perecer entre las fauces de un reptil fangoso, anacrónico, pariente extraviado de los difuntos saurios de la época jurásica. De pronto, un zumbido agudo me llama la atención. En el muro, cuyo revoque se ha desprendido a trechos, dejando a la intemperie el barro lleno de grietas profundas, un moscón azul, cautivo de telarañas, se agita con desesperadas convulsiones. Los finísimos hilos grises, untados de una pérfida goma, le envuelven poco a poco, espesando su madeja infernal; y las pobres alas prisioneras vibran en un espacio cada vez más chico, lanzando un gemido cada vez más delgado y más débil. Y salen y se acercan y retroceden al cubil, acechando su presa, las patas negras y velludas del monstruo, los brazos de la muerte. Un minuto más, y la catástrofe se habrá consumado. Yo puedo salvar al insecto... Mas, ¿quién soy yo para intervenir en este drama, para perturbar tal vez los planes de la Providencia? ¿Quién sabe los crímenes que el moscón tiene sobre su espíritu? Además, si nos dedicáramos a salvar moscones entelarañados, ¿para qué servirán las telarañas, las arañas y quizá los moscones mismos? No alteremos el orden maravilloso del Universo. Pero ya cesó de oírse el gemido de las alas; la víctima sucumbió. Tarde hermosa y feliz... Los toros mugen a lo lejos; mugen lúgubrementemente; rodean el sitio en que carnearon a un compañero, y se lamentan sin comprender por qué, olfateando la sangre. En busca de la mía me acosan los mosquitos de la vanguardia; los que clavan la trompa y se hacen matar heroicamente mientras hartan su sed. Y el sol baja enrojeciendo el mundo. La transparencia de la atmósfera encanta mis ojos. ¡Qué bellas curvas describen en lo alto los halcones, persiguiendo a los murciélagos! Mi alma se impregna de un vago sentimentalismo; la magnificencia del crepúsculo excita mi literatura; el astro se acuesta "fatigado y ardiente", como dice Chateaubriand, y me enternezco con elegancia. Y he aquí que suenan unos pasos en el corredor. Es Panta, la cocinera, con el cadáver de un pollo en la mano. ¡Miserable cuello estrangulado, siniestras plumas todavía erizadas del espanto supremo! La buena mujer me contempla con ternura, y me pide órdenes.

– Sí... con arroz; no se le vaya a quemar. Me siento con un apetito excelente.

SMART

Mrs. Kirby, en su palacio de la Quinta Avenida, invitaba aquella noche a un príncipe latino, de paso por Nueva York, y a un grupo de amigos cuidadosamente seleccionados entre "los cuatrocientos". Rodeada de su camarera Mary, de su peluquero, del primer probador de su modisto y de un ayudante, ensayaba ante los altos espejos de su gabinete los trajes que había encargado. Prefería uno rosa, de cinco mil dólares, y uno negro, de seis mil. ¿Pero, cuál de los dos? Con el rosa, cuyas volutas de nácar lucían su frescura matinal, un reflejo de adolescencia coloreaba la tez de Mrs. Kirby, aclaraba sus ojos, suavizaba sus líneas, ponía en el ángulo de sus labios sonrientes una gota de luz del rocío que ofrecieron las flores a Venus recién nacida del tibio seno de los mares...

– Mary, mis diamantes.

Con el traje negro, en cambio, la belleza de Mrs. Kirby recobraba toda su dura majestad. La densa cabellera se ensombrecía, las órbitas profundas se cargaban de misterio; en la boca sinuosa aparecía el arco severo de Diana, y el busto pálido surgía de la *toilette* como el de una estatua, al claro de luna, entre el follaje de un bosque sagrado...

– Mary, mis diamantes.

¿Qué elegir? ¿Ser ninfa o ser diosa? ¿Ser de carne o de mármol?

– Me quedo con los dos -dijo Mrs. Kirby.

Los hombres se inclinaron y se fueron, con los dedos temblorosos aún de haber ataviado al ídolo.

– Tenga preparados los diamantes y el traje negro, Mary.

Y Mrs. Kirby, vestida de rosa, acariciada por la claridad de sus rubíes y de sus perlas, bajó a recibir a sus invitados. Al cruzar el *hall* hizo señas a John, el viejo sirviente, y le dio algunas órdenes en voz baja.

Los millonarios comían. El príncipe, sentado a la derecha de Mrs. Kirby, encontraba que hacía demasiado calor, y que había demasiados focos eléctricos y demasiadas orquídeas. Las joyas, de una suntuosidad demente, convertían el oro en una cosa pobre, buena para los botones de la servidumbre.

Quienes tenían verdadero apetito eran las mujeres. De una pulpa brillante y sólida, grandes, sanas, enérgicas, conversaban sin dejar de engullir. Los maridos probaban aguas minerales, sacaban casi todos un frasquito o una cajita que abrían de cuando en cuando y meditaban antes de empezar los platos. Sus cabezas calvas, exangües, se destacaban sobre los fracs. Hablaban poco; no podían competir en erudición literaria con las señoras. Además, estaban fatigados, y debían levantarse al amanecer. Sus rostros parecían haber ardido. Eran cimas volcánicas, pero cimas. Eran los que ganaban el dinero.

El príncipe fue modesto. Había allí varios reyes de productos textiles, metalúrgicos y alimenticios, los únicos reyes auténticos de la tierra, capaces de comprar naciones y con derecho de vida y muerte sobre cientos de miles de proletarios. ¿De qué les hablaría él? ¿De su castillo histórico y de sus faisanes? Pero ellos hacían la historia, y le obsequiaban en silencio con pescados que desde los ríos de Rusia habían llegado vivos a Norteamérica. Comprendió que su título sonaba como un violinillo italiano en medio de los cobres de Wagner, y optó por admirar a Mrs. Kirby, tan *charming* con su traje rosa.

Flirtearon, distraídos por los jirones de la charla general.

- Ya ve que hasta los *trusts*, condenados en primera instancia, apelan y triunfan...
- Aguarden unos meses... Taft será más duro de pelar que Roosevelt...
- ¿Mi mujer?... No sé... ¡Ah!... Sí... Tomó el vapor y se fue al estreno de *Chantecler*... Acaso espere el Gran Prix... No sé a punto fijo...
- Cuestión de otros quinientos millones...
- He reunido tantas piedras grabadas como el museo de Nápoles...
- ¿Millón y medio, ese Rembrandt?... No es caro...
- Pobre perrita... me la mataron... tenía su vajilla de plata, y en mi ausencia... quince días... sirvientes nuevos, idiotas, la daban de comer en cacharros de cocina... el animal, indignado, rechazó todo alimento...murió de hambre y de sed...
- ¡Qué inteligencia!...
- No me confunda con el pequeño Vanderbilt, que pagó una suma enorme por la armadura que llevó Napoleón en Waterloo...
- Es difícil conseguir criados que acierten a cuidar perros...
- ¿Cómo?... ¿Tiene usted hijos, señora?... ¿Cuántos?... ¡Tres! (*Exclamaciones de curiosidad y de lástima*). No los bese nunca... no es higiénico...
- Quinientos millones no bastan... créame a mí...

El príncipe murmuraba:

- Con ese traje es usted la aurora.
- ¿La aurora a las 21? ¡Qué anacronismo!...

Y Mrs. Kirby miró hacia el fondo de la estancia.

John se acercó, tropezó y volcó una salsera sobre el traje rosa. La salsera era de Sèvres, pero la salsa era mayonesa. Las pupilas de los presentes apuntaron a John como cañones de revólveres. Tal vez, en otras circunstancias, habría sido linchado. Mrs. Kirby, impasible, se retiró. A los diez minutos volvía con su magnífico traje negro, coronada de diamantes...

El príncipe, deslumbrado, citó un texto de Ovidio. Los hombres, haciendo un esfuerzo, se extasiaron lacónicamente. Las damas sonreían, mostrando la blanca ferocidad de la dentadura, y Mrs. Kirby, sintiendo en torno la única admiración sincera -que es la envidia- fue feliz un momento.

Sin embargo, frente a ella, había una cara familiar, llena de indiferencia y de cansancio, una cara de amanuense mal nutrido... ¿De quién era aquella cara olvidada de puro conocida? Y Mrs. Kirby se acordó de pronto.

¡Ah! No era más que el señor Kirby.

LA GRAN CUESTIÓN

El banquero dio en el cigarro, para desprender la ceniza, un golpecito con el meñique cargado de oro y de rubíes.

– Supongo -dijo- que aquí no nos veremos en el caso de fusilar a los trabajadores en las calles.

El general dejó el cóctel sobre la mesa, y rompió a reír:

– Tenemos todo lo que nos hace falta para eso: fusiles.

El profesor, que también era diputado, meneó la cabeza.

– Fusilaremos tarde o temprano -dictaminó-. Por muy poco industrial que sea nuestro país, siempre nos quedan los correos, el puerto, los ferrocarriles. La huelga de las comunicaciones es la más grave. Constituye la verdadera parálisis, el síncope colectivo, mientras que las otras se reducen a simples fenómenos de desnutrición.

El general levantó su índice congestionado:

– Sería vergonzoso limitar el desarrollo de la industria por miedo a la clase obrera.

– La tempestad es inevitable -agregó el profesor-. Las ideas se difunden irresistiblemente. ¡Y qué ideas! Cuanto más absurdas más contagiosas. Han convencido al proletariado de que le pertenece lo que produce. El árbol empeñado en comerse su propio fruto... Observen ustedes que los animales suministradores de carne son por lo común herbívoros. El Nuevo Evangelio trastorna la sociedad, fundada en que unos produzcan sin consumir, y otros consuman sin producir. Son funciones distintas, especializadas. Pero váyales usted con ciencia sería a semejantes energúmenos. Los locos de gabinete tienen la culpa, los teorizadores y poetas bárbaros a lo Bakunin, a lo Gorki, que pretenden cambiar el mundo sin saber siquiera latín. Se figuran que el proletario tiene cerebro. No tiene sino manos; las ideas se le bajan a las manos, manos duras, que aprietan firmes, y que, apartadas de la faena subirán al cuello de la civilización para estrangularla.

– ¡Qué tontería, los pobres obstinados en ser ricos! -suspiró el banquero-. ¡Como si los ricos fuéramos felices! Estamos agobiados de preocupaciones, de responsabilidades. La fortuna es un obstáculo a nuestras virtudes. Nos es muy difícil entrar en el paraíso, cuando tan fácil les sería a ellos si se resignaran. Y no se resignan, no creen ya en Dios. Sin Dios, todo se desquicia. ¿Por qué no se conforman los pobres con su suerte, como nosotros los ricos nos conformamos con la nuestra?

– Ya no les basta el sufragio universal -dijo el profesor-. No les satisface esa ilusión que tan útil nos era. Ahora quieren arreglar por sí mismos sus asuntos. Nada más peligroso.

– Las leyes son deficientes -exclamó el general-. La ley debe asegurar el orden, y no hay orden posible sin trabajo. La asociación de agitadores, la huelga, son delitos. El trabajo no puede cesar. En el instante en que el trabajo cesa, el orden se destruye. El trabajo es santo, es una plegaria, como leí ayer. ¿Acaso el espectáculo de Buenos Aires sin pan, peor que si la sitiara un ejército, es un espectáculo de orden? Yo, militar, hubiera hecho fuego sobre los huelguistas. Los hubiera considerado extranjeros, enemigos de la patria. ¡Sacrílegos! A mí, sin la patria no me sería posible vivir.

– Lo terrible no es que se nieguen a respetar y defender el orden establecido -dijo el profesor-, sino que, con el pretexto de que no tienen patria, viajen por otras patrias, llevando consigo la rebelión y la dinamita. Buenos Aires está plagado de anarquistas rusos. Y sigamos elevando salarios, y disminuyendo horas de labor, para que el obrero ¡maldita cultura superflua!, compre libros o aprenda a fabricar bombas.

– En lo que hicimos bien -notó el banquero-, fue en no autorizar aquí mítines contra la nación amiga, o contra las autoridades amigas. Es equivalente.

– Sí -apoyó el general-. Cualquier autoridad será amiga nuestra. Seamos lógicos. Lo confieso, yo estaré del lado de los cañones. No es sólo mi oficio, sino mi doctrina. Y si los rebeldes se resisten a construir cañones, obliguémosles a cañonazos. ¿Verdad?

Un criado anunció que el almuerzo se había servido. Los tres personajes pasaron al comedor, donde les esperaban las ostras y el vino del Rhin.

BACCARAT

Había mucha gente en la gran sala de juego del casino. Conocidos en vacaciones, tipos a la moda, profesionales del *bac*, reinas de la *season*, agentes de bolsa, *bookmakers*, sablistas, *rastas*, ingleses de gorra y *smoking*, norteamericanos de frac y panamá, agricultores del departamento que venían a jugarse la cosecha, hetairas de cuenta corriente en el banco o de equipaje embargado en el hotel, pero vestidas con el mismo lujo; damas que, a la salida del teatro, pasaban un instante por el *baccarat*, a tomar un sorbete mientras sus amigos las tallaban siempre con éxito feliz, un puñado de luises. Una bruma sutilísima, una especie de perfume luminoso flotaba en el salón. Espaciadas como islas, las mesas verdes, donde acontecían cosas graves, estaban cercadas de un público inclinado y atento, bajo los focos que resplandecían en la atmósfera eléctrica. A lo largo de los blancos muros, sentadas a ligeros veladores, algunas personas cenaban rápidamente. No se oía un grito: sólo un vasto murmullo. Aquella multitud, compuesta de tan distintas razas, hablaba en francés, lengua discreta en que es más suave el vocabulario del vicio. Entre el rumor de las conversaciones, acentuado por toques de plata y cristal, o cortado por silencios en que se adivinaba el roce leve de las cartas, persistía, disimulado y continuo, semejante al susurro de una serpiente de cascabel, el chasquido de las fichas de nácar bajo los dedos nerviosos de los puntos. Hacía calor. Los anchos ventanales estaban abiertos sobre el mar, y dos o tres pájaros viajeros, atraídos por las luces, revoloteaban locamente, golpeando sus alas contra el altísimo techo.

En las primeras horas de la madrugada se fueron retirando los cortesés con la moral y con la higiene, los que tenían contratada una ración amorosa, y los aburridos, y los pobres, y los cucos que defienden su ganancia, y también los que se levantan temprano por exigencias de *sport*. No funcionaba sino la mesa central, la de las bancas monstruosas. Una fila de puntos con números y dos filas de puntos de pie la rodeaban. Detrás, en sillas errátiles, los que se resignan a no ver, hacían penosamente llegar las apuestas a su misterioso destino. Tallaba un ruso. Ante él, apoyado a un bloque de porcelana, yacía el flexible prisma de los naipes, impenetrable como la muerte. Los *croupiers* indiferentes movían sus palas delgadas, colocando las fichas, el oro, los billetes azules, los albos *bank-notes*. "Hagan juego, señores... hagan juego... no va más... no va más..." Las mujeres, apretando sus senos contra las espaldas de los hombres, deslizaban un brazo desnudo hacia la mesa; nadie se estremecía al contacto de la carne bella; no eran mujeres ni hombres, eran puntos. "No va más..." El banquero paseaba sus tristes ojos grises por el tapete, para darse cuenta de la importancia del golpe; miraba un momento las pilas de

fichas redondas de cien francos, elípticas de veinticinco luises, cuadradas de cincuenta, los terribles cartones donde está escrito un 5.000, un 10.000... y luego, con su voz monótona, decía: "todo va". Ponía un largo dedo pálido sobre el paquete de cartas, y las distribuía lentamente. "Ocho... carta... no... seis... buenas..." Y los *croupiers* pagaban, o bien, con sus paletas afiladas como hoces, segaban los paños, llevándose todo. El ruso, si le iba bien, apuraba las barajas hasta el último naipe: si le iba mal, clavaba de pronto una carta en mitad del paquete, y pujaba banca nueva, con el mismo gesto elegante y desolado. La insaciable ranura de la mesa tragaba su tanto, y se volvía a empezar: "hagan juego, señores... hagan juego... no va más... no va más... doy... nueve... no... cinco... siete..." Una cortesana gallega, gloria cosmopolita, copaba de tarde en tarde. Su mano oculta por los rubíes y las esmeraldas, hacía un signo; mientras se volcaban las cartas, el negro de su iris adquiría una fijeza feroz; en sus párpados oscuros se leían treinta años de orgía, pero sus dientes centelleaban entre sus pintados labios de diosa, y su torso, de un acero que templaron las danzas, se erguía en plena juventud, sosteniendo la imperial cabeza, coronada de bucles tenebrosos... Y el banquero, que no la cobraba nunca, se contentaba con sonreír imperceptiblemente bajo su bigote claro...

Dieron las tres. El ruso, la bailarina y la mayor parte de los puntos se habían marchado. Hacía fresco, los mozos cerraron las ventanas. Con un suspiro de satisfacción, los verdaderos devotos del *baccarat* se instalaron cómodamente. Ahora podían saborear los pases, seguir a gusto todos los arabescos de la casualidad, perderse con delicia en todos los meandros de lo desconocido. Los caballeros pedían café o whisky, ellas sorbían por una paja menta mezclada con hielo. Talló un provinciano con fisonomía de procurador, después un cronista de *boulevard*, y otros después... Con fraternidad de enfermos en un sanatorio, los puntos se cuchicheaban las eternas frases "dos semanas de *guigne*... no he conseguido doblar aún... ha pasado seis veces... yo en la mala tiro a cinco... yo al revés... yo no, depende del temperamento del banquero... por fin un pase... yo no juego más que a mi mano". Los *croupiers*, autómatas, movían las palas... "hagan juego, señores... hagan juego... no va más... Doy... carta... carta... *baccarat*... ocho... tres..." Una señora, de cuarenta años o de cien quizás marquesa, quizás partera, jugaba invariablemente cinco luises por golpe. Usaba una amplia bolsa de mallas de oro, con cierre incrustado de perlas, donde guardaba el estuchito de las inyecciones, el dinero, una borla con polvos de arroz y dos lápices de maquillaje. Con celeridad impasible se empolvaba, se subrayaba la boca de rojo y los ojos de negro, y resucitaba así por quince minutos.

A su lado un jovencito lampiño, que apuntaba el mínimo -cinco francos- contemplaba las perlas; y la señora, con una indulgencia en que había algo de maternal y algo de infame, le prestó diez luises. El incesante chasquido de las fichas sonaba en el salón casi desierto. Los que ganaban cambiaban las chicas por las grandes; los que perdían, cambiaban las grandes por las chicas, y siempre, entre los dedos infatigables, había fichas arregladas y vueltas a arreglar en montoncitos de a diez, de a cinco, de a dos, o confundidas, separadas y barajadas interminablemente. Poco a poco fueron enmudeciendo los jugadores. Dieron las cuatro. No se pronunciaban ya sino las palabras rituales... "no va más... doy... carta... no quiero... buenas... siete... *baccarat*..." Todo estaba inmóvil menos los dedos, pálidas arañas, los naipes y las fichas. Una claridad repugnante se infiltró en el ambiente, untando de pus aquellas caras de muertos. Atracaron las maderas, y la noche quedó cautiva bajo las lámparas incandescentes. "No va más... carta... carta... nueve... buenas... buenas..." Y sobre la mesa se divertía el azar, arremolinando las fichas, despidiendo el oro de un bolsillo a otro. El azar era el único que jugaba allí, alegre y cruel como un niño en un cementerio. Dieron las cinco, las seis, las seis y media...

Al cabo, los cadáveres se fueron a acostar. Los cocheros roncaban en sus pescantes. La morfinómana y el jovencito prefirieron regresar al hotel por la playa. El sol llenaba el universo de un resplandor insoportable. El mar azul brillaba, precipitando sus ondas paralelas. La brisa batía

las lonas contra los mástiles, y un viejo pescador, abatido, de color de tierra, caminaba trabajosamente, con los harapos de su red al hombro...

SOBRE EL CÉSPED

Sobre el césped estábamos sentados, a la sombra de los altos laureles. De tiempo en tiempo una leve bocanada de aire cálido se obstinaba en desprender el suave mechón rubio que tus dedos impacientes habían contenido. Nuestro primogénito jugaba a nuestros pies, incapaz de enderezarse sobre los suyos, carnecita redonda, sonrosada y tierna, pedazo de tu carne. ¡Oh, tus gritos de espanto, cuando veías entre sus dientecitos el pétalo de alguna flor misteriosa! ¡Oh, tus caricias de madre joven, tus palmas donde duerme el calor de la vida, tus labios húmedos que apagan la sed! Y mis besos enardecidos por la voluptuosa pereza de aquella tarde de verano, apretaron a la dulce prisionera de mis deseos, y mis manos extraviadas temblaron entre las ligeras batistas de tu traje...

¡Y me rechazaste de pronto! Y un rubor virginal subió a tu frente. Me señalaste nuestro hijo, cuyos grandes ojos nos seguían con su doble inocencia y murmuraste:

– ¡Nos está mirando!

– Tiene un año apenas...

– ¿Y si se acuerda después?

Nos quedamos contemplando a nuestro pequeño juez, indecisos y confusos. Pero yo te hablé en los siguientes términos:

– Amor mío, tesoro de locas delicias y de absurdos pudores, alma única, mujer de siempre, humanidad mía, no temas avergonzarte ante ese tirano querido, porque no te haré nada que no te haga él en cuanto te lo pide...

Y desabrochando tu corpiño, liberté la palpitante belleza de tu seno, y prendí mis labios en su irritada punta. Y tú te estremeciste, y una divina malicia brilló en el fondo de tus ojos.

DEL NATURAL

En la casa de los tísicos.

Lo que mató al 4, más que la enfermedad, fue la idea. Apenas entró en el lazareto, le dio la manía de salir, convencido de que de lo contrario moriría pronto. Hablaba todavía menos que nosotros, y en el hospital no se habla mucho, pero le adivinábamos el pensamiento, como sucede donde se piensa demasiado. Las ideas fijas fluyen silenciosamente de los cráneos, y se ciernen sobre las cosas. A pesar de que los que sufren son por lo común bastante crueles, el 4 nos inspiraba alguna lástima. Su cama estaba enfrente de la mía. Era un muchachito de 16 años, rubio y blanco; parecía el hijo de un príncipe, y su andrajoso uniforme del establecimiento, un disfraz inexplicable. Tenía bucles de oro, y admirables ojos azules. Estaba demacrado en extremo; andaba con el paso lento, autómata, propio de los clientes de la casa. Sin embargo, una circunstancia extraña le distinguía de ellos: caminaba erguido. Por excepción, su pecho no

presentaba esa fúnebre concavidad de los tísicos, hecha por la muerte que viene a sentarse allí todas las noches. El 4 enflaquecía y se mantenía derecho; era un tallo cada vez más fino, y siempre gracioso. Sin duda su esqueleto era bonito y brillante como un juguete.

Supimos que era hijo, no de un príncipe, sino de un herrero, que la madre estaba enferma, y que tenía varios hermanos pequeñitos. Le habían metido de ganga en un seminario, y se había escapado ansioso de libertad. Había regresado a Montevideo y trabajaba de tipógrafo. El polvo del plomo le envenenó aquellos pulmones delicados, y ahora, preso en el "aislamiento", ¿qué le restaba?

– Aguardar el turno -según la eterna frase del 18.

El 4 no luchaba ya. No tocaba los dos huevos medio podridos con que le obsequiaba la *caridad* diariamente, ni la leche infecta, ni las piltrafas de carne recocida. Se dejaba ir. Recto, estoico, mudo, bello, era un lirio agonizando de pie.

Un día, no obstante, brilló para él, por vez primera, la esperanza.

Hay visita al hospital de tuberculosos cada dos semanas; cada dos semanas se permite a las madres contemplar a sus hijos ocupados en morir. La del 4 debía estar muy mal para no acudir al lado de los bucles de oro y de los ojos azules. En cambio, aparecía de tarde en tarde el padre, grueso, cabizbajo, sin expresión, lacónico. Traía al enfermo un poco de fruta o dulce, y se marchaba sin un beso, sin volver la cabeza, lo cual a nadie sorprendía. Es la costumbre de la gente pobre.

Aquel domingo, el herrero dijo -con indiferencia- que unos tíos deseaban tener al muchacho y cuidarlo en la campaña.

– ¿Quieres ir?

– ¡Oh, sí!

Y los ojos azules centellearon.

– Bueno. En la otra visita te llevaré conmigo.

Durante 15 días pasó increíble: uno de nosotros era feliz. Al 4 se le había desatado la lengua, y nos describía la casa de sus tíos, los corrales con las gallinas y las vacas, las legumbres del huerto, la sombra de los árboles, la frescura del arroyo, la luz y el aire libre. Se sentía salvado, capaz aún de jugar y correr, y nosotros nos entristecíamos con la envidia de la salud ajena. Hasta se nos figuró que el 4 engordaba... cuando en realidad la impaciencia le acababa de consumir.

Llegó el famoso domingo. Con mucho retraso asomó el herrero. Avanzaba pesadamente, con los ojos inyectados. Su hijo le esperaba, sentado en su lecho; se había vestido la ropita nueva, *la suya*. Estaba listo.

– ¿Vamos?

– ¿A dónde? -preguntó el padre.

– A casa del tío... ¿No lo recuerdas? ¿No íbamos a pedir hoy el alta?

El hombre se esforzó por hacer memoria. Su aliento olía a vino.

- Mejor es que te quedes.
- Es que no estoy bien.
- ¿Eh?
- Que no estoy bien, en la última quincena bajé dos kilos.
- ¿Dos kilos?
- No estoy bien... -insistió el desgraciado.
- Mejor es que te quedes -repitió el herrero.

Y balanceaba el hirsuto testuz. Después se fue.

El 4 se desnudó y se acostó. Los compañeros se reían del chasco.

- ¿Qué tenía tu viejo?
- Estaba tomado y no se acordaba...

Tampoco nos sorprendió esto. El alcohol consuela, ¿verdad?

A la medianoche me despertó un ruido familiar, y en aquel momento, no sé por qué, lúgubre. El 4 tosía y escupía. La claridad era escasa. No se alumbraba el cuarto por espíritu de ahorro y por no tener que limpiar tubos. Me levanté y fui a la cama de enfrente. Una mano flaca y pálida me alargó la salivera. Miré al fondo, estaba negro.

- ¡Sangre! -dijo el niño.

Murió el otro domingo. No era día de visita.

EL HIJO

Hace muchos años, vivía un matrimonio. Eran muy pobres, él leñador, ella lavandera. Eran muy feos, casi horribles; ella con su enorme nariz y sus cejas de carbón, parecía una bruja; él, con su áspera pelambre, parecía un oso. Pero se amaban tanto, tanto, que tuvieron un niño más bello que la aurora.

No se atrevían a acariciar con sus rudas manos aquella carnecita en flor. Adoraban al hijo como a un Jesús. Le pusieron una riquísima cuna, le alimentaron con la leche de la mejor cabra del valle. Creció, y le vistieron y ataviaron lujosamente. Besaban la huella de sus pies, y se embriagaban con el eco de su voz. Necesitaron oro para el ídolo. El padre cortaba leña de día, y de noche se dedicaba a faenas misteriosas, hasta que le sorprendieron en ellas y le ahorcaron. La madre, cuando no lavaba en el río, pedía limosna. A veces, a lo largo del camino, encontraba señores, que se detenían al verla, y se reían de la enorme nariz y de las cejas de carbón. "¡Bruja, móntate en este palo, y vuela al aquelarre!" Entonces la mujer hacía bufonadas, y recogía monedas de cobre.

Entretanto, el hijo se había transformado en un arrogante doncel. Ocioso y feliz, paseaba su esbelta figura adornada de seda y de encajes. En sus talones ágiles cantaban dos espuelas de plata, y sobre su gorro de terciopelo se estremecía una graciosa pluma de avestruz. Si le hablaban de la lavandera, respondía:

– No la conozco; no soy de aquí. ¿Mi madre, esa vieja demente? Y todavía sospecho que es ladrona.

Sin embargo, iba en secreto al hogar, donde encontraba siempre un puñado de dinero, una mesa con sabrosos manjares, un lecho pulcro y dos ojos esclavos.

Una vez pasó la hija del rey de la comarca, y se enamoró del mozo.

– ¿Cuál es tu familia? -le preguntó.

– Soy el príncipe Rubio -contestó-. Mi patria está muy lejos, a la derecha del fin del mundo.

La niña le creyó y se casó con él. Hubo grandes fiestas, y fueron enviados a la derecha del fin del mundo embajadores que no volvieron. La madre hubiera muerto de orgulloso placer si no hubiera pensado que aún podía, por algún azar, ser útil a su hijo.

Un año después se supo que el príncipe había caído enfermo de una enfermedad contagiosa y horrible. La princesa había huido de su lado, y nadie se atrevía a socorrerle. El príncipe agonizaba a solas.

Entonces la madre se arrastró hasta las puertas del palacio, y tanto hizo que la dejaron entrar como enfermera. Su hijo estaba en un soberbio lecho de damasco, bajo un dosel de púrpura. Su rostro desaparecía, devorado por una lepra monstruosa.

– Hermoso mío -dijo la madre-. Yo te salvaré.

Y lo besó y cuidó amorosamente hasta la noche.

Pero a medianoche vino la Muerte por el príncipe.

– Muerte, ten compasión de mí -suplicó la madre-. Lleva a esta anciana decrepita, y no a este joven lleno de vigor. Permítele vivir, y engendrar para ti nuevos mortales.

– ¿Cuál de los dos? -preguntó sonriendo la Muerte al leproso.

El príncipe alargó su diestra descarnada y señaló a su madre, que lanzó un grito de alegría.

– ¡Gracias, hijo mío!

Y la Muerte la tomó en brazos, y la arrebató sin esfuerzo, porque pesaba menos que un fantasma.

Al día siguiente, el príncipe apareció sano y robusto ante su corte. Más tarde fue rey, y reinó mucho tiempo, y tuvo muchos hijos, y gozó de todos los deleites de la tierra.

Pero su barba blanca alcanzó a sus rodillas, y sus huesos se secaron. Le llegó su hora, y llamó a su madre.

– ¿Qué quieres, niño mío? -suspiró en silencio.

– ¡Salvarme!

– Hijo mío, yo fui; ya no soy nada, sino un dolor sin cuerpo. Quizá me oíste gemir en el viento y llorar con la lluvia en tus cristales. En mí no quedó sustancia ni energía. Soy menos que el recuerdo de una sombra. Ni siquiera puedo reunir mis lágrimas para ti. Soy tu madre muerta.

– ¡Madre cruel, madre amarga, maldita seas mil veces! -exclamó el moribundo.

– ¿Cuál es mi crimen? -sollozó el silencio.

– ¿Para qué me diste la vida, si no me diste la inmortalidad?

EL LEPROSO

Treinta años hacía que Onofre habitaba el país. Remontando los ríos quedó en seco al fin como escoria que espuman las mareas. ¿Siciliano, turco, griego?... Nunca se averiguó más; al oírle soltar su *castilla* dulzona rayada por delgados zumbidos de insectos al sol, se le adivinaba esculpido por el Mediterráneo.

Treinta años... Era entonces un ganapán sufrido y avieso. Pelaje de asno le caía sobre el testuz. Aguantaba los puntapiés sin que en su mirada sucia saltara un relámpago. Astroso, frugal, recio, aglutinaba en silencio su pelotita de oro.

Pronto se irguió. Puso boliche en el último rancho. Enfrente, una banderola blancuzca, a lo alto de una tacuara torcida por el viento y la lluvia, sonreía a los borrachines. Entraban al caer la noche, lentos, taciturnos; se acercaban con desdén pueril al mostrador enchapado; pedían quedos una copa de caña, luego otra; el patrón Camhoche, afable y evasivo, apaciguaba los altercados, favorecía las reconciliaciones regadas de alcohol. Saltó a relucir una baraja aceitosa, aspada, punteada; aparecieron dos o tres pelafustanes que ganaban siempre y bebían fiado. Después, de lance, trajo Onofre trapiche y alambique, destiló el veneno por cuenta propia. Tiró el bohío y levantó una casita de ladrillos. Apeteció instruirse, cosa que ennoblece; leyó de corrido, perfiló la letra; el estudio del derecho sobre todo le absorbía; al bamboleante alumbrar de una vela de sebo, devoraba en el catre, hasta la madrugada, procedimientos y códigos. Empezó a prestar.

Fue el paño de lágrimas de la comarca. Compasivo, se avenía en los vencimientos a rebañar la ternerilla, el par de gallinas, el fardo de hoja, el cesto de naranjas, a trueque de renovar la deuda por un mes. Don Onofre se hizo poco a poco de rancherío, campichuelos, monte, hacienda. Fomentó el comercio. Cortés y entendido, metía pleito a los acomodados. Leguleyos, agrimensores, comisionistas, asomaron por primera vez en aquellos lugares, que así nacían a la vida pública. A los mismos insolventes, de puro bueno y de puro calentón, ayudaba don Onofre cuando había en la familia alguna chicuela a punto.

Fue un personaje: viajes a la capital, miga con ricachos y con ministros. ¡Oh, nada de política! Estaba con todos los partidos, a medida que ocupaban el poder. El jefe y el juez eran suyos. Figurar en centros mejores, ¿para qué? Prefería seguir siendo la providencia de su patria adoptiva, sin moverse de ella.

La cual se despoblaba. Las cuatro mil cabezas de don Onofre vagaban más allá de los abandonados cultivos. Tenía su idea (el agua a una cuarta, el ferrocarril en proyecto): con cruzarse de brazos se hacía millonario. Consintió no obstante en talar los bosques. Árboles

gigantescos se desplomaban con fragor de muerte. Las vigas férreas eran arrastradas por los que daban en otro tiempo de puntapiés a Onofre, y echadas al río. La pelotilla de oro se volvía bocha magnífica. Y en torno de don Onofre se pelaba la tierra, como atacaba de una tiña pertinaz. A propósito: se me olvidaba decir que don Onofre padecía de lepra.

La lepra. Lepra. Don Onofre masticaba este nombre pavoroso. Lo verían en el lento temblor de sus mandíbulas salientes. Verían en sus iris felinos, turbios, empañados de pronto por un humo fugaz, el horror de las úlceras descubiertas a solas, atrancadas las puertas. ¡Ay! No había niña más púdica que don Onofre. Amaba vestido. Su ropa, cosida hasta la nuez, era un saco de inmundicia cerrado y sellado como el cofre de un avariento. Pero, ¿y la cabeza? ¿La cabeza grasienta, vil, imposible de escamotear? Y la bestia subía, se enroscaba a la nuca. Don Onofre anhelaba algo parecido a decapitarse. Al cabo, la lepra sacó la garra por el cuello de la camisa y apresó el rostro.

¡Ser leproso, escandalosamente leproso un hombre tan rico, que podía ser tan feliz! Esta injusticia acongojaba a don Onofre. Sus vecinos opinaban como él. Prez del departamento, le veneraron; mejor todavía, le compadecieron maravillados. Aquella frente manchada inspiró a los esquilmados campesinos el respeto de las cumbres donde se muestra a los viajeros la peña partida por el rayo. Admiraron a don Onofre doblemente; se le aproximaban con reparo religioso que él tomó por asco. ¡Asco, el asco ardiente que se tenía a sí propio! No se resignó. Forcejeó, en largas pesadillas, con los fantasmas purulentos; al despertar había en la almohada lágrimas de espanto. Lucharía; no moriría así, no, maldito por el destino. Se arruinaría con tal de curarse, con tal siquiera de esconder su mal.

Y en persecución del milagro bajó los ríos, cruzó los mares. ¡Qué tortura, ante la repugnancia, el odio, el pánico, gesticulantes en torno a su lepra! Sus compañeros de camarote huían despavoridos; sus comensales le relegaban a un extremo desierto de la mesa, o se iban furiosos. Se le rechazó, se le aisló, se le encepó; era un apestado, era la peste. Oía a su paso protestas, órdenes, un rabioso fregar de cacharros y cubiertos. Olía de continuo el ejército de sustancias desinfectantes con que se abroquelaban los dichosos. Don Onofre imploró lástima. Se dirigió a los sirvientes, a cuantos se arriesgaban a escucharle. Dijo que era rico, muy rico. Despilfarró ostensiblemente el champaña; arrojó habanos casi enteros; se cuajó las manos de brillantes. "Sopórtenme, suplicaba, soy rico, muy rico". Y a la postre algunos ojos le acariciaron, algunas frases le fingieron la inmortal música de la piedad, y algunas señoritas casaderas le sonrieron. ¡La higiene está tan adelantada!

Los médicos se lo enviaron entre ellos como una pelota podrida. Los más célebres eran los más caros; don Onofre no apreció otra diferencia. Le ordenaron cambiar, cambiar siempre de clima, de costumbres, de régimen. A fuerza de cambiar, repetía. Emigraba al Sur, y le hacían retroceder al Norte. Le prohibían comer carne o fécula, y se la imponían de nuevo. Le introdujeron pociones, píldoras, tinturas, cocimientos. Le remojaron, le bañaron, le fumigaron, le untaron de pomada, glicerados, aguas corrosivas, mantecas, aceites. Le lavaban y le volvían a untar. Uno le aplicó estiércol. Otro le recetó una preparación de oro. ¡Oro! ¡Eso era lo principal!

Don Onofre regresó a su feudo, con menos dinero y con más lepra. Regresó enloquecido. Él era la lepra, y el mundo un espasmo de aversión, una inmensa náusea.

Y entonces, en las honduras de sus entrañas enfermas, la vieja tentación se alzó. Don Onofre "sabía". ¿Quién no sabe que la lepra, el castigo del cielo, sólo se sana con la sangre inocente de un niño?

Y don Onofre, tranquilizado, consolado, se puso a meditar.

LA ENAMORADA

Parecía vieja a pesar de no cumplir treinta y cinco años. Las labores bestiales de la chacra, el sol que calcina el surco y resquebraja la arcilla, le habían curtido y arrugado la piel. Tenía la cara hinchada y roja, el andar robusto, los ojos chicos, atornillados y negros. Era miserable, se llamaba Victoria.

Vivía de escardar campos ajenos, de fregar pisos, de ir a vender a enormes distancias, un cesto de legumbres. Su densa cabellera desgredada estaba siempre sudorosa; en sus harapos siempre había barro o polvo, cansancio en los huesos de sus pies.

Victoria era célebre en el pueblo, no por infeliz y abandonada, que esto no llama la atención, sino porque decían que no estaba en su juicio. La locura inofensiva es un espectáculo barato, divertido y moral. Hace reír seriamente. Los chiquillos seguían en tropel a Victoria; no la apedreaban demasiado; comprendían que era buena. Los hombres le dirigían preguntas estrambóticas y experimentaban ante ella la necesidad de volverse locos un rato; las mujeres se burlaban con algún ensañamiento. Victoria pasaba, andrajosa, tenaz, lamentable, llevando en los ojillos negros la chispa que irrita a la multitud y levanta las furias y hasta los perros se alborotaban con aquel escándalo de un minuto, con aquella aventura que rompía el tedio del largo camino fatigoso.

Acusaban a Victoria de dormir en la tierra, de frente a lo alto, y de creer las estrellas bastante próximas para hablarlas. La luna era la *señora del cielo*; un lucero vagamente rosado era el *príncipe radiante*; otro blanco y retirado era el *pálido cirio*; allá lejos palpitaban, casi imperceptibles, los puntos de fuego tenue que la visionaria nombró *coro de muertas*, y de extremo a extremo del horizonte flotaban por el inmenso espacio, la gasa fosforescente de la vía láctea, o *niebla de luz*. Cuando la claridad enferma y fría de los astros bajaba hasta Victoria, y la noche hacía rodar sus magníficas gemas en silencio, la loca se sentía hermana de la belleza infinita, y las voces celestiales la acompañaban al día siguiente, en plena solana abrasadora. Entonces, andaba moviendo los labios atenta a las presencias invisibles y la gente no podía separarla de ellas.

Se le acusaba también de no comer, de alimentar a mendigos y criminales, de conocer las virtudes secretas de las plantas y preparar filtros de bruja. Lo cierto es que anhelaba curar a los niños dolientes. Y muchas madres, después de mofarse de ella en público, la buscaban a escondidas y temblando, con las manos calientes aún de la fiebre de sus hijos.

Pero lo fenomenal, lo grotesco, lo que provocaba carcajadas inextinguibles, era la virginidad de Victoria. Fea, casi decrepita, trastornada, ese harapo viviente había pretendido conservar su pureza y lo había conseguido. Había resistido veinte años a la temeridad de los mozos pujantes. Quería elegir el amor, ser prometida y esposa, y tal monstruosidad, tal delito contra la naturaleza, garantizaba a los sencillos campesinos la demencia irremediable de su primera actriz.

Don Juan Bautista, joven doctor de la capital, vino al pueblo, compró un terreno y se puso a edificar una casa. Don Juan Bautista era rico, bello y tonto. Tenía partido con las muchachas. Victoria le vio y le adoró. *El Príncipe radiante* había descendido para ella del firmamento. Todas las manías dispersas se juntaron en una, absorbente, feroz, la de amar a Don Juan Bautista y casarse con él. No ocultó sus proyectos: desatada y locuaz detenía a los transeúntes y les consultaba sobre los medios de satisfacer su única pasión.

Espiaba horas enteras a Don Juan Bautista detrás de las tapias; se atrevió al fin, repugnante y trémula a rogar que la dejara lavarle la ropa. No sabía planchar con lustre, pero aprendió. El momento que se acercaba a Don Juan Bautista, y le entregaba, a él sólo, las camisas y los calzoncillos impecables, era el momento radiante y feliz de su existencia humilde. Jamás aceptó un centavo por su faena deliciosa. Otras veces, traía a Don Juan Bautista la sandía helada o el dulce melón que halagan la siesta, o los sabrosos duraznos, o simplemente, los tomates frescos, porotos, manteca, todo gratis, ¡y a costa de qué luchas, de qué lejanas peregrinaciones! Don Juan Bautista, jovial y satisfecho, se dejaba idolatrar.

La virginal timidez de Victoria le impedía expresar claramente sus deseos a quien se los inspiraba y los calmaría sin duda. Victoria anhelaba seducir a Don Juan Bautista, obligarle a declararse y a proponerle matrimonio. Ella no tendría entonces más que murmurar sí y caer en los vibrantes brazos del prometido. ¿Cómo hacer?

El secretario de la municipalidad, un pequeño de cabeza de mono, le aconsejó que usara polvos y sombreros, como las señoritas de la ciudad. La loca se aplicó ladrillo molido en el rostro, y sobre el cráneo, en equilibrio un sombrero colosal que los chuscos le regalaron, con plumas estrafalarias. Así, marchaba Victoria, disfrazada y grave en pos de su sueño, entre las risas de los vecinos. De primera actriz, había bajado a hacer de payasa, de bufón de la aldea.

Durante varios meses, sobre los pastos, parecido a un buque empavesado, osciló el sombrero ridículo, símbolo de una ilusión desesperada. Victoria enflaquecía, se desanimaba; sus pobres pies descalzos se cansaban de correr tras la quimera; el sombrero, agotado por la lluvia, abrasado por el sol, ensuciado y roto, inclinaba tristemente sus plumas marchitas. El *Príncipe radiante* continuaba mudo y risueño. ¡Ay! Cuando lucía allá arriba, inaccesible en las limpias noches de estío, era menos cruel.

La casa de Don Juan Bautista se terminó; la verja relucía, las flores del jardín doblaban con elegancia sus finos tallos. El dueño fue a la capital, se casó pomposamente, regresó con música. La señora era rubia, bella y tonta quizás. El pueblo quedó deslumbrado. Victoria desapareció.

Hay, en el lugar, una escarpada peña, a cuyo pie se amontonan, como un torrente de vegetación, impenetrables brezos y zarzas. Tres días después de la boda, descubrieron los cazadores, allá abajo, un pájaro raro y lo acribillaron a balazos. Resultó ser el sombrero de Victoria. Debajo estaba Victoria con el cuerpo tibio todavía, y que por fin reposaba.

LA ORACIÓN DEL HUERTO

El Poeta – ¡Amanece!

El Alma – No. Aún es de noche.

El Poeta – ¡Amanece! Un suspiro de luz tiembla en el horizonte. Palidecen las estrellas resignadas. Las alas de los pájaros dormidos se estremecen y las castas flores entreabren su corazón perfumado, preparándose para su existencia de un día. La tierra sale poco a poco de las sombras del sueño. La frente de las montañas se ilumina vagamente, y he creído oír el canto de un labrador entre los árboles, camino del surco. ¡Levántate y trabaja, alma mía! ¡Amanece!

El Alma – En mí todavía es de noche. Noche sin estrellas, ciega y muda como la misma muerte.

El Poeta – Despierta para mirar el sol cara a cara, para gritar tu dolor o tu alegría. Despierta para mover la inmensa red humana y para fatigarte noblemente aumentando la vida universal. Dame tus recuerdos difuntos, tus esperanzas deshojadas. Dame tus lágrimas y tu sangre para embriagar al mundo.

El Alma – La fuente se ha secado. Con barro amordazaron mi boca. Me rindo a las bestias innumerables que me pisotean. No queda en mí amargura, sino náuseas. No deseo más que descansar en la eterna frescura de la nada.

El Poeta – Otros sucumben bajo el látigo del negrero. Otros se envenenan con estaño y con plomo, enterrados vivos. Hay inocentes que se arrancan los dientes y las uñas contra los hierros de su cárcel. Las calles están llenas de condenados al hambre y al crimen. Tu desgracia no es la única.

El Alma – He saboreado toda la infamia de la especie.

El Poeta – Algunos no son infames.

El Alma: – Conozco la honradez, según se llama a la cobardía de los que no se atreven a ejecutar lo que piensan. Conozco el amor, mueca obscena con que perpetuamos nuestra carne envilecida.

El Poeta – ¡Amanece, alma mía! La ola divina se esparce por la naturaleza. La aurora es tan radiante y tan pura como si no hubiera hombres. Empapa tu pena en la sagrada paz de la mañana. Deja acercarse las graciosas visiones que la bruma cuaja en el seno de los valles para desvanecerlas después en el azul infinito del cielo. Entrégate a la inmortal belleza de las cosas.

El Alma – El hombre ha asesinado la belleza. Mis fuerzas se acabaron. Quiero caer al hueco sin fondo del olvido.

El Poeta – Sobre la mentira de los falsos hermanos, sobre la estupidez colosal de los pueblos y sobre la frívola perfidia de las mujeres está el misterio. Alma mía, hija del misterio, desgárrate a ti misma para encontrar la verdad, y deja tus jirones fecundos en las zarzas de la senda. El alba resplandece. Todo se agita y cruje, llora y canta. Es la hora de la lucha.

El Alma – ¡Qué importa!

El Poeta – ¡Calla!... Vienen...

El Alma – Pasos... Son los pasos de Judas.

El Poeta – ¡Oh, alma! ¿Morirás de rodillas?

El Alma – Poeta, tienes razón. Vamos.

EL POZO

Juan, fatigado, hambriento, miserable, llegó a la ciudad, a pedir trabajo. Su mujer y sus hijos le esperaban extramuros, a la sombra de los árboles.

– ¿Trabajo? -le dijeron-. El padre Simón se lo dará.

Juan fue al padre Simón.

Era un señor gordo, satisfecho, de rostros benigno. Estaba en la mitad de su jardín. Más allá había huertos, más allá parques. Todo era suyo.

– ¿Eres fuerte? -le preguntó a Juan.

– Sí, señor.

– Levántame esa piedra.

Juan levantó la piedra.

– Ven conmigo.

Caminaron largo rato. El padre Simón se detuvo ante un pozo.

– En el fondo de este pozo -dijo- hay oro. Baja al pozo todos los días y tráeme el oro que puedas. Te pagaré un buen salario.

Juan se asomó al agujero. Un aliento helado le batió la cara. Allá abajo, muy abajo, había un trémulo resplandor azul, cortado por una mancha negra. Juan comprendió que aquello era agua, el azul un reflejo del cielo y la mancha su propia sombra.

El padre Simón se fue.

Juan pensó que sus hijos tenían hambre, y empezó a bajar. Se agarraba a las asperezas de la roca, se ensangrentaba las manos. La sombra bailaba sobre el resplandor azul. A medida que descendía, la humedad le penetraba las carnes, el vértigo le hacía cerrar los ojos, una enormidad terrestre pesaba sobre él. Se sentía solo, condenado por los demás hombres, odiado y maldito; el abismo le atraía para devorarlo de un golpe.

Juan pensó que sus hijos tenían hambre, y tocó el agua. La tuvo a la cintura. Arriba, un pedacito de cielo azul brillaba con una belleza infinita; ninguna sombra humana lo manchaba. Juan hundió sus pobres dedos en el fango, y durante muchas horas buscó el oro.

Encontró una pepita; la adivinó, era fría, lisa y pesada. Se sintió con fuerzas para subir. Cuando salió del pozo, apenas conseguía tenerse en pie: estaba empapado hasta los huesos y sus ropas desgarradas.

Llevó el oro al padre Simón, del cual recibió una moneda de cobre.

Todas las mañanas bajaba Juan al pozo. Todas las tardes subía con una pepita o dos. Sus hijos comían pan, su mujer sonreía a veces, y esto le parecía una felicidad extraordinaria.

Entretanto, su cabeza comenzaba a temblar y tenía fiebre por las noches.

Un día encontró en el pozo otra cosa. Una piedrecita oscura, densa, se la llevó al padre Simón.

El padre Simón se fue a cenar, con la piedra en el bolsillo. Se sentó a la mesa, y enseñó el hallazgo a su mujer, llena de honorabilidad y de diamantes.

– ¿Será algún rico mineral? -se preguntaron.

La piedra al secarse se desmoronaba.

– ¿O alguna especie de pólvora? -murmuró el viejo.

– Lo haré analizar.

Recogió con prudencia los granos en una tarjeta, y los colocó en sitio seguro. Sobre el mantel había quedado un polvillo impalpable. Mientras servían la sopa, el padre Simón, distraídamente, se puso a golpearlo con el canto del cuchillo.

Un estampido formidable rasgó el aire de la providencia. La ciudad entera había volado... Un silencio enorme... Después los clamores de los que agonizan, de los que se vuelven locos...

La choza en que vivía Juan, baja y ligera, no sufrió mucho. Algunos trozos de barro se desprendieron de las paredes. Al oír la detonación, la familia se echó afuera. En el flanco de la colina, a lo lejos, se distinguía lo que restaba de la ciudad, un campo de escombros humeantes. Al sol poniente, las ruinas se envolvían en vapores de oro. El hombre y la mujer estaban atónitos, inmóviles. Los niños reían y saltaban.

¿RECUERDAS?

Era en el cariñoso silencio de nuestra casa. Por la ventana abierta entraba el aliento tibio de la noche, haciendo ondular suavemente el borde rizado de la pantalla color de rosa. La luz familiar de la vieja lámpara acariciaba nuestras frentes, llenas de paz, inclinadas a la mesa de trabajo. Tú leías, y escribía yo. De cuando en cuando nuestros ojos se levantaban y se sonreían a un tiempo. Tu mano posada como una pequeña paloma inquieta sobre mí, aseguraba que me querías siempre, minuto por minuto. Y las ideas venían alegremente a mi cerebro rejuvenecido. Venían semejantes a un ancho río claro, nacido para aliviar la sed dolorosa de los hombres.

Las horas pasaron, y un vago cansancio bajó a la tierra. Cerraste el libro; mi pluma indecisa se detuvo. Concluía la jornada, y el sueño descendía sobre las cosas. Y el sueño era reposo. No teniendo nada que soñar, deseábamos dormir, dormir y despertar con la aurora para seguir viviendo el sueño real de nuestra vida. Y nos miramos largamente, y vivimos la vida en el hueco sombrío de nuestras órbitas.

La veíamos y la comprendíamos. Por estrecharla nos abrazamos. Nuestras bocas al interrogarla chocaron una con otra, y no se separaron. La dulzura de tu piel languideció mi sangre. Tu corazón empezó a latir más fuertemente. La vida se apoderaba de nosotros, estrujándonos con la voluptuosidad de sus mil garras. Inmóviles a la orilla del abismo, saboreábamos de antemano la delicia mortal...

De pronto un objeto minúsculo cayó sobre el disco del delgado bronce que tus cabellos rozaban.

Era una mariposilla de oro. Quedó yerta un momento. Y con repentina furia comenzó a agitarse contra el metal. Sus alas pálidas vibraban tan rápidas que parecían un tenue copo de bruma suspendida. Su cabecita embestía el bronce y resbalaba por él, y la loca mariposa giró en giro interminable a lo largo del cóncavo y brillante surco. Una convulsión uniforme galvanizaba aquella molécula de polvo y de pasión. Su volar titánico daba una continua y tristísima nota de violín enfermo. Hipnotizados por el leve y tenaz gemido, contemplamos la lucha del insecto contra su enemigo invisible.

¡Enemigo poderoso! La espiral frenética se contraía. Llegaba al paroxismo delirante. El vientrecillo arqueado se retorció y en un espasmo cruel se desgarró por fin, brotando un racimo de fecundada simiente...

Y la tristísima nota seguía aún quejándose, chisporroteo eléctrico que acababa de abrasar las pobres alas pálidas. Y sentimos el enorme peso de la Naturaleza gravitar sobre el cuerpecillo moribundo, la formidable presión del destino escapar silbando a través de una rendija imperceptible. Y el lamento cesó, y las alas se acostaron para siempre, asesinadas por la vida...

Y volvimos a ver la vida en el hueco sombrío de nuestras órbitas. La vimos enlazada con el amor y con la muerte. Temblando de felicidad, nos desplomamos juntos en el lecho blanco...

LA MUÑECA

Se celebraba en el palacio de los reyes la fiesta de Navidad. Del consabido árbol, hincado en el centro de un salón, colgaban luces, cintas, golosinas deliciosas y magníficos juguetes. Todo aquello era para los pequeños príncipes y sus amiguitos cortesanos, pero Yolanda, la bella princesita, se acercó a la reina y la dijo:

– Mamá, he seguido tu consejo, y he pensado de repente en los pobres. He resuelto regalar esta muñeca a una niña sin rentas; creo oportuno que Zas Candil, nuestro fiel gentilhombre, vaya en seguida a las agencias telegráficas para que mañana se conozca mi piedad sobre el haz del mundo, desde Canadá al Japón y desde el Congo a Chile. Por otra parte, este rasgo no puede menos que contribuir a afianzar la dinastía.

La reina, justamente ufana del precoz ingenio de su hija, le concedió lo que deseaba. Zas Candil se agitó con éxito. Jesús nos recomienda que cuando demos limosna no hagamos tocar la trompeta delante de nosotros, pero sería impertinente exigir tantas perfecciones a los que ya cumplen con pensar en los pobres una vez al año. ¡El año es tan corto para los que se divierten! Además, el divino maestro se refería sin duda a la verdadera caridad.

No faltaba sino regalar la muñeca, ¿A quién? Una marquesa anciana, ciega, casi sorda y parálitica, presidenta de cuanta sociedad benéfica había en el país, fue interrogada, sin resultado. Su secretaria y sobrina, hermosa joven, propuso candidato inmediatamente. Ella era activa: sabía bien dónde andaban los pobres decentes, religiosos; se consagraba en cuerpo y alma a sus honorarias tareas, que le permitían citarse sin riesgo con sus amantes.

He aquí que Yolanda, la bella princesita, se empeña en presentar su regalo en persona.

– ¡Una muñeca! -refunfuña la marquesa-. Mejor sería un par de mantas.

– ¡Oh! -protesta la secretaria-. Un juguete, traído por un hada, vale más que el pan y la salud: es el ensueño. Y si el hada se parece a Su Alteza, no necesita ofrecer otra cosa. Su palma vacía, como dijo Musset, es ya un tesoro.

La reina estaba inquieta. ¡Su Yolanda exponerse en aquellos barrios, en aquellas casas, llenas de microbios! En fin; hubo de ceder: desinfectarían a la princesa lo más a fondo posible cuando regresara.

Al día siguiente el automóvil regio que conducía a Yolanda, a su muñeca, a su aya y a Zas Candil, en busca de una niña pobre, se detuvo; no cabía en la calle. Los augustos y compasivos personajes bajaron, se torcieron los pies en los adoquines puntiagudos; se encaramaron por una tenebrosa y empinada escalera, y entraron al cabo en una pieza sórdida.

Una mujer cosía; un hombre fumaba; metida dentro de un lecho sucio, una niña pálida movía los dedos en la sombra.

Yolanda, con la muñeca en la mano, se adelanta, elegantísima, ideal.

– Amiga mía; soy la princesa Yolanda; vengo a regalarte mi muñeca. Toma.

La niña enferma alarga sus brazos flacos, toma la muñeca, y la muñeca y ella se miran de hito en hito.

¿Cómo? ¿Ni las gracias? Los ojos de Yolanda se acostumbran a la oscuridad y ven con asombro, sobre el lecho sucio, otras muñecas iguales a la suya, cuatro, seis, unas sin cabeza, otras sin miembros, unas completas pero desnudas, otras a medio vestir... el hilo, la aguja, la tela por cortar, los dedos que se movían...

– Su muñeca, señorita princesa, es de las que trabaja mi nena -dice el hombre-. La fábrica entrega la pasta ya pintada y lista y aquí se rellena y se cose... No es mucho lo que nos ayuda... media lira... como para comprar un litro de leche fresca... No, deje, deje, la muñeca siempre nos servirá. La volveremos a llevar a la fábrica.

LA TEMPESTAD

No podía salir de casa sin pasar por la quinta, ni pasar sin entrar en el jardín cuyos cálices, siempre renovados, halagaban mi corazón. La puerta de hierro retorcido cedía confidencialmente a mi presión discreta; mis pasos hacían rechinar demasiado la arena del sendero; las anchas ventanas se abrían entre el verdor jugoso y sombrío de los árboles, y me amenazaban con sus miradas espías y burlonas; una timidez deliciosa me invadía. De pronto una risa juvenil cantaba como un pájaro raro en el aire de oro; una ondulante figura blanca, parecida a una gran flor errante, se desprendía de las flores, y mi amable destino, la señorita Luz, avanzaba hacia mí.

Luz tenía noble estatura y carne de amazona. Su cabellera ardiente la coronaba como un casco de llamas. La pureza de su alma batalladora y alegre resplandecía en sus claros ojos de un gris húmedo y sembrado de polvillo de estrellas. ¡Cuántas veces los había visto de cerca, y había navegado por aquella inocencia profunda y límpida, por aquel doble firmamento transparente que mezclada a mi sangre la voluptuosidad cordial de aquellas manos finas y ágiles, cálidas y robustas, tan dulces, tan buenas! Jamás había dicho a Luz una palabra de ternura y, sin embargo, me confesaba aterrado que sus manos y sus ojos se habían apoderado de mi vida.

La tarde de mis recuerdos me recibió Luz ceremoniosamente. Tía Cornelia y mamá Aurelia, las damas de retrato antiguo que solían deslizar sus silenciosas figuras de sueño en torno de una virgen inquieta, no habían vuelto aún de sus visitas campesinas, y la gentil dueña me llevó hasta la sala ancha y reluciente, de altos y católicos muebles resinados. El viejo piano, de madera seca y sonora, enseñaba sus cóncavas teclas amarillas, desfallecientes cual huesos ancianos, y el atril ofrecía las lágrimas negras de una romanza sin edad. El cielo se encapotaba; una bruma de sombra bañaba el aposento, y en el rostro de Luz se advertía una severidad nueva. Creí comprender que mi presencia era imprudente y quise alejarme.

– No, quédese usted -me dijo, nerviosa-. Comienza a llover, y se nos echa encima la tormenta.

Callamos. Ella se sentó un instante al piano marchito, que elevó sus temblorosos acentos del pasado, ahuyentados de pronto al retumbar del primer trueno. Nos acercamos a los ventanales batidos por la lluvia. Los amplios cristales de una pieza vibraban arañados por el agua; las gotas en ellos juntaban en seguida su fresco llanto, y los hilos líquidos, entrecruzados a la manera de arterias que laten, descendían rápidamente. Un denso párpado oscuro caía sobre el horizonte, y en la órbita del mundo nacían fulgores siniestros. La belleza del cuadro era digna de la mujer inmóvil que lo contemplaba.

Entonces, sin atreverme a apartar la vista de la tempestad, hablé en voz queda. Desgrané, balbuciendo, el rosario de mis inquietudes, recé la letanía de mis adoraciones, descubrí el humilde tesoro de mis esperanzas.

CASUS BELLI

La escena en la campiña de Chile. Si prefieren la del Perú, no hay inconveniente. El cuento sería poco más o menos el mismo.

Un hermoso militar, tanto más hermoso cuanto que va armado hasta las uñas, y el acero brilla alegre al sol, se apea a la puerta de un rancho.

– ¡Eh! ¿No hay nadie?

– Entre.

Una mujer en la cama, chiquillos sucios por el suelo.

– Vengo por Juan.

– ¡Ay, Jesús! Está en la chacra.

– ¡Al diablo la chacra! Me lo llevo al batallón. Estamos por declarar la guerra.

– ¡Ay, Jesús!

Juan llega pesadamente, azada al hombro. Suda: ya se sabe que es por maldición expresa del Dios de misericordia.

El campesino se entera. El del sable explica.

– ¿Entiendes? El ministro de acá mandó de obsequio una corona al ministro de allá, y el de allá se la devolvió al de acá. Ya ves... ¡Una porquería, una infamia! Tenemos que degollarlos a todos.

– ¿A quiénes?

– A los peruanos.

– Yo creía que era a los bolivianos, pero es igual.

- ¿Qué será de nosotros? -llora la mujer.
- Tú, como estás enferma, no puedes trabajar. Si tardo, si no vuelvo, vendes el rancho...
- En tiempo de guerra no habrá quien se lo compre -dijo el de las espuelas sonoras.
- Bueno, ya lo oyes: ¡revientas! Los niños se te mueren de hambre. O se te acercan fuerzas amigas o enemigas y te saquean el cofre y te queman la casa.
- ¡Ay Jesús! ¡Qué desdicha!
- Desdicha no, gloria sí -dice el guerrero-. Marchemos, Juan.
- Adiós -balbucea el labrador-. ¿Qué quieres? Como el ministro devolvió la medalla...
- No era medalla, era corona -corrige el héroe-. ¡Qué torpe andas de entendederas hoy!
- La impresión... -suspira Juan.

Y los dos hombres caminan, uno a caballo y el otro a pie, por en medio del inmenso campo. La tarde respira con sosiego. El espacio se ensancha desmesuradamente, en su acariciadora transparencia. El crepúsculo, fresco y puntual, se aproxima. Las bestias, cansadas de roer, se detienen y quizás reflexionan. Los árboles parecen soñar, balanceando apenas su follaje. Me temo que se trata de una paz fingida: bajo tierra las raíces se estrangulan entre sí; la espesura ahoga los débiles tallos, y por todas partes hay plantas amarillentas que se mueren de sed. De cuando en cuando una hoja cae, asesinada por sus compañeras. Y esas rápidas y graciosas curvas de los pájaros en el aire no son cosa de juego: ¡en ellas perecen tantos honrados insectos invisibles!

Juan resume largas meditaciones en la siguiente frase:

- ¿Y qué tenemos nosotros que ver con el ministro?

Una mirada furiosa cae sobre aquel sacrílego que se atreve a razonar cuando peligra la patria.

- Si no tuviéramos que ver con el ministro, ¿a qué servirían tantos soldados, tanto cañón, tantos oficiales, y los cuarteles, y los parques, y los aprovisionamientos? Los millones que eso ha costado, ¿crees que son para tirarlos al mar? Ahora que se presenta una ocasión de lucirnos, ¿la hemos de perder?

- Sí -dice Juan-. Pero el ministro... Yo no sé bien lo que es un ministro. ¿Tú lo sabes?

Un ministro es algo complicado. Los dos hombres caminan en silencio. En torno hay una gran calma, penetrante y dulce. La noche baja tranquila. Todo se recoge y enmudece. La naturaleza prepara en la sombra sus horrores habituales.

- Yo sé lo que es un ministro, Juan; lo malo es que no soy capaz de darme a entender. Y te diré la verdad: se me figura que tienes miedo. Eres un cobarde. Debería pegarte un tiro.

- ¿Cobarde yo? -dice Juan temblando-. ¿Acaso no abandoné casa, chacra, mujer, hijos? ¿No te obedecí? Lo cual te probará que soy valiente.

- Si lo eres, si eres chileno, mata peruanos.

– Mataré cuantos pueda.

Al fin, de noche cerrada, ganan el batallón. Allí se le arma a Juan Caballero. Le ponen machete al cinto, y en las manos un fusil de siete disparos. ¡Siete! Siete vidas que apagar con el dedo, como si fueran moscas.

Entonces Juan se siente fuerte, se siente hombre. De pronto comprende lo que no comprendía. Se dirige al hermoso militar reclutador, y le vocifera:

– ¡Muera Bolivia!

– ¿Cómo?

– Digo... ¡Muera el Perú!

EL NIÑO Y EL REY

Había un niño que tenía a su rey por el hombre más hermoso del mundo; se consumía en deseos de contemplarlo, y habiendo sabido que Su Majestad iría aquella mañana a pasear al parque público, acudió desde el alba, palpitante de curiosidad.

Esta manía de ocuparse del rey y esta idea de que era hermoso son extrañas en un niño moderno. Se trata sin duda de un candidato a la neurastenia, condenado tal vez a un romántico suicidio. Ya dijo La Fontaine que a esa edad no hay compasión: ¿es normal que en ella haya poesía? Los niños son crueles, glotones y envidiosos; son perfectos hombrecitos, y el tiempo, incapaz de transformar la índole de sus pasiones, les enseña solamente el disimulo. Además, ¿es verosímil que nuestro pequeño soñador no hubiera visto interesado en ello como estaba, uno de los infinitos retratos reales que ruedan por revistas, anuncios y prospectos, se pegan a los muros, se muestran en los escaparates, y presiden las asambleas, desde el parlamento donde se votan acorazados a la humosa taberna donde los marineros se dan de puñaladas? Ese niño excepcional, ¿no iba a la escuela? En la escuela, en los libros de clase, ¿no había una efigie del rey? ¡Bah!

Pero no abusemos de la crítica. Acabaríamos por rechazar cuantas noticias nos llegan y no nos dignaríamos conversar. Aceptemos la historia; es interesante, y por lo tanto encierra alguna verdad, porque la verdad es lo que nos hace efecto. El niño, intrépido amigo de los príncipes de leyenda que, como el de Bocaccio, se sientan a la cabecera de humildes vírgenes por ellos enfermas de amor, esperó inútilmente. Las horas pasaron. Aburrido se dirigió a un caballero gordo que andaba por allí.

– Señor, ¿qué hora es? Aguardo al rey que debía venir, al rey más bello de la tierra.

El caballero gordo, que era naturalmente Su Majestad, se guardó bien de deshacer el equívoco. Jamás había encontrado un juez tan formidable como aquel muñeco. Su vida de príncipe, sus aventuras vulgares de soltero rico, sus apuros de *dandy* pródigo, sus deudas, que al fin no se decidía a pagar ningún banquero de Europa y que le abrumaron hasta que su madre, muriéndose por fin, le salvó dejándole con el trono la firma de la patria, su pasado convencional y nulo le oprimió de pronto con más fuerza que nunca. ¿El Rey? No, no era el Rey: no tenía nada de común con los Reyes, los gigantes que llevaban sus pueblos a hombros, y que, ungidos por los santos, discutían con Dios. ¿Y por añadidura jefe de la Iglesia? Ni siquiera era el Rey de la moda: ahora un actor francés y un espadachín divorciado de una norteamericana

eran los que imponían a ambos continentes la nueva corbata, la nueva levita. Y el Rey se avergonzó ante el niño, se avergonzó de tener tanto vientre y los ojos turbios, subrayados por lívidas ojeras, y las mejillas colgando. Se sintió lo que era, un viejo que no se había divertido mucho, y nada más.

Volvió tristemente a su palacio. La magnificencia de la corte, girando en torno de él, le hizo recordar por un instante la despreocupación cotidiana. Pero de noche se indispuso. Llamó a su médico, y tomó órdenes con entera obediencia. El médico era el amo; su hierro había entrado ya en las carnes del Rey. Su Majestad se durmió en compañía de la muerte.

Mientras tanto, el niño poeta meditaba otra maniobra para admirar de cerca al monarca más hermoso del mundo.

UN FALLECIMIENTO

Se llamaba Carlos, tenía doce años y venía corriendo de la escuela. Su padre estaba enfermo. "Cuando llegue me dirán que está bien", pensaba el niño. "Le contaré como todos los días lo que ha pasado en clase, nos reiremos y almorzaré con más hambre que nunca".

Al subir las escaleras de la casa se encontró con el médico que bajaba despacio. Era un viejo de barba blanca, que tenía la costumbre de mirar por encima de los anteojos, inclinando su calva venerable. Pero esta vez su mirada huía, y su cuerpo procuraba descender deslizándose, pegado a la pared.

– ¿Cómo está papá? -preguntó Carlos.

El doctor, muy fastidiado, muy serio, movió la cabeza de un lado a otro, sin una sola palabra.

– ¿Está peor?

Igual gesto.

– ¿Mucho peor? -insistió el pequeño con voz temblorosa.

De repente su corazón comprendió y le hizo precipitarse a grandes saltos por la escalera arriba. Delante de la puerta había un hombre que abrió los brazos.

– ¿Dónde vas? No entres.

– Quiero ver a papá.

– No, ahora no. Ya lo verás después. Lo que vamos a hacer es marcharnos. Tengo que ir a un sitio.

– Quiero ver a papá.

– ¡Te digo que no!

Carlos dio un paso y se sintió cogido. Entonces, con ira desesperada embistió el obstáculo, lo volcó contra el muro, y pasó.

Amarillo, inmóvil, con el cuello doblado, los ojos caídos y un pañuelo blanco debajo de la barba, anudado sobre el cráneo, estaba su padre.

– ¡Papá! -sollozó el muchacho.

La madre, sentada a la cabecera, declamó:

– Bueno es que veas de cerca nuestra horrible desgracia. Acércate y besa a tu padre.

Dos o tres personas que había allí, callaban.

Carlos se arrojó llorando sobre el lecho, y apoyó su frente en el hombro del muerto. Una secreta repugnancia le hizo no besar la carne muerta.

Empezaban a llegar parientes y amigos que observaban en silencio, alargando la cara, y apretaban la mano de la madre con un gran suspiro. Algunos se arrodillaban un momento.

En seguida, la señora contaba la catástrofe por centésima vez.

– Esta mañana se quejaba. “¿Quieres que llame al médico?” – “No, no será nada” me respondía el pobrecito. “Esperaremos a que venga como de costumbre”. A las diez los dolores aumentaban. Yo le di entonces una pastilla de morfina. Esto le alivió un poco...

El niño seguía tendido junto al cadáver. Notó que el reloj de pared estaba parado. El reloj de la chimenea también.

– De repente, se siente peor. Comprendo que se desmaya. Al pobrecito se le venía encima el síncope, el síncope cardíaco, como lo ha probado el doctor... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

– ¡Tenga usted resignación!

– ¡Ten valor, siquiera por tu hijo!

– Mamá, ¿por qué están parados los relojes?

– ¡Están parados a la hora en que murió tu padre!

Marcaban las doce menos quince, y aquellas agujas negras que aguardaban algo para seguir su camino preocupaban a Carlos.

LA ROSA

La ancha rosa abierta empieza a deshojarse. Inclineda lánguidamente al borde del vaso, deshace con lento frenesí sus entrañas purísimas, y uno a uno, en el largo silencio de la estancia, van cayendo sus pétalos temblando. Aquella en quien se mezclaron los jugos tenebrosos de la tierra y el llanto cristalino del firmamento, yace aquí arrancada a su patria misteriosa; yace prisionera y moribunda, resplandeciente como un trofeo y bañada en los perfumes de su agonía.

Se muere, es decir, se desnuda. Van cayendo sus pétalos temblando; van cayendo las túnicas en torno de su alma invisible. Ni el sol mismo con tanto esplendor sucumbe. En las cien alas de rosa que despacio se vuelcan y se abaten, palpita la nieve inaccesible de la luna, y el rubor del alba, y el incendio magnífico de la aurora boreal. Por las heridas de la flor sangra belleza.

Esta rosa, más bella aún al morir que al nacer, nos ofrece con su aparición discreta una suave enseñanza. Sólo ha vivido un día; un día le ha bastado para ocupar la más noble cumbre de las cosas. Nosotros, los privados de belleza, vivimos, ¡ay!, largo tiempo. Nos conceden años y años para que nos busquemos a tientas y avancemos un paso. Y confiemos siquiera en que la muerte nos dará un poco más de lo que nos dio la vida. ¿A qué prolongaría la belleza su visita a este mundo extraño? No podemos soportar el espectáculo de la belleza sino breves momentos.

Los seres bellos son los que nos hablan de nuestro destino. La flor se despide; me habla de lo que me importa, porque es bella. Se va y no he comprendido. Desnuda al fin, su alma se desvanece y huye. El crepúsculo se entretiene en borrar las figuras y en añadir la soledad al silencio. Entre mis dedos cansados se desgarran los pétalos difuntos. Ya no son un trofeo resplandeciente, sino los despojos de un sueño inútil.

REGALO DE AÑO NUEVO

En aquella época éramos muy pobres. A mí me habían dado un modesto empleo en el ministerio de las finanzas, a fuerza de intrigas y de súplicas. En las horas libres traducía del inglés o del alemán obras interminables, pagadas por término medio a cinco céntimos la página. París es terrible. Mi mujer, cuando nuestros tres niños la dejaban tranquila, bordaba *para fuera*. De noche, mientras los niños dormían y mi pluma rascaba y rascaba el papel, la madre daba una lección de solfeo o de piano en la vecindad. Y con todo estábamos siempre contentos. Éramos jóvenes.

Teníamos -y creo que los tenemos aún- dos tíos riquísimos, beatos, viejos, *bien pensantes*, con hotel frente al parque Monceau, fundadores de capillas, incubadores de seminarios, y que no hacían caridad más que a Dios. Nos daban muchos consejos, procurando debilitar mis ideas liberales, y nos invitaban a cenar dos o tres veces al año. En su casa reinaba un lujo severo que nos cohibía, y nos aburríamos mucho con ellos. El tío Grandchamp era flaco, amarillo, amojamado. En él brillaba la moderación. Se dignaba revelar al público sus millones mediante un signo discreto: llevaba en el dedo meñique un diamante enorme, que maravillaba a nuestros pequeños hijos. La tía Grandchamp era gorda, colorada, imponente. Su charla insulsa e incesante nos fastidiaba más que la solemne circunspección de su esposo. No hablaba sino de su inmensa posición, de sus empresas piadosas, de sus amistades episcopales, de su próximo viaje a Roma; cuando se refería al supremo instante en que habría Su Santidad de recibirla en audiencia, sus gruesos labios, un poco velludos y babosos, avanzaban ávidamente como si saborearan ya las zapatillas del Pontífice.

Yo no sé por qué aguantábamos a nuestros tíos, por qué les respetábamos y hasta los escuchábamos con recogimiento; tal vez nos hipnotizara, sin darnos cuenta, un oro que para nosotros era inaccesible. Se mostraban tan avaros que desde que nos habíamos instalado en París no nos habían regalado nada. Por otra parte, ni siquiera nos era dado alegarnos con su muerte probable, a no ser que fuera esta alegría completamente desinteresada. Los tíos, en efecto, tenían un vástago; contra todas las apariencias habían resultado fecundos. El joven Grandchamp se llamaba Alfredito, se habían fundido en él los rasgos de sus padres: no era flaco ni gordo, charlatán ni callado. Comía y bebía con apetito y confiaba en la providencia. Si nos hubiéramos querido hacer a toda costa ilusiones con la fortuna de los Grandchamp,

hubiéramos tenido que desear el fin cercano de Alfredito y después el de sus progenitores, y esto era muy complicado.

Año nuevo. Almorzábamos en nuestra humilde casa. Nuestra mesa no ostentaba vajilla de plata ni cristales tallados, pero las risas volaban libremente en la claridad del sol de enero. Paulina y no mirábamos en éxtasis las cabezas rubias de los tres diablillos, cuyas manecitas untadas de dulce pedían más, siempre más golosinas, para festejar el año nuevo, la vida eternamente nueva que corría embriagadora por las venas del mundo...

De pronto, un ruido de carruaje, de caballos refrenados que se detienen a nuestra puerta. Corremos a la ventana. Son los Grandchamp, los tíos que vienen a visitarnos. ¡Extraños fenómenos! Los niños anhelaban ver también aquello. Hay que alzarlos. El tío baja primero, tiende la mano a la tía obesa que hace crujir el estribo y ladearse el coche... Pero ¿qué es esto? El lacayo arrastra en pos de la tía un fardo colosal, atado con múltiples cuerdas, y se lo echa al hombro penosamente. ¡Un regalo! ¡Los tíos por fin nos regalan algo! ¿Qué será? ¡Una cosa tan grande! Casi bailamos los cinco. Al cabo, después de rechinamientos de escalera, entran los tíos y el lacayo y el famoso paquete...

Abrazos. Felicitaciones. Besos a los nenes. La señora Grandchamp, en medio de un silencio ansioso, nos dice:

– Hijitos míos, les traigo como regalo de año nuevo algo muy útil en una casa como la suya... les servirá para mil menesteres... les será cómodo a cada momento...

– Pero ¿qué es?... ¿qué es?...

– ¡Periódicos viejos! ¡Todos los diarios del año!

AGUAFUERTES

PÓSTUMA

Para Meifren

La niña duerme...

Cada instante, más bellos los días que no volverán; cada instante, más bellos los prometidos días que no llegarán nunca...

La niña duerme... tan profundamente que el más fino de sus cabellos está inmóvil como una montaña; tan profundamente, que las horas se mueven lejos de ella... la niña duerme en su ataúd.

Era piadosa, y tan inocente que no se ruborizaba nunca. Los niños que empiezan a andar jugaban felices con ella, y cada noche le traía el reposo.

Con la noche, vino la muerte, y la muerte también la encontró dispuesta y dócil, y se la llevó donde ella sabe.

La niña duerme...

Preciso es que su alma compasiva se haya vuelto a mitad de camino un momento a dejar sobre esa frente el resplandor de paz sumisa que siempre estuvo en ella, y si yo levantara esos párpados sagrados, miraría otra vez la sagrada luz que serenaba mi vida.

Apenas bajo mi mano se entreabrieron...

Caían, caían por el rostro de la muerta; caían las lágrimas.

LAS MANOS

Cesaron de ignorarse, y se movieron en busca una de otra, por entre las batistas agitadas, arrastrándose hacia el deseo, profecía venida de lo alto. Los dedos masculinos, temblando de angustia, alcanzaron, por fin, resbalaron en un débil tumulto de caricias inciertas como un aliento oprimido. La mano de la hembra, bajo aquella voluptuosidad insuperable, iba desdoblándose, encogiéndose, hasta cerrarse en el cáliz temprano de una magnolia.

De repente, el eterno grupo trágico: garra hambrienta, músculos velludos de pirata que estrujan un corazón arrancado, y confusas alas prisioneras.

La piel sutil de la muñeca frágil cede como un pétalo; los suaves dedos vencidos se abren, y en la palma tibia, pálida, húmeda aún, late la vida.

HOY

Hoy es el día negro. ¿Dónde mi cotidiana herencia de luz?

He vagado por las calles borrachas de niebla, como yo de sombra. En el fondo de mi universo proyecta la nada sus desnudas tinieblas, disolventes de todo, las asesinas del silencio, minuciosas, devoradoras, lentas.

La tea de la vida cae de mis dedos apagándose... Manos rescatadoras, no les veo en mi oscuridad. ¿Vacías huyeron? Me baña la muerte persuasiva.

Únicamente soy una cosa cobarde, escondida en un rincón del tiempo. Torpes enemigos, sigan buscándome en la luz; mañana será tarde. Hoy se rindió el carcelero, y la jauría desatada se destroza a sí misma. Cada átomo de mi carne es una tímida ferocidad; yo una multitud esclava; yo el hermano de los humildes criminales.

Hoy vi sobre la estúpida faz del primitivo la costra de la miseria, olfateé la desesperación y el vicio y amé al pobre, porque mi corrupción es la suya. Con ella la piedad, como siempre, en las almas. Y me penetra la infame ternura. Por fin, nostálgico de la antigua madre; por fin inmóvil en el universal flujo, esperando la noche del pasado visible.

Hoy me entrego a las ágiles destructoras. A mi cintura los nudos para siempre de sus brazos. Ojos de grutas, suban a los míos. Corran las tibias bocas por mi cuerpo. Las orillas pasan. No las conozco ya, y a sentir comienzo el soplo de las regiones de donde no se vuelve.

EL AMANTE

Secreto rincón del jardín florido, breve edén, relicario de nostalgias y deseos, nido de felicidad...

Noche tibia, cargada de perfume suspirados por corolas que se abren amorosamente en la sombra... noche del verano dulce y maduro como la fruta que se inclina a tierra... noche de placer y de olvido...

Eulalia languidece en los brazos de su amante. ¿Es el leve soplo nocturno quien le acaricia los suaves cabellos de oro, o el aliento del hombre? Las hojas gimen quedamente...; pero no..., es la mano soñadora que se desliza temblando. No es una flor moribunda la que ha caído sobre los labios húmedos de Eulalia, sino la boca apetecida, deliciosa como la fuente en el desierto...

En el fondo del estanque, bajo los juncos misteriosos, pasan las víboras...

- ¡Él! -grita sin vos Eulalia-. ¡Huye!

Los pasos vienen por el sendero. Rechinan sobre la arena. Los pasos vienen...

- No puedo huir... Me verá..., me oirá...

- ¡Escóndete!

- ¿Dónde?

La luna enseña las altas tapias infranqueables, la superficie inmóvil del estanque, ensombrecida por los juncos...

Los pasos llegan...

Entonces el amante se hunde sigilosamente en el agua helada. Su cabeza y sus hombros desaparecen entre los juncos. Eulalia respira...

Ahora Eulalia languidece en los brazos de su marido... languidece de espanto. Piensa en las víboras.

- ¡Vámonos!... -implora.

Pero él quiere gozar de la noche tibia, cargada de perfumes, de placer y de olvido...

Y en el fondo del estanque, bajo los juncos misteriosos, junto al cadáver, pasan las víboras...

LA CARTERA

El hombre entró, lamentable. Traía el sombrero en una mano y una cartera en la otra. El señor, sin levantarse de la mesa, exclamó vivamente:

- ¡Ah! es mi cartera. ¿Dónde la ha encontrado usted?

- En la esquina de la calle Sarandí. Junto a la vereda.

Y con un ademán, a la vez satisfecho y servil, entregó el objeto.

– ¿En las tarjetas leyó mi dirección, verdad?

– Sí, señor. Vea si falta algo...

El señor revisó minuciosamente los papeles. Las huellas de los sucios dedos le irritaron. "¿Cómo ha manoseado usted todo!" Después, con indiferencia, contó el dinero; mil doscientos treinta; sí, no faltaba nada.

Mientras tanto, el desgraciado, de pie, miraba los muebles, los cortinajes... ¡Qué lujo! ¿Qué eran los mil doscientos pesos de la cartera al lado de aquellos finos mármoles que erguían su inmóvil gracia luminosa, aquellos bronce encrespados y densos que relucían en la penumbra de los tapices? El favor prestado disminuía. Y el trabajador fatigado pensaba que él y su honradez eran poca cosa en aquella sala. Aquellas frágiles estatuas no le producían una impresión de arte, sino de fuerza. Y confiaba en que fuera entonces una fuerza amiga. En la calle llovía, hacía frío, hacía negro. Y adentro la llama de la enorme chimenea esparcía un suave y hospitalario calor. El siervo que vivía en una madriguera y que muchas veces había sufrido hambre, acababa de hacer un servicio al dueño de tantos tesoros... pero los zapatos destrozados y llenos de lodo manchaban la alfombra.

– ¿Qué espera usted? -dijo el señor impaciente.

El obrero palideció.

– ¿La propina, no es cierto?

– Señor, tengo enferma la mujer. Deme lo que guste.

– Es usted honrado por la propina, como los demás. Unos piden el cielo, y usted ¿qué pide? ¿Cincuenta pesos, o bien el pico, los doscientos treinta?

– Yo...

– ¿Qué le debo ceder de mi dinero? ¿El cinco por ciento, el diez? ¿Le debo algo? ¡Conteste! ¿Qué parte de su fortuna deben los ricos a los pobres? ¿No se lo ha preguntado usted nunca? Si le debo algo, ¿por qué no se lo tomó? ¡Hable!

– No me debe usted nada...

– Y sin embargo, esperaba usted un mendrugo, un hueso que roer. No: usted es un héroe: ama la miseria, desprecia el dinero. Pero los héroes no mendigan propinas. ¡Vaya un héroe, que no se atreve a clavarme la vista, ni a sentarse en presencia del vicioso! Yo adoro los vicios; comer calandrias traídas de Europa, trufas, *foie gras*, beber Sauternes, Pommardi y Mumm -¿comprendes?- y entreabrir los más deliciosos muslos de mujer con que jamás soñaste, y colgar en mi cuarto pinturas que valen lo que el resto de la casa. Yo no miento como tú; yo digo claro lo que me gusta, lo que conquisté. Y no lo conquisté devolviendo carteras, y pidiendo limosnas.

El señor se divertía excesivamente. El obrero empezó a temblar.

– El honrado espera la propina. La espera de mi bondad, es decir, de mi cobardía. Yo no soy de los que sueltan cien pesos para consolarse de tener un millón. No te daré un centavo.

¿Honrado, tú? Eres despreciable y perverso. ¿Honrado, tú, que has tenido en la mano la salud de tu mujer, la alegría de tus niños y has venido a entregármela?

El obrero vio en los ojos azules del señor algo glacial y triste: la verdad; y siguió temblando. El señor cogió los billetes de la cartera y los arrojó al fuego. Ardieron, y el obrero ardió también de repente. Agarró el cuello del capitalista y trató de echarle a tierra para pisotearlo. Pero no pudo; su enemigo estaba bien alimentado y hacía mucha esgrima en el club; el infeliz intruso fue dominado, alzado en vilo, lanzado del aposento, precipitado por las escaleras, despedido a la calle, donde llovía, donde hacía frío y caía la noche...

Y el señor sonrió considerando que por algunos instantes había convertido un esclavo abyecto en hombre, él, que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso.

LA MADRE

Una larga noche de invierno. Y la mujer gritaba sin cesar, retorciendo su cuerpo flaco, mordiendo las sábanas sucias. Una vieja vecina de buhardilla se obstinaba en hacerla tragar de un vino espeso y azul. La llama del quinqué moría lentamente.

El papel de los muros, podrido por el agua, se despegaba en grandes harapos que oscilaban al soplo nocturno. Junto a la ventana dormía la máquina de coser, con la labor prendida aún entre los dientes. La luz se extinguió, y la mujer, bajo los dedos temblorosos de la vieja, siguió gritando en la sombra.

Parió de madrugada. Ahora un extraño y hondo bienestar la invadía. Las lágrimas caían dulcemente de sus ojos entornados. Estaba sola con su hijo. Porque aquel paquetito de carne blanda y cálida, pegado a su piel, era su hijo...

Amanecía. Un fulgor lívido vino a manchar la miserable estancia. Afuera, la tristeza del viento y de la lluvia. La mujer miró al niño que lanzaba su gemido nuevo y abría y acercaba la boca, la roja boca, ancha ventosa sedienta de vida y de dolor. Y entonces la madre sintió una inmensa ternura subir a su garganta. En vez de dar el seno a su hijo, le dio las manos, sus secas manos de obrera; agarró el cuello frágil y apretó. Apretó generosamente, amorosamente, implacablemente. Apretó hasta el fin.

MARGARITA

Margarita era una niña ingenua...

Juan fue su primer enamorado. Con el corazón lleno de angustia, el afán en los ojos y la súplica temblorosa en las manos, Juan le confesó su amor profundo y tímido. Margarita riendo le contestó: "Eres feo y no me gustas". Con lo que Juan murió de sentimiento. Margarita era una niña ingenua.

Pedro se presentó después. Tenía bigotes retorcidos y mirada de pirata. Al pasar dijo a Margarita: "¿Quieres venir conmigo?" Margarita palpitante le contestó: "Eres hermoso y me gustas. Llévame". Se poseyeron en seguida, y Margarita quiso desde entonces amar a Pedro a

todas horas, sin sospechar que su pasión era exagerada. Pedro no pudo resistir, y murió extenuado en poco tiempo. Margarita era una mujer ingenua...

La entusiasmaba lo que brilla, el sol, el oro, el rocío en las perfumadas entrañas de las flores y los diamantes en las vitrinas de los joyeros. Como era bella, un viejo vicioso le dio oro y diamantes. El rocío y el sol no estaban a la venta. Margarita, volviendo la cara contra la pared, entregaba al vicio del viejo su cuerpo primaveral. El viejo sucumbió pronto, dejando pegada para siempre a la fresca y pura piel de Margarita una enfermedad vergonzosa. Margarita era una mujer ingenua...

Creía en los Santos. La exaltaban las místicas volutas del incienso, las mil luces celestiales que centelleaban en el altar mayor, tragaba a su Dios todos los domingos, y una mañana de otoño le dio su alma, adornada con la bendición papal. Margarita era una viejecita ingenua...

LA ÚLTIMA PRIMAVERA

Yo también, a los veinte años, creía tener recuerdos.

Esos recuerdos eran apacibles, llenos de una melancolía pulcra. Los cuidaba y hacía revivir todos los días, del mismo modo que me rizaba el bigote y me perfumaba el cabello.

Todo me parecía suave, elegante. No concebía pasión que no fuera digna de un poema bien rimado. El amor era lo único que había en el universo; el porvenir, un horizonte bañado de aurora y, para mirar mi exiguo pasado, no me tomaba la molestia de cambiar de prisma.

Yo también tenía -¡ya!- recuerdos.

Mis recuerdos de hoy...

¿Por qué no me escondí al sentirme fuerte y bueno? El mundo no me ha perdonado, no. Jamás sospeché que se pudiera hacer tanto daño, tan inútilmente, tan estúpidamente. Cuando mi alma era una herida sola, y los hombres moscas cobardes que me chupaban la sangre, empecé a comprender la vida y a admirar el mal. Yo sé que huiré al confín de la tierra, buscando corazones sencillos y nobles, y que allí, como siempre, habrá una mano sin cuerpo que me apuñale por la espalda. ¿Quién me dará una noche de paz, en que contemple sosegado las estrellas, como cuando era niño, y que una almohada en que reposar después mi frente tranquila, segura del sueño?

¿Para qué viajar, para qué trabajar, creer, amar? ¿Para qué mi juventud, lo poco que me queda de juventud, envenenada por mis hermanos?

¡Deseo a veces la vejez, la abdicación final, amputarme los nervios y no sentir más la eterna, la horrible náusea!

Desde que soy desgraciado, amo a los desgraciados, a los caídos, a los pisados.

Hay flores marchitas, aplastadas por el lodo, que no por eso dejan de exhalar su perfume cándido. Hay almas que no son más bondad. Yo encontraré quien me quiera. Si esas almas no existen quiero morir sin saberlo.

En un rincón miserable, en una buhardilla, debajo de un puente, en el hueco de una peña, no sé dónde, ni en qué continente, me espera mi hermana.

Yo la encontraré. Y no la dejaré escapar, no. Y viviré mi última primavera.

LA RISA

Se nos fue la risa de los niños, la risa de los dioses; ya no desborda nuestra alma y nos tortura la sed. La música de la risa se cambió en hipo; se cambió en mueca la onda pura que resplandecía sobre los rostros nuevos. La risa ahonda nuestras arrugas y revela mejor nuestra decrepitud.

La risa noble se volvió alevosa. El signo de la alegría plena se convirtió en signo de dolor. Si oyen reír, es que alguien sufre. Hemos hecho de la risa una daga, un tósigo, un cadalso. Se mata y se muere por el ridículo. Nuestro patrimonio común parece tan ruin, que el poder consiste en la miseria ajena, y la dicha en la ajena desventura. Nos repartimos aviesamente la vida, y nos reconforta la agonía del prójimo. Náufragos hambrientos apiñados sobre una tabla en medio del mar, nos alivia el cadáver amigo que viene a refrescar las provisiones. Entonces reímos, enseñando los dientes.

¿Dónde están las carcajadas que nos rechinan y rugen y gimen, las que no hacen daño?

Es cómico perder el equilibrio, caer y chocar contra la realidad exterior, que, cómplice de los fuertes, siempre se burla. Por eso el justo es risible: ignora la realidad, ya que ignora el mal. Por eso no es digna de risa la doblez, sino la confianza; no la crueldad, sino la blandura de corazón. Un loco malvado no será nunca tan grotesco como un loco generoso. ¿Quién levará el celeste semblante de Don Quijote, escupido por las risotadas de los hombres? También los hombres se rieron de Jesús, y le escupieron.

Aunque no sea más que en efigie, el público necesita risa, necesita sangre. La risa es casi todo el teatro.

Y siendo el dolor de cada uno de los demás, manifestado fuera de ellos, la risa universal es un quejido. Escúchenla bien, y descubrirán en ella los espasmos del sollozo. No hay mayor amargura que reírse de sí mismo, y esto es a lo que cualquiera risa se reduce. La risa llora y maldice. Es la convulsión del animal enfermo, el aullido de pavor ante el desastre. Es la rebelión contra la fatalidad de haber nacido; así la risa, ensuciando la fuente del amor, ha inventado la obscenidad y ha degradado nuestros cuerpos; ha deshonorado el deseo y ha hecho de la reproducción un espectáculo bufo.

Y es preciso reír, hasta la muerte y hasta de la muerte. Mal necesario, al realizarse desaparece. Riamos para limpiar de nuestro espíritu el júbilo salvaje y para marchar serenos hacia nuestras víctimas.

AJENJO

Tres dedos de ajeno puro -tres mil millones de espacios de ensueño.

El espíritu se desgarrar sin dolor, se alarga suavemente en puntas rápidas hacia lo imposible. El espíritu es una invasora estrella de llama de alcohol fatuo. Libertad, facilidad sublime. El mundo es un espectro armonioso, que ríe con gestos de connivencia.

Ya sé... ¿qué sé? No sé; lo sé todo. La verdad es alegre. Un horno que sacude en la noche su cabellera de chispas. Ráfagas de chispas veloces, onda de fuego que se encabrita. Por todas partes la luz que abrasa. Arder, pasar, aullidos de triunfo.

La vida está desnuda. Me roza en su huída, me araña, la comprendo, la siento por fin. El torrente golpea mis músculos. ¡Dios mío! ¿Dios? Sí, ya sé. No, no es eso.

¿Y debajo? Algo que duerme. La vuelta, la vuelta a la mentira laboriosa. El telón caerá. No quiero esa idea terrible. Desvanecerse en las tinieblas, mirar con los ojos inmóviles de la muerte el resplandor que camina, bien. Tornar al mostrador grasiento, al centavo, al sudor innoble...

Ajenjo, mi ajenjo. ¿Es de día? Horas de ociosidad, de amor, de enormes castillos en el aire, vengan a mí. Mujeres, sonrisas húmedas, el estremecimiento de las palabras que se desposan, vírgenes, en las entrañas del cerebro, y cantan siempre...

Ajenjo, tu caricia poderosa abandona mi carne. Me muero, recobro la aborrecible cordura, reconozco las caras viles y familiares, las paredes sucias de la casa...

Las estrellas frías. Las piedras sonoras bajo mis talones solitarios. La tristeza, el alba. Todo ha concluido.

DÍALOGOS, CONVERSACIONES Y EPIFONEMAS

LA FUERZA

Don Justo (jurisconsulto). – Es cosa hecha.

Don Angel (propagandista libertario). – ¿La guerra, por fin?

Don Justo. – Al contrario, la paz.

Don Tomás (médico). – Era de prever. Austria aplastaría rápidamente a Turquía, de modo que ha hecho bien apropiándose lo que puede conservar. Ustedes (a *don Angel*), los emancipadores sociales, no quieren comprender que la paz supone la sumisión a un poder más alto. La desigualdad es el fundamento del orden. ¿No han notado la plácida armonía de relaciones entre el hombre y el perro? Fomentar la igualdad, real o imaginada, es multiplicar sin medida las probabilidades de conflicto. Iguales, rivales y enemigos, son términos equivalentes. Bendigamos la flaqueza de Turquía, Servia y demás trozos de mosaico de los Balkanes. Los pueblos débiles cuando saben que lo son constituyen una garantía de equilibrio.

Don Angel. – Habla usted como un jefe caníbal, y me extraña no ver en torno de su cuello el clásico rosario de dientes arrancados a la vecina tribu.

Don Justo. – Los pueblos débiles constituyen una garantía de equilibrio. Esta frase de don Tomás se justifica por el sistema de las compensaciones.

Don Angel. – No entiendo.

Don Justo. – Es un sistema comúnmente usado en política internacional. Cuando a consecuencia de una guerra desgraciada o de cualquier otra circunstancia adversa, un país fuerte ha sufrido pérdidas en su territorio, en su movimiento comercial o industrial, los demás países fuertes le reconocen el derecho de una compensación, pagada por algún país débil. Éste a su vez exige su respectiva compensación a un país todavía más débil, y el fenómeno se repite hasta llegar a un país demasiado débil para pedir compensaciones a nadie. Entonces todo queda tranquilo. Así Francia, vencida y despojada por Prusia, ha buscado compensaciones en el norte de África. ¿Es posible concebir nada más justo? Austria, expulsada de Italia en 1866, ha buscado compensaciones en los Balkanes. España misma, privada de sus inmensas colonias, ha buscado su compensación en el Río Muni, y ha sido amablemente tratada en Algeciras. ¿En qué piensa usted?

Don Angel. – En los negros del Río Muni. ¿Quién es el encargado de compensarlos?

Don Tomás. – Ahí termina la serie, y la paz se afianza. ¿Pretende usted cambiar las leyes de la física?

Don Angel. – No es cuestión de física.

Don Tomás. – Le concedo que hay también un poco de química, por lo que se refiere a los explosivos. Y felicitémonos de conocer parte de esas leyes, y de ese ser capaces de calcular los acontecimientos. Europa no se moverá ante la anexión de Bosnia y Herzegovina, porque sería hacer traición a su historia el ponerse del lado del vencido. Reconocerá los hechos consumados, y no trastornará los métodos tradicionales. Estoy seguro de que la anexión era forzosa.

Don Justo. – Acierta usted. El público cree que Austria ha dado un golpe de mano. Sin embargo, el artículo XXV del Tratado de Berlín estipula que Austria ocupe y administre ambas provincias, con exclusión de toda otra potencia. Desde 1878, Bosnia y Herzegovina han estado prácticamente anexionadas. Los privilegios de Turquía se redujeron a que siguiera nombrándose al sultán en las plegarias y alzándose la bandera otomana en los minaretes. La moneda turca, naturalmente, desapareció. Se fue dibujando un sensible progreso. Cruzaron la comarca los ferrocarriles...

Don Angel. – Basta. Asomó el riel. Desde el momento que un salvaje se transporta a vapor, deja de ser salvaje.

Don Tomás (con suavidad). – Pero don Angel, ¿qué otro criterio tenemos para distinguir?

Don Justo. – Austria ha sido obligada a puntear las íes. La agitación panservianista, o paneslavónica, o lo que sea, se ha hecho intolerable, propagando la rebelión y el separatismo dentro de las provincias legales, por la Croacia, la Estiria, la Eslovenia. Añadan ustedes el derecho reciente de Bosnia y Herzegovina a enviar sus representantes al parlamento turco. En las ciudades, una prensa feroz: en los campos, bandas de aventureros discutiendo a puñaladas. Austria, frente a una verdadera revolución, ha obrado como ha debido. Europa entera lo reconoce, empezando por Italia. Hubo un atentado, no al fondo sino a la forma del tratado de Berlín, y el caso es de lamentar, aunque se subsane en una próxima conferencia.

Don Tomás. – Tal es el origen de las leyes: la manía de hacer respetable lo que no tiene remedio.

Don Justo. – ¡Oh! No sea usted así con nuestra maravillosa legislación. Los tratados internacionales son de diferente carácter.

Don Angel. – Lo que me indigna es que Austria haya elegido el instante en que Turquía, preocupaba por la conquista de sus libertades interiores, no estaba dispuesta a defenderse.

Don Tomás. – Por ahora, querido amigo, para ser libre fuera hay que ser esclavo dentro. ¿Por qué corta el acero? Porque sus moléculas están terriblemente encadenadas. Alemania es formidable: ¡setenta millones de ciudadanos dóciles! En el futuro luminoso con que usted sueña, quizá nos permitamos el lujo de ser libres en casa y más allá. Pero Turquía ha mandado hacer cañones. Esperemos.

Don Angel. – Confiesen ustedes que si Abdul Hamid tuviera diez veces el ejército que tiene...

Don Tomás. – ¡Bah! Si las condiciones del problema son distintas la solución también lo será. ¿Qué encuentra de particular en ello?

EL ORDEN

Don Justo. – Yo soy un hombre de orden. Estaré siempre del lado del gobierno, cuando no pretenda otra cosa que mantener el orden. Sin orden no hay civilización.

Don Tomás. – ¿Qué entiende usted por orden?

Don Justo. – Algo muy distinto de las bombas de dinamita y las locuras de los redentores sociales.

Don Tomás. – Yo no veo desorden en eso.

Don Justo. – ¿Qué será entonces el desorden?

Don Tomás. – No lo sé. Creo que no existe. En todo caso es una palabra sin sentido para nosotros. Se prende fuego a una mecha y la bomba estalla. ¿Qué desorden descubre usted ahí? El verdadero desorden sería que la mecha no ardiera y la dinamita no hiciera explosión. Una dinamita insensible a los fulminatos humanitarios no sería dinamita. Son fenómenos desagradables, no lo dudo, pero no tenemos motivo para sostener que el casco férreo que nos destroce el vientre no haya seguido una trayectoria conforme con las leyes de la mecánica. En torno de nosotros no hay más que orden.

Don Justo. – ¿Y también dentro del cerebro de los locos?

Don Tomás. – ¡Claro está! ¿Qué nota usted de extraordinario en que los locos hagan locuras? Lo raro sería que las hicieran los cuerdos.

Don Justo. – Y no los llamaríamos cuerdos...

Don Tomás. – Evidente. Los locos hacen locuras. La dinamita estalla.

Don Justo. – O los locos son locos y la dinamita es dinamita. ¿A eso se reduce la ciencia que tanto le enamora?

Don Tomás. – Felizmente no. Somos demasiado imbéciles para comprender de un golpe que la certidumbre, la divinidad de nuestra época, no puede ser sino una tautología: "A es A", como decía Fichte, o "yo soy el que soy", como decían los antiguos dioses, que juzgaron inútil meterse en más honduras. Volveremos tarde o temprano al punto de partida. Cuando hayamos eliminado del mundo contingente, a fuerza de estudio; cuando hayamos transformado los hechos en fórmulas y condensado todas las fórmulas en una, nos encontraremos cara a cara con un enorme "A es A" o "cero igual a cero". ¡Qué quiere usted! Si nos sueltan en una selva tupida, o con los ojos vendados en un salón, caminamos en círculo. Y no somos nosotros los únicos... ¿No ha observado usted qué odiosamente circular es el universo? Desde los glóbulos de nuestra sangre a los astros y al firmamento mismo, todo es redondo, gira en redondo, con una docilidad lamentable. ¡Feliz usted, que todavía halla desórdenes al alcance de la mano!

Don Justo. – Yo denomino desorden a...

Don Tomás. – ... lo que le sorprende. Es una sensación preciosa, que dura hasta que incorporamos lo nuevo al orden viejo. Si fuéramos infinitamente sabios, viviríamos en el "A es A", y nada nos sorprendería. Bendigamos nuestra ignorancia, que es la que da a nuestra oscura vivienda un brillo de juventud. Los desórdenes se instalan en la realidad, y se convierten en órdenes a medida que nos hacemos menos obtusos. ¿Ha olvidado usted que hubo un tiempo en que la constitución era una proclama anárquica, vigorizada a tajos de guillotina? Es lástima que las agitaciones obreras turben las fiestas del centenario, mas, ¿acaso conmemora el centenario una acción de orden? Si los argentinos de 1810 hubieran respetado el orden, lo que usted llama orden, ¿existiría hoy la Argentina?

Don Justo. – A mí me gusta que me dejen tranquilo...

Don Tomás. – En eso opino como usted. Ambos somos plantas de estufa. Fuera de mi laboratorio, zarandeado, pisoteado. Los transeúntes tienen los codos mucho más duros que los míos. Necesito, para prosperar, un clima uniforme y benévolo. Pero reconozco que la mayoría de los hombres necesita un clima trágico. Aparte de las violencias del sindicalismo, los ataques histéricos de las feministas y la elephantiasis de la paz armada, considere usted el recrudecimiento de la criminalidad en casi todos los países. El año 1910 nos ha traído una linda colección de niños asesinos, ladrones y suicidas.

Don Justo. – La tolerancia de los códigos...

Don Tomás. – ¡Bah! El código es tan extraño a las oscilaciones del crimen, como los diques al vaivén de las mareas. Gocemos del orden actual sin figurarnos que es eterno, ni siquiera estable, ni digno de perdurar. Comamos del fruto antes que se pudra, y esperemos sin temblar la marea humana, la marea salvaje que abandonará sobre la playa el botín del futuro.

LA PATRIA

Don Tomás. – Hace tiempo que no le veo.

Don Angel. – Ando muy ocupado.

Don Tomás. – ¿Conspira usted?

Don Angel. – Siempre. Mi existencia sola es ya una conspiración. Soy la caja de dinamita a bordo.

Don Tomás. – Se expone usted a que lo echen al agua.

Don Angel. – No se atreven a menearme. Pero por muy ocupado que esté, no dejo de enterarme de las ocupaciones ajenas.

Don Tomás. – Que serán menos peligrosas.

Don Angel. – Y más divertidas. Por ejemplo, la de fabricar patria.

Don Tomás. – ¿Se fabrica la patria?

Don Angel. – Como el chocolate.

Don Tomás. – ¿Y usted no colabora?

Don Angel. – Es mejor y anterior fabricar hombres. Además, no estoy en la lista.

Don Tomás. – ¿Qué lista?

Don Angel. – La lista de chocolateros. Cuarenta y seis justos. Están todos los que son y son todos los que están. Son los buenos, los que han pasado a la derecha del supremo juez. Ellos únicamente pueden fabricar la patria. Únicamente ellos; cuarenta y seis habitantes entre un millón. Son pocos, ¿eh?

Don Tomás. – O muchos. A veces la patria la ha fabricado un hombre. Cuarenta y seis es un número excesivo. ¿Y cómo se arreglarán los cuarenta y seis?

Don Angel. – No tienen más que "conferenciar", "cambiar ideas" y "ponerse de acuerdo". En cuanto estos apreciables ministros diplomáticos, catedráticos, médicos, abogados y periodistas (cuarenta y seis justos) se decidan, habrá dado solemne principio la patria paraguaya. ¿Qué tal?

Don Tomás. – Muy interesante. Quizá demasiado nuevo. No recuerdo que ninguna patria se haya constituido así. Verdad que soy poco fuerte en historia. Roma, si no desvarió, tuvo un origen más humilde. Estos casi seguro de que no la inventaron los diplomáticos. ¿Me equivoco?

Don Angel. – Amigo mío, a Roma la han inventado los historiadores.

Don Tomás. – ¿Y para cuándo es la emisión?

Don Angel. – Tal vez coincida con la del Banco en proyecto. Es que no bastan los chocolateros. Hacen falta ingredientes.

Don Tomás. – ¿...?

Don Angel. – Sí. Azúcar, cacao, canela...

Don Tomás. – ¿...?

Don Angel. – ¿Cómo quiere usted patria sin un museo paleontológico...?

Don Tomás. – ¿Paleontológico?

Don Angel. – ¿Y otro histórico, y otro de pinturas?

Don Tomás. – Pero, ¿quién se ocupa aquí de paleontología? ¿Quién pinta?

Don Angel. – ¿Y qué importa que no haya pintura? Lo esencial es que haya museo. Que haya oficinas, jefes de sección, directores generales; que haya burocracia. ¡Burocracia! La burocracia es la patria.

Don Tomás. – Evidentemente. ¿Por qué se alborota usted?

Don Angel. – Porque no me acostumbro a lo de todos los días. Al contrario. Los demás se hacen a los golpes. Se les encallece el lomo. Después de unos cuantos niños de contemplar monstruosidades se familiarizan con ellas, les sonríen y las acompañan. Si una infamia ha durado lo suficiente la llaman ley natural. Con esa educación lo bello les parece monstruoso, lo noble infame, la razón anarquismo. No me acostumbró. ¡Y qué lenguaje! Un militar desea ascender: "¡ah!, la patria". Un diputado pretende hacer aprobar la resolución que le enriquece: "¡ah!, la patria". Un caballero ansía un viajecito a Europa: "¡ah!, la patria", la patria lo exige. ¿Qué sería de la patria sin el ascenso del militar, la combinación parlamentaria del diputado y el viajecito del caballero? Y si no se trata de servir a la patria, sino de fabricar la patria, ¡figúrese usted! No habrá sacrificio pequeño.

Don Tomás. – Siquiera permita usted que la patria sea útil a unos cuantos. No sea usted intransigente.

Don Angel. – Soy intransigente, con igual derecho que usted es linfático. Sobre la patria está la humanidad. Si para que haya patria es preciso que la exploten cuatro burócratas, a expensas de la mayoría productora, preferible es que no haya patria. Han cambiado los tiempos, don Tomás; antes, si la patria desaparecía, desaparecía todo. Hoy, si la patria se va, quedarán los hombres.

Don Tomás. – Bueno. No le discuto. Sabe usted que soy especialista, enemigo de lo poético. Le digo lo siguiente: que acabará usted mal. Piense en sus nenes.

Don Angel. – Porque en ellos pienso con amor infinito no callaré nunca.

POLITQUERÍAS

Don Tomás. – ¿Qué me dice usted de los sucesos de Buenos Aires? Figueroa Alcorta es un presidente a la rusa. Ha desalojado a los senadores como un casero irascible.

Don Angel. – Consecuencias de la farsa democrática.

Don Tomás. – No sea usted ingrato. Le dejan a usted atacar las instituciones a gusto de pluma, y usted se aprovecha. Sabe que no le quemarán vivo, como en aquellos siglos libres de farsa.

Don Angel. – Creo que en éstos la suma de tiranía es la misma. Quizá mayor. Está distribuida de otro modo. Es un torrente que antes se hubiera llevado mi choza, y que hoy pasa un poco más allá, sin tocarme. La topografía social es distinta. Hay otros barrancos, pero no menos profundos.

Don Tomás. – En fin: usted se ha quedado en seco.

Don Angel. – No se juzga peligrosa la palabra. "¡Que aúllen!", murmuran los del cofre, "así se desahogan". Las teorías subversivas son válvulas de seguridad. El primero que intenta poner en práctica lo que aconseja es brutalmente sacrificado. Las mordazas han caído; las lenguas están sueltas y las manos más encadenadas que nunca. Han abierto un ventanillo en lo alto del calabozo. Se ve el azul del cielo a través de unas rejas tan sólidas como el muro en que se encastran.

Don Tomás. – Se ve el cielo.

Don Angel. – Sí. Los del cofre se equivocan cuando permiten cantar a los que reman en la galera social. Se equivocan en su indiferencia a los progresos de la idea pura. Esa indiferencia, sin embargo, es un signo de su confianza. Se sienten muy fuertes. Además, el pueblo ama el látigo.

Don Tomás. – Hay maridos que si no se pegaran a sus mujeres no serían amados. La multitud es hembra.

Don Angel. – El pueblo argentino está con su presidente. ¿La ley? ¿Qué importa la ley? No son leyes lo que necesitamos, sino hombres. La masa, asombrada al descubrir rasgos de humanidad en el supremo magistrado de la república, le aplaude. "Los diputados le aburrían y les ha echado a puntapiés. ¡Bien hecho!" ¡La masa aplaudiendo al dictador y silbando a sus propios representantes, es decir, silbándose a sí misma, según la constitución! ¡Admirable resumen y sátira del parlamentarismo!

Don Tomás. – Tal vez la opinión encuentra el despotismo instalado en las cámaras. Cámaras famosas, bolsa de negocios secretos, y palacio real restaurado en que sólo subsisten antesalas y cocinas, conclave de cómicos que no discuten a careta quitada ni apenas se reúnen sino cuando se trata de votar subida de sueldos. ¿Eh? Esta parrafada es angelical.

Don Angel. – El sufragio... los ciudadanos eligiendo al más digno... Es cosa de morir de risa.

Don Tomás. – El sufragio es beneficioso. La plebe está provista de una riqueza nueva. La situación ha mejorado. Puede vender su voto, aunque sea por un cigarro, por un vaso de vino. Tabaco, alcohol, ¡consuelos deliciosos!

Don Angel. – Si las elecciones son reñidas, no es difícil recibir como premio al civismo un puñal o un revólver. Pero por lo común se marcha a las urnas a sablazos y a patadas. Dos o tres asesinatos son de regla en los comicios de mayor actividad. El afán de ejercer los derechos políticos es en ciertos momentos tan imperioso, que hace salir a los presidiarios de sus mazmorras.

Don Tomás. – Y a los difuntos de sus tumbas.

Don Angel. – ¿Conoce usted la frase del Bouteiller de Barrès: "¿Cómo pretenden que me preocupe de no mancharme la levita en el instante mismo en que equilibrio el presupuesto del Estado?" Y Bouteiller era decentito. Los parlamentarios de todos los países nos repetirán: "¿Con semejante oficio quieren ustedes que no nos manchemos?" Los matarifes huelen a sangre; los curas a cera; los políticos a pasillo sucio.

Don Tomás. – Buen olfato.

Don Angel. – Barrès...

Don Tomás. – ¡Dale! Basta, basta. ¡Qué memoria!

Don Angel. – Cambio de autor. Unamuno, un español capaz de abstraer y de generalizar, otro fenómeno, al comentar el pasaje del *Quijote* en que el héroe desbarata las figuras del retablo de Maese Pedro, suspira: "Un retablo hay en la capital de mi patria y la de don Quijote... y se mueve allí, en el parlamento, las figurillas de pasta, según las tira de los hilos maese Pedro. Y hace falta que entre en él un loco caballero andante, y sin hacer caso de voces, derribe, descabece y estropee..."

Don Tomás. – El retablo porteño ya se ha derribado.

Don Angel. – Y el público ha respirado. Ese público, reventado siempre, no es tono. Se pregunta: "¿Quién me revienta?", y se responde: "Fulano de Tal"; lo que vale más preguntarse: "¿Quién me revienta?", y responderse: "Una mayoría". ¡Una mayoría! ¡La hidra acéfala de cien tentáculos! Mejor se combate a una persona, por bien armada que esté, que una epidemia legalizada.

HARDEN-MOLTKE

Don Angel. – Ese Harden nos ha resultado un justiciero.

Don Tomás. – Antes tenía otro oficio. Fue actor, y según se cuenta no le faltaban aptitudes. Ahora es periodista. Hace justicia cuando en ello hay escándalo. El proceso Moltke habrá quintuplicado el tiraje de la *Zukunft*. Harden es un buen periodista.

Don Angel. – Ciertamente que para fulminar a los amigos del emperador un Zola sería preferible. La pluma de Harden, por bien tallada que esté, es demasiado alegre, demasiado frívola. Pero no siempre tenemos Zolas a mano. Lo importante es que se diga la verdad. Cualquier boca sirve.

Don Tomás. – ¿Y qué es la verdad? Pilatos dudó de la divinidad de Cristo. Renán, después de mil ochocientos años, dudó también. Esto es para desanimar a los hijos de Dios. En cambio, la crítica favorece a los criminales. El método cartesiano salvó a Dreyfus. Los historiadores están muy ocupados en rehabilitar a Tiberio. ¡Sí, querido don Angel! Tácito es un panfletista audaz, una especie de Harden. ¡Revisión, revisión continua! El conde de Moltke volverá tal vez de la Isla del Diablo. Admito, sin embargo, que ha cometido un funesto crimen. Ha imitado a Sócrates.

Don Angel. – ¡Caramba, don Tomás! ¿Toleraría usted el... la...?

Don Tomás. – ¿La homosexualidad? Y usted, ¿tolera a los variolosos, a los apestados? ¿Los entrega usted a los tribunales? Antes se quemaba a los histéricos. Se les llamaba brujos. Ahora se condena a los Oscar Wilde a trabajos forzados. Con la diferencia de que los homosexuales no son excesivamente contagiosos. La ciencia...

Don Angel. – ¡Ya salió la ciencia!

Don Tomás. – Si no tenemos otra cosa...

Don Angel. – Hay hechos científicos y hechos que no lo son. He aquí lo que no le puedo meter a usted en la cabeza. ¿Cree usted que la repugnancia suprema, fatídica, que nos inspiran los invertidos, no es un *dato* legítimo, tan legítimo como sus famosos datos de laboratorio o de

clínica? ¿Cree usted que el instinto de conservación que nos impulsa a separar, a despedir de nuestra sociedad ciertas monstruosidades, no es tan real y tan práctico, o más, que su instinto de crítica y de especulación? Antes de clasificar a las víboras, se les aplasta.

Don Tomás. – ¡Bueno, bueno! Declaremos culpables a los monstruos. Procesemos a los fetos de tres piernas. Confiésemle usted, no obstante, que si no se tratara de altos señores no se mostraba usted romántico a tal punto. Un homosexual sin pretensiones, de Montmartre o del Lceo Rius, no despertaría en usted la aversión bíblica, ¡qué bíblica!, apocalíptica de que habla. Recuerdo que los Lorrain y los Verlaine han encontrado en usted mayor indulgencia. Pero la ignominia de Moltke, después de la del príncipe de Eulenburg y de los colosales robos de Poldbiesky, le exalta a usted. Es que Moltke y Eulenburg y Poldbiesky eran los acólitos de un poder estupendo, los monopolizadores de un mangoneo nacional, los íntimos del káiser. El caso Wilde para usted es un caso; el de Moltke un argumento. Y si algún día, el mismo Guillermo... ¿eh? ¡Qué triunfo, don Angel! Pediría usted la pena capital...

Don Angel. – ¿Y qué?

Don Tomás. – ¿Cómo y qué? Usted, el apóstol de la equidad, ¿juzgaría según las personas? ¿Pesaría los delitos, si delito hay, con dos balanzas?

Don Angel. – Naturalmente. El fenómeno individual será idéntico; el social es diferente y lo social es lo que interesa. Acusemos al rico, porque es más temible que el pobre. Acusemos al educado y al instruido, porque son más peligrosos que el rudo. Un bandido, indigente y vagabundo, es excusable; quizá tenga razón en lo que ejecuta. Pero sí el bandido está sentado en un trono, hay que bajarlo a tiros.

Don Tomás. – Noventa y tres.

Don Angel. – Está usted corrompido por la ciencia...

Don Tomás. – Corrompido ingenuamente, se lo aseguro. Corrupción cómoda. ¿Tanto le molestan a usted el telégrafo y los rayos X?

Don Angel. – No me refiero a esos juguetes, sino al espíritu. A usted le parecen sujetos semejantes Moltke y Wilde porque es usted un sabio. A mí me parecen distintos porque soy un hombre. La ciencia analiza, es decir, destruye. Falsea, puesto que aísla. Miente, puesto que descompone.

Don Tomás. – ¡Qué quiere usted, don Angel!, comprender es descomponer... ¿Nos amputaremos el cerebro para pensar mejor? Noto que caemos en nuestra sempiterna disputa metafísica. Tornemos a Moltke.

Don Angel. – Tornemos. ¿Leyó usted la declaración de la esposa? ¡Qué ferocidad!

Don Tomás. – Estas Walkyrias no perdonan que un marido las respete tan profundamente.

REGICIDIOS

Don Angel. – ¡Y sigue la racha!

Don Tomás. – ¡Pobres reyes! Me los figuro por las mañanas, restregándose los ojos, y preguntándose: ¿será hoy? Me los figuro en la calle, prisioneros en su coche ante la multitud, contestando con una sonrisita crispada a las sabidas ovaciones del pueblo, y pensando en la bala sincera, en la bomba elocuente. Ya no nos impresionan apenas los atentados. Se vuelven monótonos. Nos parece natural el espantoso fin de don Carlos. Y al terminar los telegramas del día no se nos ocurre más que esto: ¿a quién le toca? ¿A Guillermo? ¿A Alfonso?

Don Angel. – Todos caerán. Ellos o sus hijos.

Don Tomás. – ¡Pero caer así, fusilados como perros! ¡Y ese infeliz muchacho! ¿No los compadece usted?

Don Angel. – Los compadezco. Compadezco también a los asesinos. El monarca tenía probabilidades de escapar. Ellos, no. ¿Quiénes eran? ¡Empleaditos de comercio! ¡A qué extremo había llegado la desesperación de los portugueses! Un puñado de humildes héroes mató al rey.

Don Tomás. – ¿Héroes?

Don Angel. – Casi todos los heroísmos que la historia nos recomienda son asesinatos. Encuentro que los regicidas lusitanos han influido en la política más heroicamente que Napoleón, el cual, con menor riesgo de su persona, sacrificaba cientos de miles de hombres a las perfidias de su eléctrica estrategia. Si hubiera estado en mi mano impedir el crimen, lo hubiera hecho. Abomino la violencia, porque es la interrupción del pensamiento, porque es desconfiar de él, porque es efímera, aleatoria y torpe. Pero no siempre las ideas se resignan a la palabra. Para ciertos temperamentos, la pluma es menuda y tardía... Hay poco acero en ella. La dejan por el puñal, que les parece más largo. Error.

Don Tomás. – ¿Entonces?

Don Angel. – No debemos, sin embargo, condenar la idea, por inesperados y feroces que sean sus efectos en un alma impulsiva. ¡Caso curioso! Los impacientes republicanos de Portugal son novelistas, historiadores, poetas, estudiantes. El partido nació en el cerebro del país, en Coímbra. Fechas importantes: el centenario de Camoens, el secuestro del libro de Basilio Telles, *Do Ultimatum al 31 de Janeiro*. Los grandes acontecimientos literarios provocaban motines. Delante de esta gente, la única que reflexionaba y escribía, indignada con razón de la bancarrota oficial, del despotismo necio y de la ignominia persistente que convertía a la patria en feudo de Inglaterra, ¿qué era don Carlos?

Don Tomás. – Un buen señor gordo que se distinguía mucho en el tiro de pichón.

Don Angel. – Exactamente. Ha perecido como sus víctimas. ¿Por qué? Porque pudo librar a Portugal de Franco, ese Narváz sin uniforme, y no lo hizo. Ahora que la desgracia pasó, y no tiene remedio, confesamos que ha sido útil. El joven heredero, después de proclamar que mantendría los ministros, aceptó la renuncia del gabinete. ¡Ya lo creo! Aquellos secretarios eran peligrosos. Deploremos el homicidio y felicitémonos de las consecuencias. Franco desaparece. ¿Se calla usted?

Don Tomás. – ¿Firmaría usted lo que dice?

Don Angel. – ¿Y por qué no? ¡Ay del escritor que no se siente capaz de firmarse!

Don Tomás. – Esta conversación, firmada, le enajenaría la mitad de sus lectores.

Don Angel. – Tal vez. Aunque me enajenara todos no me detendría. Prefiero la soledad al remordimiento. Pero ¡quién sabe! Argumentaría. ¿Cómo? Nos hablan de Bruto en la escuela con la admiración que merece un ciudadano ilustre, ¿y he de maldecir a los vengadores de Lisboa? Usted recordará lo que era para nosotros, de niños, la muerte de César. Un final de tragedia clásica. Bruto, con dos o tres amigos, se acercaba majestuosamente; los personajes se medían con la mirada. La justiciera hoja entraba despacio en la carne del semidiós. Luego había lo de *tu quoque*, y lo de cubrirse con la toga. Cuando crecí me enteré mejor. Sesenta y ochenta conjurados, trémulos de miedo, se lanzaron rabiosamente sobre César, cosiéndole a puñaladas. Allí no hubo frases ni arreglos de *toilette*. Fue una cacería inmunda. El herido intentó defenderse, conmovedor detalle, con su estilo. Era tal el pánico de los matadores, que escaparon abandonando varias horas el cadáver en el Senado desierto. Los dos bandos estaban poseídos del mismo terror. ¿He de respetar a los asesinos de César, porque eran senadores y altos funcionarios, y estaban protegidos, y he de conminar a los de don Carlos, porque son modestos trabajadores, y han ido a morir sin salvación posible? El rey era padre y esposo, mas ¿quién le obligó a ser rey, y a ser mal rey? ¿No eran padres y esposos los que han sido enviados por los reyes, en cien ocasiones, a sucumbir en guerras fríamente preparadas? Triste, lamentable es lo acaecido, pero hay circunstancias atenuantes, y es preciso tener el valor de señalarlas en seguida.

Don Tomás. – ¿De modo que usted, valeroso don Angel, absolvería a los delincuentes?

Don Angel. – Me horripila juzgar. No obstante opino que un jurado de esos que absuelven a los machos-fieras, llamándoles pasionales, no se contradiría al absolver a los enfermos de pasión republicana.

DIÁLOGOS CONTEMPORÁNEOS

El anarquista. – ¡Salud, débil rey!

El rey. – ¡Salud, anarquista torpe!

El anarquista. – La fabricación de la dinamita no es un secreto de Estado. Repetiremos indefinidamente la tentativa fracasada.

El rey. – Te agradezco el *reclamo*. Nos hacen por fin interesantes. Concluido el tiempo en que bajo la armadura cincelada capitaneábamos nuestras huestes, despojados del poder político y hasta del privilegio de ser más ricos que nuestros súbditos, nos consumíamos en nuestra insignificancia. Sólo temíamos algo de nuestras indigestiones o de nuestros médicos. Ahora añadimos al riesgo del automóvil desbocado el de la explosión siniestra. Volvemos a ser la cumbre amenazada por el rayo, y recobramos un poco de nuestra antigua majestad. Mi mujer, reina de España, acepta tu bomba como el mejor regalo de boda.

El anarquista. – Di que al cabo el miedo se acuesta con los reyes. Antes mandabas soldados dignos de abrazarte en el campo de batalla. No alquilabas un ejército de espías. Ayer el triunfo; hoy el terror. No son los mineros los únicos que tiemblan en la sombra rastreando el próximo estallido. La química es irreverente.

El rey. – Y tú, en el fondo de tu conciencia, eres reverente. Eres hijo de los robustos esclavos que a latigazos erigieron las pirámides y los acueductos de Roma. El alcohol del sábado ha trastornado tu cabeza ruda, y quisieras sentarte en mi trono agrietado.

El anarquista. – Quisiera sobre todo sentarme a tu mesa. Tengo hambre de veinte siglos, y la hostia es ya escaso alimento para nuestros estómagos. Nos hemos convencido de que Dios nos engañaba, porque estaba de acuerdo con ustedes para ponernos una mordaza mística. Si para ti acabaron las guerras caballerescas o sagradas, para mí acabó la aventura y el botín. Era perro de presa, y no bestia de carga. Yo quedé igualmente destituido de poesía. Derramaba sangre roja, y chorreo sudor sucio. Hemos perdido la fe. Nos cansamos de fabricar su riqueza estúpida. De su oro no salen ya templos, ni de su corazón muerto, empresas sublimes. Han envejecido dentro de su lujo inútil, mientras nosotros, desnudos y desesperados, nos conservábamos jóvenes. Y en nuestra locura emancipación lanzamos la muerte a la cabecera del banquete. Con un gesto suicida decapitamos las naciones.

El rey. – Las testas retoñan.

El anarquista. – Pero somos innumerables. Cuchicheamos de un extremo a otro del mundo, y sentimos en nuestro pecho la llama feroz de las sectas primitivas. Morimos envueltos en un misterio terrible. La tortura, al hacer crujir nuestros huesos en la noche de los calabozos, consagra para siempre nuestra agonía. Somos la fatídica religión nueva, bautizada de crímenes.

El rey. – Somos fuertes. El dinero amuralla nuestras vidas. Guardamos en nuestra estirpe el honor de las razas. Todavía hay un cetro en nuestra mano y un prestigio en nuestra figura. Tornamos a ser héroes de un momento. Un pueblo alucinado disloca la historia y me aclama como en la Edad Media. Subiré al tálamo regio cubierto del glorioso horror del combate, y seré para mi blanca princesita del Norte un príncipe de verdad.

TEORÍA DEL HONOR Y DEL INSULTO

Don Tomás. – Me encuentra usted leyendo un bonito artículo.

Don Angel. – ¿Usted, que no toca nunca los diarios?

Don Tomás. – Es que este artículo pertenece a una categoría especial: es insultante. Los movimientos del odio me interesan. Por una casualidad dichosa, sé que una de las acusaciones aquí lanzadas no tiene base física. Se trata de un abogado que retuvo algunos días en su casa las joyas y efectos de una cliente suya, la cual se había ausentado de pronto, exponiendo el valioso equipaje al robo irremediable y anónimo. Bajo inventario, delante de testigos y según acta varias veces publicada, el abogado depósito el cuerpo del futuro delito en las arcas del juez. ¡Pues nada! A pesar de tan sencillas pruebas, el pobre hombre, mientras viva, pasará por ladrón de alhajas. Cuando usted llegó, me hallaba yo reflexionando sobre la bella fecundidad de la mentira.

Don Angel. – Lo cierto es que la verdad no tiene valor social. En cambio los errores comunes son bastante robustos para llevar el peso de una civilización. Un ataque personal que no inventa y adorna, de acuerdo con el ambiente, un ataque fundado en hechos verificables no aplasta. Nadie cree la verdad. Lo que se demuestra se refuta. Lo que se sugiere, vence. La verdad no afirma: duda. No afrenta: explica. La mentira mata. No es la luz la que mancha, sino el lodo. ¿Cómo deshonorar al prójimo sin deshonorarnos nosotros mismos? Somos solidarios. La única acción justa sería comprender, perdonar y curar.

Don Tomás. – Se puede sostener en efecto que la verdad no es humana. Si nos emancipáramos un poco de Lamarck, nos fijaríamos, no sólo en la influencia del medio sobre la

especie, sino en la de la especie sobre el medio. No es imposible entender el Universo sin transformarlo de un modo positivo y durable. Nos es imposible digerir la verdad cruda. Hay que adobarla y guisarla y ensalzarla en nuestros laboratorios y gabinetes. Por eso el que insulta debe, para ser escuchado, ejercitar su fantasía, mucho más humana y contagiosa que la exactitud.

Don Angel. – Basta enunciar el insulto para darle toda su fuerza. No importa que el insultado sea inocente; es insultado. A él le atañe probar su honorabilidad y recobrar lo perdido. Tiene que probar que cada minuto de su existencia ha sido honorable hasta el momento del insulto. Pero como semejante empresa es absurda, el efecto del insulto es casi eterno. Alcanza hasta la cuarta generación. ¡Calumnia, que algo queda!

Don Tomás. – Presenta usted mal la cuestión. Se diría que para usted el insulto goza de una virtud intrínseca, y es fórmula de exorcismo al revés, que mete los demonios en el cuerpo en lugar de sacarlos. El que insulta siempre tiene razón, cierto; en cuanto yo insulte arbitrariamente, y con energía, pondré a las gentes de mi parte. ¿Por qué? ¿Manía de aritméticos, que suponen una suma fija de ignominia destinada a la humanidad, y que se alegran de que les caiga en suerte a los otros el mayor lote? No: es que los hombres suelen ser viles. Muchas de las enfermedades que frecuento no son sino la sombra que los vicios del alma proyectan en la carne. Los hombres son viles. Al declarar vil a un hombre determinado, planteo una proposición sumamente probable.

Don Angel. – ¡Bah! Murmure usted al oído del vulgo que el joven más vigoroso de la capital es involuntariamente casto, y no habrá quien le contradiga.

Don Tomás. – El insulto pintoresco es irresistible. Hay una estética del insulto.

Don Angel. – Ello es que el honor depende del capricho de cualquiera que no tema un venganza individual.

Don Tomás. – ¡No! El honor se lava.

Don Angel. – ¡Ah! ¿El duelo? Déjeme reír.

Don Tomás. – No se ría usted. Examine. El honor es tan delicado que un soplo lo empaña, aunque sea el aliento de una víbora. También la conciencia católica, el soplo de un breve pensamiento, se ennegrece con el pecado mortal. No es razonable que seamos todos infames, ni que todos vayamos al infierno. La conciencia católica se lava, don Angel; el honor lo mismo. Es necesario el sacramento. El duelo es un sacramento civil; sirve para desagaviar al público-Dios; es un sacrificio ritual. La espada es la hostia, y los padrinos los sacerdotes. Tenemos un clero del honor, representantes vitalicios de los caballeros miembros de los *juris* de inapelables sentencias. El insultado vuelve a la gracia mediante la trascendental ceremonia del terreno. ¡Ay del que falte a la sagrada regla! ¡Ay del que muerda la hostia! ¡Ay del sacrílego! ¡Atención a las palmadas! Sí se equivocan, serán malditos y excomulgados. Les echarán del templo, cosa peor que la muerte. Saqueen, mientan, torturen y escarnezan, pero no pinchen a destiempo. En Buenos Aires, por una estocada prematura, ha sido ejecutado un duelista. Rompió las hostilidades, como el Japón, contra los cánones diplomáticos. No fue suficientemente culto para asesinar a la voz de mando. Careció de disciplina. Obedeció a sus instintos primordiales. Profanó el sacramento.

Don Angel. – Si nos insultan, don Tomás, ¿qué haremos?

Don Tomás. – Cerraremos las puertas, y seguiremos conversando.

EL NEOPLASMA

Don Justo. – No todos los jefes de policía son Trepoff. Ahí tiene usted a M. Lépine...

Don Tomás. – Que ni siquiera se atreve a titularse jefe. Es prefecto.

Don Angel. – Pero no perfecto.

Don Justo. – Es usted de una exigencia insensata. ¿Se puede ir más allá, dentro del criterio democrático, que ese viejecito tan hábil y tan firme? En el tumulto Ferrer le dispararon un tiro a boca de jarro...

Don Angel. – Del que salió ileso. Un reclamo gratis para su autoridad.

Don Justo. – Y en la sala del tribunal, ante su agresor, declaró con voz amable que el fognazo le había deslumbrado, y que no había visto nada.

Don Angel. – No se estremezca usted. Si M. Lépine trata bien a sus enemigos particulares, trata mal a sus colaboradores, a sus empleados que más meritorios, a sus agentes o "guardianes de la paz", que llamaríamos aquí vigilantes, y en España guindillas.

Don Tomás. – ¿Qué les ha hecho?

Don Angel. – ¿Qué les ha hecho a los pobres diablos que por un sueldo ridículo aguantan el sol y la lluvia, expuestos a todo género de accidentes, y encargados de entenderse con el loco y con el criminal, con los caballos desbocados y con los perros hidrófobos? ¿Qué les ha hecho? Les ha prohibido asociarse.

Don Justo. – La ley.

Don Angel. – Lo curioso es que la ley francesa de 1901 permite asociarse a los ciudadanos. M. Lépine, no considera ciudadanos a sus agentes, o viola la ley.

Don Justo. – Al fin le veo a usted partidario de las leyes.

Don Angel. – Soy partidario de la justicia. Lo justo está por encima de lo legal, y quedarse todavía por debajo de lo legal es el colmo de lo injusto. La ley es el purgatorio humano. Evadámonos de ella hacia el paraíso, no hacia el infierno. Lépine explica sinceramente la situación. "No tolero asociaciones de semejante índole", ha dicho. Desde la huelga de los empleados de correos hemos comprendido lo peligroso de estos favores. Que se contenten con las sociedades que han fundado ya.

Don Justo. – ¡Hola, hola!

Don Angel. – Tranquilícese, tranquilícese. Una de las sociedades se denomina "Orfanato de la prefectura", otra el "Óbolo de la viuda", sociedades de beneficencia, resignaditas y juiciosas, que hacen el encanto de los jefes de policía.

Don Tomás. – Quistes superficiales.

Don Angel. – Pero pasaron de moda. El proletariado dejó hace tiempo la beneficencia por la resistencia, el tono lacrimoso por el imperativo, y los agentes de M. Lépine reclaman el derecho de asociarse, no para ponerse cataplasmas unos a otros o para jugar al billar, sino para la lucha

cuerpo a cuerpo con los Lépine actuales y futuros. Y he aquí que M. Lépine se disgusta. "Es absurdo, exclama, conceder el derecho de asociación a hombres armados y organizados militarmente".

Don Justo. – ¡Claro está!

Don Tomás (con acento lúgubre). – Epiteliomas, carcinomas.

Don Angel. – ¿Qué dice usted?

Don Tomás. – Que el socialismo y el anarquismo son neoplasmas. Los sindicatos son tumores. Examine usted, por ejemplo, el caso de los agentes de M. Lépine. Ha caído en ellos el germen infeccioso de la idea emancipadora, y estas células del organismo social se han coordinado o se quieren coordinar de otro modo, a expensas de los recursos colectivos, y en contra de la unidad a que pertenecen y que concluirán por destruir, sucumbiendo con ella. Es el proceso del cáncer. Un cáncer es un gremio en "acción directa".

Don Angel. – ¡Oh!

Don Justo. – ¡Sindicatos en el ejército! ¡Las fibras musculares negándose a obedecer las órdenes del sistema nervioso! ¡Y hay quien cree que el progreso consiste en esos ataques de parálisis!

Don Angel. – Conviene que estemos paralizados para el crimen.

Don Justo. – La imagen de don Tomás es exactísima. El proletariado moderno es un neoplasma aniquilador.

Don Tomás. – No, no es exactísima; es por el contrario bastante inconsciente. Las analogías entre lo biológico y lo social son puras metáforas. Así mientras el cáncer avanza proliferando elementos nuevos, el sindicato avanza asociando elementos antiguos, que se reducen a cambiar de disciplina. Esta degeneración...

Don Angel. – O regeneración.

Don Tomás. – ... recuerda las cerebrales. En el cerebro las células proliferan muy difícilmente. Es la esterilidad de los países que han alcanzado el apogeo de su cultura. Nuestra sustancia gris no aumenta su efectivo; lo que hace es combinarlo y recombinarlo con inagotable originalidad. Al pensar movemos siempre las mismas piezas, pero el tablero es grande. Desde este punto de vista, el sindicalismo sería una especie de locura.

Don Angel. – O de genio...

Don Tomás. – Sin embargo, si volvemos a la imagen del neoplasma, que tanto satisface a don Justo, debemos reconocer que, a los ojos de un médico, un feto se desarrolla como un cáncer cualquiera. La concepción es un fenómeno infeccioso. Todos nosotros hemos sido tumores -simples tumores- en los vientres de nuestras madres. ¿Qué es lo que la sociedad de hoy engendra en su seno? ¿La vida o la muerte?

Don Justo. – La muerte.

Don Angel. – La vida.

Don Tomás. – Yo no lo sé, sin duda por haber estudiado más a fondo la cuestión. Y no estoy impaciente por saberlo. La verdad no es divertida. Lo divertido es buscarla...

LOS HIJOS DE ALFONSO XII

Don Angel. – ¡Cómo me reconfortan las noticias de España! Son para mí un verdadero refrigerio, según la expresión mística.

Don Tomás. – ¿Alguna bomba?

Don Angel. – Eso está descontado. Barcelona se encarga de tocar a muerto por los Borbones, con su gran campana de dinamita. Me refiero a una explosión ratonera de ignominia aristocrática.

Don Tomás. – Ya lo veo a usted con la rienda al cuello. ¿Qué sucede?

Don Angel. – Sabrá usted que el difunto don Alfonso...

Don Tomás. – ¿Lo volaron ya?

Don Angel. – Hablo del padre, del número XII.

Don Tomás. – ¿Llegaremos al XVI?

Don Angel. – No creo. Entre los muchos Alfonsos que calentaron el trono español, hubo sabios y castos. Un pequeño porcentaje. Alfonso XII no fue casto. Le gustaba galantear. Honró varias familias con sendos hijos naturales. Tuvo dos de la cantante Elena Sanz, que reclaman hace años lo que según ellos les corresponde. Los primeros abogados del país terciaron en el asunto. ¡Expectativa pública!

Don Tomás. – No encuentro nada de particular en lo que usted me cuenta. Un rey que usa de su sexo, un par de herederos inoportunos, una bandada de togados cuervos graznando alrededor elocuentemente, y orejas de asno en la barra; la vida normal. ¿Dónde está la ignominia?

Don Angel. – La vida normal es ignominiosa.

Don Tomás. – Aceptable punto de vista.

Don Angel. – Y la ignominia especial de este pleito no está en el augusto adúltero, ni en la pretensión que formulan sus semiaugustos descendientes, dignos de bordarse el escudo real entre el forro de los calzones, ni en los picos de oro -¡figúrese usted! Melquíades Álvarez, el orador eximio-, picos que cotorrean bien y embuchan mejor, no en la curiosa avaricia de la reina viuda, que quiso inútilmente arreglar el sucio negocio mediante una pensión de veinte mil pesetas, no; la ignominia está sobre todo en los testigos.

Don Tomás. – ¿Qué testigos?

Don Angel. – Los nobles testigos. Los Altavilla, los Sesto, los Benalúa, los compinches del augusto adúltero, los comparsas de orgía, los que rebañaban la vajilla de plata y añadían a sus blasones el de ser comisionistas del harén alfonsino.

Don Tomás. – No se apasione usted, don Angel, todo eso es normal.

Don Angel. – Ya me carga usted con lo normal, usted, consagrado a corregir y remediar lo anormal.

Don Tomás. – Anormal es una palabra cómoda, destinada a indicar matices de lo normal. Todo es normal, porque todo forma parte de la naturaleza, y las mismas leyes rigen la enfermedad y la salud. Pero ¿qué pasó con los nobles testigos?

Don Angel. – Los nobles testigos, después de jurar noblemente ante su amigo el Dios de los católicos, decir la verdad -supongo que este rito continúa-, declararon no saber jota de lo que se les preguntaba; no conocían a los hijos de Elena Sanz, ni a Elena Sanz, ni habían oído nada del pleito. Gracias que no afirmaron también no conocer a Alfonso XII. La defensa leyó cartas firmadas por ellos y dirigidas a la propia Elenita. Las escucharon tranquilos. El imbécil embuste, en otra ocasión, bastaría para enviar a un obrero a la cárcel, mas ellos se sienten por encima del código. Viven en Madrid. El tribunal entonces fue a la quinta de la infanta Isabel, hermana de Alfonso. La infanta se confesó tan ignorante de las trapisondas reales como los nobles testigos. Más tarde llamó el mísero y burlado juez a Palacio, para tomar humildemente declaración a S. S. A. A. Silencio profundo.

Don Tomás. – Disciplina de partido, instinto del orden.

Don Angel. – ¡Ese juez haciendo antesala! La casa de la justicia, en efecto, no es digna de ser visitada por ciertos personajes. ¡Me olvido de lo más gracioso!

Don Tomás. – ¿Qué es ello?

Don Angel. – El rey no puede comparecer ante los magistrados.

Don Tomás. – ¿Por qué? ¿Está idiota o demente?

Don Angel. – Su soberanía se lo impide. Es demasiado esplendente, demasiado mitológico, demasiado sagrado para obligársele a desencajar la mandíbula. Tal vez de su testimonio dependa el honor de un inocente, la existencia de un perseguido, la paz de su pueblo. ¡Qué importa! Él, el responsable de tantos destinos, el depositario de una patria, está, excusado de toda garantía, de toda explicación. Está capacitado para cometer todos los crímenes. No tiene que responder de ellos. Es un Dios peninsular, a pesar de su facha sietemesina, y el juez español retrocede ante él deslumbrado, aquel juez que en la admirable leyenda de Zorrilla hizo declarar a Cristo...

Don Tomás. – ¡Leyenda!

Don Angel. – *El Alcalde de Zalamea*, aunque escrito por un cura, parecerá hoy una obra anarquista. Y en cuanto a los hijos de Elena Sanz...

Don Tomás. – ¿Qué?

Don Angel. – ¡Que no les envidio el abolengo!...

STOESSEL

Don Angel. – Stoessel condenado.

Don Tomás. – ¿A muerte?

Don Angel. – A muerte.

Don Tomás. – ¡Claro! Puesto que él no ha sido suficientemente héroe, sus jueces tenían que serlo. El crimen de Stoessel es no haber hecho matar bastantes rusos; el tribunal se guardará de imitarle. Stoessel debe morir.

Don Angel. – La plaza, cuando fue entregada, no carecía aún de recursos. Según de Grandprey, había más de 200.000 proyectiles, 30.000 kilos de pólvora, 5 millones de cartuchos, 70.000 toneladas de carbón, 600.000 kilos de harina, 400.000 de galleta, 30.000 de carne en conserva, 200.000 de sal, 15.000 de azúcar. "El aguardiente, la cerveza, el champaña, después de haber corrido a ríos, existían todavía en cantidades al parecer inagotables".

Don Tomás. – ¡Ya ve usted! ¡Disponer de tan preciosas reservas, y no aprovecharse de ellas para seguir sacrificando vidas! ¡Imperdonable debilidad! Pero seguramente los rusos poseían otros medios de resistencia. Páseme su libro. Aquí está. Stoessel tenía algo mejor: la piroxilina. ¿Usted recuerda lo que es una granada de piroxilina? "La trinchera donde estalla se convierte en una carniza en que yacen esparcidos brazos, piernas y fragmentos de cuerpos desnudos; desnudos, porque las ropas se queman instantáneamente". ¡Heroica piroxilina!

Don Angel. – ¡Qué asco!

Don Tomás. – Estas máquinas infernales no están permitidas. No son tan humanitarias como la mina de dinamita y el obús. Se prohibieron desde el año 1868, según los textos del protocolo de San Petersburgo, confirmados en Bruselas el año 1874. ¿Y sabe usted a instigación de quién se prohibieron?

Don Angel. – No.

Don Tomás. – A instigación de Rusia. Pues bien, si Stoessel hubiera empleado su piroxilina hasta agotarla, hubiera sido un héroe. ¿Y ahora qué es? Un pobre hombre que amó la vida y tal vez ciertas ganancias de turbio origen. Ha sido justamente castigado. Un militar no ha de amar la vida, sino la muerte. La muerte ajena en primer lugar; y la propia en seguida; cuando no puede continuar matando, su deber es matarse. Es un organismo necróforo.

Don Angel. – ¡Y pensar que un Napoleón ha sido adorado!

Don Tomás. – No lo creo. Sus medios han sido los normales; el terror y el éxito.

Don Angel. – Los moribundos, al verle pasar en los campos de batalla, le bendecían.

Don Tomás. – En fin, se trata de un genio. Las condiciones son excepcionales, los objetos están bañados de un resplandor fosforescente que desconcierta la vista. Es difícil decir algo exacto sobre Napoleón.

Don Angel. – Nada nos denuncia mejor la corrupción humana que el triunfo de semejantes genios.

Don Tomás. – Napoleón era un genio. Un genio de índole vulgar, lo reconozco. No sería digno de nosotros colocarle al lado de Newton, de Rembrandt o de Santa Teresa. Un genio sin ideas nos repugna, y Napoleón nos ha dejado un tricorno glorioso, un buen asunto para las tablas, una muletilla para oradores y periodistas en apuro, y ni una sola idea. Napoleón era un genio

cuantitativo, un exceso de lo ordinario, una exageración que nos pone nerviosos sin excitar nuestra inteligencia ni elevar nuestra alma; sin embargo, era un genio. Era una cabeza. Stoessel es una gorra.

Don Angel. – Con muchos galones.

Don Tomás. – Combatir a las órdenes de una gorra ha de ser cosa triste.

Don Angel. – Y en los casos graves las órdenes de la gorra son heroicas, como la tan conocida postdata alocutiva: "Si la primera fila retrocede, la segunda hará fuego sobre ella". Quizá la primera fila odie al enemigo, pero dudo que ame a la segunda. El más ilustre de los nacionalistas franceses hace la caricatura de su propia doctrina al estampar esta frase perfecta: "un soldado detesta más a su teniente que al teniente de la fuerza contraria".

Don Tomás. – Lo probable es que Stoessel sea detestado por mucha gente. La admiración rusa, saco de infamias, expulsa de su tribu al infeliz defensor de Port-Arthur, cabrón emisario cargado de las maldiciones de Israel, y enviado al desierto para distraer la cólera divina.

Don Angel. – Se nos querrá convencer de que los jueces, por ser jueces, están más limpios que el acusado. ¿Para qué tales farsas? Los autócratas han ahogado en sangre la revolución; se han vuelto a apoderar del pueblo ruso. El año 1905 no fue más que un relámpago en esa terrible noche polar. ¡Ay! ¿Qué son dos o tres bombas diarias en la extensión colosal del imperio? La paz. Y no obstante, bien está que caiga Stoessel. ¡Qué alegría para las viudas y los huérfanos de los que perecieron bajo el mando de este general tolerante!

LOS JUEGOS DEL FANATISMO

Don Tomás. – ¿Pasó usted bien la Semana Santa?

Don Angel. – Bien.

Don Tomás. – ¿Fue usted al templo?

Don Angel. – Fui.

Don Tomás. – ¿Oyó usted la palabra del Señor?

Don Angel. – La del Señor precisamente creo que no. Oí la de un señor. Un señor simpático. Le oímos con gusto.

Don Tomás. – ¿Con atención devota?

Don Angel. – Con atención amable. El auditorio crecía. La iglesia era el único teatro abierto. Los novios, bien vestidos, podían contemplarse gratis durante dos o tres horas. La función fue del agrado del público. Pero no me hable de entusiasmo religioso.

Don Tomás. – Las mujeres, sin embargo...

Don Angel. – No es religioso un país en que las mujeres no logran transmitir la fe a los hijos varones. Por ese lado nos acercamos al espíritu moderno, amigo de la duda, enemigo del fanatismo.

Don Tomás. – ¡Ah! ¿Con que en el espíritu moderno no hay fanatismo?

Don Angel. – Indignada contra la avaricia del cura, una aldea italiana entera se ha hecho protestante. Síntoma de los tiempos.

Don Tomás. – ¿Y eso qué prueba? ¿Por qué no aprovecharon la ocasión de ensayar el ateísmo? La masa necesita un culto. ¡Cualquiera! Muda de profetas como de camisa. La humanidad no tiene apego a los viejos dogmas. Apenas asoma un guía elocuente se pone detrás de él en marcha. Las creencias son nómadas, porque están fundadas en lo absurdo. La verdad es una, pero el error es innumerable, y lo mismo da uno que otro.

Don Angel. – Admita usted que disminuye el fanatismo católico. Nos quedan pocos Papas. Tendemos a lo individual en materia religiosa. Es imposible que subsista la centralización de las oficinas vaticanas.

Don Tomás. – Tal vez. Si nuestra época tiene un carácter propio, es el que le imprime el método positivo en las ciencias. No veo más.

Don Angel. – ¿Y le parece bueno?

Don Tomás. – ¡Hombre! A mí me sirve.

Don Angel. – Pues le confieso que la neurosis catequizadora de los procedimientos antiguos no me repugna tanto como la normalidad de ciertas prácticas positivas. Por ejemplo, entre razas. San Francisco Xavier, seductor de tribus salvajes, me inspira menos asco que el sistema yanqui para eliminar a los negros y a los amarillos. Es preferible un iluminado de proselitismo, por loco que esté, a ese diputado de Alabama que después de pegar un tiro a un negro, en un tranvía, por el delito de beber *robiskey*, es felicitado calurosamente en el Congreso. Tenía usted razón. No faltan fanáticos. Mañana se demostrará científicamente la inutilidad de los negros, y se procederá a una hecatombe dirigida por cirujanos.

Don Tomás. – Y en eso consiste la civilización. En hacer las cosas con calma. No asesinar es difícil. Asesinar con la frescura de quien desinfecta es ya un progreso evidente.

Don Angel. – Allá ustedes. Noté, al escuchar el sermón del señor simpático, que Jesús no interesa. Los santos, en cambio, conservan algún privilegio. En las capillas he observado que todavía triunfan estos pequeños ídolos. Para que el Cristo sea obsequiado, es preciso que esté en brazos de San José o de San Antonio.

Don Tomás. – Ni aun así. Ayer entré en el cuarto de mi hija y descubrí que le había quitado el nene a San Antonio de Padua. Adela estaba furiosa porque el santo no le había hecho caso, y quiso castigarle duramente.

Don Angel. – Pues bien, me consolidaría del abandono en que se tiene al Salvador si los médicos no profanaran su noble memoria ocupándose de él. Un sabio caballero, M. Binet-Sanglé, acaba de publicar un libro titulado *La locura de Jesús*, donde se dice que leschou-barloseff, con siete místicos en la familia, con un derrame pleurético de probable naturaleza tuberculosa, con una larga anorexia y una crisis de hematidrosis, con ideas de eunuquismo, de edipismo y de amputación manual, murió en la cruz de un síncope de deglución y era un degenerado físico y mental.

Don Tomás. – ¿Y qué?

Don Angel. – Que Binet-Sanglé es el tipo más despreciable del fanático, el fanático científico, borracho de su propia jerga, y no menos degenerado que el peor de sus clientes.

Don Tomás. – No se queje usted del fanatismo. El fanatismo es la vida. ¿Qué sería de usted sin el suyo?

GENERALIDADES

Don Angel. – Hay en España cuatrocientos noventa y cinco generales.

Don Tomás. – Es un dato.

Don Angel. – ¿No se indigna usted?

Don Tomás. – Todavía no.

Don Angel. – ¿No le subleva el espectáculo de un país moribundo, dañado hasta la médula, y empeñado en dejarse roer las pobres entrañas por una caterva de cuervos graznadores, abogaciles y bachilleres, y por cuatrocientos noventa y cinco buitres de cartón pintado?

Don Tomás. – Razonemos, don Angel, aunque sea a pique de no sublevarme. Usted olvida que España acaba de perder sus inmensas colonias, y ¡de qué modo!

Don Angel. – No entiendo.

Don Tomás. – Observe usted que para los militares la guerra se distingue de la paz en que proporciona rápidos ascensos. Se podría deducir que ascender a la oficialidad es el objeto de la guerra. ¿Quién, como no sea forzado, iría de soldado raso a defender tierras que ni siquiera ha visto? Después de toda campaña abundan los generales. Y confieso que para tan monumental derrumbe como el de 1898, cuatrocientos noventa y cinco no me parecen muchos.

Don Angel. – ¿De suerte que la derrota nada significa?

Don Tomás. – A los buitres de cartón pintado, según los llama usted pintolescamente, nada les debe importar el éxito. Su oficio no es vencer, sino combatir. Es sabido que los derrotados, en cualquier nación del mundo que usted los considere, son heroicos. Diga usted en Francia que no fueron heroicos los apaleados del 70, y verá lo que le sucede. Diga usted en Madrid que los regimientos recién mandados a Casablanca volvieron la espalda al enemigo, lo que es la pura verdad...

Don Angel. – Y en lo que hicieron muy bien...

Don Tomás. – Bueno, diga usted eso y lo lincharán. Heroicos si triunfan, heroicos si sucumben. Si huyen, es de una manera heroica, *con orden*. Los militares son heroicos. Es una definición.

Don Angel. – Y para convencerse de ello, basta mirarles pasar, en medio de nuestros pacíficos menesteres, con una puntiaguda espada al cinto.

Don Tomás. – Entonces, no se lamente usted de que se premie el heroísmo. Al ser despojada de su exótico patrimonio, España ha padecido además una concentración de generales y de prelados, esparcidos antes bajo remotas latitudes. De Filipinas y de Cuba han venido copiosas remesas de galoneados y de frailes. No se enoje usted de un fenómeno casi mecánico.

Don Angel. – ¿Por qué no me ha de enojar la mecánica, si contradice las leyes de mi espíritu? ¿Por qué me he de resignar a las contingencias exteriores? Nada estás escrito. El hombre perfecto es el que no reconoce nada fatal. Le declaro, asevero y confirmo que si hubiera sido yo el designado para recibir las remesas de galoneados y de frailes, no los hubiera admitido como tales galoneados ni tales frailes; los hubiera desnudado de sus ridículos disfraces en la aduana, O...

Don Tomás. – ¿O...?

Don Angel. – O los hubiera tirado de cabeza al mar, por un fenómeno casi mecánico, completamente mecánico si usted quiere.

Don Tomás. – ¿Y qué hubiera usted conseguido con eso? ¿Salvar a España? Al cabo de pocos años encontraría usted el mismo número de generales en la península, el mismo número de clérigos, es decir, el máximo. Cada pueblo es susceptible de un cierto máximo de generales o de otra especie determinada de organismos. Ese máximo se alcanza tarde o temprano, hágase lo que se haga. Es un equilibrio fisiológico inevitable. El terreno nacional queda saturado, y cierra el escalafón. Añada usted diez generales más, y desaparecerán, eliminados, absorbidos por fuerzas misteriosas. Suelte usted conejos en una isla: en algunos meses se habrán multiplicado monstruosamente. Llegarán a un máximo, bloque usted la isla o no, y no pasarán de él. Si echa usted más conejos, serán devorados por los otros.

Don Angel. – Y esos cuatrocientos noventa y cinco conejos, digo, generales, ¿serán el máximo?

Don Tomás. – ¡Ojalá!

Don Angel. – Aunque no me permita usted luchar con los conejos, yo lucharía.

Don Tomás. – Ensaye usted.

Don Angel. – Por muy desabridos que sean los conejos, en semejante abundancia, ¿no habrá alguna especie aficionada a la carne de conejo, y capaz de concluir con la peste? ¿Una especie prolífica, insaciable, invasora, justiciera, que arrojar a la isla devastada?

Don Tomás. – Quizá.

Don Angel. – ¡Ah! Usted, médico insigne, naturalista ingenioso, ¿no acierta qué oponer a los conejos?

Don Tomás. – Hombre... a esa clase de conejos... Reflexione usted que el remedio suele ser peor que la enfermedad. La rata es aún más terrible que el conejo. En Jamaica consiguieron librarse de las ratas mediante las mangostas, bichos aún más voraces y numerosos que las ratas.

Don Angel. – Magnífico.

Don Tomás. – Lo malo es que las mangostas, cuando hubieron exterminado las ratas, continuaron destruyendo una infinidad de cosas útiles que había en Jamaica. El problema es complicado. Mejor es elegir animales pequeños, ponzoñosos, parásitos, que perezcan con su presa. Los jardineros norteamericanos así defienden sus plantas. Han importado del Japón el *Chilocore* para contrarrestar la vitalidad del *Aspidiotes* pernicioso.

Don Angel. – Necesitamos algo sutil...

Don Tomás. – Microbiano...

Don Angel. – Fecundo, irresistible... ¡Ya está! ¡Y lo notable es que ya funciona!

Don Tomás. – ¿Ha descubierto usted la forma infinita y penetrante que aniquilará los conejos, los generales, los cuervos, los oradores y las ratas?

Don Angel. – Sí, señor.

Don Tomás. – (Burlón). ¿Y qué es? ¿Tal vez hombres? ¿*Similia similibus*?...

Don Angel. – No, los hombres no. ¡Las ideas!

CRIMINALIDAD

Don Tomás. – Según las últimas estadísticas, la criminalidad sigue en aumento, sobre todo en los países cultos.

Don Angel. – La ciencia, que es tan útil a los avaros, ha de serlo igualmente a los rateros y a los asesinos. Supongo que la instrucción obligatoria y la publicidad de los descubrimientos y de las invenciones aprovechan a los criminales.

Don Tomás. – Sin duda. Hoy se roba y se mata con más técnica. Los asaltos ocasionales, las bárbaras manotadas del salteador hirsuto, los desvalijamientos sin calma y sin orden, los homicidios ejecutados, con un tosco instrumento, por un ladrón que se asusta, la grosería y la ignorancia, en fin, disminuyen sensiblemente. Hasta cuando hiere y devasta, el *homo sapiens* deja de imitar a las bestias. El crimen se humaniza.

Don Angel. – La guerra también. Acabo de leer un trabajo interesante sobre la *bala humanitaria*. El autor, un sabio médico, J. J. Matignon, se asombra de que en la batalla de Moukden no hayan tenido los japoneses sino 70.000 bajas. De 150.000 heridos en total sólo se les murieron 10.000.

Don Tomás. – Son cifras satisfactorias.

Don Angel. – Sí; la bala moderna es humanitaria. ¡Ah miserables!

Don Tomás. – No se exalte usted. Mire la realidad como la miran los microscopios, sin insultar a los bacilos. La carrera del bandido, como la del soldado, se dignifica sin cesar. Exige una larga preparación, y por la común relaciones seleccionadas, haberes y buenos modales. Es una empresa en que colaboran los adelantos múltiples de nuestro siglo.

Don Angel. – La química ha de servir a los envenenadores.

Don Tomás. – Ya lo creo. El *aqua tofana* del renacimiento italiano es un torpe tósigo. Ningún envenenador delicado emplea ya al arsénico. Conoce alcaloides sutiles que no dejan rastros en las entrañas del difunto. La escuela de Turín nos proporciona datos curiosos. El cloroformo y el éter son exquisitos auxiliares del saqueo en los trenes de lujo y en los hoteles. Estas operaciones de cirugía social requieren la anestesia. La propiedad se amputa sin dolor.

Don Angel. – Es más humanitario.

Don Tomás. – Nada de martillos, machetes ni hachas en los escalos y fracturas. Nada de informes artefactos. La clásica ganzúa pasó de moda. Se prefieren las finas manoplas eléctricas, y esos mil aparatos diminutos, de punta de diamante, fabricados en talleres ingleses que a ello tan sólo se dedican.

Don Angel. – Al cabo encuentro una industria generosa, enemiga del capitalismo.

Don Tomás. – Se usa la dinamita contra las cajas de caudales, las minas galvánicas para los regicidios, la fotografía para la falsificación de documentos, el hipnotismo para los estupro, la bacteriología para producir enfermedades agudas o crónicas, el teléfono para fulminar. Si quiere usted detalles, consulte el estudio de Lombroso: *Delitti all'automobile*.

Don Angel. – No leo eso, y le prohíbo que me lo cite. ¿Se ha olvidado usted de nuestro pacto? Así como usted expulsó de nuestras conversaciones a los literatos llamados castizos y grandilocuentes, expulsé yo a todo linaje de antropólogo y sociólogo. Merece usted, por este descuido, que le recite medio discurso de Castelar.

Don Tomás. – ¡Socorro! Perdóneme.

Don Angel. – Perdono. Me figuro además lo que dice el estudio a que usted alude. Verifica seguramente la influencia del laboratorio y de la máquina en el oficio criminal, uno de los más trascendentales de nuestra civilización. Yo le confieso que entre el bello crimen a la Borgia y el crimen científico, el crimen de gabinete, me quedo con el primero. Aquel Enrique VII, asesinado por medio de la santa hostia, aquel cardenal de Gomeyn, canciller de Escocia, suprimido gracias al vino consagrado, me parecen sucumbir a un arte más noble. Los métodos actuales serán tal vez exactos y seguros, pero están impregnados de una vulgaridad prestidigitadora. No hablan al alma.

Don Tomás. – Hablan a la inteligencia. Signo de los tiempos.

Don Angel. – Una objeción: la criminalidad, al complicarse, se hace difícil. Necesita recursos y talento. Debería decrecer. Sin embargo, aumenta.

Don Tomás. – Lo que aumenta mucho es la masa de pequeños delitos cometidos por mendigos, vagabundos y hambrientos.

Don Angel. – Todo delito es una venganza.

Don Tomás. – Alejandro Yvernés. Notable estadístico, los intitula *delitos de pereza y miseria*. Son innumerables.

Don Angel. – He aquí el gran resultado: la miseria es un delito, la riqueza es una virtud.

Don Tomás. – Lo que está clasificado como delito es la vagancia.

Don Angel. – Dispense usted, señor mío. La vagancia no es delito sino cuando está unida a la miseria. Un vago opulento es doblemente respetado. Si trabaja se degrada un poco, porque se asemeja al pobre. El hijo de Rothschild, al resignarse a ser lo que usted, un simple médico, ha descendido. Sus parientes le tendrán lástima. La cúspide social es el duque de Osuna, el imbécil deslumbrador, el enorme solitario montado en oro, la joya de la humanidad. La vagancia de Osuna nos honraba a todos. El único delito es la miseria.

Don Tomás. – Exagera usted.

Don Angel. – Es por lo menos el único que se persigue con tenacidad. El hambre está maldita. El hambre muerde. La desesperación no se aviene siempre a hundirse sola en el abismo. La miseria amenaza. Un delincuente con dinero es digno de las amabilidades de los jueces y de los intelectuales. Su proceso es una fiesta. Su prisión es un hospedaje. Su presidio es un sanatorio. Se trata de un aliado comprometedor, pero aliado siempre. Se trata de un rico. En cambio el vagabundo da miedo, y para él no hay piedad. Es el espectro de la justicia. Es el remordimiento vivo. Es preciso concluir con él. Por eso a más de encarcelarle y de espiarle, se le tortura. En nuestra crueldad espantada, agrandamos la terrible deuda de angustia y de dolor que pagaremos algún día.

Don Tomás. – ¡Vendrá Dios a juzgarnos!

Don Angel. – Ríase usted. Yo le agradezco la noticia de que la criminalidad aumenta. ¿La sociedad se desquicia? Mejor. Desplómese el templo idólatra, aunque las manos del Sansón estén manchadas de sangre.

UNA VISITA

Don Angel. – ¿No está don Tomás?

Doña Nicolasa. – Le han hecho llamar para un enfermo, tal vez para uno de esos que cuando llega el doctor ya están curados. Pero mi esposo volverá pronto. Siéntese usted, don Angel. Charlaremos.

(Don Angel, espantado, quiere irse. Insiste la señora. Don Angel se sienta).

Don Angel. – ¿Y Adelita?

Doña Nicolasa. – Ella se acuesta muy temprano. Yo me entretengo leyendo.

(Sobre la mesa hay un enorme volumen abierto).

Don Angel. – ¿Qué lee usted?

Doña Nicolasa. – Es la colección de *La Prensa*. ¡Estos sí que son diarios! Mi marido recibe algunos diarios franceses. No hay comparación. Yo no hablo francés, pero no importa. Aquéllos no pasan de seis u ocho páginas y éstos suelen traer cuarenta.

Don Angel. – Es admirable.

Doña Nicolasa. – Vienen escritos de los primeros literatos del mundo, como Grandmontagne y Meternich.

Don Angel. – Maeterlinck.

Doña Nicolasa. – Eso es. No hay necesidad de leer sus libros. ¡Aquí está mi biblioteca! (Golpea el volumen). También tengo *La Nación*. Yo me ocupo particularmente de la parte científica.

Don Angel. – ¡Ah!

Doña Nicolasa. – Sí. La mujer de un sabio debe saber algo. Porque ustedes dicen que mi pobre marido es un sabio.

Don Angel. – (*Sinceramente*). ¡Ya lo creo que lo es! Pasa el día en su laboratorio.

Doña Nicolasa. – Con toda su ciencia, no me ha podido enseñar nada.

Don Angel. – No habrá tenido tiempo.

Doña Nicolasa. – No hay Dios que le entienda. Cuando trata de explicarme alguna cosa me mareo. Usa un lenguaje impropio.

Don Angel. – Don Tomás es demasiado especialista.

Doña Nicolasa. – Desengáñese usted. Esa ciencia reservada a unos cuantos no me gusta. La verdadera ciencia ha de comprenderla todo el mundo, hasta las mujeres de mala ortografía.

Don Angel. – Cierto.

Doña Nicolasa. – Así es la ciencia de *La Prensa* y de *La Nación*. ¡Lo que yo gozo enterándome de las teorías más complicadas! ¡Me agrada tanto que me las muestren con claridad absoluta, sin hacerme dudar un momento! Tomás me desconcierta. Con él me siento ignorante. Con mis diarios razono y juzgo.

Don Angel. – Sí, señora.

Doña Nicolasa. – Lo que me irrita en mi marido es el menosprecio en que los tiene. Jamás ha tomado un dato de ellos.

Don Angel. – Es curioso.

Doña Nicolasa. – Ya ve usted, prescindir de *La Prensa*, por ejemplo, cuyo edificio de la Avenida de Mayo vale veinte millones. Parece mentira. Yo, con el objeto de fastidiar a Tomás, le repito las novedades médicas. Ayer le conté la última curación de la tuberculosis.

Don Angel. – ¿La última?

Doña Nicolasa. – Ya la han curado cinco veces, y el cáncer, cuatro.

Don Angel. – ¿Y qué hizo don Tomás?

Doña Nicolasa. – Reírse. Lo peor es que se ríe de buena gana. ¿Usted se ríe también?

Don Angel. – No, yo me río de que se haya reído don Tomás.

Doña Nicolasa. – Se rió el muy pavo cuando le dije que la tierra tenía dos cuernos, que no se ven casi nunca. Se rió cuando le dije que la tierra está hueca, según los astrónomos norteamericanos. Se rió cuando le dije que se han fabricado microbios. Pero lo increíble es lo siguiente: recordará usted que un calculista francés, un tal Puncarré o Polkarré...

Don Angel. – Poincaré.

Doña Nicolasa. – Eso es... Bueno, pues ése, un desconocido, porque era la primera noticia que tenía yo de él, se atrevió a declarar que la tierra estaba inmóvil y que era el sol el que se movía. Flammarión publicó un artículo en que pulverizaba al insensato. Flammarión es un genio.

Don Angel. – Sí, señora.

Doña Nicolasa. – ¿Era la ocasión de que don Tomás se riera, verdad?

Don Angel. – Sí, señora.

Doña Nicolasa. – ¡Pues todo lo contrario! Se quedó pensativo.

Don Angel. – Sí, señora.

Doña Nicolasa. – ¡Mire usted que los cometas! En este punto no me han satisfecho las hipótesis admitidas. Están ahora esperándose tres cometas de golpe. Yo no soy como otras mujeres fanáticas, que se figuran que los manda el demonio.

Don Angel. – ¿Y cuál sería la causa, en la opinión de usted?

Doña Nicolasa. – Sospecho que esos terribles calores...

Don Angel. – Sí, señora...

LA SIRVIENTA

Don Angel. – ¿Y ese café? ¿Lo hacen o no lo hacen?

Don Tomás. – No moleste usted a la señora. No tengo prisa.

María. – (Es la compañera de don Angel. Están unidos desde hace ocho años. Tienen tres chiquillos preciosos. Habitan modestamente. Son muy felices. No están casados). Olvidaste que se nos marchó la sirvienta.

Don Angel. – Cierto. Se fue esta mañana con veinticinco pesos adelantados. Era una muchacha excelente.

María. – La verdad que es una lástima. Haré yo el café, si los niños me dejan.

Don Tomás. – Avise usted a la policía y echarán el guante a la sirvienta y a los veinticinco pesos.

Don Angel. – ¿Se burla usted?

Don Tomás. – No estoy seguro.

Don Angel. – ¿Colaborar con la policía? ¿Encargar a un semejante mío el espionaje y el acoso? ¡Y qué bella caza! Veinticinco pesos adquiridos por una infeliz mujer.

Don Tomás. – ¿Adquiridos? Las palabras algo significan. Diga usted estafados.

Don Angel. – No comprendo bien la diferencia. Ya que usted posee tan claras noticias sobre el origen de la propiedad, le felicito. Creo que para conservar ilusiones candorosas de honradez

social conviene huir del análisis. Ignoremos cómo se fundó la riqueza en la historia, y cómo se engendra y acumula en el presente.

Don Tomás. – Nada de remontarnos al Génesis, don Angel. Con la última edición del código en la mano, puede usted perseguir a su sirvienta. ¿Sí o no?

Don Angel. – No es la única atrocidad que el código me permite y recomienda. ¡Usted, químico y biólogo, devoto de una recopilación de leyes bárbaras!

Don Tomás. – La química es una disciplina y un orden. La biología también. Ciencia es orden. Pensar es ordenar. Por bárbaras que las leyes sean, constituyen una razón y un instrumento de orden. Protegen mi laboratorio.

Don Angel. – La química no es un código. Un verdadero químico procura no servirle, sino contradecirle, y traerle cosas nuevas, brillantes e inseparables. Cada descubrimiento es una revolución, grande o chica, y progresar es descubrir. Cada descubrimiento es un desorden y el afán de usted debe ser desordenar la química.

Don Tomás. – Al desordenarla provisoriamente para reorganizarla mejor, obedezco al orden soberano de mi espíritu.

Don Angel. – Yo también, cuando encuentro en el código el desorden del crimen y de lo antihumano. Mi sirvienta no tenía motivos especiales de aborrecerme. Entró en casa flaca y medio desnuda, como suelen entrar todas. María la ayudaba. La hembra macilenta comía mucho y trabajaba poco. Por las noches llevaba un gran puchero colmado al rancho donde la esperaban sus pequeños. Yo los vi, larvas miserables, despojos del macho anónimo y brutal. Yo los vi, sucios, escuálidos, negros. Parecían arañitas hambrientas. La madre, al cabo de dos meses, salió de aquí robusta y alegre, dispuesta a emprender otra vez la lucha de la vida...

Don Tomás. – Y con los veinticinco pesos de usted en el bolsillo. ¡Cuánto agradecimiento!

Don Angel. – ¿Agradecimiento? ¿A nosotros? Ellos, los pobres y despreciados, no tienen que agradecernos a nosotros, los ricos y decentes, mientras sigamos ricos y ellos pobres. Nuestra limosna insultante con sus pretensiones grotescas de caridad, aumenta la deuda en lugar de aliviarla. Los hijos de mi sirvienta dan asco y miedo. Los míos son ángeles resplandecientes, y quizá no los ame yo tanto como ella a los suyos. ¡Deuda formidable! ¿Seré bastante imbécil para suponerla pagada con veinticinco pesos?

Don Tomás. – Mi buen amigo, es usted un tipo encantador y absurdo. Admita siquiera que esa criada no es discreta, al abandonar a personas que la tratan inicuaamente, según usted, pero mucho menos inicuaamente que otras. Pierde en el cambio.

Don Angel. – ¡Ah, fisiólogo! Cuando la desgraciada vino estaba demasiado débil para tener conciencia de su derecho. Quería pan, aunque fuera a palos. Prefería un régimen injusto a la muerte. Yo mojé su pan en leche y en vino, y no la apaleé. Recobró sus fuerzas, y comprendió la ignominia de su oficio y del mío. Bien alimentada, practicó la justicia. Sacudió el yugo, y se evadió de su cárcel, contentándose con veinticinco pesos, indemnización exigua de una herencia de dolores.

Don Tomás. – ¡Sirvienta extraordinaria, encarnación de las ideas redentoras del siglo XX!

Don Angel. – Sin duda. En cuanto se repongan de su anemia, todos los proletarios opinarán lo mismo.

Don Tomás. – Y nos quedaremos sin química y sin literatura.

Don Angel. – Probablemente, pero dormiremos tranquilos, y el sol rejuvenecerá.

María. – El café.

Don Angel. – ¿Y los niños?

María. – Ya lo han tomado. Un sorbito cada uno. (*Sonríe*).

Don Angel. – ¿Te ríes?

María. – De los veinticinco pesos...

Don Angel. – ¿Cómo?

María. – Míralos. (*Los agita suavemente*).

Don Angel. – ¿Dónde estaban?

María. – La sirvienta los dejó debajo de la almohada.

Don Tomás se retuerce de gusto.

María. – Qué excelente muchacha.

Don Angel. (*Desesperado*). ¡Qué idiota!

EL ZORZAL

Don Tomás. – ¿De modo que la libertad absoluta sería el gran remedio?

Don Angel. – Y la libertad para todos, hasta para los delincuentes. Defienda cada cual su vida, pero no juzgue, no castigue. ¿Por qué hay ladrones? Porque hubo desposeídos. ¿Por qué hay criminales? Porque hubo tormento. Supriman los jueves, los espías y los verdugos y habrán suprimido el delito. Perdonen, curen. Abran las cárceles, abran los brazos. Si quieren convertir el mal en bien, déjenle libre.

Don Tomás. – Mi hija tenía un zorzal.

Don Angel. – Enjaulado.

Don Tomás. – Naturalmente. No le sorprenda a usted, que Adela, a pesar de su buen corazón, tenga pájaros prisioneros. Es la costumbre, y la principal misión de las mujeres consiste en conservar las costumbres.

Don Angel. – Plagia usted a Ganivet.

Don Tomás. – Mejor para él. Decía, pues, que Adela practica tiernamente esa costumbre salvaje. Las niñas son maternas desde que empiezan a jugar. El zorzal de Adela era una especie de hijo desventurado suyo, caído en cautiverio, privado del habla, reducido al tamaño del puño y cubierto de plumas a consecuencia de aventuras maravillosas como sólo las concibe

la potente imaginación infantil. Adela a lo menos le llamaba hijo con el acento de la verdad. Pasaba el dedo entre los alambres y consolaba y distraía largas horas al ave infeliz. Se levantaba a medianoche a darle de comer y a cerciorare de que la jaula estaba bien cerrada.

Don Angel. – ¿Tan lindo era el animal?

Don Tomás. – Era horrible, de color de panza de burro. Era sucio y odiaba el agua. Tenía el pico siempre lleno de comida vieja.

Don Angel. – ¿Cantaba?

Don Tomás. – No cantaba. Lanzaba continuamente, sobre todo de noche, un chillido que nos volvía locos. Además era estúpido en extremo. Golpeaba los hierros sin causa alguna y se ensangrentaba la cabeza. Entonces Adela lloraba.

Don Angel. – ¿Cómo se explica usted ese amor hacia un objeto tan inaguantable?

Don Tomás. – Jamás me he explicado bien los abismos de poesía que encontraba Adela en semejante bicho. Admitamos en las mujeres una penetración apasionada que les permita interesarse por cosas en las que nosotros nada descubrimos de particular.

Don Angel. – Los pájaros las trastornan.

Don Tomás. – Especialmente en los sombreros. Pero sigo mi historia. Harto del zorzal, resolví, ya que soy incapaz de matar a nadie, como no sea por error, en mi calidad de médico, resolví abrir la cárcel según el sistema de usted. Una mañana convencí a mi hija y soltamos el preso.

Don Angel. – Bien hecho.

Don Tomás. – Verá usted. Adela, afligida, no auguraba resultado dichoso. El zorzal salió de la jaula y, lejos de huir a los árboles del jardín, se quedó entre nuestras piernas.

Don Angel. – ¿Regresó al calabozo?

Don Tomás. – Le digo a usted que era demasiado estúpido para hallarlo. Paseaba por la casa como un sonámbulo, tropezando y haciéndonos tropezar, mil veces más molesto que antes. Había que alimentarlo en el comedor y en la sala y en la alcoba. Había que limpiar su inmundicia en todos los rincones. Había que salvarlo constantemente de toda clase de peligros. Desaparecía de pronto, y Adela desesperada sembraba el desorden y la congoja por doquier.

Don Angel. – ¿No intentaron ustedes alejarlo?

Don Tomás. – Se nos pegaba a los talones.

Don Angel. – No era tan estúpido.

Don Tomás. – Muy estúpido. Le conocí a fondo. No se asustaba del gato; Adela aterrorizada tuvo que encerrar al gato en un cuarto oscuro para que no se tragara al zorzal.

Don Angel. – ¡Cuántas complicaciones!

Don Tomás. – El zorzal, hasta entonces, había contemplado al gato al través de la reja. Opinaba con razón que era inofensivo. Note usted que esa reja protegía al zorzal exactamente lo mismo que si el prisionero fuera el gato y no él. Concluso: no hubo otro recurso que tornar el ave a la jaula, y esperar que allí dieran fin sus días.

Don Angel. – El daño era antiguo, don Tomás; bajemos a las raíces y comprenderemos por qué en el caso que usted cuenta el éxito fue desastroso.

Don Tomás. – (*Resignado*). Bajemos a las raíces.

Don Angel. – ¿Quién trajo el zorzal? ¿Qué edad tenía? ¿Cómo lo robaron?

Don Tomás bosteza.

EL PADRE GONZALO

Don Justo. – ¿Ustedes sabían que le P. Gonzalo había colgado los hábitos?

Don Tomás. – Me suena ese nombre.

Don Justo. – ¿Y que acaba de casarse en medio de las ovaciones de la masonería?

Don Angel. – Ha querido cambiar una paternidad por otra.

Don Justo. – Sí. Ha dicho que deseaba consagrarse a la vida del hogar, lo cual es también una religión.

Don Tomás. – Hogar, el fuego siempre encendido, el altar de la familia.

Don Justo. – Exacto. El culto doméstico es anterior al paganismo, y ha fundado la propiedad en Grecia y en Roma. Fustel de Coulanges...

Don Angel. – ¡Por piedad!

Don Justo. – El P. Gonzalo ha retrocedido, pues, algunos siglos. Supongo, sin embargo, que considera el matrimonio más prosaicamente.

Don Angel. – No disminuya usted al P. Gonzalo. Tal vez ha procedido con sinceridad.

Don Justo. – Sin duda, sin duda. No discuto las personas, no las conozco. Pero el renegado repele, hasta los ateos. Y nadie niega que hubo y hay renegados sin doblez. ¿Por qué son tan antipáticos? ¿Inspiran desconfianza por haber fracasado, mutilando su existencia, o por no haber podido cumplir las promesas de su juventud? El renegado falta a su palabra. Su conducta no es viril.

Don Angel. – ¿Por haber roto sus votos, hemos de creer al P. Gonzalo capaz de no devolver el dinero que le presten?

Don Tomás. – La fe no es razonable. Consiste en dar crédito a lo que no vimos, a lo contrario de lo que vimos. Un hombre es empujado a la Iglesia por su temperamento, por su vocación, por la gracia. Y sí como ninguna lógica lo condujo a ser sacerdote, ninguna le conducirá a dejar de serlo. El renegado ha mentado antes o después, o ha cometido sobre su propio organismo un error imperdonable por lo enorme. Es cierto que aún queda un caso, el vuelco fulminante del alma, la conversión a la inversa, el rayo de la negación, tan rápido a veces como el rayo de la fe.

Don Angel. – ¿Y en ese caso, se ha de ser hipócrita?

Don Justo. – Sí. El cura es la esposa de Dios, y como buena esposa, si ha perdido el respeto a su señor, lo disimulará profundamente. Hay algo más importante que proclamar a grito herido nuestras pequeñas aventuras, y es evitar el escándalo.

Don Tomás. – Confieso que los divorcios a tambor batiente me parecen de mal gusto. Un divorcio es el resultado de una equivocación. ¿Hay motivo para jactarse?

Don Angel. – ¿Y cuál es la verdad? He aquí la cuestión. ¿Qué trascendencia tiene la verdad, mientras no salga del cerebro del P. Gonzalo? Lo que necesitamos es una verdad para todos, o para muchos. Búsquela en el silencio de su celda el religioso decepcionado, y pague con las torturas del secreto sus primeros extravíos. Realice el tipo sublime del apóstol en quien no alienta sino la caridad, y para quien las creencias ajenas, que ya no comparte ni comprende, siguen siendo un medio de propagar la esperanza.

Don Angel. – ¡Ser fiel a lo que ya no existe!

Don Justo. – Existe la forma. Un pueblo que profana sus ruinas no tiene salvación.

Don Tomás. – Veremos los fósiles.

Don Justo. – La historia no se corta en dos pedazos, uno miserable y otro augusto. Por encima de todo está la conveniencia de que la Iglesia conserve su dignidad.

Don Angel. – ¿Por qué?

Don Justo. – Porque las diversas direcciones en que se ha arrastrado la humanidad para ponerse en contacto con lo desconocido deben ser sagradas. Reírse de una religión cualquiera, es decir, de una tentativa para conquistar lo divino, ¡qué crimen imbecil! Lo que deprime al catolicismo, sin compensaciones en una región diferente; lo que se reduzca a crítica en frío, a burla, a odio y a venganza, es tonto y culpable. Si nos cierran un sendero, ábranos otro. Aunque mejor es tenerlos todos abiertos. Espacio sobra.

Don Angel. – ¿No le disgustan a usted los nuevos profetas?

Don Justo. – No. Usted, profeta social, y don Tomás, profeta científico, me son simpáticos. ¿Cuándo hubo en el mundo más religiones que ahora?

Don Tomás. – Estoy con usted. El concepto de ciencia positiva, según Comte, de una ciencia que se marca sus propios límites, se va borrando de año en año. Nuestra ciencia está resuelta a no vacilar ante nada. Es audaz, metafísica, mística.

Don Justo. – En cuanto a mí, soy católico sin exageración. Me agrada un culto probado por el tiempo, de una estabilidad perfecta, rico, majestuoso, abrumado bajo la magnificencia de las artes, repleto de leyendas deliciosas. Ustedes construyen valerosamente los edificios futuros, a los que no me trasladaré mientras no tengan techo.

Don Angel. – ¡Ay! ¿Cuándo lo tendrían? El P. Gonzalo no se fija en esos detalles.

Don Tomás. – Me agradaría enterarme de lo que le ha hecho preferir los ritos masónicos a los romanos.

Don Angel. – ¡Será curioso!

Don Tomás. – No, la caída de este ángel no es miltoniana. Abandonar una tienda por la de enfrente no es retirarse del comercio.

DECADENCIA

Don Justo. – ¿Hay noticias interesantes?

Don Tomás. – Todo es interesante en extremo para el que tiene la vista clara. Ha aparecido una enfermedad nueva, y han ofrecido millón y medio de francos a Roosevelt por exhibirse a caballo en un circo.

Don Justo. – ¿Y qué le parece?

Don Tomás. – Dos signos más de la general decadencia. Pero sobran. Mi diagnóstico estaba hecho.

Don Angel. – Donde usted ve decrepitud, yo veo renovación.

Don Tomás. – El tiempo no pasa en vano. Nacer más tarde es nacer más viejo. Y se acabará por morir en el vientre de la madre, a la moda de París.

Don Angel. – Accidente. La misión de los siglos es rejuvenecer el mundo.

Don Tomás. – Si usted se empeña seremos jóvenes. La juventud no es un coeficiente científico, y en este instante la desconozco. Jóvenes, pero enfermos. Tal vez sería preferible maduros y sanos. Enfermos, sí; y no imaginarios, se lo aseguro. La raza blanca está podrida de tuberculosis y de neurastenia. A medida que aumentan los recursos de la medicina y de la higiene, disminuye la longevidad, la resistencia orgánica. El deporte es ridículamente inocuo; la musculatura no es la salud, y entristece contemplar tanto atleta frágil. Nuestra carne degenera; no es aquella que aguantaba las pestes medievales, y las guerras de siglos. Éramos entonces inmundos; nos lavaban apenas el sudor y la lluvia, y los microbios hacían cuanto querían. Sin embargo, bajo tan sucia costra corría sangre mejor. Las defensas modernas son exteriores; nos conservamos a fuerza de antisépticos; no es nuestra propia sustancia la que lucha, sino la postiza. Nos quedamos calvos, se nos caen los dientes. Hacemos digerir nuestros alimentos en la farmacia. Nuestro cuerpo tiende a descomponerse como el de los difuntos, y nos embalsamamos en vida para no desaparecer. Examine los dos tipos elevados de cultura, el sajón y el latino. Norte América y Francia, y notará que la especie fatigada no se reproduce siquiera...

Don Justo. – En Francia, lo admito.

Don Tomás. – Y en Norte América peor. Si la población yanqui crece aún es gracias a los inmigrantes bárbaros. En dos generaciones o tres, las mujeres de origen extranjero renuncian ya a parir. Están civilizadas. Respecto a las otras, a las "matricias", es sabido que una dama de la quinta Avenida es tan estéril como la esposa de un financiero parisién.

Don Justo. – ¡Esterilidad provocada, horrible es decirlo!

Don Tomás. – ¡Bah! Usted, hombre de legajos, se figura que hay cosas naturales y cosas artificiales. No; ¡todo es natural! Todo, por lo menos para nuestra inteligencia, obedece a las

mismas leyes. Ese sombrero de fieltro es un producto tan natural como la concha de un molusco. Aparte de que pronto las señoras "bien" llegarán a sus fines sin tomarse molestia alguna. Y el suicidio, que se va haciendo normal, corregirá los errores.

Don Angel. – ¡Accidentes! ¡Detalles! Nuestra época es confusa; estamos en el desorden de un cambio de puestos. Se verifica el advenimiento de la masa popular, y nadie puede imaginarse lo que se engendrará por él.

Don Justo. – Perdona usted. Me imagino perfectamente la invasión de Atila. Retrocederemos diez mil años.

Don Tomás. – Lo grave es que no somos capaces de producir un Atila. Estamos en decadencia. Nos aguarda la horda sin jefes. Por ahora lo que se verifica es el advenimiento del vulgo. Traiga usted una revolución que nos suprima el vulgo, don Angel, y le proclamaré Mesías.

Don Justo. – Ese director de circo, que, por cierto, será un excelente psicólogo de multitudes, cuenta ganar por los menos medio millón. Total, dos millones por presentar a Roosevelt. ¿Y quién los pagará? Nuestro amo, el público, el número informe que teníamos antes, como debe estar, atado a la noria. Y cada uno de los que acudan a tan imbécil espectáculo opina, y vota y gobierna. Yo me estremezco.

Don Angel. – Yo también; pero de entusiasmo.

Don Tomás. – ¡Pensar que hemos enseñado al vulgo a leer! Así lograremos matar el arte, porque hoy no es una aristocracia rica y de buen puesto quien retribuye al artista, sino Don Cualquiera. Nuestro héroe literario es Sherlock Holmes. Después del fatal hallazgo de la imprenta, no era posible evitar la catástrofe.

Don Justo. – ¡En qué día está usted! ¿Y los descubrimientos científicos son decadencia?

Don Tomás. – Claro que sí. No son los hombres los que descubren; es el método. ¿Y qué es el método uniforme y único? El amaneramiento de la razón. No me sorprenderá que se invente una máquina de descubrir. Ya las hay de calcular, y nuestra ciencia es pura aritmética. Entonces al menos descansaríamos, que bastante falta nos hace.

PROPINAS

Don Tomás. – El vecindario de Santander regala un palacio a Alfonso XIII. Ya hay 1.000.000 de pesetas reunidas.

Don Angel. – La propina es notable.

Don Justo. – ¡Oh! Sea usted más correcto. ¡Propina!

Don Angel. – ¿Cómo debo decir?

Don Justo. – Ofrecimiento... Respetuoso ofrecimiento. Hay que respetar a los reyes.

Don Tomás. – Sobre todo en una república.

Don Angel. – No me opongo. A mí me gusta respetar a todo el mundo. También respeto a los mozos de café, y, sin embargo, no creía insultarles, al poner en sus manos una propina.

Don Justo. – ¿Qué tiene que ver una cosa con otra? Si no sabe usted distinguir un sirviente de un rey, le compadezco.

Don Angel. – No estoy reñido con Alfonso XIII. Reconozco que es de buena familia. ¿Pero qué palabra genérica emplearemos para designar lo que dimos sin estar a ello obligados? Propina, me parece preferible por lo benévola. Supone un trabajo cumplido, quizá mal pagado. Quizá no pagan lo justo al rey.

Don Tomás. – Quizá. En tal caso, se trataría de una gratificación.

Don Justo. – Gratificación es todavía insolente.

Don Angel. – ¿Menos insolente que propina, verdad?

Don Tomás. – Menos. Se aplica a un empleado. Usted ofendería a un escribiente si le "propinara". En cambio, un mendigo se enorgullecería, porque recibe limosnas, y no propinas ni gratificaciones. Si es a la Divinidad a quien usted favorece, use el término ofrenda. ¿Comprende usted?

Don Angel. – Bonita escala: limosna, propina, gratificación, ofrecimiento y ofrenda. De pordiosero a Dios.

Don Tomás. – Y ninguno rehúsa.

Don Justo. – Observemos que en la iglesia caben todos los peldaños, lo cual prueba la incalculable penetración social del catolicismo. Así podemos presentar una limosna al capuchino, una propina al sacristán, una gratificación al cura y una ofrenda al Papa. Hace precisamente un año que un desconocido envió un millón de liras a Pío X.

Don Tomás. – El obsequio ha de estar en proporción con el obsequiado. Para una familia entera que se muere de hambre, bastan unos céntimos. En cuanto a los burgueses, recuérdese la definición de Bernard Shaw: "un burgués es un hombre que no quisiera aceptar como propina menos de un billete de cinco libras". A medida que el candidato es más rico, más poderoso, hay que ofrecerle más. ¿Quién se atreverá a molestar a un Alfonso XIII o a un Pío X, con menos de un millón? Y Dios, por último, que nada necesita, tiene derecho a exigirlo todo, las fortunas, los cuerpos y las almas.

Don Justo. – El pobre tiene también derecho a su limosna.

Don Angel. – ¿De veras?

Don Justo. – Es mi convicción. Yo reservo una suma al mes, siempre idéntica, para obras de caridad.

Don Angel. – ¿No teme usted arruinarse?

Don Justo. – Sería muy triste que por un altruismo exagerado, cayera en la pobreza y me imposibilitara de seguir haciendo el bien. La cantidad que consagro a tales fines es lo suficientemente reducida para no desequilibrar mi presupuesto. Me atengo a mi deber de cristiano, y confío en la recompensa.

Don Angel. – Coloca usted su dinero en un banco honorable, incapaz de quebrar. Le pagarán a usted con exactitud, don Justo. Con el juicio con que juzga usted, será juzgado. Con la medida con que mide le volverán a medir.

Don Justo. – ¿Qué jerga es ésa?

Don Angel. – San Mateo, capítulo séptimo, versículo segundo.

Don Tomás. – (A don Justo). ¿Tiene usted muchos pobres?

Don Justo. – No muchos, doce o quince. Hace años que los tengo.

Don Tomás. – ¿Los mismos?

Don Justo. – Los mismos. De tarde en tarde, se lleva uno al hospital y desaparece. Esto es raro, gozan de aceptable salud. Ellos y yo envejecemos juntos; ellos un poco más de prisa. Es curioso; tan pobres están, como cuando los conocí; llevan la ropa de aquella época. Son algo derrochadores. No ahorran. En tanto tiempo, su situación no ha cambiado, ni la mía tampoco.

Don Tomás. – Tal es la función de la beneficencia: conservar los pobres, única manera de conservar los ricos. Sin la beneficencia, los pobres sucumbirían a la inanición, al frío, a la enfermedad. Sería cruel. Hay que mantenerlos en la miseria. Es preciso que vivan. Sacarlos de ella, transformarlos en ricos, sería revolucionario. ¿Conciben ustedes una beneficencia revolucionaria? Lo era la de Cristo. "Denlo todo" era su máxima monstruosa. ¿Dónde iríamos a parar con semejante doctrina? Al caos. Damos lo que conviene dar, para que continúen las cosas como están, unas encima de otras, en igual orden que ayer. La escala de donaciones es conservadora. La ignominiosa limosna al mendigo. El millón al rey, si se digna no rechazarlo, para que no salga de rey, oficio que impone cierto lujo. Nuestra sociedad constituye una mole colosal y tan complicada, que ya nos es imposible tocar los cimientos.

Don Justo. – Estoy conforme. Al primer sillar atacado, se viene a tierra el edificio, y no queda uno de nosotros. Peor es meneallo.

Don Angel. – Buen par de zorros están ustedes.

EL DUELO

Don Tomás. – ¿De modo que acepta usted la costumbre del duelo?

Don Justo. – Acepto las costumbres de mi época porque no quiero morir lapidado. Es factible y a veces lícito atacar los dogmas, los gobiernos, las ideas, las leyes, pero ir contra una costumbre es ir verdaderamente contra Dios. Lo que ha anulado a los cuáqueros no es su credo -mil herejías disparatadas triunfan- sino su manía de no quitarse el sombrero jamás.

Don Angel. – ¿Ni cuando se acuestan?

Don Justo. – No se lo quitan en público, y eso es lo grave. Ensayen aquí el saludo de ciertos polinesios, que consiste en escupir a las mejillas y en frotarlas después con la palma de la mano, y verán qué tal les va. Les suprimirían más rabiosamente que si fueran asesinos. ¿Qué crimen hay comparable con el de no ejecutar los pequeños gestos mecánicos, idénticos...

Don Angel. – Simiescos...

Don Justo. – ¿... de nuestra sociedad incierta? Y debe ser así. Necesitamos estabilidad, y siendo difícil obtenerla en el pensamiento, la realizamos en la conducta. Algo es algo. El duelo es respetable, puesto que se usa. Un periodista o un político que no se bate está perdido.

Don Angel. – Hace falta demasiado valor para no batirse.

Don Tomás. – Hablan ustedes del duelo como de una fórmula fija, y no lo es. Se transforma, tendiendo a la mayor benignidad compatible con las armas, y hoy, en los países de alta civilización, se ha llegado a dosificar bastante bien el peligro. La espada francesa permite la esgrima del antebrazo, y dos tiradores regulares se encuentran seguros del codo arriba. El sable es menos preciso, y la pistola, aunque disminuya *ad libitum* la probabilidad de lesión, no es muy útil, pues no nos deja dueños de graduar la importancia del daño posible. Una herida inevitable y mínima satisface a todo el mundo, unas gotitas de sangre suficientes a firmar el protocolo.

Don Angel. – El duelo de cumplido.

Don Tomás. – El ideal. Las costumbres fatales y estériles se convierten así en puros cumplidos.

Don Justo. – Que hay de cumplir.

Don Tomás. – Felizmente sin grandes riesgos.

Don Angel. – Para los asuntos graves el duelo no sirve, no presenta ya la seriedad requerida. Es preciso volver al homicidio normal.

Don Tomás. – Sí, es más justo. El duelo se reduce a la etiqueta del heroísmo, la cual exige futilidad de causas. El honor se vincula con la violencia; ya dijo Scarron que tenemos vergüenza al hacer los hombres, y honor al deshacerlos. Son los militares los profesionales del honor, puesto que su oficio les familiariza con la muerte. Y el puntillo de honor, más exquisito aún, es propio de matones y de duques. Matarse por una insignificancia, porque sí, aunque sea sólo en simulacro, constituye un estimulante precioso que las gentes reclaman. Yo reservaría el duelo - atenuado, sistema del antebrazo- para estos conflictos estrictamente nobles.

Don Angel. – Comprendo el juicio de Dios. Es cosa tan ardua, en los negocios humanos, saber quién tiene razón, que es lógico quizás renunciar de cuando en cuando a la lógica, y entregarse al azar. Pero en el juicio de Dios el vencido era culpable: el honor que recobraba un contendiente era sacado al otro. En el duelo moderno los dos son absueltos; los dos se reivindicán; los dos recobran su honor. Es curioso.

Don Justo. – Por economía. El duelo no es un tribunal. Yo, que soy juez, no me creo obligado a batirme con los delincuentes que condeno. La colectividad se empobrecería rápidamente si descalificara a uno de sus distinguidos miembros en cada lance. Por eso el duelo es provechoso. Devuelve con facilidad el honor a quien lo extravía. Y el honor hay que cuidarlo; es el poder de circulación social.

EL JURAMENTO

Don Angel. – ¿No les parece a ustedes anacrónica la costumbre de que los altos funcionarios presten juramento?

Don Justo. – La democracia ha vulgarizado de tal modo la misión de gobernar, que un presidente o un ministro es considerado semejante a los demás hombres. Cualquier repórter de la prensa opositora insulta libremente al jefe de la patria. Un mozo de café, sin otro riesgo que algunos meses de cárcel, tira de la barba a Mr. Fallières. Hemos perdido el respeto a las cosas más serias.

Don Angel. – Es que ya no son serias. Pero siga usted.

Don Justo. – ¿Por qué no conservar siquiera un simulacro de solemnidad a ciertas ceremonias? Y con esto hay funcionarios que creen en Dios. ¿Por qué no admitir, en provecho común, el compromiso total de sus conciencias?

Don Tomás. – Sería mejor que nos bastara su palabra de caballero.

Don Angel. – ¿Y qué pensar de los que debutan con la farsa de jurar sin creer?

Don Tomás. – Cuando una farsa es solemne, vale como una verdad.

Don Justo. – Evidentemente. ¿Qué le importa al fiel de rodillas en el templo si el sacerdote que alza la hostia es sacrílego o no? No es la verdad lo que mueve el mundo, sino la fe. Mientras tengamos fe en una mentira no es tal mentira. Es una realidad que obra y triunfa. La cuestión no está en si Dios existe o no existe. ¿Existe nuestra fe? He aquí el problema. Nuestra fe crea a Dios; nuestro descreimiento lo mata. Ante la ciencia, lo religioso no se puede plantear ni enunciar; no tiene sentido.

Don Tomás. – Jamás nuestro análisis separará a Dios del Diablo en la naturaleza.

Don Angel. – No nos remontemos así, bajemos a los altos funcionarios. No veo la necesidad de que prometan nada, con ritual o sin él. Si se les ha nombrado, es porque inspiraban confianza suficiente.

Don Tomás. – Se trata de una manía general, antigua y poderosa, la de congraciarse con los dioses, la de sobornarlos para que por lo menos nos dejen tranquilos. El juramento administrativo es una de las mil formas de sacrificio propiciatorio. El padre bautiza al hijo, la doncella pide novio al santo, el cura se encarga de bendecir recién casados, lanchas pescadoras, acorazados, boliches nuevos, primera piedra de palacios, hospitales, presidios y puentes; se sacramentan sanos, moribundos y muertos; se consagran hasta los patíbulos. No hay negocio del que no demos aviso a las alturas, pagando la estampilla. La más sórdida cortesana tendrá una medalla, un fetiche, una cábala, una jaculatoria para atraer clientes; el salteador de caminos suplica a la Virgen que se acuerde de él, y le envíe un rico viajero a quien desvalijar. El Todopoderoso permite los crímenes; aprovechémonos. ¿Quién no estrena el día reclamando misericordia al destino? ¿Qué ateo no dirige constantemente invocaciones vagas al azar? Y si fuéramos más sabios usaríamos todas las religiones, llamaríamos a todas las puertas, rogaríamos a la vez a Cristo, a Mahoma, a Buda, a Confucio, a los últimos ídolos de la Polinesia y de África. No hay precaución que sobre.

Don Justo. – El juramento de los altos funcionarios es útil, moralizador. ¿Ha oído usted que hayan fallado nunca a él? ¿Qué presidente, qué ministro olvidó su sagrada promesa? ¿Qué director general se ha fugado con los fondos? Ninguno. ¿Por qué juró ser honrado. Esto es irrefutable.

Don Angel. – ¿Y los que se enriquecen en el puesto? Digo lo que el baturro: "el río no crece con agua clara".

Don Tomás. – Error, error y error. Saque usted al funcionario del puesto. ¿Continuará enriqueciéndose? No. Entonces la causa no consistía en él, sino en el puesto. Un ministro se vuelve millonario automáticamente, por circunstancias de topografía social. ¿Conoce usted esa maquinita centrífuga para hacer manteca? Gira veloz, y la nata que pesa más, se acumula en los extremos. La civilización es una enorme máquina centrífuga que acumula el oro en las capas superiores. No confundamos un fenómeno moral con un fenómeno físico. Seamos justos.

Don Justo. – En cuanto a los bajos funcionarios, no necesitan jurar. La miseria les asegura. Por arriba las responsabilidades se van delegando indefinidamente, y sobre la presidencia de la República, Dios, gerente supremo de las oficinas, cierra el escalafón.

EL BESO Y LA MUERTE

Don Tomás. – El beso es peligroso. Los microbios pasan calentitos de una boca a otra. ¡Cuántas enfermedades se inoculan así! La difteria, la tuberculosis, el amor. No conviene tampoco apretarse la mano, hablarse de cerca ni aglomerarse en un recinto. La proximidad del prójimo amenaza; su aliento asesina. ¿Qué son nuestros padres, nuestra mujer? Frascos de bacilos. La sociedad envenena; la familia mata. No hay caricias higiénicas, y los amantes tienen que encontrar el medio de poseerse sin tocarse. Mientras no lo encuentren, sus besos esparcirán la ponzoña en la distancia y en el tiempo. Como Adán y Eva se transmitirán su lepra y la transmitirán a sus hijos y los hijos de sus hijos, hasta la cuarta generación.

Don Justo. – Ya ve usted qué sensato ha sido Dios castigando en nosotros la culpa de nuestros abuelos. El pecado se contagia y se hereda, igual que ciertas pestes. Se es pecador de nacimiento, como se es herpético. La naturaleza y Dios están conformes. Acusar de injusta a la naturaleza, porque me fabricó canceroso, no tiene sentido. Tampoco lo tiene acusar a Dios.

Don Angel. – Puesto que Dios no existe. Pero si yo no acuso a la gran salvaje, le declaro la guerra, y la venceré. Yo, el hombre.

Don Justo. – Y ¿cómo?

Don Angel. – Curándome, curándome el cáncer. ¿Qué es la civilización, sino el duelo entre la naturaleza y el hombre? El vicio no es individual; es social. Ninguno de nosotros es el responsable; lo somos todos. Los gérmenes morbosos, lo mismo los que desorganizan el cuerpo que los desorganizan el espíritu, circulan, flotan, penetran y rara vez hieren al que los ha producido. Son anónimos; forman un ambiente, y en ellos no hay nada personal. La casualidad de un contacto me comunica la podredumbre de un miserable. ¿Y qué? Habría injusticia si yo fuera inocente, si yo fuera mejor; pero soy como él un pedazo humano, un hueco de carne donde llovieron los siglos, y que no manifiesta la milésima parte de lo que oculta. La ilusión de que podemos juzgarnos es la más dañina de nuestras ilusiones. ¿Cómo seré inocente donde no hay culpables? No hay inocentes ni culpables; sólo hay desgraciados, y el único recurso que tenemos contra el destino es disminuir nuestra ignorancia. ¿Para qué condenar? Basta aprender, enseñar y curar.

Don Justo. – Los gérmenes flotan, dice usted; ¿de dónde salieron? ¿Por qué no hemos de buscar los focos?

Don Angel. – En cuanto a los gérmenes de infección fisiológica, el foco es la miseria. Mas la miseria de los pobres es la codicia de los ricos; el foco verdadero es moral. De los talleres, de las bohordillas, de los rincones del hambre, de las cavernas de la desesperación, de los presidios y de los hospitales, del inmenso bajo fondo de sangre y de lágrimas en que se cimenta el edificio colectivo es de donde se escapa la muerte vengadora; de allí se levantan las bacterias democráticas para enlutar los palacios y hasta los tronos. Mediante la industria explotamos al mayor número, y también multiplicamos las comunicaciones, las corrientes emigratorias, la movilidad humana y las facilidades de conjunto. Nuestros cañones ametrallan exóticas razas indefensas, y ellas nos corresponderán con enfermedades misteriosas y terribles, que se embarcarían en nuestros vapores y en nuestros trenes, y vendrán a diezmannos. Hemos prostituido a nuestras hijas, hemos abaratado el beso, y en cada beso que nos dan hay un poco de tósigo probable para nuestras venas. Por los caminos que abrió nuestra avaricia llegan los fantasmas del dolor. Nos destrozamos los unos a los otros, y la tierra es pequeña para enterrar tantas víctimas. Nuestros crímenes hieden. Caín está atado al cadáver de Abel, y el muerto pudre al vino.

Don Justo. – ¿Qué tal? ¿Oyó usted, don Tomás, la palabra crimen? Nuestros crímenes hieden. ¿En qué quedamos? ¿Hay culpables o no?

Don Angel. – Retiro la palabra. Fue el calor del discurso. ¡No, caramba!, no hay culpables. El avaro no es malo, es tonto. No comprende que sería incomparablemente más feliz en una sociedad de estructura altruista. Ser malo es ser de otra época. El crimen es un anacronismo.

Don Tomás. – No importa la ignorancia, si se es inteligente. La ciencia, como desinfectante moral, presta servicios. ¡Pero es tan lenta! Entretanto, contentémonos con el ácido fénico, el sublimado y el permanganato de potasa. Desinfectemos la pasión; esterilicemos los labios que hayamos de besar. Y si la prudencia lo exige, limitémonos a las vías indispensables. Renunciemos -¡hélas!- a las mucosas digestivas.

ALCOHOLISMO

Don Justo. – ¿Y ustedes, han leído la Biblia?

Don Angel. – No hay ninguna belleza en ese libro, porque es inmoral.

Don Tomás. – El argumento no es nuevo.

Don Angel. – Pero es siempre gracioso. A mí por lo menos me divierte ver a un poeta que, ante el gigantesco y lúgubre anatema de Ezequiel, exclama: ¡Pornográfico!

Don Tomás. – El pobre Zola se habrá estremecido en su tumba.

Don Angel. – O a un escultor que, ante la Venus de Médicis, ruge: ¡Qué asco! Miren adónde se lleva la mano izquierda...

Don Justo. – Pues yo creo que la decencia y el sentido común tienen su importancia.

Don Tomás. – Enorme. La de la moda.

Don Justo. – Las señoritas del siglo XX no deben conocer ciertos pasajes, demasiado sinceros, de la historia judía.

Don Angel. – Están ya satisfechas con Carlota Braemé y Carolina Invernizio, que al fin escriben novelas correctas y dignas del respeto de los críticos dentro de tres mil años.

Don Tomás. – ¡Bah! Dentro de tres mil años, nuestras costumbres, no las íntimas que varían poco, sino las oficiales, parecerán monstruosas. La lógica, la moral, son figuras muy efímeras, muy débiles, muy a la superficie de nuestro ser. Los manantiales de la belleza están mucho más adentro.

Don Justo. – ¿Y por qué lo que pasa no habría de tener su trascendencia para nosotros, que también pasamos? Lo que cambia de siglo en siglo es la individualidad, la persona, lo que con mayor pasión se ama y con mayor energía se defiende. Yo confieso la moral de mi tiempo, yo admiro a las autoridades de Aukland, que desde el fondo del Pacífico nos dan lecciones en la lucha contra el alcohol.

Don Tomás. – Suprimido el alcohol público, quedará el clandestino. ¿Qué sucede cuando se reprime la prostitución? Que aumentan los adulterios. Y suprimido el alcohol clandestino, habrá que suprimir otra cosa, y no se acabará nunca. Las aguas del río tarde o temprano, llegan al mar. Se combate el alcoholismo como causa de males, y es un efecto: la gente bebe por algo; no se trata de un accidente, sino tal vez de una necesidad.

Don Justo. – ¡Oh! ¿Pretendemos disminuir los vicios y usted, médico, nos negaría su apoyo?

Don Tomás. – Ya sé hacia dónde caminamos: a una tutela técnica. Se quiere aplicar a las razas humanas los métodos de crianza aplicados a los animales domésticos. Tenemos un ideal de caballo de carrera, el que más corre, y un ideal de buey comestible, el que da más kilos de buena carne. ¿Cuál es el tipo de hombre por obtener? Cuestión de valores, como dicen los psicólogos. Cuestión de metafísica. Yo tengo mi tipo, y usted tendrá el suyo.

Don Justo. – Limitémonos sencillamente a conseguir la salud. ¿O es que discute usted la conveniencia de la salud?

Don Tomás. – ¿Por qué no? Acaso valor atribuirá un místico a la salud. ¿Prefiere usted la salud del gañán a la de un Pascal, un Lucrecio o un Leopardi? ¿Y usted mismo, por evitar la neurosis, por alargar unos cuantos metros su inútil y triste vejez, renunciaría a los divinos placeres de la inteligencia? Aparte de que es cómico hablar de salud a los que han de morir. La única enfermedad verdaderamente incurable es la vida.

Don Angel. – El capitalismo conduce a la tiranía científica. Hoy se violan los domicilios y se encarcela a los ciudadanos para prevenir una infección. Mañana se reglamentará el alimento y las relaciones sexuales. Carnegie paga una prima a sus obreros *sobrios*. Un obrero sobrio es una máquina limpia. Se impondrá al proletariado la salud, para mejorar su rendimiento económico. En artículo a la moral moderna, toda ella se resume en este artículo: probidad. Y se comprende: la probidad es la base del capitalismo; es la resignación del pobre.

Don Tomás. – ¿Será prudente privarnos de estimulantes? ¿Tendremos el valor de rehusar su café a Balzac, su whisky a Poe, su éter a Maupassant? ¿Abandonaremos esos reactivos misteriosos, que acortan nuestra existencia, sí, pero apretándola y haciéndola por momentos luminosa, como astro en gestación? ¿Ese amor a la salud física, ese odio a las rarezas orgánicas, no serán un peligro social? Quizá, merced a los procedimientos democráticos, estamos reduciendo la estatura de la humanidad a la de sus más mediocres miembros. Quizás una higiene estúpida, enemiga de las excepciones, logre castrar de genios nuestra especie.

UNA VALIENTE

Don Angel. – Me gusta esa muchacha...

Don Justo. – ¡Hola! ¿Ésas tenemos? Casado, es decir *unido* y con cuatro nenes, ¿todavía le gustan las muchachas?

Don Angel. – Déjeme concluir. Me gusta esa muchacha que ha optado al título de farmacéutica, después de años de tenaz estudio. Es una valiente. Me agradaría tener una hija así.

Don Tomás. – Es un caso.

Don Justo. – Alabo tanta constancia, pero...

Don Angel. – ¿Pero qué?

Don Justo. – Apliquemos el criterio de Kant, amigo mío. ¿Se felicitaría usted de ver las escuelas llenarse de futuras farmacéuticas, médicas, abogadas, ingenieras y cirujanas?

Don Angel. – ¿Por qué no? Las mujeres tienen también derecho a vivir.

Don Tomás. – No emplee usted esa palabra, que nada significa. No hay derechos, no hay sino hechos. Las especies y los individuos quieren vivir, y quieren vivir siempre mejor, cada vez más anchos y más hondos. Es la ley de la vida; multiplicarse a expensas de la muerte, aumentar sin término. Todos somos indefinidamente elásticos, como los gases; son los obstáculos quienes nos limitan y nos dan una figura. Las mujeres quieren vivir, puesto que viven; quieren emanciparse, lo mismo que los hombres, y cuando su voluntad sea bastante fuerte para que no haya otro remedio sino aceptarla, la llamaremos un derecho. La usurpación de hoy es el derecho de mañana.

Don Angel. – Bueno.

Don Justo. – Justo es que algunas jóvenes, si lo desean, no encuentren dificultades en adquirir y beneficiar una cultura superior. Es cuestión de aptitudes; aunque hemos de confesar que las aptitudes de la mujer...

Don Angel. – ¡Ah! ¡Ya apareció aquello! Usted es de los que poseen una definición infalible del cerebro femenino, y saben matemáticamente lo que es y lo que será. No profeticemos don Justo. Si le hubieran interrogado a usted hace treinta años sobre las aptitudes de los japoneses, ¿qué hubiera dicho usted? No imaginamos la sorpresa que nos reservan los chinos... y las chinas. ¿Las aptitudes de la mujer? No las conocemos, porque jamás le hemos permitido trabajar más que de una manera: como bestia de carga. La experiencia nos enterrará. Esperemos hasta entonces.

Don Justo. – ¡Triste experiencia! Iremos borrando la belleza de nuestras compañeras; disminuyendo la poesía del amor y comprometeremos la vitalidad de la raza. Atacar un sexo es amenazar los dos. La mujer y el hombre son los hermanos siameses. Herir a uno es herir al otro. ¿Acaso las funciones de la generación no son suficientes a ocupar, dignificar, transfigurar a la mujer? ¿Pretende usted hacer de ella algo más elevado que una madre? El hogar encierra dentro de sí la necesidad entera, y hago mía la célebre máxima: "nuestra esposa debe residir en la casa como el corazón en el pecho".

Don Tomás. – Vamos despacio. Respecto a la belleza: buenas noches. La democracia la ha matado. Brilló en Grecia, merced a la esclavitud. Un producto tan exquisito exige la división de castas, una zona fija, inviolable, en que los siglos acumulen el lujo y los privilegios, una aristocracia en que la sangre se cargue de *bouquet*. La promiscuidad nos ha vuelto horribles.

Fulanita tiene una preciosa nariz, pero los ojos correspondientes no los tiene ella, sino Menganita. Hay que renunciar a ser hermoso de pies a cabeza. La democracia ha reducido la belleza a fragmentos: nos la hemos repartido y nos ha tocado muy poco. Respecto a la generación, quizá no la haga peligrar una variedad nueva de mujeres trabajadoras. Las hormigas se reproducen bien, a pesar de las neutras u obreras. Marchamos, tal vez, a un polimorfismo sexual, útil a nuestros fines generales, y dentro de varias centurias contemplaremos una multitud laboriosa y ágil de hembras inteligentes, estériles y virtuosísimas, recién fabricadas para ayudarnos a triunfar del misterioso destino.

Don Angel. – Me divierte, don Justo, confundiendo la realidad con las cortes de amor. “Nuestra esposa debe residir en su casa...” ¿Se figura usted, galante don Justo, que nos preocupamos de que las mujeres tengan casa? La madre, la madre, a secas, es un objeto de vergüenza y de escándalo. ¿Cómo? ¿Nos explotamos ferozmente los unos a los otros, y no explotariamos a la mujer, indefensa y débil? Los hijos... ¿qué nos importan los hijos? Un cincuenta por ciento perece antes de alcanzar la pubertad. ¿Qué hemos hecho para evitarlos? ¿Hemos protegido a las jóvenes, las hemos informado a tiempo de lo que es la procreación? No; las reclamamos imbéciles de cuerpo y alma. Las condenamos a diez años de castidad absurda, engendradora de hipocresía y de vicios, y eso cuando nos dignamos casarnos con ellas, retirarlas del mercado de vírgenes. Si no, ¡que revienten con su ignorancia! ¿Qué hará una niña pobre y fea? ¿Suicidarse? Esa mirada con que los hombres aforan la cantidad de placer que extraerán del sexo opuesto no es una mirada de amor, sino de codicia. La galantería, don Justo, es una farsa de salón. Venga conmigo al taller, a la fábrica, y comprenderá lo que es la galantería del macho; allí se paga a las mujeres lo menos posible, no porque sean más torpes, sino porque son mujeres. La imagen de Penélope es conmovedora, pero si Penélope tiene hambre y está obligada a vender tela cada día, en lugar de deshacerla, ¿qué obtendrá? Obtendrá en París 65 céntimos, y por no sentir los dolores de la inanición coserá en la cama. Por eso es valerosa la muchacha de que hablé antes. El valor consiste en examinar la verdad frente a frente, y la verdad, para esa mujer decidida a luchar con todas las armas que le proporciona su época, es que el hombre no es su hermano, sino su enemigo.

EL PIANO

Adela. – (Diecinueve años: es la hija de don Tomás. Está sirviendo el té). ¿Dos o tres?

Don Angel. – Tres. Muy dulce.

Don Tomás. – Don Angel es romántico. Oscila del almíbar al ácido prúsico.

Adela. – Yo no tomaré nunca ácido prúsico.

Don Tomás. – Como no sea por equivocación. Yo para suicidarme, elegiría un medio infalible.

Don Angel. – ¿Cuál?

Don Tomás. – La vejez.

Don Angel. – Es un medio lento.

Don Tomás. – Pero si se empieza con él no hay manera de volverse atrás. ¡Adelita!

Adela. – ¿Papa?

Don Tomás. – Siéntate al piano un ratito.

Adela. – ¿Y qué toco? Si estoy tan mal de los dedos... Hace días que no estudio.

Don Tomás. – Toca cualquier cosa.

Adela. – ¿"Tu desdén me enloquece"?...

Don Tomás. – Eso es.

Adela. – ¿O "Sospirt del cuore"?

Don Tomás. – Bueno.

(La niña principia tranquilamente a golpear las teclas).

Don Tomás. – ¿Sufre usted?

Don Angel. – Nada de eso. Mi pobre hermana tocaba lo mismo.

Don Tomás. – Así hablamos con la libertad, sin más inconveniente que alzar un poco la voz. Antes, cuando había que alejar a las doncellas de una conversación escabrosa, se les enviaba, con cualquier pretexto, fuera de la habitación. Ahora se les ruega que se sienten al piano.

Don Angel. – Nosotros charlamos de asuntos que aburren a Adela. Es muy inteligente.

Don Tomás. – Muy inteligente. Muy poco instruida. No me atrevo a enseñarle nada serio. Temo embrutecerla.

Don Angel. – ¡Oh!, no estoy conforme.

Don Tomás. – Es usted más joven que yo. Sus hijos no le preocupan todavía sino en lo referente al tubo digestivo. Deje que crezcan, y la experiencia le hará a usted pensar como yo. La ciencia, a usted y a mí, no nos ha degenerado por completo. Yo, sobre todo, he resistido mucho.

Don Angel. – Por lo contrario, me parece que el que combate y refuta la ciencia y no se somete soy yo...

Don Tomás. – ¿Ve usted? La ciencia le ha puesto furioso. Le ha desequilibrado. Yo la acepto socarronamente...

(La niña concluye la primera parte).

Don Tomás. – ¡Muy bien!

Don Angel. – ¡Muy bien!

Don Tomás. – ¡Sigue, sigue!

Don Tomás. – Por ejemplo, la cuestión música. Mi hijo, Dios mediante, no saldrá nunca de sus vales, sus polcas y sus romanzas. Me resigno a escuchar, hasta que las escuche su marido, esas piezas inevitables que para mí, felizmente, se reducen a una sola. Yo, a lo menos, soy ya incapaz de distinguir "Tú y yo" del "Llanto de una viuda". ¿Y usted?

Don Angel. – Yo tampoco. ¿Pero cómo, siendo esta muchacha tan despierta, tan sensible, la priva usted de los grandes compositores?

Don Tomás. – ¡Qué delirio! ¿Recetar a Adelita, Beethoven y Schumann, Wagner?... ¿Volcar en esa alma ingenua y ardiente un océano de verdadero arte, de verdadera pasión? ¿Añadir a la vida virgen los más poderosos estimulantes de vida? Vamos, usted quiere que se fugue con el profesor... No. Hay que proteger a los débiles. Un ser sencillo y puro, de sentimiento generosos como por desgracia es Adela, es un ser débil en medio de nuestra sociedad idiota y cruel, gangrenada de convencionalismos feroces...

Don Angel. – ¡Bravo! Estoy con usted. ¡Bravo!

Adela. – (Desde el taburete). ¡Gracias!

Don Tomás. – No... Si es que... Sigue, sigue. (A *don Angel*). Entonces, la protejo con todas las corazas cursis de la buena educación. Sepa usted que mi hija lee la peor literatura posible, hasta los diarios. Las obras maestras son las que corrompen. El recto sentido de Adela rechaza las paparruchas de los novelones, y tiene en lastimoso concepto a los poetas. Su espíritu noble, en cambio, acabaría por ceder a la seducción de un Byron, de un Goethe. Amigo, no soy bastante millonario para permitirme una hija original, es decir, una hija que sea una mujer libre, y no una esclava con permiso. ¿Qué dice usted?

Don Angel. – Que es muy triste oírle. Creo que es necesario tener valor, abrir las esclusas de la verdad y de la belleza sobre los corazones, suceda lo que suceda...

Don Tomás. – Está usted en un camino peligroso. No ha llegado el pecho desnudo entre nuestros semejantes. Si hoy Jesús repitiera su ensayo, ¿qué ocurriría?

Don Angel. – Ya lo sé. Igual que hace veinte siglos. Y, sin embargo, es preciso luchar. Es preciso asir por donde podamos la realidad rígida y terca, sacudirla, empujarla, ablandarla con el calor de nuestra sangre...

Don Tomás. – ¡Ah, soñador, soñador! Por supuesto, que sus libros de usted le están prohibidos a Adela.

Don Angel. – ¿Cómo los de Goethe.

Don Tomás. – Sí, señor. Quéjese usted si osa.

Don Angel. – ¡Dios me libre!

(La niña concluye la segunda parte).

Don Tomás. – ¡Muy bien!

Don Angel. – ¡Muy bien!

Don Tomás. – Sigue, sigue.

Adela. – Se ha terminado ya. (A *don Angel*). ¿Le gustaron los *sospiri del cuore*?...

Don Tomás. – ¡Hombre! Me figuré que era *Tu desdén me enloquece*.

Don Angel. – Es lo mismo. Muy bonito.

Don Tomás. – Es lo mismo.

IDILIO

María. – Los niños duermen.

Don Angel. – Y nosotros soñamos, y nos volvemos niños. Empapemos nuestro amor en la sombra tibia del espacio. ¡Con qué naturalidad celeste respira nuestro nido en el seno del mundo! ¿No sientes en esta paz oscura y palpitante la inmortal fraternidad de las cosas?

María. – Háblame.

Don Angel. – Ven a mi lado. Reposa tu cabeza en mi pecho. Trae junto a mi boca tu orejita blanca, concha de nácar misteriosa, abierta bajo la onda suavísima de tus cabellos. Quisiera hablarte con suspiros y con silencio. Te diré locuras incomprensibles; imitaré los juegos de las nubes y de las aguas; nada entenderás en mi voz, sino mi voz misma, y el acento ardiente de mi corazón.

María. – No sé si entiendo tu corazón; lo escucho latir. Pero no confundo sus latidos con los de ningún otro, y sin ellos me moriría.

Don Angel. – No nos entendemos. Nos amamos. Nos quitarían la razón, mujer mía, y seguiríamos amándonos.

María. – En la ausencia y en la muerte, seguiríamos amándonos.

Don Angel. – El cielo vuelca en tus ojos su tesoro de estrellas. Miro las estrellas amigas de tus ojos.

María. – ¡Cuántas estrellas! ¿Nos miran las estrellas, Angel mío?

Don Angel. – Nos miran. Desde donde ellas están, la tierra es un triste abismo, un firmamento caído en cuyo fondo hay también puntos de luz. Puntos de luz en las tinieblas; lo único visible de nosotros a través de la distancia infinita.

María. – Y esos puntos brillantes, ¿qué son?

Don Angel. – Los ojos de los amantes. Y las estrellas son miradas de amor, clavadas para siempre. El sol es un pedazo de amor. Tus ojos amantes iluminan, como los astros, las almas apagadas. Devuelves la vida a los que la perdieron y se la das a los que la esperan. Está en ti la fuente de toda salud y de toda alegría. Contra ti y contra quien te adora nada puede el destino, aunque haga perpetua alianza con el tiempo.

María. – Nuestro amor no tiene fin.

Don Angel. – El poder soberano de nuestro amor resplandece en los ojos de nuestros niños. Asímate a esas claras pupilas, y en su inocencia sagrada descubrirán la presencia de un Dios invencible.

María. – Los ojos de nuestro Benjamín son los más grandes. Hoy se empeñó en coger rosas y una espina le hirió.

Don Angel. – Enséñale el cariño a las plantas, ahora que su inteligencia está flexible de rocío, y es capaz de aprenderlo todo. Más tarde su alma, pervertida por la ciencia, dudará de ti: Enséñale a perdonar a las rosas sus espinas. Explícale que las flores, atadas por largas raíces, no saben huir. Dile que algunas protegen su frágil existencia mediante espinas, pero que la mayor parte entregan sus corolas con la misma ingenuidad con que abandonan al viento su precioso perfume. Dile que en su cautiverio encantado, así como elaboran los más exquisitos bálsamos y las más dulces ambrosías, también pintan y cincelan las más delicadas figuras de la naturaleza. Dile que el hombre no es capaz de fabricar un pétalo y revélale que la purísima forma y los transparentes matices de los cálices son el retrato de las almas de las flores. Las plantas solas, testigos inmóviles y solitarios del enigma universal, poseen los melancólicos secretos que nosotros, en nuestra agitación incesante, rozamos sin adivinarlos apenas.

María. – Deseo ser flor.

Don Angel. – Tu alma serena es una flor. Me aguardaste al recodo del camino como una flor maravillosa y oculta, denunciada por la primavera. Me detuve y aspiré tu aliento sin atreverme a tocarte. No te arranqué de tu patria: no te llevé conmigo, porque ya no tenía dónde ir. Tú eras el objeto profundo de mi viaje. En ti descansé.

María. – En ti descanso y creo. Eres mi esperanza y mi fuerza.

(Se besan bajo el inmenso palio de la noche).

DIÁLOGOS CONTEMPORÁNEOS

El impertinente. – Muchas veces he buscado una buena definición de la política, y ni siquiera he conseguido encontrar una mala.

El personaje. – La política soy yo.

El impertinente. – Lo difícil es definirte a ti. A primera vista la política constituye legítimamente un oficio. En ella la actividad humana parece emplearse a ejecutar una obra, a perseguir un fin. ¿Qué fin y qué obra? ¿Qué conocimientos requiere ese oficio? Aquí está lo incontestable. A juzgar por los hechos, la cultura intelectual es extraña a esta cuestión. Personas que ni para firmar toleran la ortografía ejercen altas influencias, y se dan casos de ministros instruidos. ¿Qué será mejor para la carrera política? ¿Saber química o historia, medicina o teneduría de libros? Hasta ahora los políticos no se arriesgan a estudiar nada. La política es un oficio amorfo, o el oficio de los que no tienen ninguno.

El personaje. – Nos confundes con los vagos de profesión.

El impertinente. – Y hago mal, porque desgraciadamente son a veces muy activos. Quizá la política sea una estricta función social, como la de las mujeres hermosas. Quizá se acerque a una Administración General de Favores, a una especie de beneficencia secreta. Reducida a ese papel sería tolerable y hasta divertida. Lo malo es que complica a los que no son políticos y su labor trasciende al público.

El personaje. – Desempeñamos nuestra misión. ¿Quién orienta a los pueblos? Nosotros. No necesitamos especializarnos. Nos bastan la inspiración del patriotismo y algunas ideas generales para dirigir espiritualmente a nuestro país.

El impertinente. – Si se contentaran con dirigirnos espiritualmente, no nos hubiéramos enterado nunca de su existencia. Nos resultan algo caros, pero nos resignaríamos a ese regular dispendio con tal que no nos molestaran todos los días. La prensa que les asesora y registra sus travesuras con afición de comadre, nos mete a la fuerza la nariz en su cocina.

El personaje. – No extrañes esto. Lo que hacemos es de gran importancia.

El impertinente. – ¡Bah! Es la raza y no los políticos quien hace las cosas importantes. El porvenir de las naciones sale del trabajo, no de los discursos ni de las disputas. Sus nobles empresas son insignificantes como sus infamias. Lo único que les pedimos los que nos ocupamos en algo útil, es que no cacareen tan alto, o que cacareen más bajo.

EL NOVIO

El doctor Mínguez. – (Tiene veinticinco años. Es inofensivo. Le gusta Adela). Va haciendo menos calor.

Doña Nicolasa. – Y más fresco.

Adela. – Verdad. Anoche tuvimos que cerrar las ventanas.

El doctor Mínguez. – La mortalidad ha disminuido. Una temperatura excesiva favorece las infecciones. Lo noto en mi clínica. ¿Y usted, don Tomás?

Don Tomás. – Sí, joven. Aumentan los casos de salud, tan perjudiciales para nosotros.

El doctor Mínguez. – ¡Qué gracioso! ¡Siempre tan gracioso! (Se ríe bastante). Usted, señorita Adela, sí que es un bello caso de salud, de bella salud.

Doña Nicolasa. – Siempre la ha gozado. Se parece a su madre. Adela es muy sana. No lo sabe usted bien.

Adela. – No, nada de eso... como todo el mundo...

Doña Nicolasa. – ¡Y una regularidad! Adela tendrá hijos hermosos. Es como yo. Y como su abuela.

Adela. – ¡Por Dios!... No sé... Yo no creo...

El doctor Mínguez. – (Profesionalmente). Esos labios, esas encías, esa dentadura, señorita, demuestran lo que su señora madre dice... ¡Ese blanco del ojo!

Doña Nicolasa. – ¡Y qué mucosas! ¡Espléndidas!

Don Tomás. – Deja en paz a las mucosas, Nicolasa.

El doctor Mínguez. – El traje que llevaba usted anteanoche, señorita Adela, ¿lo hizo venir de Buenos Aires?

Adela. – No, señor. Yo...

Doña Nicolasa. – ¿Cómo? ¿El traje del baile del martillero? Sí, señor. De Buenos Aires. Adela se merece cualquier sacrificio. A Buenos Aires se encarga todo lo que se puede.

Don Tomás. – Hasta maridos.

El doctor Mínguez. – ¡Qué vaporosa estaba usted con esa *toilette*, señorita Adela! ¡Étérea, ideal! Sí, ideal; eso es, completamente ideal.

Adela. – No, nada de eso... Yo no...

El doctor Mínguez. – ¡Qué elegantes movimientos!

Don Tomás. – También se encargaron a Buenos Aires.

El doctor Mínguez. – ¡Qué gracioso! ¡Siempre tan gracioso! (*Ríe bastante*).

Doña Nicolasa. – Ya empieza mi esposo a soltar tonterías.

Don Tomás. – No me hagas caso.

Doña Nicolasa. – No es preciso que me lo recomiendes; nunca te hago caso. Mi madre era como yo. A mi padre no se le hacía caso jamás, y ya ve usted, doctor, que tanto yo como mi hija estamos bien educadas.

Adela. – Yo quiero mucho a papá.

El doctor Mínguez. – ¡Qué buena es usted, señorita Adela!

Doña Nicolasa. – La pobrecilla se figura que los hombres sirven para algo.

Don Tomás. – ¡Cásese, amigo Mínguez!

Doña Nicolasa. – No le quedará otro remedio. La mujer es el ángel de la vida.

Don Tomás. – *Tu dixisti.*

El doctor Mínguez. – ¡Ah, señora! El ángel de la vida: muy exacto. Y casi, en esta casa, modelo de hogares, yo, en esta casa, veo aquí, en este modelo de la... del...

Don Tomás. – Adela, cierra la ventana. Entra fresco.

Adela. – Va haciendo menos calor. (*Cierra la ventana*).

El doctor Mínguez. – Mucho menos calor. Cada vez menos. La mortalidad disminuye...

(Al cabo de un rato el doctor Mínguez se despide).

Doña Nicolasa. – Tomás, no seas sucio. Adela, estira el tapete. Tu padre lo ha arrugado todo.

Don Tomás. – ¡Todo está arrugado, ay!

Doña Nicolasa. – ¿Y?...

Don Tomás. – ¿Cómo: y? ¿Y qué?

Doña Nicolasa. – ¿Y Mínguez? ¿Se le acepta?

Adela. – Pero, mamá...

Doña Nicolasa. – Mínguez está enamorado. Está que revienta.

Adela. – No, nada de eso...

Doña Nicolasa. Fíjate. Está lelo. Alelado.

Adela. – No será por amor, mamá. Será él así.

Doña Nicolasa. – Yo sé lo que digo. Tu padre estaba lo mismo, hace treinta años.

Don Tomás. – Peor aún. Estaba idiota.

Doña Nicolasa. – Mínguez te pide cualquier día, te sopla una declaración detrás del piano. ¿Te pones colorada? ¿Se declaró?

Adela. – Sí.

Doña Nicolasa. – ¿Y contestaste?

Adela. – Que no.

Doña Nicolasa. – ¿Que no? ¿Y por qué, no?

Adela. – Porque no le quiero.

Doña Nicolasa. – ¡Valiente razón! ¡Y para esto hemos tenido el cuidado de prohibirte las novelas! Lo debes querer. ¡Es doctor! Ya cobró su parte. Cien mil pesos. Es de excelente familia. Es un poco delicado, no es como tú, un roble. Pero no es un médico enfermo. Yo le encuentro interesante.

Adela. – No le quiero.

Doña Nicolasa. – ¡Le has de querer! ¿Te figuras que yo me casé queriendo? Le has de querer.

Adela. – Ya le dije que no...

Doña Nicolasa. – Eso se dice siempre. Has hecho bien. Le dirás que sí.

Adela. – Que no, que no quiero.

Doña Nicolasa. – ¡Estúpida!

Don Tomás. – Bueno, bueno. Basta, basta. Ven acá, Adela: ¿por qué no le quieres?

Adela. – (*Llorando casi*). Le huele el aliento...

Don Tomás. – Sí, hija mía, le huele el aliento, hija sana, hermosura mía. ¿Qué le vamos a hacer? ¡No les podemos impedir que respiren!

LA REJA

Reja de una ventana baja. Dentro, la niña; fuera, el galán. Dos de la madrugada.

Él. – ¡Por fin!... Te espero desde hace mil años.

Adela. – Cállate por Dios. Estoy muerta de miedo.

Él. – ¿Duermen?

Adela. – Cállate. Creo que duermen. Mamá, de seguro. ¿No la oyes roncar?

Él. – Parece un tigre.

Adela. – ¡Chit! Papá, el pobre, suele estudiar hasta muy tarde. Si sospechara algo...

Él. – ¡Don Tomás es tan bueno!

Adela. – Te digo que hables bajo. No es su severidad lo que me aterraría, sino su pena.

Él. – Es médico y se explicará estas cosas.

Adela. – No te rías, malvado. ¡Ay! Nunca me creí tan valiente, tan mala. Es la primera vez que hago esto.

Él. – Nos iremos acostumbrando, deliciosa mía.

Adela. – Te vuelves a reír, y me enseñas esos dientes blancos que tanto me gustan. ¡Qué tonterías se me escapan! Habla bajo. Estuvo esta noche Mínguez.

Él. – El doctor averiado.

Adela. – Me lo meten por los ojos, pero estás tú en ellos. Ya no hay sitio.

Él. – Felizmente. ¿Sabes que se te ocurren monadas encantadoras?

Adela. – ¿De veras? Me siento otra, con la imaginación llena de chispas alegres, cuando tú estás a mi lado.

Él. – Dame tu manecita, Adela.

Adela. – No, eso no. Déjala. Habla bajo.

Él. – ¿Tiemblas?

Adela. – Tengo frío.

Él. – Yo ardo. Te calentaré las manos.

Adela. – No, te repito que no. Tengo miedo. Más bajo. Iré adentro por un abrigo.

Él. – No me abandones; permíteme mirar tu precioso cuello. Acércate. No me huyas. No me hagas desgraciado.

Adela. – ¿Me quieres?

Él. – Te contestaré al oído.

Adela. – ¡Ay! Me lastimaron los hierros.

Él. – ¡Querida cabecita mía! Te contestaré en la boquita, en secreto...

Adela. – ¿Estás loco? Habla bajo. ¿Qué es eso? Un hombre...

Él. – Un vigilante sonámbulo. Maldita sea.

Adela. – Y se viene derecho. Me voy. Adiós.

Él. – No, espera, le despediré.

(El galán se acerca al vigilante).

Él. – ¿Qué quiere usted?

El vigilante. – ¿Qué hace usted ahí?

Él. – Estoy hablando con mi novia. Si no se marcha usted inmediatamente le rompo el bautismo.

(El vigilante se retira).

Él. – Ya se fue.

Adela. – ¿Qué le dijiste?

Él. – Le di diez pesos. Es un infeliz. Hará la vista gorda.

Adela. – ¡Qué bueno eres!

Él. – Te quiero. Te quiero. Te quiero.

Adela. – ¡Bajito! La verdad que con esa facha pareces un ladrón.

Él. – Y no lo soy. Vengo por lo mío. Porque eres mía.

Adela. – Tuya, tuya hasta la muerte.

Él. – ¿Cómo dices? No oigo bien...

Adela. – Tuya hasta la muerte.

Él. – ¡Qué rejas tan estrechas!

LA DIVINA JORNADA

Jehovah. – ¡El Director de las Esferas!

Josué. – ¡Señor!

Jehovah. – Se me desatiende en la Tierra; se desaniman y dispersan mis fieles; se les persigue; sobre ellos cae el desprecio público. Hay que reconfortarlos; quiero manifestar mi suprema presencia por un signo que confunda a los ensoberbecidos herejes. Necesito un eclipse.

Josué. – ¿En seguida?

Jehovah. – Mi voluntad ha de ser fulmínea.

Josué. – El primer eclipse en turno, Señor de lo Alto, no tiene lugar hasta dentro de tres meses. Es preciso esperar.

Jehovah. – ¿Cómo? ¿No obedecen ya los astros a mi voz?

Josué. – Demasiado bien, Señor Excelso. No se deciden a salir ni por un instante de los sublimes rumbos que tu infinita inteligencia les ha trazado.

Jehovah. – ¡Oh rabia impotente! (*El Paraíso se estremece hasta sus cimientos*).

Josué. – (*Conciliador*). Nos quedan los cometas.

Jehovah. – Pues bien, prepara uno, sangriento, colosal, que hiera con siniestra luz el horizonte y aterra a los ateos.

Josué. – ¡Ay, señor Todopoderoso! Ahora los hombres todo se lo explican. Medirán tranquilamente el cometa y tomarán nota de él en sus libros. Por desgracia nuestra han inventado las infernales matemáticas.

Jehovah. – ¿De manera que no se desplomarán de rodillas ante el terrible meteoro? ¿No bajarán sus ojos insolentes?

Josué. – (*Temblando*). No, sapientísimo Señor; apuntarán despacio sus telescopios viles, y después de la observación dormirán con sosiego.

Jehovah. – ¡Márchate, mamarracho! (*Josué huye; el Padre llama con doliente acento*). Jesús, hijo mío...

Jesús. – Padre.

Jehovah. – Tú, que visitaste los insondables limbos, tú, habituado a mover las entrañas del mundo...

Jesús. – No, Padre. Adivino tu deseo. No me pidas nuevas catástrofes. He cedido otras veces; la última, consentí en los terremotos de Chile y de Calabria. ¡Cuánta crueldad inútil! Mi corazón

llora al recordar las madres locas, retorciéndose los brazos, buscando a sus hijos; vi a una que con un pequeño cadáver entre las manos, dudaba todavía, intentaba arreglar los colgajos de carne sobre el rostro destrozado del niño.

Jehovah. – Pero esas madres han venido o vendrán al cielo. Serán recompensadas.

Jesús. – No, Padre. Nuestra eternidad gloriosa no las paga lo que han sufrido. No las curaremos nunca. Nunca olvidarán, ni siquiera a tu lado. Y además, ¿para qué tales horrores? Nadie te ha atribuido los terremotos. Nadie ha reconocido en ellos, allá abajo, los efectos de tu venganza.

Jehovah. – ¿Es posible?

Jesús. – Sí; debo decirte la verdad que te ocultan tus cortesanos. Ahora los hombres se lo explican todo.

Jehovah. – ¡La misma frase feroz! Sin embargo, aún hago milagros. ¿Acaso niegan los milagros de Lourdes?

Jesús. – No los niegan.

Jehovah. – ¡Ya ves!

Jesús. – No lo niegan; los explican. Los explican tan perfectamente, que sin Ti seguirían explicándose.

Jehovah. – ¡Oh! ¡Cosa insoportable! ¡Existir, existir como Yo existo, y no poder demostrar mi existencia! Hijo mío...

Jesús. – ¿Padre?

Jehovah. – ¿Qué te parece si sacáramos del Purgatorio algunas almas en pena, aunque sea contra nuestros reglamentos penitenciarios, y las mandáramos a las habitaciones terrestres, para asombrar y espantar a los pecadores? Nos dio esta medida excelentes resultados hace pocos siglos.

Jesús. – También los hombres se explican sin Tu intervención los fantasmas. Hasta los fotografían.

Jehovah. – Jesús, Jesús, leo en tu mirada una fatal sentencia... ¿Será cierto?

Jesús. – Sí, Padre, tu reino ha concluido.

Jehovah. – No, no me resignaré.

Jesús. – Reinaste por miles de años.

Jehovah. – ¿Y qué es eso? Un minuto, un relámpago. ¡Ay! Soy Eterno. Siempre me resta una eternidad sin corona. Soy Eterno y débil. No me siento con fuerzas para crear otro Universo.

Jesús. – Contentémonos con éste. Es muy malo, pero cada vez menos malo. Le tengo cariño desde que descendí a él y en él sucumbí. Tú ignoras los dolores humanos; yo no. Por eso no vacilas en castigar, ni en perdonar vacilo yo. Por eso tu reino concluye y el mío empieza.

Jehovah. – Reina, pues, y haz adorar el nombre de tu Padre.

Jesús. – ¡Qué egoísta eres! ¿Qué importa el nombre? Apenas se acuerdan del mío. Lo que importa es la obra. Mi obra de amor y de paz no muere. Avanza poco a poco. Es invencible. Supe entregarme. Estoy dentro de la humanidad y no seré expulsado.

Jehovah. – ¿Y Yo?...

Jesús. – Te expulsó tu orgullo. Te cerniste tan alto sobre tus súbditos, que te han perdido de vista y no se ocupan ya de Ti. Confórmate con el Sueño Eterno. No serás molestado. No despertarás.

DE PINTURA

El mala lengua. – ¿Has observado lo pintada que estaba anoche nuestra bella amiga la señora de X?

El optimista. – He observado su belleza únicamente. Si era una belleza pintada, también lo son las vírgenes de Murillo. Los egipcios y los griegos pintaban sus esculturas, y Rafael Sanzio nos legó pedazos de cera divinizados por su pincel. Siendo ella misma una estatua, la señora de X, al pintarse con encantadora paciencia, prolonga un arte antiguo y refinado. Y tal vez no haya estado pintada.

El mala lengua. – Pintada como una puerta nueva. La señora X confiesa lo insuficiente de su piel, y nos engaña mediante artificiales recursos. No se adorna, se disfraza. Su color prestado es una careta.

El optimista. – No llores artificial al natural instinto de la coquetería y del gracioso disimulo. Lo artificial no existe, o todo es artificial. Yo no encontraría ánimo para echar en cara a la señora X su afán de seducirnos. No es ella quien te engaña, sino tu agrio análisis. No separes a la señora X de su pintura amable. Las dos se complementan para contento nuestro.

El mala lengua. – ¿Y cómo sustraerse al análisis? Vista de cerca la señora X, es imposible fijarse en otra cosa que en su colorete obstinado.

El optimista. – He aquí tu error. La señora de X debe contemplarse de lejos. Hay dos aspectos fundamentales en la mujer: el sexual y el decorativo. La señora de X, a lo menos en público, es decorativa. Te has salido de un papel de espectador al ponerte a dos centímetros de ella. Cada cuadro tiene su punto de vista, y los que examinan las telas de Velázquez con lente son notables estúpidos. Te has permitido atribuir a la señora X su aspecto sexual, que ella dejó en su casa, y la has mirado como marido. Ante el marido o el amante la mujer desciende de misión, y reduce sus armas. Cesa de ser un símbolo estético, y se convierte en carne lamentable. Los besos despintan. Por eso el amor se cansa tan pronto.

El mala lengua. – Luego, no amemos a la señora X. ¡Si ella ate escuchara!

El optimista. – Nos diría algún disparate delicioso, puramente decorativo. No, no la amemos. Conservémonos optimistas.

EPIFONEMAS

Monroe. – "América para los americanos". Muy bonito, pero un poco vago. "Norte América para los norteamericanos", me hubiera tranquilizado completamente.

Psicología del adoquinado. – Un piso difícil y tosco nos recuerda duramente nuestra condición humilde. Los pies, que nos atan al polvo de que estamos hechos, son los palpadores de nuestra debilidad orgánica. Un piso cuidado y cómodo comienza a emanciparnos, permitiéndonos caminar sin mirar triste mente a tierra. Separamos del suelo es ennoblecernos. El caballo, al elevar al hombre medio metro. Andar sin esfuerzo es casi tener alas. El peligro constante de tropezar trae al espíritu hábitos de timidez y de desconfianza. Un adoquinado pulido y elegante vuelve a los ciudadanos valientes y rectos. Si los gobiernos lo supieran, no adoquinarian nunca las ciudades.

La defección del Shah. – El Shah de Persia ha concedido libertades políticas a su pueblo. Entre otras menudencias de lujo, ha desempaqueado de su último equipaje europeo el juguete constitucional a la moda. Ese monarca apóstata ha echado a perder el ensueño encantador de las Mil y Una Noches. Se concluyeron los príncipes vestidos de diamantes y rubíes, ante quienes, sobre el tajo cubierto de seda carmesí, se decapitaba a los médicos magos. Tendremos parlamento y campaña electoral a orillas de los ríos de cuyo sagrado seno la red del pescador robaba, prisioneros en cofrecitos de oro, los Genios del Bien y del Mal. Después de Rusia, Persia. El Oriente sale de la Belleza para entrar en la Democracia.

Ataques al pudor. – Lucio Orfilio dice que el casto es ridículo en todas partes. Tienes razón: comprobemos la repugnancia con que los hombres confiesan esta virtud, que generalmente se reduce a una enfermedad íntima. En cambio las mujeres confiesan difícilmente el pecado. Su código es el de los hombres, vuelvo al revés. También su sexo, según los fisiólogos, se parece al de los hombres vuelvo al revés. El amor vendría a constituir un ejemplo de la famosa identificación de los contrarios. Aparte de la metafísica, no debemos desconsolarnos porque el carácter viril se acentúe violentamente en los denominados ataques al pudor (por lo visto en los ayuntamientos legítimos, el pudor no se ataca). La gente se alarma de que un buen bárbaro se declare sin ceremonia a la primera que encuentra. Creo más alarmante, para el país, un caso auténtico de frialdad genésica. La peor epidemia sería el desarrollo del pudor entre los machos. En resumidas cuentas, los ataques al pudor se parecen a los accidentes de las armas de fuego: se trata de energía lanzada a deshora. Contra ellos bastaría lo empleado contra las explosiones de calderas: un inspector municipal que vigilara las válvulas.

Jack. – Después de haber degollado a su víctima, le arrancó los pezones y le abrió el vientre. Le sorprendí en esta última ocupación.

– ¿Por qué hace usted eso? -le pregunté.

Levantó sus ojos, estragados de literatura, y me contestó:

– ¡Por la gloria!

La amistad. – ¿Sabes lo que dicen de tu amigo íntimo?, que el pobre no puede... (Habla al oído).

– La verdad es que nunca se ha fijado en mi mujer...

La compasión. – El ave feliz cantaba en el árbol. El cazador apuntó cuidadosamente, pero antes de apretar el gatillo murmuró:

– ¡Pobre animal!

No, la humanidad no es tan mala.

El agradecimiento. – Tenía el bandolero un trabuco, dos pistolas, un cuchillo de monte, y en el camino a nadie se veía.

Le di el reloj, los gemelos, el alfiler de corbata y cuanto dinero llevaba. No se contentó, y le di mi traje, mi sombrero y mis zapatos. Pero también le gustó mi ropa blanca.

Al relajarme, desnudo, le dije con los ojos llenos de lágrimas de gratitud:

– ¡Le debo la vida!

La ciencia. – En uno de mis viajes lejanos, descubrí una isla.

De vuelta, visité a un célebre geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos, y me dijo:

– La isla que ha descubierto usted no existe. No está en el mapa.

La madre. – Un grito de angustia suena en medio de la noche.

La madre amorosa despierta sobresaltada.

El grito se oye nuevamente, más débil y más desesperado.

– No es en casa -balucea sonriendo la madre, y se vuelve a dormir.

Los herederos. – El padre murió.

Los hijos le cerraron los ojos.

Pero le abrieron la boca y le arrancaron las muelas, porque en ellas había oro.

La virtud. – Las monjas del convento criaban gallinas.

Pero el gallo resulto tan casto, que hubo que matarlo y traer otro.

Los íntegros. – El político: Yo soy independiente. No tengo compromiso con ningún partido. Estoy con todos ellos, a medida que ocupan el poder.

El juez. – Yo soy como usted. Mis sentencias, cuando se trata de asuntos en que no estoy interesado, son inatacables.

El general. – Yo soy también así. Para ponerme del lado del más fuerte, no necesito saber quién es.

La disciplina. – El pueblo se había levantado en armas.

Cayeron muchos prisioneros. Un soldadito recibió orden de fusilar a su padre y a sus dos hermanos.

Como el viejo, después de la descarga, se movía aún, el soldadito le tuvo que rematar de un balazo en el oído.

Cosa tanto más meritoria, cuanto que el soldado quería mucho a su familia.

La curiosidad es el buen apetito del espíritu. Ni los anémicos tienen hambre, ni curiosidad los idiotas.

Fétido es el pantano, pero no condenemos el agua que ha sonreído al sol, brotando de la casta fuente.

El inexacto es un corrompido.

Es un ladrón porque roba el tiempo ajeno; un cobarde porque hace daño ocultándose; un embustero porque promete y no cumple.

Si admitimos que los inexactos son personas honradas, admitamos que no siempre se puede uno fiar de las personas honradas. Las hay que tienen una palabra para las cosas grandes y otra para las cosas chicas, y tener dos palabras es no tener ninguna.

¿Qué es un tribunal sin la fuerza armada que ejecuta los fallos? Se conciben gendarmes sin jueces; no se conciben jueces sin gendarmes. La justicia no está en la balanza, sino en la espada. Sin el Purgatorio y el Infierno, ¿qué sería del Dios de los católicos, impotente en la tierra? El jurado romántico que deshaga los entuertos continentales aplazará también su acción hasta la otra vida. ¿Quién hará caso de los que decretan la paz sin poseer ejércitos ni acorazados? Sólo el cañón hace enmudecer a los cañones.

Si la generosidad no razonara con los nervios, se daría cuenta de que la moral de las naciones es distinta -casi opuesta- de la moral de los individuos, y vería que el aparente altruismo practicado por el ciudadano corresponde exactamente al egoísmo de la patria. Matar es un crimen para el ciudadano; para la patria es una gloria. Robar es un delito para el ciudadano; para la patria es una aventura. Mentir es una vileza para el ciudadano; para la patria es una habilidad. Por eso el patrimonio de los pueblos está hecho de despojos, y su traición de crueldades.

No se acercan los hombres unos a otros por cariño, sino porque los comprime en el peligro exterior. El miedo y la división del trabajo crean las sociedades. La amistad es la expresión de una enemistad común, y casi se quieren los que odian a un tercero. Cada interés que ata da la medida de un interés que divide, y la lucha constituye el fundamento eterno de la realidad.

La lucha asesina, porque es preciso que nazcan nuevas formas, y no hay sitio ni materia para conservar las gastadas.

En el umbral de una era que empieza que empieza poblando el mundo de las más grandes maravillas, y cuyos dos siglos de milagros no consienten objeción ni blasfemia, nada es lícito sino creer. Creer es crear. La fe obliga a contestar a las tinieblas. La humanidad es bastante joven para tener fe y para quemar a los que no la tengan en la hoguera jamás apagada, iluminadora del camino.

Hieran los moral. Lo moral es lo real. Hagan que el hombre se avergüence de obedecer. Supriman el sacerdocio, el capitán, el patrono, el *magister*. Maten el principio de autoridad donde le hallen. Que el hombre lo examine todo por sí. Que sea responsable de sí propio. Si cae, que sea siquiera porque se equivoca él, no porque se equivoca otro. Combatamos al jefe, a todos los jefes. Tenemos en nosotros cuanto necesitamos.

La cruz es el pasado. Es el signo de una época necesaria que ahora termina, de una forma moral y económica que nos es útil. Nos sentimos libres de pecado. La leyenda de Adán no nos preocupa. No necesitamos que nos rediman de una falta imaginaria, sino que nos libren de la pobreza, de la fealdad y de la mentira.

El alma nos parece sublime, y el cuerpo también. No queremos hacer el cuerpo esclavo del alma, y el alma esclava de unos manuscritos viejos. No queremos gastar la vida en prepararnos un paraíso cómodo, sino en dejarla más fácil, más rica y más bella a nuestros hijos. No queremos depender de la misericordia de un Dios, sino ser nosotros mismos los sembradores del porvenir. Queremos fe, sí; fe en el hombre, y si la cruz significa un sacrificio fecundo, que signifique el nuestros.

No hay muerte. No queda más que la vida. Pero si la vida es una transformación armoniosa que conserva entre los innumerables y pasajeros elementos corpóreos la unidad interior -lecho del río bajo las aguas siempre fugitivas-, la muerte es una transformación desordenada, un Waterloo donde se dispersan y reagrupan los infinitesimales soldados del ejército-organismo. No muere nuestra carne, sino el plan director de la campaña fracasada.

Mas supongamos evidenciado matemáticamente en nuestra razón y palpado en nuestros laboratorios que nos aguarda la muerte completa, la nada irremediable, *el infinito negro donde nuestra voz no alcanza*. Supongamos necesaria la muerte definitiva de los individuos y hasta de las especies. Entonces se nos habrá revelado una de las más profundas intensiones del destino. La muerte nos ligará íntimamente a la verdad de las cosas, y por ella tocaremos las entrañas de la realidad.

Comprenderemos que no somos sino el vehículo de las formas, y que la inmortalidad pesa todavía demasiado a nuestros hombros flacos. Aceptaremos prolongar nuestra raza y nuestro pensamiento, sacrificando nuestra individualidad inútil. Aceptaremos la muerte, no despiadada al separarnos pronto de los buenos, sí piadosa al barrer a los débiles, a los abortados y a los viciosos. Amaremos la muerte, gran amiga de los héroes y de los mártires, fondo tenebroso sobre el que se destaca estremecido el cuadro centelleante de la vida. Sentiremos que debemos morir porque aún no somos perfectos y porque es indispensable nuestra sangre a nuevos ensayos. Sentiremos que somos nobles tentativas en manos de la naturaleza, la cual, en su afán sublime de conseguirla más hermosa, funde y vuelve a fundir infatigablemente el bronce de la estatua.

Nuestro viejo egoísmo y la inevitable y fútil labor de cada día hacen demasiado raros los momentos en que el hombre se siente hombre y se asoma al abismo para mirar cara a cara las tinieblas y contestar las eternas preguntas: ¿qué sentido tiene el universo? ¿Dónde está nuestro deber?

A los veinte años vemos en el mundo un espectáculo de belleza; un problema científico a los treinta, y a los cuarenta un enigma moral. Con la paz austera de las noches elegidas, cuando las casas duermen, y más allá de las calles mudas adivinamos los bosques pensativos y los mares inmóviles bajo los astros que sosiegan su respiración luminosa, el enigma moral se levanta en el sagrado silencio, y la naturaleza entera medita también su destino. Poco a poco descende hasta nosotros una soledad formidable.

Entonces nos parece la existencia alucinación de neurasténico, delirio razonado en que soñábamos amar, en que creíamos confundir nuestras almas con otras almas envueltas ahora en un secreto cruel. Podemos acudir a los seres adorados, gritar a su oído, clavar nuestros ojos en los suyos, estrechar su carne tibia... ¿Para qué? Debajo de esa carne, máscara que la muerte arranca con el rostro, hay una chispa cuyo color no sabremos nunca. Debajo de nuestra carne tiembla prisionera la médula central de nuestro espíritu, condenada a no comunicarse

jamás -no se comunica sino lo que es común a todos-, condenada a palpitar amordazada contra la dura realidad que la oprime y la aprieta como una red a un pájaro ciego.

Solos, irremediadamente solos; he aquí la verdad. Subimos hasta el presente desde las remotas profundidades del océano del tiempo, semejantes a esas algas enormes que mezclan sus florescencias sobre la superficie líquida y se enlazan únicamente, junto al fondo misterioso, por los tallos que se hunden en la sombra de las aguas. Es el pasado, el tronco de los instintos primitivos, lo que nos une a nuestros hermanos. La flor de nuestra vida individual permanece interior y oculta. Cada uno de nosotros habita una isla desierta.

La vida no es nuestra, es de otros. Es de las generaciones que la aguardan desde el fondo de las épocas futuras. Es para ellas. En ellas resplandecerá. No somos los dueños, sino los depositarios de la vida. Por eso el amor es una deuda, y está hecho de sacrificio. No nos entregamos solamente, sino que nos devolvemos.

Aumentemos la herencia de nuestros hijos. Que la forma que se nos ha prestado salga de nosotros más perfecta, más resistente. Según la imagen griega, la vida es una antorcha que nos pasamos de mano en mano en la oscuridad. Pasémosla más brillante, más alegre. ¿Qué importa morir? Lo esencial es haber vivido.

El destino nos deja solos, pero soledad es libertad. Estamos libres de los sueños adolescentes y emancipados de la páfida belleza de las cosas. Ya no hay flores amantes a la orilla del sendero, ni nos miran dulcemente las primeras estrellas. El aliento perfumado del bosque expiró para siempre; las hojas muertas rechinan y se quejan a nuestro paso.

Lo que une a los hombres no es precisamente la comunidad de ideas. Esa comunidad es imposible; y si no lo fuera, sería de todos modos imposible. La diversidad engendra la vida y la armonía. Si las notas al mezclarse encantan nuestro oído, es porque son diferentes. Los hombres se unen no por ser igualmente pensantes, sino por ser igualmente sinceros. El universo es bastante ancho para que en él quepan distintas opiniones. Lo que divide es la mentira. Esa traición que el individuo se hace a sí mismo produce la traición de unos individuos y la ponzoña del mundo.

Una mujer, apremiada por la miseria, trató de vender a su hija, una niña de corta edad...

¡No acusen a las madres que venden a sus hijos! En resumidas cuentas, no hacen más que imitar a la patria.

En España, durante una tempestad el rayo fulminó dentro de una iglesia a varios fieles.

¡Dios se acuerda de los que oran!

Del último cuartelazo, la estatua de la Libertad salió con varios tiros.

Lo que es éstos, ¡dieron en el blanco!

Es curioso: no conocía a ciertas personas a quienes saludaba. Ahora que las conozco, no las saludo.

Ante numerosa concurrencia, una vieja ha vitoreado frenéticamente al gobierno.
Esta loca.

Estamos sofocados de agradecimiento hacia la Cámara argentina.

Devuelven los trofeos. ¡Muy bien!

Y si nos devolvieran algo de las tierras "tomadas al tirano", ¿no sería todavía mejor?

Porque resulta que estos terribles enemigos de López le han heredado tranquilamente.

En Buenos Aires, un señor infirió con una lezna una puñalada en el vientre a un niño de dos años. ¡Y sin motivo! -añaden los furiosos corresponsales-. Se conoce que puede haber motivos para apuñalar niños de pecho.

El de la lezna es hombre que hace las cosas así, espontáneamente, y sin pensarlas. Por lo visto es todo corazón.

El doctor Warner, neurasténico a fuerza de representar un papel trágico en el melodrama *Drink* -drink significa trago alcohólico-, se suicida, desgraciadamente, en su hotel. No tenía el verdadero genio teatral; no se le ocurrió ahorcarse en la escena.

En Estados Unidos han condenado a un blanco a dieciocho años de cárcel por casarse con una negra. Su delito es "degenerar la raza". El telégrafo no dice cuál de las dos razas corría peligro en esa boda. No tengo inconveniente en admitir que la degeneración de la raza sea un delito norteamericano; pero espérese a que exista para perseguirlo. ¡Qué demontre! ¿O es que la recién casada dio a luz en la iglesia?

Nuestra forma, una vez revivida en otros seres más jóvenes, una vez en marcha hacia el porvenir, es sobre nosotros algo inútil que debe caer como la hoja seca. El día que nos sintamos incapaces de engendrar un hombre o una idea habremos muerto verdaderamente. No somos ya cuerpo; somos sombras vacías que un soplo sepulta en la noche.

"Habrán existido hombres tan grandes, tan buenos como Washington y Lincoln, pero, en toda la historia de la humanidad, no ha habido otros dos grandes hombres que hayan sido tan buenos, ni dos hombres buenos que hayan sido tan grandes como ellos". Con otro par de veces que lo lean lo entenderán. El autor de tan ingenioso juego de palabras es Mr. Roosevelt. Terminó así su panegírico en el centenario de Lincoln. Es un gran orador.

Lo que hay que enseñarle al esclavo es que aborrezca su estado y se desprecie y se indigne; que ame la libertad más que su vida. No es cuestión de ciencia; no es ciencia lo que hace falta, sino conciencia. El hombre libre buscará la ciencia sin que se lo recomienden. El prisionero resuelto a evadirse buscará la lima que corte la reja. Aprender a leer es encontrar la lima. ¿Un libro?... Cosa admirable, si el libro corta la cadena y desnuda el espíritu.

LA PLUMA

Miro mi pequeña pluma de acero, pronta al trabajo, y pienso un instante:

– Es descendiente legítima del genio más alto de la humanidad, del Prometeo que surgió en una lejana era geológica y robó el fuego de la Naturaleza. Es nieta de los rudos vulcanos que aprendieron a concentrar la llama en hornos de barro, separar el hierro de la escoria y dejar en la fundición el carbono indispensable. Es hija de los forjadores del Asia que descubrieron los efectos del temple, y fabricaron las hojas damasquinadas proveedoras de tronos. En ellas hay un átomo de la fatiga y de la angustia de los esclavos que faenaban con los grillos en los pies. Y como está hecha a máquina, veo hundirse en el pasado otra rama de su inmenso árbol genealógico. Ha salido de la palanca y de la rueda, de la mecánica y de la geometría; luce en ella un destello de Pitágoras y de Arquímedes, de Leonardo da Vinci, Galileo, Huyghens y Newton. Ha salido del empuje del vapor cautivo en los émbolos, y si por la metalurgia se emparenta con la química, por el vapor se enlaza a la termodinámica, y a la pléyade de los héroes industriales de la pasada centuria. Para crear la pluma, los mineros enterrados vivos penan en las trágicas galerías, al resplandor tembloroso de sus lámparas. Por ella perecen, asfixiados o quemados por el grisú aplastados por los desprendimientos, ahogados por las inundaciones subterráneas, o lentamente destruidos por la enfermedad. Y para llegar hasta mí, la pluma ha viajado a través de los continentes y de los mares, ha utilizado todos los recursos de la ingeniería civil y naval; para traérmela, el maquinista, colgado de su locomotora, ha pasado las noches, bajo el látigo de la lluvia, con la mirada fija en el vacilante fulgor que la linterna arroja sobre los rieles, y el maquinista del *steamer*, en la atmósfera febril de las calderas, ha espiado durante un mes la aguja de los manómetros, mientras el piloto consultaba la brújula y el marino interrogaba los astros. Los pueblos y los siglos, las ciencias y las artes, las estrellas y los hombres han colaborado para engendrar la oscura plumita de acero...

“Lo pasajero no es más que símbolo”, decía Goethe. Y ciertamente la efímera pluma -tan efímera que por la labor de un día se anquilosa, se oxida y sucumbe- es símbolo de algo maravilloso ejemplo de la asociación, representa el dominio de nuestra especie sobre la inquieta y amenazadora realidad. No podrían encerrarse en este humilde pétalo de metal tantos esfuerzos, tantos dolores, tantas ideas, tanto espacio y tiempo humanos si no fuera una verdad sublime que hemos domado el planeta, que transportamos la materia con la rapidez del viento y el espíritu con la del rayo; que hacemos uno por uno prisioneros a los salvajes seres sin forma que nos rodean, y nuestros ojos empiezan a medir la distancia que nos separa de otros mundos. No lo dudamos: cuando hayamos conseguido condensar toda nuestra alma, todas nuestras almas en un punto -acaso más exiguo que la pluma de acero- nos habremos apoderado de lo infinito efectivamente. ¿Y qué es nuestra historia, sino la historia de la asociación? Los individuos, las tribus, las naciones, las razas y las clases se exterminan entre sí. Todavía hoy se llenan de cadáveres los campos de batalla, y se gime en el hospital y en la cárcel, y se tortura y se ahorca y se fusila; y la dinamita lanza su gran grito desesperado... Y vean la pluma de acero, donde se abrazan y se funden esas fieras convencidas de que se odian... No, no nos odiamos aunque nos arranquemos las entrañas, porque el trabajo nos mezcla con una energía superior a las que aparentan dirigirnos, energía gemela de la que hace morderse y herirse a los sexos fecundos. Y mañana seguiremos ensangrentando la tierra, y asociándonos más estrechamente, y por lo mismo ensanchando nuestro poder sobre el universo. Llamen odio o amor a lo que nos precipita los unos contra los otros; ¿qué importa, si nos penetramos y nos confundimos, y la muerte nos renueva? El odio esencial es la indiferencia. No se odian los que creen odiarse ni los que creen amarse, sino los que se ignoran.

¡Oh pluma modestísima, que cuestras una fracción de centésimo y eres hermana de millones de plumas tan modestas como tú, y como tú condenadas a una breve y baja existencia! ¡Yo te

respeto y te amo, y me pareces mucho más bella que la orgullosa pluma de águila que recogieron para Víctor Hugo en una cima de los Alpes! Yo quiero morir sin haberte obligado a manchar el papel con una mentira, y sin que te haya hecho en mi mano retroceder el miedo.

EL PROYECTO AYARRAGARAY

Invitado por el Congreso argentino, el diputado Ayarragaray ha presentado un proyecto de ley sobre inmigración y propaganda obrera. Este proyecto es inmoral. Ciertamente que las leyes son esencialmente inmorales. El ideal mismo de la ley idéntica para todos es el colmo de la injusticia, por no tener en cuenta las morales variadas de los individuos. Para muchos débiles malvados, de una crueldad indisciplinada y cobarde, el deber de agredir en masa al extranjero cuando el gobierno lo exige es altamente moral, mientras para un santo, y para un número cada vez mayor de personas que no son santas, es un deber inicuo. La única ley uniforme legítima sería la moral de un Francisco de Asís o de un Tolstoi, pero al ser impuesta perdería ya su perfección. Las leyes son también inmorales a causa de su procedencia. Vienen del pasado, de épocas en que la humanidad era más bárbara, y todavía dentro de aquellas épocas, fueron obra de los hombres más inmorales, de los llamados hombres de acción, dueños del oro y de la política.

Las leyes progresan, haciéndose menos inmorales. Por impregnarse de juicio, aumentan en flexibilidad y en piedad. Tienden a sobrepasar el nivel moral del medio, en vez de quedar rezagadas debajo de él. Tienden a permitir la marcha hacia el futuro, en vez de entorpecerla. Toda ley es un obstáculo. El progreso consiste en hacer posible el desarme de las leyes. La que propone el diputado Ayarragaray no es un progreso sino un regreso. Es una ley incomprensiva y violenta, una ley de represión, una ley rusa contra la libertad de la palabra y del pensamiento y contra la publicidad de los debates judiciales. Es una ley de venganza secreta. Dejando aparte los artículos referentes al anarquismo, resaltaré mejor el espíritu en que parece haberse inspirado el señor Ayarragaray. Bastan los primeros incisos del artículo primero para revelar el estado de alma de quien los compuso. Después de enumerar las diversas enfermedades que han de impedir al inmigrante desembarcar en la Argentina, el diputado niega la entrada a los que han sufrido condenas, y añade:

"Inciso d). Se prohíbe la inmigración de los mendigos y personas que, por su condición física y moral, representan una carga inútil para la sociedad".

Esto da frío. ¿Qué piensan de un propietario que ponga en su casa el siguiente letrero: "Aquí no llame quien busca un pedazo de pan, un alivio para su carne enferma, un consuelo para su desesperación"? Ni el señor Ayarragaray ni uno solo de sus conciudadanos, por egoísta que fuera, se atrevería a deshonorar así sus umbrales. Y, sin embargo, se proyecta estampar tan terrible ¡*Vae Victis!* en lo más alto de la gran casa argentina; atestada de riquezas, enorme heredad de tierras y de sol, despoblada aún, a tiempo que cientos de pesos improductivos se amontonan en las arcas. ¿Cómo sería lícito a la colectividad lo que no es a ninguno de sus miembros? ¿Es un Estado que profesa la religión cristiana el que cierra sus puertas a los vencidos de la vida, y los arroja de nuevo a las amargas aguas del mar?

¡Cargas inútiles! De seguro que el empleado a quien se encomiende tal aforo no considerará carga inútil al leproso de corazón o de piel que llegue en camarote de lujo. ¿Encontrarán un sociólogo bastante profundo para separar en la dársena las *cargas inútiles* de las *cargas útiles*? Este enfermo puede ser un Cecil Rhodes, que arribó tísico a las playas del África del Sud. Este que sale de la cárcel puede ser un Valjean. Este mendigo puede ser un Gorki. ¿Quién adivinará la degeneración de los aparentemente normales, y la regeneración de los aparentemente

degenerados? ¿Rechazarán en el puerto la carga inútil de los niños? ¿Distinguirán qué es germen y qué es ceniza, entre dos pitadas de vapor?

¡Falso concepto de la solidaridad humana! No se crean jamás ajenos a la desgracia que a ustedes acude sollozando. Una parte nos toca de cada lágrima y de casa gota de sangre que se derrama en el mundo. Somos coautores de toda desdicha y cómplices de todo delito. Detendrán en Buenos Aires a los enfermos contagiosos, ¿pero estarán ciertos de no haber llevado a Europa simientes de contagio en el seno de sus buques? Despedirán sin piedad a los mendigos, ¿pero estarán ciertos de no haber privado de su trabajo mísero a legiones de obreros del otro continente, víctimas de alguna crisis económica provocada por su exportación? La solidaridad humana no es una teoría: es un hecho formidable, y ¡ay de los que intentan oponerse a los hechos!

Es pretensión pueril la de sostenernos apropiándonos sin cesar las ventajas del dinero y eliminando las *cargas inútiles*. Es quimera borrar del libro mayor la columna del debe. El que posee debe, los comerciantes honrados lo saben. No somos cofres, somos esclusas. No somos dueños de nada; somos depositarios de todo. Somos vehículos del destino. La realidad circula. Cesemos de trazar fronteras ilusorias entre el mal y el bien; entre las cargas y los privilegios, entre los placeres y los dolores. El mal no existe, lo negativo no existe; no existe más que el bien, porque no existe más que la vida. El derecho de la vida es vivir, y vivir es moverse. No hemos de interceptar nuestras aduanas sino a los cadáveres si es que los hay. No conocemos el rostro de los elegidos; y de los trágicos viajeros que pasan por nuestro lado, no hay uno a quien podamos decir: "No eres tú".

LA EVOLUCIÓN DE LOS MUNDOS

Percival Lowell es un sabio astrónomo norteamericano. Es -una cosa rara- un sabio inteligente. La inteligencia no abunda, y quizá menos aún en los sabios especialistas que en los demás profesionales. La vida corriente, en efecto, puede por su misma diversidad católica despertar en nosotros esa electricidad mental que relaciona lo distante, y tiende sus hilos invisibles a través del mundo. Hay analfabetos inspirados. Pero la hermética existencia de un hombre exclusivamente consagrado, por ejemplo, a la arqueología etrusca, ¿no le embrutecerá del todo? Es muy posible. Se encuentran así profundos investigadores, célebres por sus descubrimientos -¿quién después de veinte o treinta años de labor rectilínea no descubre algo?- y cuya incomprensión, fuera de los detalles de su especialidad, asusta. Sin embargo, son en extremo útiles, porque hallan los materiales oscuros que mañana el talento organizará en luminosa síntesis. Leonardo -un artista- contribuye a fundar la mecánica moderna. Pasteur, que no era médico, revoluciona la medicina, y el médico Mayer, la física matemática. Los amores de la inteligencia son enciclopédicos. "Es plomo y no alas lo que es preciso dar al entendimiento", decía Bacon; hoy, ante la triste pesadez de nuestra ciencia, aconsejaría lo contrario.

No sólo es inteligente Percival Lowell: tiene por añadidura imaginación. Capaz de interpretar lo que ve, ha querido ver claro, lo que es cada día más difícil para los que miran las altas estrellas. La historia ha empañado la atmósfera de las ciudades al punto que se han hecho imposibles las observaciones practicadas en otro tiempo. El vaho de la inquieta multitud humana las roba el espectáculo de lo infinito. Nuestra agitación nos priva del tesoro celeste que gozaban los meditativos pastores de la antigua Caldea. El profesor Lowell no se ha sometido como la mayoría de los astrónomos -sabido es que el telescopio no parece susceptible de perfeccionamiento alguno- y ha instalado su observatorio en Flagstaff, en medio de los desiertos de Arizona. La soledad le ha puesto en posesión de la magnífica y silenciosa transparencia de la noche, y desde su retiro nos manda noticias del etéreo más allá. A fines de

1909 publicó un bello libro sobre Marte. Ahora otro, titulado *La evolución de los mundos*. ¡Qué poema sublime el del nacimiento y la agonía de los astros! Lowell hace desfilar ante nuestros ojos todos los planetas jóvenes, que son los más grandes, los más apartados del sol; el misterioso Neptuno, que gira al revés que sus compañeros, y cuyo espectro presenta fajas inexplicables; Urano, que encierra sustancias desconocidas en nuestro globo; Saturno, candente como un ascua, cuajando a nuestra vista satélites nuevos con las partículas de su anillo; Júpiter, masa de densos vapores que hierven... Son los planetas-niños, demasiado grandes todavía para que asiente en ellos su planta el Dios del Génesis. Y luego los planetas que han comenzado a envejecer: Marte, medio seco, donde el deshielo de los casquetes polares, aprovechado por una hipotética humanidad, refinada y marchita, se filtra hacia el Ecuador, a lo largo de los famosos lagos que vislumbró Schiaparelli, y que al fin se han fotografiado, "tela de araña como las que la primavera extiende sobre el césped, finísimo retículo que va de un polo al otro... joya de hermosura geométrica"; Venus, barrida por los huracanes, lavada por la fricción de las mareas, cara al sol, con un hemisferio tórrido y otro glacial; Mercurio, igualmente inmovilizado sobre su eje, o poco menos, despojado de estaciones y de la alternancia de la noche y del día, planeta consumido, agrietado y árido, "osamenta de un mundo". En cuanto a la Tierra, ya camina hacia la desecación, que es la muerte. Los océanos se cargan de sales, el frío permite a las aguas descender a las capas geológicas inferiores, mientras en las regiones elevadas del aire el vapor se desprende y se disemina sin cesar; dejamos en nuestra marcha una estela fluida, y cuando hayamos perdido todo lo que es líquido y gaseoso, la Tierra, semejante a la Luna, su difunta hija, pasará por la inmensidad su propio esqueleto. ¡Trágico destino de estos cadáveres enormes, viajeros de la sombra, y para los cuales no hay tumba!

Según Percival Lowell, son los choques entre las estrellas apagadas, las estrellas negras, los que engendran nuevas nebulosas, nuevos soles y nuevos mundos. Hemos presenciado tales fenómenos. En 1901, cerca de Algol, brilló de pronto un astro, y se extinguió enseguida. Algunas semanas más tarde había en el mismo sitio una nebulosa, "moléculas impelidas tan sólo por la presión de la luz, escribe Lowell; como si dijéramos el humo de una catástrofe". Pero piensen en la materia dispersa continuamente por los confines del universo. ¿Quién recoge esos átomos, en su divergente fuga, si el espacio es infinito? Y si el pasado fue eterno, ¿por qué no se cumplió lo que tiene que cumplirse, el desvanecimiento total de las cosas? Acaso nuestra razón es más ancha que la realidad, y no concibe que el espacio concluye, que el tiempo termina y que el cosmos es una cárcel donde se gira sin esperanza.

CASTIGOS CORPORALES

Se pega en el presidio, en el cuartel, en la escuela. Se pega en todos los países. Conocen el clásico knut ruso, el *cat of nine tails*, gato de nueve colas inglés, el rebenque gaucho. ¿Qué policía no sacude el polvo a los clientes alborotadores? El semitormento militar del cepo y del plantón se usa corrientemente. Pero se pega menos que antes; se pega de una manera disimulada, avergonzada; tenemos el pudor del látigo. Lo que no quita para que algunos reglamentos fijen todavía, con ingenuidad, los castigos corporales. En varias cárceles de Inglaterra, Dinamarca, Suecia y Estados Unidos se administran hasta treinta o cuarenta azotes. El señor Mimande ha visto en Sidney canaletas para retirar la sangre. Hace poco el comité del Consejo de Educación de Londres resolvió que las maestras se limiten a golpear, con la mano abierta, sobre la mano o el brazo de los bebés. Respecto a los mayorcitos, se prohíbe que se les golpee en el cráneo o en la cara; ha de elegirse una parte donde no haya peligro de "daño permanente". Esto no me sosiega del todo; el resultado de una paliza es también "función", como dicen los analistas, del número y de la fuerza de los palos. Un bastonazo en las nalgas es preferible a uno en las narices; dos mil bastonazos matan en cualquier sitio que se den. Cierto

regimiento quinto, de que ustedes tendrán noticia, ha dejado sin existencia a unos cuantos ciudadanos, y a otros, más dichosos, solamente sin trasero. En Corea, donde se empleaba, para acariciar a los ladrones, una plancha de encina de seis pies de largo, se ha observado que al décimo golpe la madera sonaba ya contra los huesos desnudos. La escasa excitabilidad nerviosa de las razas amarillas exige un exceso de rigor. Salvo en Rusia -asiática a medias-Europa no soporta el espectáculo de la tortura, y Montjuich y demás establecimientos inquisitoriales son excepciones que nos horripilan. La pena capital, a pesar de la rapidez quirúrgica con que se inflige, lastima igualmente nuestra sensibilidad, esa consejera hipócrita de que estamos tan vanidosos.

Entendámonos. Pegar en el hogar o en la escuela es una sandez irremediable; cuando le preguntaron a Carrière qué método le parecía mejor para evitar las guerras, el artista contestó: "no injurien, no golpeen a sus hijos; los hombres se devuelven de grandes los golpes que reciben de pequeños". ¿Pegar en el presidio? ¡Oh! La tortura no es una terapéutica, mientras que el delincuente es un enfermo, y la sociedad, que produce al delincuente, está más enferma aún; no son castigos ni venganzas lo que necesitamos, sino médicos, sobre todo médicos sociales. ¿Jueces? ¿Para qué? ¿Juzgar antes de comprender? Y si algo comprendemos, es que el código constituye la causa principal del delito. ¡No se escandalicen...! Consideren que el código mantiene a todo trance la actual distribución de la riqueza, es decir, la actual distribución de la miseria, ¿y qué es la miseria, sino la madre del delito, como lo es de la ignorancia, de la desesperación, del alcoholismo y de la tuberculosis, la madre de la muerte? Sí, el mundo es un inmenso hospital, ¡pero nuestro botiquín es tan reducido! ¿Por quién empezar? ¿Por los Soleilland? ¿Por los asesinos y los estupradores? Si la tortura previene la reincidencia, torturen. La tortura es barata y expeditiva. Torturen, respetando la salud física del sujeto. Tortúrenle y suéltene. Es más feroz, más ruin y más caro meterle en una celda, donde se volverá primero tísico y después idiota.

Las celebridades del crimen suelen gozar de privilegios. Para ellas, el proceso es a veces una apoteosis, y el presidio un sanatorio. Gallay, insigne bandido, escribía desde la Guayana, lugar de su deportación: "con alimento sano y ejercicio moderado, se vive aquí muy bien... los condenados oscuros, los de provincias, sucumben pronto, pero la administración mimosa a los asesinos famosos, cuyo nombre permanece en la memoria del público... disfrutan un clima benigno, y no trabajan... yo miro la Guayana como mi residencia definitiva... voy a rehacerme una posición... En Francia estaba anémico; me he repuesto enteramente en el presidio". Lucheni, el matador de la anciana emperatriz Isabel de Austria, habita un cómodo cuarto en el segundo piso de la prisión de Ginebra, con luz eléctrica, timbre, espejos y biblioteca de autores clásicos. Gracias a su estúpido crimen Lucheni ha conocido los calzoncillos y las medias, Montesquieu, Rousseau, Pascal, Montaigne, café con leche y chocolate de primera calidad. Entre tanto, la honradez tiene hambre, y los niños, los santos niños que abren los pétalos de su vida al amor del sol y al odio de los hombres, se pudren por millares en los estercoleros de la civilización... ¿Qué quieren? ¡Somos tan sensibles, tan buenos, tan compasivos! Contentémonos con que a Lucheni no le falte su chocolate...

Vale más Torquemada que ustedes, cocodrilos filantrópicos, hoteleros de Lucheni y compañía, vicentinos de la prudente limosna, implacables conservadores de la miseria. Están enfermos también. Los curaremos, cuando les llegue el turno, y por cierto que no será con lágrimas ni con chocolate. "¡Sean duros!", decía Nietzsche, en cuyo cerebro de poeta furioso no cabían a un tiempo la dureza y el altruismo. Seamos duros, digo yo, pero no como la espada. Seamos duros como el bisturí.

Según las estadísticas de Novicow, enemigo burlón del socialismo, los nueve décimos de la humanidad no se nutren ni se visten lo bastante. Por cada *homo sapiens* bien alimentado, arropado y alojado, nueve padecen el hambre y el frío. Es un caso único, porque no conocemos ninguna especie en que haya nueve animales desollados por uno con pellejo. No producimos pan, tejidos y viviendas para quienes los necesitan, sino para los que tienen dinero, y sólo tienen lo indispensable aquellos a quienes les sobra algo. Se comprende que no se diviertan en este valle de lágrimas los que comenzaron por no poseer nada. Se ven reducidos a alquilar su carne y su conciencia, si pueden. Perdonémosles: ansían dar de comer a sus hijos; quizá no los aman lo suficiente para matarlos. Y los ricos ¿qué diablos han de hacer sino emplear toda su atención en conservar su oro, el supremo fetiche sin el cual la vida es entre nuestros hermanos un infierno?

En verdad que no es tiempo aún de que bajen a la tierra los poetas puros, un Tillier, un Guérin, un Herrera y Reissig. Es demencia, en las actuales circunstancias, ocuparse del ritmo. No hay ritmos entre nosotros, sino espasmos. ¿Música del Verbo, en medio de los aullidos de la desesperación y los resoplidos de la hartura? No nos traigan ahora acentos armoniosos; sería el colmo de la disonancia. Ángeles, para visitar nuestra guarida, esperen a que haya partido la Bestia...

Empiece el poeta, el poeta "estricto" por disfrutar las rentas del lord Byron; orne su torre de marfil y enciérrese en ella; tal vez así se haga tolerable su vocación. Pero el poeta sin fortuna está condenado. ¿Habrà mayor calamidad que el genio desprovisto de aptitudes industriales? Cuando aparece el delicioso monstruo, sus padres se consternan, las gentes se ríen de sus cabellos largos y de sus aires distraídos. Después, abandonado a sí mismo, el creador de belleza abriga la inaudita pretensión de vivir. ¡Vivir! Eso es fácil para los que venden cosas útiles, fideos, mujeres, votos. ¿Qué presentas en el mostrador social? ¿Belleza? ¿Belleza absoluta, tuya, el elixir de tu alma vibrante, belleza desnuda, belleza a secas? Es un artículo sin salida. La belleza se soporta, mas no se paga. Agradece, ¡oh poeta!, que te dejen morir en un rincón y no te lapiden los transeúntes.

Los miserables (nueve décimos del conjunto) te dirán: No te entendemos. ¿Quieres hacernos soñar? Háblanos de venganza. No; eres demasiado misterioso y demasiado apacible. Preferimos el alcohol.

Los satisfechos te dirán: No te entendemos. ¿Qué estilo es ése? ¿Por qué no escribes como todo el mundo? No nos hagas pensar, ¡Por Dios!, no estamos acostumbrados. Respeta nuestras digestiones. Más vale que olvides tus simbolismos, y prepares un folletín a lo Conan Doyle, una comedia de aparato a los *Chantecler*. ¿Te encoges de hombros? Conan Doyle cobra un peso por palabra. Rostand es académico y tú no te has desayunado hoy... Te protegeré, si me haces de cuando en cuando algún bombito...

Mallarmé, Villiers de L'Isle-Adam y Verlaine fundaron la poesía moderna. Mallarmé -¡favorito de la suerte!- daba lecciones de inglés. Villiers se resignaba a darlas de box, y se resintieron sus pulmones de las trompadas que recibía. Verlaine adoptó con placidez la vida de vagabundo, y compuso sus poemas en la taberna, en la cárcel y en el hospital. ¡Y son los gloriosos! Pero los que ni siquiera gozarán, como Bécquer, la fama póstuma, los niños que esconden bajo su raída carpeta de empleados el divino aleteo de su fantasía, deben pedir a la muerte el consuelo de no ver a la Bestia vomitar sobre las flores; deben elevar al destino la plegaria de Carlos Guérin:

"Mejor que una honra mediocre, concédeme – Dios justo, morir joven y con el alma ebria. – De voluptuosidad, poderoso orgullo, y con la fe. – De que habría sido grande si me hubieras hecho vivir..."

ATAQUES DE PUDOR

Un señor francés, noches pasadas, en una calle de Londres, intentó besar a una señora. La “víctima” acudió a los Tribunales; a pesar de la energía con que el demandado juró y perjuró que se trataba de un simple *quid pro quo*, el juez tuvo a bien aplicarle dos libras de multa, más las costas. ¡Dos libras un amago de beso! En otros sitios se venden besos completos por un chelín, y hasta por un penique. ¡Dos libras! Por dos libras han sido asesinadas familias enteras. Y luego, ¿por qué dar tanto valor al testimonio aislado de la supuesta ofendida? *Testis unus, testis nullus*. Hay damas que hacen un pequeño negocio con los ataques ingleses al pudor. Viajan en ferrocarril, eligiendo donde vaya un caballero solo, y en la primera estación denuncian agresiones imaginarias. Es el chantaje de la virtud, de éxito casi seguro, sobre todo con sujetos extranjeros. El pudor británico es enorme. Inglaterra es el país en que la gente se reproduce con más austeridad.

Me parece que en estos procesos por ataques al pudor no estaría mal cerciorarse de si hubo tal pudor o no. ¿Qué hombre se indignaría porque una mujer lo besara en la calle? Creo que tampoco se encontraría un juez que le indemnizara pecuniariamente. Está convencido, desde hace siglos, que los hombres somos impúdicos. No protesto contra tan cruel axioma, pero reclamo el derecho de suponer que también hay mujeres impúdicas. Es indiscutible que les aprovecha más aparentar el pudor que tenerlo en realidad. El pudor, para ser útil, debe ser limitado. Un pudor excesivo aniquilaría la especie. Me inclino a sospechar que muchas mujeres, convencidas de que al fin y al cabo la suerte del pudor es sucumbir sobre los altares de la vida, han juzgado más cómodo empezar por no tener ninguno. Es menos penoso. Entonces, ¿en virtud de qué razones las indemnizaríamos por ataques a lo que no existe?

Aquellas mismas que padezcan un pudor intenso, ¿lo verán acaso disminuido por una de esas escaramuzas callejeras en que la admiración del hombre es tanto más halagadora cuanto más involuntaria? ¿Puede haber mejor certificado de belleza que el beso audaz de un transeúnte? ¡Con qué amargo orgullo dicen las feas: “a mí nadie me ha faltado al respeto”! En los ataques al pudor sin lesiones, el magistrado debería felicitar a la querellante y mandarla a su casa.

“¡Cómo, objetaran, ¿y si la sensación sufrida es desagradable?”. He leído en un moralista que atribuir a las damas británicas sensaciones de placer amoroso sería un insulto. Quizá los niños de cuatro años den crédito a semejante afirmación. La experiencia elemental nos enseña que los ataques al pudor son tan amenos para el que los inflige como para la que los soporta, siempre que ambos sean jóvenes y sanos. Seamos inexorables -¡eso sí!- con los vejetes desdentados y babosos. No les dejemos otro recurso que el de hacerse ricos y comprar matrimonialmente el pudor de las doncellas.

Perdónenme si les declaro que el amor, en general, es una ocupación satisfactoria, y que basta para ello juventud, salud y sinceridad. En cuanto al compañero de tareas, lo miso, poco más o menos, es uno que otro. El amor es como el bridge o el ajedrez; su encanto no reside en los jugadores, sino en el juego. Las afinidades electivas, las predestinaciones, no son por lo común sino tópicos de *flirt*, frases que repetimos a todas las mujeres que nos gustan, y ellas repiten a todos los hombres que les inspiran confianza. Suele resultar que el predestinado es sencillamente el que estaba más cerca. El amor fatal es raro y monstruoso como el genio, y como él inadaptable, condenado al dolor. “¡Julieta o la muerte!”, dice Romeo; “¡Romeo o la muerte!”, dice Julieta. “Pues bien, dice el destino, ¡mueran!”. El amor normal, vulgar, el que renueva las razas, no es tan *pretencioso*, aunque se lo figure. Se conforma con lo que halla al alcance de la mano, y hace perfectamente. Se ama y se come y se duerme y se piensa de un modo habitual -no de un modo poético-. Las mujeres lo saben desde la niñez, y si se resignan a

la jerga en uso, es por culpa nuestra. Somos burgueses con manías curiosas: no podemos hacer la digestión sin un rato de folletín. Pero la cosa no tiene mayor importancia.

Seamos justos con los ataques al pudor (sin lesiones). Son muy naturales. Y todo lo natural es inocente.

GENERALIDADES

El general Keim, en la fiesta celebrada por la Liga Naval alemana en Jena, hizo algunas declaraciones heroicas. Lamentó la decadencia de la diplomacia desde el tiempo de Bismarck. "Nuestra diplomacia, dijo, no necesita ir por el globo con zapatillas de fieltro. Se debe adoptar un tono más enérgico, pues según el tono es la música". Sin duda que a la música de Bismarck no le faltaba energía: "el primer aviso que las potencias recibirán de nuestras intenciones, rugía el canciller de hierro en 1875, será el trueno de los cañones prusianos en la Champaña". ¡Nada de zapatillas de fieltro! Con Bismarck no padeceríamos la plaga socialista. Aquel bárbaro de genio, que tantas ganas tenía de arrasar París, anunciaba: "si las grandes ciudades continúan siendo foco de revueltas y perturbando los países, las tiraremos por tierra". Y lo curioso es que Bismarck no estaba más contento que el general Keim; se quejaba de que su rey era demasiado honrado...

"Los que afirman, continuó el general Keim, que en lo futuro no habrá guerras, están maduros para un asilo de lunáticos; una derrota será el aniquilamiento de Alemania, porque el mundo entero está contra nosotros... La guerra vendrá del conflicto entre los intereses económicos... Temo que nuestra superioridad militar no exista ya en sus antiguas proporciones..."

De acuerdo con la célebre frase, hay casas en que los hombres encierran a los locos, para hacer creer que los demás no lo son. Y los locos opinan igual que los cuerdos. Cuando un pupilo se cura, sus compañeros de manicomio cuchichean con lástima: "ha perdido la razón; lo han encerrado afuera". Pero es que para encerrar al prójimo no basta ser cuerdo; es preciso ser el más fuerte. Si el general Keim -en juicio sumaráisimo, propio de un jefe- nos da por locos a cuantos creemos en el advenimiento final de la paz, podríamos darle por loco a él; lo difícil sería encerrarle. En Buenos Aires, un demente, después de casi degollar a un distraído compañero de tranvía, se instaló en un árbol y resistió allí toda una noche a un regimiento de polizontes. La empresa de encerrar al general Keim, en su calidad de general, frente a su disciplinada división, sería terrible. Probablemente él con su ejército nos encerraría a nosotros, y es lo que ha pasado desde los principios de la historia.

Reflexionemos, como hacen los cuerdos y los locos. Decir que Alemania produce tal artículo, y que lo vende a tal precio, es una peligrosa inexactitud. Alemania no se compone únicamente de los vendedores de ese artículo. Se compone también de consumidores. Los industriales venden a seis, y lucran. El general Keim se frota las manos. He aquí que en Inglaterra, por ejemplo, los industriales consiguen vender a cinco. Entonces el general Keim se enfurece. Empieza por atrancar las aduanas y obligar a los consumidores alemanes a comprar siempre a seis. Queda el comercio exterior; surge la cuestión de los armamentos. Es necesario que los consumidores extranjeros sigan comprando a seis, o que Inglaterra, para evitar la lucha, renuncie a vender a cinco. Y se construyen *Dreadnoughts* con el dinero de los excelentes consumidores germanos, que a costa de sacrificios innumerables logran pagar sus cosas lo más caro posible. Y un buen día se les pide la vida, y se la entregan al general Keim en silencio. Lo patriótico, lo sagrado, es comprar a seis...

Piensen ahora que no hay nación que no posea sus generales Keim. Piensen en los millones de consumidores del planeta, dispuestos a arruinarse y a matarse entre sí para continuar pagando seis, y no cinco. Pero les calumnio. Somos muchos los candidatos al asilo del general. Y seremos más; seremos tantos, que no habrá sitio donde encerrarnos. No habrá sitio ni dentro ni fuera. Estaremos en todas partes. Al general Keim no le agrada la paz. Es muy lógico. La paz es tan funesta a los generales como la guerra a los que no lo son. Sin embargo, allá en la línea luminosa del horizonte, allá donde nuestros cortos pasos no nos llevarán nunca, allá en el inaccesible mañana, ¿no podría el general Keim colocar las bellas realidades que le molestan hoy? Un señor que entendía de milicia dijo una vez a su amigo Luigi Fontanes:

"Fontanes, ¿sabe usted lo que más admiro? Es la impotencia de la fuerza para organizar algo. No hay más que dos potencias en el mundo: el sable y el espíritu. Y a la larga, el sable es siempre vencido por el espíritu".

Por cierto que ese señor estuvo en Jena... Era Napoleón.

HORMIGAS

¿Qué le han hecho las hormigas a Mr. Henry Hill? Ha dado una serie de conferencias en la London Institution negando a los maravillosos insectos el uso de la razón. Mr. Hill no les concede sino el instinto. Mediante esta palabra, cómo por lo indefinible, los disertadores de la vieja escuela intentan de cuando en cuando relegar a los animales al automatismo cartesiano. Les parece todavía una blasfemia decir que hay en el mundo otras inteligencias que la inteligencia humana. Les horripila complicar las cosas y añadir algo al antiguo elenco de la comedia universal: Dios, la criatura hecha a su imagen y demás accesorios. Si las hormigas razonan, ¿a dónde vamos? ¿Acabaremos por incluir las bestias en nuestra democracia?

Sin embargo, es difícil descartar la hipótesis evolucionista. Dentro de ella, claro es que todo se adquiere, y que es imposible establecer una distinción esencial entre la inteligencia y el instinto. Para vivir, y sobre todo para "empezar a vivir" y para "variar la vida", único medio de conservarla, preciso es la aptitud de experimentar continuamente y de incorporar al organismo los resultados útiles de la experiencia. Esta aptitud, en su aspecto electivo, explorador, curioso, múltiple, inspirado, es inteligente; en su aspecto firme, rápido, resuelto, simple, obstinado, es instintiva. El instinto afirma, la inteligencia duda. El instinto es lo viejo, la inteligencia es lo nuevo. El instinto es el pasado, la inteligencia es lo futuro. El instinto es inteligencia archivada, y la inteligencia, instinto en formación. Y como al principio todo era futuro, todo era inteligencia. En los orígenes el genio fue más indispensable que nunca. Se podrá morir mecánicamente, pero no se nace sin un golpe de genio. He aquí lo poco que nos es dable suponer sobre el asunto, si no queremos resignarnos a admitir que los dramas de Shakespeare estaban íntegros ya en la gelatina amorfa que por vez primera se cuajó en el seno de los mares.

¡Negar inteligencia a las hormigas, cuya existencia complicadísima está llena de insólitos conflictos, sabiamente estudiados y resueltos! Las hormigas -clasificadas en dos mil especies- son arquitectas, ingenieras, agricultoras, médicas y militares. La división del trabajo en sus ciudades es un prodigio. Su orden social es de una incomparable perfección. Tienen esclavos. Tienen rebaños. Han domesticado cerca de seiscientos animales diferentes. Horticultoras, cultivan varias clases de hongos. Protegen de los cambios atmosféricos a sus crías. Practican la higiene y la antisepsia. Se cree que por un sistema especial de nutrición han conseguido provocar a detener el desarrollo del sexo de las larvas - (Harn). Han alcanzado una desmesurada longevidad...

– ¡Instinto! -replica Mr. Hill.

El venerable lord Avebury -a quien recordarán de seguro mis lectores, bajo el nombre de John Lubbock-, veterano observador de abejas y de hormigas, se tira de los blancos cabellos, y reúne el *stock* entero de sus investigaciones con el fin de convencer a Mr. Hill. "He embriagado diversas hormigas, dice lord Avebury, y las he colocado, inertes, a la puerta de un hormiguero. Las dueñas de la casa han salido, han recogido a sus compañeras, y han abandonado a las demás, pertenecientes a hormigueros extraños. ¡Rasgo admirable!"

– ¡Instinto! -dice Mr. Hill-. Las conocían por el olfato.

Porque Mr. Hill no soporta que las hormigas sean altruistas. Se figura que inteligencia y altruismo tienen que ir juntos. Por eso, cuando lord Avebury le cuenta que dos hormigas libertaron una tercera, oprimida bajo un guijarro, contesta Mr. Hill:

– ¡Bah! Todas las hormigas están acostumbradas a extraer insectos de debajo de las piedras. Ayer se cayó una mosca en mi té. La alcé de la taza y la puse a secar. En seguida llegaron otras dos moscas que lamieron solícitamente a la náufrega. ¿Altruismo? No; es que les gusta el té con leche y azúcar.

¡Este Mr. Hill es desesperante!

Cuando se le aprieta demasiado, cuando se prueba que algunas hormigas emplean la palanca, o curan sus enfermas con masajes y dieta, desenvaina el gran argumento:

– Sí, las hormigas hacen diabluras. Pero, ¿saben que las hacen?

Y Mr. Hill se escapa por la tangente metafísica. Yo sé que existo, pero tú, hormiga, o tú, hermano mío, ¿sabes que sufres, sabes que existes? ¿Soy acaso la sola conciencia en medio de una multitud de máquinas? ¿Estoy *solo*? ¿Hay Dios? – es decir: lamentable y magnífico universo, ¿sabes que existes? Graves preguntas, quizá sin sentido. ¿Tenemos acaso idea de las preguntas que debemos hacer?

INDUMENTARIA

Mrs. Flora A. Steel, en el *Times*, reclama un impuesto sobre los trajes de señora. Opina que para las mujeres la manía de los trapos equivale a un vicio, como el tabaco o el alcohol para los hombres. Esto de perseguir el vicio es muy puritano, y si se quiere muy inglés en la burguesía que aún entona salmos los domingos, lee la Biblia después de cenar y abomina de toda pública licencia. Pero los aristócratas ingleses, que hacen largos viajes y se han dado cuenta de que es imposible divertirse lejos de París, piensan de otro modo. Quizá juzgan peligroso empeñarse en conservar la humanidad sin conservar los vicios. A veces por quitar la mancha se arranca el paño. Hemos superpuesto tantas naturalezas en nuestro ser, que ya no sabemos cuál es la primera ni cuál es la más importante. Y luego noten que con el correr de los tiempos hemos perdido el secreto de muchas industrias; hay antiguos tejidos, antiguos colores, antiguas cerámicas que no somos capaces de reproducir y que imitamos muy mal. Sin embargo, no se nos ha perdido la técnica de un solo vicio. Conservamos los viejos religiosamente, y aumentamos la lista con ayuda de nuestras ciencias poderosas. Los romanos no conocían la morfina y el éter, la borrachera de velocidad de los automóviles, ni el vicio protestante que aqueja a Mrs. Steel y que consiste en moralizar con exceso. Ahora bien, estoy persuadido de que valemos más que los súbditos de Nerón.

Aparte de que se me hace cuesta arriba el admitir que el gusto de la *toilette* sea un simple vicio. Sin duda, se encuentra en los refinamientos del atavío un intenso placer, placer de vanidad, de coquetería, placer estético, acaso un cruel placer de dominio, y para una cristiana implacable como parece serlo Mrs. Steel, donde está el placer está el pecado. Una virtud es virtud mientras duele; si deja de hacer daño, deja de ser meritoria; debemos practicarla aborreciéndola. Se comprende pues que haya virtudes que destruyen la salud mejor que cualquier vicio. Por lo demás, los que no son viciosos por *snobismo*, sino porque "se lo pide el cuerpo", suelen alcanzar una ancianidad robusta y venerable. Lo esencial es tener oro. La pasión por la muselina, las pieles y las joyas echaría a pique a un matrimonio pobre. Son casos en que peligra la frente de los maridos, cuando no suda lo suficiente. Entretanto prosperan los hogares del modisto y del tendero. Producimos la dicha con tal parsimonia, que por lo común nuestra desgracia no es sino la forma de la raquítica felicidad ajena.

En Inglaterra, como en Alemania, la gente se aburre en ciertas capas sociales; por culpa de las Mrs. Steel. No es cuestión de progreso político. Concibo una democracia perfecta, en que los ciudadanos fueran matemáticamente iguales ante la ley tácita o escrita, código o *cant*, y en que no se pudiera vivir a causa de lo torpe de la ley. ¿Quién soporta al Canadá, por ejemplo, donde se diría que los habitantes descienden de aquel Calvino que llevó las ideas de Mrs. Steel al extremo de prohibir los encajes y las sedas, rizarse el cabello, lucir gorros aterciopelados y hasta comer dulces? El mal humor de Calvino se explica; padecía nueve enfermedades: cólicos, piedra, gota, hemorroides, fiebre tísica, asma, jaqueca, catarro continuo y vómitos de sangre. ¿Cuál padecerá Mrs. Steel, para no ver que lo primitivo, lo fundamental, el germen y el alma del tocado no es el vicio ni la necesidad, sino el arte, el arte femenino por excelencia, el arte con cuya vocación irresistible nace toda mujer en este mundo? Lo nuevo es siempre un lujo; la mente crea lo superfluo, convertido después en indispensable por la costumbre. Si el hombre no hubiera inventado el adorno, jamás habría llegado a cubrir sus carnes para protegerlas del calor o del frío. Salvajes hay que van desnudos, pero no mondos; han ornamentado su pellejo con tatuajes e incrustaciones; el primer vestido es la belleza. La coquetería es en las hembras más fuerte que la maternidad. Les arrancaran la inteligencia, el sentido moral, el sexo mismo, antes que el afán de ser deseadas. Las criminales, en las penumbras de los calabozos, arañan el yeso de la pared para empolvase. "Mis prisioneras, escribe el director de cárceles Cadalso a Paolo Lombroso, lamen los muros, mascan la cal, y fabrican una cal con la cual se pintan; con los hilos encarnados de las camisolas, metidos en agua, una detenida obtiene pintura roja; otra consigue ser castigada bastantes veces por sacar alambres del ventanillo de la celda y hacerse con ellos un terrible corsé..." ¡Oh, Mrs. Steel, admiremos el empeño sublime de añadir un poco de poesía a este áspero universo! Cervantes trabajando en su mazmorra, y la famélica obrera cosiendo a su miserable corpiño una cinta colorada, son igualmente grandes y humanos; hacen a la ciega realidad la limosna divina de una ilusión. Son vencedoras, jóvenes suicidas que con el carbón para el brasero fatal traen a su buhardilla el último ramo de flores. Y estoy seguro de que el día del Juicio, al clamor de las sagradas trompetas, las muertas se incorporarán en sus tumbas con un gesto gracioso.

ROCKEFELLER

Cuando murió cierto banquero español, dejando sesenta millones, dijo Rothschild: "¡Pobre X...! le creía más acomodado..." "¡Pobre Rothschild!", puede exclamar John Rockefeller, cuya fortuna pasa de cinco mil millones. Como accionista de la Standard Oil Company cobra unos

treinta millones anuales en dividendos. Pero es además accionista del *Trust* del Acero, y de otras muchas empresas poderosas. Sólo en la ciudad de Cleveland posee propiedades inmuebles por valor de setenta y cinco millones... ¿Quién sino él mismo, si se lo permite su vacilante memoria de viejo caduco, sería capaz de calcular la altura de esa cordillera de sus capitales? Rockefeller es en nuestro planeta el Himalaya del oro.

Hijo de un caballero, desenterrando patatas ajenas reunió los primeros centavos, los primeros pesos. Después se lanzó en la pequeña nave de su peculio, sobre un mar de petróleo que le fue clemente, y a los treinta y seis años de edad tenía veinticinco millones. No seré yo quien le niegue audacia, perseverancia, genio. Tampoco le negaré la avaricia indispensable a los arquitectos de tesoros. Ahora, al borde de la tumba estrecha, donde no hay sitio más que para él, Rockefeller regala a los mendigos norteamericanos mil quinientos millones de los cinco mil hipotecados por la nada. Esta monstruosa donación debilita a la Standard Oil. Felicitémonos. Si todos los millonarios hicieran igual, aunque para hacerlo esperaran la decrepitud postrera, habría algunas cucharadas menos de llanto en el mundo. El texto del proyecto ya famoso dice que las intenciones del donador son "prevenir y socorrer el sufrimiento". Bellas intenciones, más propias para disipar fortunas que para adquirirlas. De haber pensado siempre así, jamás habría Rockefeller ganado un triste millón...; porque en un millón hay de todo, hasta sangre. Bien está restituir a los míseros una parte de lo que sudaron, pero sería mejor aún no tener que restituir.

Ante la enorme filantropía de Rockefeller, el cual anuncia que no ha hecho sino empezar, se ha hablado del *trust de la beneficencia*. Acaso los héroes de *Le Trust*, reciente y admirable libro de Paul Adam, se encogerían de hombros, viendo en Rockefeller, como en los filósofos ateos que al sentirse morir llaman al cura, una víctima de la cerebración senil. Sin embargo, el fenómeno es frecuente en Norteamérica; Rockefeller imita el ejemplo de los Morgan y de los Carnegie. Roma, con la cultura industrial contemporánea, hubiera producido los Nerones del capital. Hoy es tarde; el individuo no resiste la tensión de una riqueza tan excesiva. Llegamos a un momento en que los cuellos de los millardarios se doblan bajo el peso de las áureas coronas. Consideren que no son los cuellos de toro de los antiguos emperadores, sino cuellos mermados por la democracia, enervados por la dispepsia. La riqueza es una energía y en nuestro siglo todas las energías tienen algo de eléctrico. Es imposible acumularlas indefinidamente sobre una cosa o sobre una persona. Al fin rompen su encierro y vibran y circulan, porque su virtud soberana es circular fecundando y organizando; y su capricho es salirse de los canales por donde pretendemos conducirlos. Y luego el medio ambiente aumenta con receptividad su conductividad, y avanza al encuentro de las fuerzas que se evaden. La opinión pública de los Estados Unidos no toleraría impermeables Rockefellers que no sueltan su dinero de una manera o de otra. Ser rico no exime del oprobio, y ¡cuántas veces la beneficencia es una excusa!

Rockefeller ha presentado a su patria las excusas de sus cinco mil millones. Y en verdad les digo que si es grande el país en que un hombre consigue, sin violar la ley, juntar cinco mil millones, es más grande todavía el país que no se los perdona, y que, anticipándose a la muerte, le obliga a devolverlos.

PERROS

El perro ha sido nuestro camarada en los malos días, nuestro aliado contra el exterior hostil, cuando nos refugiábamos en cavernas y vivíamos de la caza. Esta larga cohabitación, sin embargo, no explica del todo la profunda correspondencia entre el alma humana y el alma

canina. Otros animales nos acompañaron también desde un pasado inmemorial. El gato es quizás el más doméstico, en el sentido estricto de la palabra; el favorito de Baudelaire fue dios, y amado de los profetas. No hace muchos años que los miembros de la academia de ciencias de París se preguntaron por qué, siempre que se suelta un gato en el aire, cae sobre sus patas. La sección de mecánica contestó satisfactoriamente, pero si el problema se hubiera presentado a la academia de las Inscripciones, acaso se habría respondido que Mahoma, para no molestar su gato dormido sobre su manga, se cortó la manga y se marchó. A su vuelta, le acarició tres veces el enarcado lomo, y desde entonces los gatos caen de pie. El gato es el amigo de los artistas y de los teólogos porque es raro, fantástico y bello; el perro es el amigo de las buenas gentes porque es honrado y familiar. Tan habituados estamos a la sublime mirada del perro, que se necesita un momento de reflexión para darse cuenta de lo maravilloso del fenómeno. En esos ojos de absoluta transparencia encontramos la seguridad de que hay en el universo un ser que *siente* con el hombre. Los demás ojos, ojos de bestias, ojos de flores, ojos de astros, conservan su misterio impenetrable. Son opacos símbolos, mientras que la mirada del perro, humilde y desnuda, es la única mirada que la naturaleza deja llegar directamente hasta nuestro corazón...

Y noten que no se trata de inteligencia. La hormiga, cuya inteligencia asusta, es incomunicable con nuestra especie. El mono, nuestro infortunado primo, es más inteligente que el perro, y tiene sobre él las ventajas del parentesco, de la semejanza física, de las aptitudes que le permiten imitar nuestros menores ademanes. Pues su mano, al tocar la nuestra, nos hace estremecer de repugnancia; en cambio, ¡con cuánta cordialidad estrechamos la pata torpe del perro! ¡Cómo entendemos el lenguaje de sus músculos! ¡Qué elocuente es su cola, hasta cuando se la rebana Alcibíades, convirtiéndola en un muñón que sigue moviéndose, y anunciando la alegre lealtad que tal vez no merecemos! El perro es una evidencia viva. En él todo habla, todo canta su fe en nosotros, todo resplandece de su ternura, y si en lamentables ocasiones se hace sucio, ridículo, obsceno, es a fuerza de ingenuidad y por horror a la coquetería y a los engaños del arte. Su robusto apetito le calumnia; su moral no está manchada por el interés. Perros hubo que murieron de hambre junto a las provisiones que se les había confiado, o de pena sobre la tumba de sus dueños.

¡Paz a las solteronas que levantan mausoleos a sus canes difuntos, o instituyen herederos a los que les sobreviven! ¡Paz a los protectores de animales, paz a los antiviviseccionistas! Comprendamos, recordando los ojos de nuestro perro, el cándido fanatismo que erigió una estatua en Londres al famoso *Brown Terrier Dog*, con la inscripción siguiente: "A la memoria del Brown Terrier Dog, asesinado en los laboratorios del Colegio de la Universidad en febrero de 1903, después de haber sufrido la vivisección durante más de dos meses, y de haber pasado de un vivisector a otro hasta que la muerte vino a aliviarle. En memoria también de los 232 perros vivisecados en el mismo lugar durante el año 1902. Hombres y mujeres de Inglaterra, ¿hasta cuándo subsistirán estas cosas?". Se acaba de trasladar la estatua a otro sitio; los estudiantes de medicina trataban continuamente de echarla al suelo, y la policía se cansó de gastar 700 libras anuales en custodiaria. ¡Paz a los estudiantes de medicina! Reconozcamos que sus argumentos son formidables. ¿Dónde está la verdad? La vida del espíritu reside en la duda. Acostumbrémonos a dudar sin perder el reposo, y disculpemos a los que aman a los perros más que a los hombres. La mayor parte de los hombres no son hermanos nuestros sino por la figura. Tienen -¡ay!- ojos de monos. Si Otelo hubiera visto una mirada de perro fiel en los ojos que le imploraban, no habría estrangulado a Desdémona. Aceptemos con una indulgente sonrisa la noticia que inserta el *Daily Mail* del último correo: "Eduardo VII ha paseado esta mañana, acompañado del coronel Holford, caballero, y de su perro César".

He aquí un hombre feliz para un específico moderno. Hace dos o tres siglos, estallaba el romanticismo en la literatura farmacéutica. Los apotecarios vendían "ojos de cangrejo" -es decir carbonato de cal-; "agua de cabeza de ciervo" -o sea fosfato de cal-; "polvo de víboras", "aceite de gusanos" y mil temeridades que en el fondo se reducían a las sustancias más inocentes del mundo. Figúrense que las famosas "gotas de Inglaterra", compuestas de "polvo de cráneo de ahorcados", "víbora seca" y demás, no contenían sino un poco de opio. Aún quedan rastros de aquella época exaltada; creo que los ojos de cangrejo no han desaparecido del repertorio, y nada les costará verificar que en nuestras boticas se despachan corrientemente el "bálsamo de los cuatro ladrones", el "emplasto de los doce apóstoles", el "elixir sagrado", los "cristales de Venus", los "polvos de fray Cosme" y el "ungüento de la Madre Tecla". Pero las tendencias actuales son muy distintas. Los fletadores de nuevos remedios se adaptan al ambiente contemporáneo. Por lo común pertenecen a la escuela naturalista, y, como Zola, se apoyan en la ciencia pura. Usan términos de etimología clásica, nos dan breves conferencias doctrinales pegadas a los frascos, y nos acaban de convencer mediante una serie de certificados de médicos desconocidos y de enfermos a quienes devora una gratitud sin límites. A veces la oratoria curandera se inclina al simbolismo y pretende encerrar lejanas sugerencias en una palabra criptográfica: ¡"Vidol", "Omagil", "Nereolina"! Cuántas obras se han escrito para justificar un título ingenioso. El arte del taumaturgo consiste en hallar la voz precisa, el título mágico al cual nuestro cuerpo crédulo responda con la novela de su curación.

¡"Sufficit"... muy bonito! Dulce y autoritario diagnóstico, murmurado a la cabecera del que sufre por labios que absuelven. El inventor es, en efecto, un sacerdote, el padre Sauveur, de apellido también oportuno. El padre Sauveur reanuda la tradición de los santos vencedores de pestes, y nos bendice, y nos unge con líquido soberano contra las impurezas de la sangre. Piensen que no existe dolencia en que la sangre no se eche a perder y comprenderán la importancia del "Sufficit". El "Sufficit" se consume por metros cúbicos. El padre Sauveur se hace rico en semanas, en días... No es él quien merece por cierto el reproche que tanto se dirige, a los cristianos, de no ocuparse bastante de los negocios de la tierra.

Y de pronto el "Sufficit" y el padre Sauveur se vienen abajo. Los socios del cura le acusan de estafa. No se llama Sauveur sino Salvador Indracolo. Vende dos mil frascos diarios, gana ciento cincuenta mil pesos mensuales y no quiere pagar a sus socios lo que les corresponde. ¡Oh, clérigo demasiado exigente! Por tu culpa nos despojan de la fe. Hemos sabido que un frasco de "Sufficit", que nos cuesta tres pesos, no te cuesta a ti más que doce centavos, y que en tu bálsamo maravilloso no entran sino residuos inocuos: áloes, genciana, láudano y alcanfor. ¡Pobres de nosotros! ¡Pobre sangre nuestra, privada de su benéfica divinidad!

Porque el "Sufficit" curaba. El público, aunque lo parezca, no es imbécil. Compraba el "Sufficit" por encontrarlo eficaz. Acaso la eficacia se debía únicamente a las letras del rótulo y al retrato del charlatán de sotana. ¿Y qué? Una mentira que cura no es una mentira. Curémonos de un modo ridículo, pero curémonos. La fuerza del "Sufficit" residía en el misterio. Ahora lo podemos tirar a la calle. No nos sirve, puesto que la conocemos bien; es otra ilusión que se va, otra religión con las tripas fuera. Este pequeño milagro ha perecido lo mismo que los grandes. Nos figuramos que no hay milagros, y concluiremos en verdad por destruirlos todos. La desaparición del último será nuestro suicidio, puesto que sólo de milagros se vive. Por fin los físicos han descubierto que la materia y la energía son eléctricas; han visto que la electricidad, el agente mecánico casi espiritual, explicaba los restantes. Si fuéramos absolutamente positivos, si no olvidáramos que no tenemos noticia directa de más realidad que la de nuestro espíritu, ni de más impulso que el tan mezquinamente designado por sugestión, sospecharíamos que la sugestión es el elemento cósmico, y que quizá los astros y los átomos se mueven sugestionados por un "Sufficit" todavía oculto. Entonces nuestro poder nos aterraría. Así como analizando el "Sufficit" hemos hecho desesperar de la salud a muchos creyentes, analizando el

universo tal vez hagamos desaparecer para siempre su salud. El universo es un ser vivo, y nos exponemos torpemente a matarle. No nos apresuremos a aniquilar los innumerables "Sufficit" que engendran la esperanza y con ella la existencia de las cosas.

TERROR

No puedo abrir un diario sin encontrarlo salpicado de sangre. Los gubernistas de Nicaragua han fusilado a setecientos prisioneros, ante una multitud frenética fueron guillotinado en Valence tres hombres: "La sangre de los condenados corría por los rieles del tranvía hasta una distancia de cincuenta metros y la gente tenía los pies, húmedos de sangre". En los Estados Unidos siguen linchando negros. El último fue ahorcado, luego baleado, luego quemado: "antes de procederse a la incineración, la turba cortó la cabeza del negro, que fue clavada en la punta de un bastón y paseada por las calles; los manifestantes le sacaron el corazón y lo cortaron en pedazos menudos, que se repartieron como recuerdo". Veán después de las matanzas de Barcelona a Ferrer ejecutado; veán después de las matanzas del 1º de mayo en Buenos Aires a Falcón dinamitado. Sangre... Máuser, horca., puñal, guillotina o bomba, ¿qué más da? Todos estos instrumentos me causan la misma tristeza; todos representan la misma desalentadora realidad, parecen distintos pero no lo son; complicado es el mecanismo del fusil moderno, y complicado el mecanismo legal que mueve las guillotinas y levanta las horcas, pero la esencia de ambos es hacer sangre, es dejar tras sí el trasto uniforme de la bestia humana. Yo quiero creer que somos mejores, que seremos mejores, que avanzamos, y no se avanza sin sangrar, sin desgarrarnos. Yo sé que a veces el esfuerzo se vuelve convulsivo, y hay que herir y hendir pronto, buscar el futuro y arrancarlo de las entrañas de su madre muerta. ¿Y si fuera mentira? ¿Si al llevar el ideal en los labios, lleváramos en las manos la venganza? ¿Si en lugar de ser cirujanos fuéramos asesinos? ¿Había luz en las conciencias de los que condenaron a Francisco Ferrer? ¿Había luz en la del anarquista que condenó a Falcón? Porque no es otro el problema. Necesitamos la luz. Necesitamos el profeta que diga: "maten", ya que no somos capaces de comprender la voz dulcísima que hace dos mil años nos dijo: «no maten».

En las almas no hay luz. No hay sino terror. Es el terror quien mata. Jamás se apoderó de una sociedad un terror semejante al que como un sudario negro ha caído sobre la Argentina. Al primer estampido de la dinamita, este pueblo de republicanos ha gritado: "¡el zar tenía razón!". Mientras los jesuitas del Salvador, con sus alumnos armados de carabinas, desfilaban ante el cadáver del coronel, la policía, imponiendo silencio a cinco millones de hombres libres, preparaba la caza al proletario. ¡Admirable ejemplo de la futilidad de las leyes! La constitución, prostituida en cada campaña electoral, fue declarada impotente para reprimir un delito común. Tres mil obreros fueron deportados o enviados a presidio. Las detenciones continúan. Si el autor del atentado no estuviera preso, no habrían quedado en Buenos Aires más que los que viven de sus rentas. El juez se contenta con tres mil cómplices. En la sombra espesa y muda que invade a la metrópoli, sólo se distinguen las garras del gendarme, protectores del dinero porteño. Los inmigrantes rusos son rechazados en la dársena. La Argentina, sentada sobre sus sacos de oro, ganados por el gringo, llora de ser tan hospitalaria. "¡Ingratos!" dice a los innumerables trabajadores que sudan en los campos, en los saladeros, en los talleres, en las fábricas y en los docks, enriqueciéndola sin límite. "¡Ingratos!" repite a los centenares de inocentes que manda al presidio. El terror tiene su lado cómico. Tiene también su alcance instructivo. En estos choques un país se vomita a sí propio; es el momento de estudiarlo. Estudien, pues, la desesperación con que Buenos Aires defiende su bolsa del espectro anarquista; Buenos Aires, la ciudad-estómago, donde los tribunales han castigado con cuatro años de cárcel a un infeliz que había robado un dedal, y con seis a otro, que había sustraído un pantalón. Pero no es únicamente Buenos Aires, no; es la América Latina entera donde no hay más Biblia que el registro de la propiedad, donde la escuela honra el afán de lucro como una

virtud y los padres predicán a sus hijos la codicia. Ni siquiera imitan ya a la América sajona. Allí nacen religiones nuevas, en tanto que ustedes no tienen religión, puesto que les devora el clericalismo. Allí los millardarios intentan hacerse perdonar, y fundan establecimientos públicos. ¿Quién se avergüenza aquí de su fortuna, y ante quién se avergonzaría, si cuanto más rico más venerado se es? Locura es figurarse que un régimen de avaricia puede ser un régimen de paz; la avaricia es forma del odio como la rabia homicida; en ella se transmuta y de ella brota. Las persecuciones de hoy traerán las bombas de mañana, que traerán otras persecuciones y la sangre renueva el terror que hace verter más sangre.

APACHES

La criminalidad -sobre todo la criminalidad precoz- aumenta en Francia y en otros países intensamente civilizados. Se mata a máquina, con rigor científico, y también se mata a la buena de Dios, de improviso, con ingenuo desinterés, a golpes de barra, de plancha, a patadas en la cabeza o en el vientre, como antes de la pólvora y de la electricidad. Hay personas muy susceptibles; La Méro, de 19 años, no pudo soportar un reproche de su buena madre; tomó un fusil y la mató. M. Émile Lapierre, ingeniero, director de la escuela de artes y oficios de Saint-Denis, sospechó que su hijo, de cinco años de edad, no era exactamente su hijo. El pobre hombre no pudo soportarlo; compró un revólver y mató al niño. Se empieza pronto a tener malas pulgas. Nuestros mejores apaches son adolescentes. Desde los doce años se dan de puñaladas en los *fortifs*. Duclos, rapaz de nueve años, aburrido del llanto de su hermanito, niño de pecho, corrió a su cuna, le rompió el cráneo a martillazos, y con el aditamento de algunas cuchilladas recobró la tranquilidad.

A Tissier y Desmarets, jóvenes de 16 y 17 años, les hizo célebres su asesinato de un cobrador -*garçon de recettes*- cuya bolsa les permitió realizar por dos o tres días su ideal de existencia: ternos de a 100 francos, botines de charol, restaurantes, automóvil, hipódromo y galantería nocturna. Dijeron al juez que "querían vivir como los hijos de buena familia". Querían dinero, a toda costa, lo mismo que los que no son apaches. Pero el apache no tiene miedo al gendarme: ésa es la diferencia. El apache es mucho más libre que las gentes honradas; se atreve a otras cosas; es animal de presa, veloz, audaz, napoleónico. Su tipo se aproxima al del soldado en pie de guerra, al del colonizador. Para él, la policía y la ley no son ídolos, no son más que obstáculos. Su ambición es respetable, fecunda y hasta republicana: enriquecerse. El burgués se enriquece en veinte años, el apache en cinco minutos. No supongan que los procedimientos de ambos son esencialmente distintos. ¿Cuánto tiempo habría resistido a la miseria parisiense con su salario ruin, el cobrador asesinado por Tissier y Desmarets? Los apaches concluyeron con él antes que la compañía; eso es todo. El crimen es la vida común, vista en un cinematógrafo más rápido. El apache suele ser un escorzo del ciudadano vulgar. El metal de su arma es el ordinario... sólo que trabaja de filo.

Lo que pierde a los apaches es su prodigiosa estupidez. Y por cierto que no es culpa nuestra. Les instruimos cuando podemos. Desmarets se había distinguido en sus estudios elementales, logrando una beca. Sin embargo, se dejó coger como un imbécil. Un imbécil instruido, presenta una imbecilidad más variada que un imbécil ignorante; he aquí su único privilegio. Por ese lado fracasan nuestros esfuerzos en robustecer y armar a los criminales. Pero les volvemos doblemente exigentes. Un señor que conoce la regla de tres y la definición del participio y sabe las fronteras de Rumania, se cree con el derecho especial a ser alimentado. La idea fija del individuo *educado* es que le indemnicen de su educación. El hambre del obrero analfabeto es justa. La del ex alumno es injusta, y los apaches cultos son los más feroces. Y mientras tanto, las dos hambres pegan sus rostros de espectro a los vidrios de las reposterías, detrás de los cuales brillan los jamones bajo el esplendor de la luz eléctrica. Hemos multiplicado la tentación

y facilitado las venganzas; hemos mezclado las desesperaciones con las harturas, dejando entre ellas la barrera invisible y salvaje del azar. Es el triunfo de la democracia. ¡Y hay quien se queja del aumento de la criminalidad! Yo la encuentro inexplicablemente reducida.

Los doctores buscan el remedio. Se habló del gato de nueve colas. "La cárcel, dice Faguet, debe ser un lugar de suplicio". El látigo es un suplicio económico sin duda, pero ¿tiene otra ventaja? Se cita a Inglaterra. No obstante, en muchos *reformatorios* americanos, los apaches fuman, comen bien, juegan fútbol y hacen música. Los resultados son aceptables. Hay quien legisla sobre el porte de armas. Por fin el senador Flaudin acaba de dar en el clavo. Es preciso modificar la ley contra los vagabundos. Cumplida su condena, el vagabundo será internado de dos a cinco años en un taller de disciplina. El vagabundo es el pobre supremo, la bestia errante, sin pitanza ni madriguera. Es la imagen del desastre social, un fantasma desmoralizador, disolvente: su sola presencia es un delito. Y el senador Flaudin, torturando a los vagabundos, rehabilitará las estadísticas...

¡Oh, doctores! ¿No comprenden que los apaches son sus propios pensamientos, hechos carne y puñal? ¿No comprenden que el ladrón y el asesino -débiles médiums del crimen de todos- ejecutan sus designios mudos? ¿Quieren que no se robe, que no se mate? Pues bien, cierran sus códigos, y no codicien, no odien. ¿Quieren purificar el mundo? Es muy sencillo: "sed perfectos". El mundo les imitará silenciosamente.

VIVISECCIONES

La Facultad de Medicina de Buenos Aires pidió a la Intendencia los perros sin dueño que se recogieran de la vía pública. La enseñanza necesita holocaustos. Pero en vista del indignado dictamen de la Sociedad Protectora de Animales, la Intendencia se negó a entregar los perros. La Facultad protesta, y el discreto lector adivinará fácilmente los argumentos que se invocaron de una parte y de otra.

No nos ha de sorprender el triunfo de la Sociedad Protectora. Es más hacedero proteger a los animales que a los hombres. Invoque el hombre su condición de animal, y reclame también su lote de protección. Entonces resaltará el absurdo de proteger todas las especies a un tiempo. Porque son entre sí rivales y enemigas, se devoran sin descanso y viven del crimen. Moralizar la naturaleza sería destruirla. ¿Qué desean? ¿Que el tigre se haga vegetariano? ¿Qué diría la Sociedad protectora de vegetales? "Deseamos evitar el dolor, ya que no es posible evitar la matanza", se contesta. "Cloroformo a mis perros", replica la Facultad.

"No me ocupo sino de los animales domésticos", objetaría la Protectora. Protegerlos demasiado sería contraproducente. No se olvide que existen porque nos sustentan, porque nos son útiles, y al proporcionarnos una utilidad nueva, la de estudiar en sus entrañas el medio de curarnos y de conocer mejor nuestra propia fisiología, se aseguran quizás una subsistencia más larga. Devueltos a la libertad, desaparecerían. Les hemos hecho incapaces de resistir el régimen salvaje del que fueron sustraídos, y el mal no tiene ya compostura. Estamos orgullosos de nuestro caballo de carreras, que lleva los huesos del pie convertidos en esponjas, y que sucumbiría pronto sin nuestros desvelos. Los animales domésticos son monstruos cultivados artificialmente, no viables lejos de la civilización humana. Conseguimos bueyes sin cuerpo, carneros sin cuernos y hasta sin orejas, hemos robado al cerdo sus pelos y sus colmillos, reduciéndoles el hígado y el pulmón; hemos perforado el cráneo de ciertas gallinas y les hemos atrofiado las alas; hemos embrutecido a una multitud de seres; dejar de explotarlos sería aniquilarlos. La domesticidad -gran lección- quita los derechos a la vida. Entre los rebaños sometidos al dominio de las hormigas, los hay de unos pequeños coleópteros cuyo abdomen

destila un licor agradable a las valientes trabajadoras. Estos coleópteros, llamados estafilinos, se han degenerado al punto de ignorar el modo de comer. Las hormigas tienen que empapizarles el alimento.

Si la sociedad protectora de estafilinos clama contra los que torturan por placer a los animales, en lo justo está. El que hace sufrir a un perro, sin causa legítima, es un malvado. Pero lo esencial es corregir, sanar, proteger al malvado. Proteger al perro es secundario. Mientras los perros no se protejan a sí mismos, seguirán siendo perros.

¿Proteger a los perros y desarmar la ciencia? ¿Por qué? La ciencia no es responsable de nuestras locuras. La ciencia no ha pretendido ser una religión ni una moral. Somos nosotros los que lo hemos pretendido. La ciencia en sí no es buena ni mala. Es un medio, un medio soberano de hacer el bien, si el bien está en nosotros. Refiriéndonos a lo más urgente, a la tuberculosis, al cáncer, ¿se prohibiría la vivisección? ¿Se prohibiría experimentar sobre un conejo vivo a un Jenner, que ensayó en su hijo la vacuna, a un Desgenettes, inoculándose el virus de los bubones de la peste, a tantos investigadores dispuestos al propio sacrificio? El ideal de no herir materialmente a nadie es imposible y es falso. No nos estremecemos, no respiramos sin asesinar en torno. Un pensamiento generoso no se yergue sin hacer víctimas invisibles. Desterremos el egoísmo, y matemos entonces en paz. Matemos con amor. Pasteur mató muchos conejos y muchos perros y rebajó una mortalidad de 16 por 100 a 7 por 100. No faltan quienes discuten aún el tratamiento y se ríen de las estadísticas. Pero si descubrimos algún día un tratamiento mejor, se demostrará por las estadísticas. Diremos igual de la difteria, del tétanos. Lo que la biología debe a la vivisección es incalculable. No se da paso a la luz sin romper el muro. No se comprende el universo sin abrirlo y agujerearlo, y todo conocimiento es una vivisección.

ARTICULOS DE SEÑORA

"La mujer no tiene estilo, asegura Lamartine; por eso lo dice todo tan bien". ¡Bah!, examinen la literatura verdaderamente femenina, la de los manuales devotos y gastronómicos, la de las revistas de modas, y díganme si no se le reconoce a la lengua. Trasuda una pingue *faubourg Saint Germain* barata, mezcla de *coldcream*, salsa mayonesa y emplasto milagroso. Las elegantes no pueden digerir en castellano, ni menos acicalarse y vestirse. Lean la crónica de la última fiesta social. Se reduce a una descripción de trapos. Hay trajes color *bois de rose*, *fraise*, *mauve*, *vieux-or*, etc. ¿Traducir al español? ¡Nunca! Sería arrebatar a las damas sus más nobles sueños. ¿Cómo renunciar a las delicias de las telas *printinées* y *frouillées*, a lo exquisito de pronunciar *broderie* en vez de bordado, *tricorne* en vez de tricornio, y *jais* en vez de azabache? ¿Habría algo tan ideal como llevar una *oiseau du paradis* sobre la cabeza? Un "pájaro del paraíso" equivaldría a una gallina. Es del mejor tono adornarse con plumas *ton-sur-ton*. Los sombreros *tope* me sorprenden. ¿Tope? ¿Hasta el tope? ¿Será también francés? *Tope-là* significa "¡venga esa mano!" Quizá se trata de sombreros cordiales. En cambio, la *peau de soie* me encanta. Piel de seda, una seda que hace el efecto de la misma piel... ¡Eso sí que es feminismo!

¡Ay!, del interés que conceden a sus vestidos deducirán la preocupación de las señoras de ambos continentes por su pellejo, por su vestido incambiable, definitivo y primero que Dios las impuso. ¡Quién tuviera una piel *chic*, a la moda siempre, una piel que no se hinche, que no reluzca, que no estire, que no cuelgue, que no se manche, que no se llene de granos, de irritaciones, de escamas y puntos negros! ¡Una piel que no se marchite, se arrugue y muera! ¡Quién conservara la luminosa piel de la niñez perdida! Recorran los copiosos consultorios de los periódicos del ramo. Las innumerables Mimís, Rosas de China, Totós, Lilianas, Tulipanes

blancos y Violetas de Parma de la correspondencia anónima imploran el agua maravillosa, el ungüento prodigio que las hará aparecer jóvenes. ¡No envejecer, no envejecer! ¡Siquiera un siglo o dos de belleza, siquiera otro año! Y si la belleza auténtica es imposible, ¡oh charlatanes de la medicina!, prometan a las pobres mujeres una mentira piadosa, un simulacro, una sombra; háganlas horribles a dos metros de distancia, pero deseables a cien. Y llueven las recetas, los consejos; pastas, lociones, harinas, grasas, polvos, linimentos, masajes, pulverizaciones, cremas, cataplasmas y duchas. Porque no es sólo la piel; son los dientes que se oscurecen, vacilan y se pudren; son los cabellos que se enseban, se decoloran, se rompen, se bifurcan o sencillamente se van; es el vientre que desborda o las canillas que se secan. Y las víctimas se resignan a todo, a las dietas más repugnantes, a no dormir, a caminar sin descanso, a la tortura misma, inyecciones de parafina, máscaras de yeso, desolladuras, fulguraciones, aparatos de tomillos para estrechar la nariz, "hemisferios" y flagelación para levantar los senos que se ablandan. ¡Todo, hasta el martirio, con tal de robar por un instante la aureola de la vida! Tan profundamente apasionado es el acento de estas hembras desoladas, que estoy por ver en ellas las representantes del único feminismo indiscutible, el de las reivindicaciones no sociales, sino fisiológicas; el de la lucha contra la fealdad y la decrepitud.

A ese feminismo individualista, hábil en defender la seducción personal del sexo, alude Mlle. Lespinasse cuando afirma que las mujeres deciden de todo en Francia. Y la Francia del siglo XVIII no es la excepción. Ni Esther, ni Fluvia, ni Draga fueron francesas. En cuanto a las heroínas del taller y de la universidad, a las fanáticas que se reúnen, como en el Congreso de 1896, para declarar gravemente que la mujer es al hombre lo que el hombre al gorila; en cuanto a las sufragistas inglesas de hoy, que abofetean a los polizontes y echan pez y petardos en las urnas electorales, no sé... ¿Son mujeres, ángeles o arpías? ¿Son formas fecundas o son monstruos? ¿Qué replicar a los escépticos, para quienes una creadora en ciencia, en arte o en política es un caso psiquiátrico, cuerpo de mujer con alma de hombre? Fuera del terreno anatómico. ¿Qué es un hombre, qué es una mujer?

La eterna cuestión: ¿conquistarán las mujeres el poder a costa de su propio sexo? Pero la mujer completa es la madre, y el feminismo supremo no consiste en defender la voluptuosidad sino la prole. ¡Cuidado con semejante política! Napoleón le tenía algún asco: en el motín de Caen (1811) advirtió que las mujeres iban al frente... "¡Háganlas fusilar como a los demás!" Son las fatales, son las que sitiaron el palacio de Versalles después de la toma de la Bastilla; son las que hubo que barrer a tiros en San Petersburgo y en Barcelona; son las que volverán, furias sagradas cuyo gesto cierra cada época histórica y abre las esclusas del futuro.

HALLEY

El cometa de Halley sigue acercándose. Irá destacando su pálida cabellera y su penacho de fosforo. Tal vez aparezca casi apagado, medio exánime. Tal vez, irritado y magnífico, barriendo las estrellas con su enorme cola, como hace cuatrocientos años. Porque estos señores de la noche cambian de brillo y de forma de mes en mes, hasta de día en día; su masa impalpable se agita, se contrae, se disloca, se disuelve; sus gestos abrazan cientos de miles de leguas; su luz se exaspera o se extingue a semejanza de un ojo moribundo; avanzan desmelenados trágicamente a través del negro infinito, y sucumben al fin, después de millares de épocas, deshechos en ese polvo cósmico que de tiempo en tiempo acaricia la atmósfera terrestre con una fugaz lluvia de chispas. Sería imposible reconocerlos si no fuera por su ruta. Los planetas son los clásicos y los cometas, los románticos del sistema solar. La ciencia se inclina hoy a tenerlos todos por hijos del sol. Yo quisiera todavía creer que algunos son mudos y extraños mensajeros de las regiones absolutamente desconocidas del universo, enviados a astros y de nebulosas que jamás llegaremos a adivinar, o de los pozos tenebroso del espacio, que Lockyer

supone ocupados por materia muerta, inmensos cementerios flotantes en el éter. Yo quisiera poder aún pensar en los cometas con una especie de sublime horror.

Pero el hombre, mide lo que le rodea. Newton, por ejemplo, medía de una manera implacable. Comprendió lo que ya Séneca había presentado y trató de establecer la periodicidad de los cometas. Halley midió el galope del suyo con bastante exactitud para predecir, meses más o menos, la fecha del retorno. Murió, como tantos de nosotros, sin contemplar el mundo prometido, que tarda tres cuartos siglos en repetir su visita. Los astrónomos actuales son capaces de calcular el perihelio del cometa de Halley con un error de unas cuantas horas. ¡Qué precisión terrible! Todas las influencias se han pesado, la del colosal Júpiter, la del remoto Urano y del remotísimo Neptuno, y también la del fantástico Saturno, maravilloso enigma del firmamento. Y si el monstruo falta la cita de la razón, si adelanta o retrasa su presencia, signo será de que en las profundidades de su carrera, más allá de Neptuno, el amor de un planeta ignoto ha doblado la cueva de su curso, a distancias inimaginables, en el beso transparente de las órbitas. El cometa de Halley ha sido visto desde el 12 de septiembre, por un telescopio en cuyo fondo miraba una retina más sensible que la nuestra, la retina fotográfica. En 1835, cuando el último paso, no teníamos la fotografía, no teníamos tampoco el análisis espectral, que nos permitirá averiguar de qué gases está compuesto el cometa de Halley. Quizá él se siente herido en sus entrañas, cada vez más hondamente a cada regreso, por el pensamiento de los hombres. No somos aquellos que caían de rodillas, juntando las manos, ante la majestad de los meteoros. Somos otros, somos los herejes, somos los violadores del misterio. Somos los dioses jóvenes; somos los que se ríen de Dios. ¿Cómo respetaríamos un simple cometa? ¿Qué nos importa que haya espantado a las gentes, desde antes de la venida del Cristo, según consta en los anales de los chinos, esos notarios de la humanidad, que todo lo registran sin explicar nada? ¿Qué nos importa que haya anunciado la derrota de Atila, o la conquista de Inglaterra por los normandos? En 1456 anunció las correrías de Mahomet II, y el papa -un papa que se llamaba Calixto- se asustó mucho; de entonces acá se alborotan las campanas católicas a mediodía. No hay inconveniente en que anuncie ahora la destrucción de Marruecos, o la próxima bomba. Cualquier momento es bueno para anunciar calamidades y crímenes. La aurora lo hace cada mañana.

Y acaso el cometa de Halley tenga sobre sí la triste tarea de anunciar igualmente las ignominias de Marte y de Venus. No: el cielo no se ocupa de la tierra; somos nosotros los que nos ocupamos del cielo. Es a los astros a quienes toca asustarse. Cometa soñador, espectro errante de las eternas sombras, ¡tiembla de nosotros! Nuestras matemáticas siguen sin descanso tu desmesurado derrotero, y saben dónde estuviste, dónde estarás, dónde debes estar y por qué no estás donde debes. Abrimos tu seno, contamos las ondas de tu ser, fotografiamos tus convulsiones y especulamos sobre tu muerte. Cuando vuelvas, en 1986, arrastrado por las inflexibles fuerzas siderales, y entres de nuevo en el círculo de nuestra energía, más poderosa que la de Júpiter, ¿qué suerte será la tuya? Prepárate a la probabilidad de perecer desgarrado por nuestras máquinas, y de que hagamos prisionera la gasa celeste de tu cuerpo. Porque somos los microbios invencibles, los insaciables átomos que lo devorarán todo. Nuestra locura es la de conocer, y conocer es poder; hemos prendido fuego a las cosas con la Idea, y la realidad está ya ardiendo.

EL SAFARI

En el vocabulario del alto *sport* moderno, un *safari* (corrupción del árabe, según explicó en una conferencia el naturalista E. Trouessart) es una expedición cinegética al África ecuatorial. Roosevelt, al pretender alborotarnos con su *safari*, no ha hecho más que seguir la moda de los ingleses ricos. Uganda, lago Victoria, fuentes del Nilo, ¡engañadores nombres mágicos!

Tenebroso continente, desiertos, selvas vírgenes, fieras imperiales, tribus antropófagas, huesos calcinados de caravanas perdidas... todo eso se acabó. Horrible es decirlo: hoy se va en ferrocarril al lago Victoria. ¿Qué hace calor? Ventiladores y hielo. Hay reglamento de caza; hay cotos reservados. La licencia cuesta cincuenta libras; les da derecho a matar dos elefantes, dos rinocerontes, dos hipopótamos, dos antílopes grandes, y cierto número de piezas menores. Un suplemento de 16 libras les permite añadir a la lista un elefante adulto. Un segundo suplemento de 5 libras vale por un rinoceronte o por una jirafa. Dos agencias, con oficinas en Londres, les transportan, y les proporcionan las indispensables bestias de carga: treinta o cuarenta negros para cada europeo. Negros dóciles, hasta instruidos. Algunos saben francés y alemán. Apaches y cosas parecidas sólo quedan ya en París.

Anímense. Sin contar los gastos, no excesivos ciertamente, de equipo y de viaje por mar, un *safari* sale a 500 pesos oro por persona y por mes. Ni siquiera es caro. Dentro de pocos años será tarde; habrán desaparecido los restos de las bellas especies salvajes, ahora fusiladas con arreglo a tarifa, como desaparecieron, a manos de nuestros antepasados prehistóricos, el mamut y los felinos *apelaei*. Aprovechen el momento, aunque sean avaros de su piel. Sospecho que los peligros del *safari*, cuente lo que quiera Roosevelt, se han reducido a un lamentable *mínimum*. En el peor de los casos se trata de un ejército, provisto de carabinas perfeccionadas, contra un pobre león extraviado. Se concluyeron los duelos de los Gérard con el "rey de los animales", las noches trágicas en que un Bombonnel sentía crujir su cráneo entre las fauces-tenazas de las panteras. La actualidad es más segura y más ingeniosa. Las víctimas son a la vez sorprendidas por el cañón y por el objetivo. El lanzarse sobre el cebo, encienden automáticamente el relámpago de magnesio y se fotografían a sí propias.

La plaga de la civilización está en marcha, y nada la detendrá. Se desvanecen de los mapas las manchitas negras que designaban regiones desconocidas. Vendemos jabón en el Tíbet, Astorga hace en el Chaco propaganda vegetariana y el Polo ha sido profanado. Bajo el sol tórrido, igual que entre icebergs, resplandecen los anuncios del chocolate Menier. El esquimal y el malayo empiezan a usar corbata y lentes. Por doquier, bajo todas las latitudes, el mismo hotel donde se guisa el mismo *menú* seudofrancés, y se estilan las mismas polleras del *boulevard* y los mismos pantalones británicos. El ferrocarril se enrosca a las nieves eternas, y el paso del automóvil no entretiene ya ni a los cafres. No hay abismos ni cumbres que se vean libres del servicio telegráfico y de parlamentos. Por toda la redondez del Globo, cinematógrafo y esperanto, laboratorios y cuestión social. Por todos lados ciencia y hambre. ¿A dónde huir? ¡Oh Wright, oh Latham, qué bien les comprendo!

Cuando los últimos *safaris* no hayan dejado vivas más que las especies domesticadas, y falten hasta razas inferiores que linchar; cuando el suelo y el aire estén saturados de cultura positiva y mientras abajo se respire a máquina, arriba se circule geoméricamente, cuando en el planeta-ciudad haya fallecido el misterio, ¿qué será de nosotros? Espero que las estrellas -las castas estrellas, como decía Macbeth- estarán bastante lejos siempre para no ser contaminadas por el hombre. Espero también que nunca perecerá la salvadora masa de los desesperados, en cuyo seno se refugiarán las catástrofes desterradas de la naturaleza a fuerza de matemáticas y de química. Espero que estos brutos, un buen día, hartos de una tierra en cuya fatigada superficie no habrá sitio para que coloquemos un trazo más y prosigamos escribiendo nuestra historia, tomarán la esponja y la pasarán vigorosamente por la vieja pizarra. Espero que sacarán de la muerte la virginidad que perdimos. Espero que recobremos algo de la dichosa ignorancia, madre de toda paz, y que, por un espacio breve, se nos devolverá la ilusión de recomenzar la vida.

No hace mucho tiempo que, en el Uruguay, una niña de tres años, resuelta con terrible lucidez a matarse, conseguía desgarrarse las entrañas. Pocos días ha que un honorable empleado de esta capital, después de abrirse de un tajo las carótidas, dejaba cerrada sobre la mesa la navaja de afeitar con que se había degollado. Acabamos de leer entre los telegramas europeos la historia de esa tribu armenia que, harta de miserias, de hambre y de persecuciones, se ha suicidado en masa.

Resulta fácil declarar locos a los que se suprimen. Pero desgraciadamente en muchos casos nuestra ignorancia no encuentra otro síntoma de locura que el mismo sombrío desenlace. No son los enfermos de la carne y los exaltados los únicos que mueren a manos de su propia voluntad. Los prosaicos y los robustos caen también en ese vértigo irremediable que, a veces, absorbe hasta a las más sólidas inteligencias. Un joven vienés lleno de salud y de talento, se envenena a los veintiún años. Sus padres hallaron sobre el cadáver un papel, y en el papel una línea: "Me mato por curiosidad". Desde el lord inglés que se pega un tiro porque en el patio de su casa, construida según los planos de un palacio italiano, no suenan los ecos de la voz igual que en el original, hasta el desgraciado que cede en la sombra a la espantosa seducción y sucumbe sin dar explicaciones porque no sabe escribir, sentimos, a través del hastío mediante el cual se analizan puerilmente tantos suicidios misteriosos, la formidable presencia de una idea. Es la idea quien asesina, la idea obstinada como una venganza y aguda como un puñal.

"No somos nosotros los que tomamos el revólver, sino el revólver el que se apodera de nosotros", ha dicho Paul Bourget, y una angustia más íntima nos penetra al considerar los enemigos fatales que nacen y se desarrollan silenciosamente en nuestra alma hasta estrangularnos un día. Fantasmas sin cuerpo y sin piedad, fúnebre voluptuosidad del abismo. Además de los mil peligros de la existencia cotidiana, y de la asechanza de innumerables gérmenes morbosos, existen funestos gérmenes morales, dotados análogamente de multiplicación y de contagio. El suicidio adquiere en ocasiones carácter de epidemia. Ha habido que derrumbar conventos donde las monjas, a pesar de todos los castigos ultra terrestres imaginables, se iban arrojando desde el tejado, a imitación unas de otras, y un coronel francés mandó quemar hace algunos años una garita donde se suicidaban de noche todos los centinelas del regimiento. Hay un pánico que huye del desastre, y otro pánico que arrastra hacia él.

Mas la impresión profunda y disolvente que nos causa el suicidio ajeno no es debida tanto al poder de la obsesión mortal como a la extraña naturaleza de esa obsesión. No es la muerte lo que nos abrumba sino el deseo y el designio de morir. Que un ser organizado, que una fuerza perezca bajo el peso victorioso de fuerzas superiores, está bien. Eso es la vida. Pero que una fuerza se vuelva contra sí misma, que el animal humano en una contorsión infernal se desgarre con sus propias uñas, he aquí lo que nos hiere en las raíces de nuestra lógica y de nuestros instintos fundamentales. El hecho de que aspiremos a aniquilarnos y, sobre todo, el hecho de que lo podamos realizar, destruye el equilibrio interior del universo y refuta a Dios.

Se suele afirmar que el suicidio es una cobardía. El suicidio puro, el suicidio *egoísta* (no el suicidio heroico o religioso que, lejos de negar la vida, construye y glorifica una vida más potente y más amplia), será siempre para el individuo normal un acto de valor que nuestros abuelos llamarían *satánico*. El suicida, desde un terreno inaccesible, desafía al destino, se burla de la Providencia conocida o desconocida, y en las tinieblas donde se hunde, por su capricho, levanta una acusación que jamás será acallada. Es arrogante ordenar como un lacayo al monstruo negro que todos esperamos temblando, y salir del mundo como de una visita. El prestigio estético del suicida no se discute. Musset dibujó con eficaz poesía al orgulloso *Rolla* en uno de los poemas más hermosos del siglo XIX, y el *Werther* de Goethe ha puesto al alcance de muchos amantes las pistolas enviadas por Carlota.

Contrario a todo elemento activo, el suicidio es odiado y perseguido por la razón y por la fe. Mientras haya un hombre que se mate, la humanidad está amenazada. Cada suicidio es un remordimiento para todos, una desconfianza del futuro, una inquietud pertinaz de que hay que curarse a toda costa. Cuando en Esparta empezaban a suicidarse las vírgenes, un sabio legislador dispuso que los cadáveres desnudos fueran públicamente expuestos, y así cortó radicalmente el mal. El pudor dio hijos a la patria. Pero ¿qué remedio encontrar al suicidio moderno, que es ya casi un hábito social y recuerda el frenesí funerario de la decadencia romana? En los corazones *principio de siglo* no quedan las virtudes de una pieza, sillares de las costumbres, y el infinito firmamento está vacío de promesas y de dioses. El suicidio de ahora, múltiple y fugitivo como la democracia misma, parece una de esas vegetaciones malignas que revelan en los cuerpos degenerados la próxima corrupción de los tejidos.

A esta época le falta serenidad. Vacilamos bajo la masa cada minuto más enorme de la ciencia positiva. Los fenómenos físicos, que por fin han entrado en nuestros ojos y se han instalado en nuestro pensamiento, aúllan en torno de nosotros y nos enloquecen. Queremos ajustar nuestra conducta a la fría y brutal realidad objetiva, y violamos la antigua y armónica dignidad de nuestras personas. Por nuestra mente dislocada cruzan espectros delirantes, y no reflexionamos como hombres, sino que corremos como máquinas. Somos ya incapaces de contemplar la vida con el amor inteligente y tranquilo de los que hicieron del Mediterráneo la cuna de las razas elegantes y la fuente de toda belleza; somos incapaces aún de contemplar la muerte con placidez, y de sacar de ella nuevos argumentos para vivir y nuevas imágenes para ennoblecernos.

Nuestras relaciones con la muerte se reducen a una higiene pedante, meticulosa y mezquina, inspirada por el miedo práctico que nos distingue de las generaciones pasadas, y a una demencia pasajera, engendradora de suicidios vulgares. La muerte, a semejanza de las demás augustas leyes naturales, merece ser tratada con más elevación, y, ¿por qué no decirlo?, con más *religiosidad*. Paulina, mujer de Séneca, quiso morir como él, pero de orden de Nerón le cerraron a tiempo las venas. Conservó siempre una palidez mortal. Que un poco de esa sagrada palidez purifique nuestras frentes, demasiado inclinadas a la fútil conquista de la política y del dinero.

REVOLUCIONES

Es en la América Latina excesivamente raro todavía que los partidos caigan del poder en el parlamento o en las elecciones. Para ese comercio democrático los gobiernos disponen del tesoro, y por lo común consideran deber sagrado agotar los dineros del país antes que renunciar a seguir haciéndolo dichoso. La revolución ha surgido como un procedimiento normal, que favorecieron el carácter, la topografía y la industria. Con el criollismo ecuestre y trashumante, lo primitivo de las comunicaciones y la hacienda que se encontraba en el camino y que permitía renovar los montados y preparar el churrasco diariamente, fue fácil hacer política opositora. Una revolución resulta más barata que una campana electoral. El único gasto imprescindible es el armamento. Los demás son pagaderos después de salvar a la patria. Se comprende que haya habido gentes ocupadas sin descanso en salvar a la patria por este sistema; así Bentos Xavier, que durante muchos años llevó "revoluciones" a Mato Grosso con regularidad implacable. Algunos pesimistas hablan de bandolerismo, lo que me parece injusto. La diferencia entre una correría de bandoleros y una correría de patriotas es cuestión de éxito, y hasta hace poco las revoluciones solían tener buen éxito. A veces bastaba un conato subversivo, con suerte en los primeros choques; los combatientes descubrían de pronto que eran hermanos, lloraban, se abrazaban y se repartían los puestos públicos, *quod erat demonstrandum*. Una revolución, en fin, si acaso no lo es ya, era negocio, y para fletarlo se

conseguían capitales extranjeros. Naciones fuertes, ricas, hábiles en la intriga internacional, y cuya evolución adelantada les había impuesto un régimen interior relativamente estable, colocaban sus fondos en la empresa de alborotar la casa del vecino más débil. Enviaban ministros a beber el *cliquot* cordial de los banquetes diplomáticos, y al mismo tiempo vendía fusiles a los conspiradores. Exportaban su política sobrante...

De esa política se me figura que está ausente el pueblo, entidad que tanto abunda en las actas de las sesiones, en los editoriales, en los discursos de mitin. Se le hace decir al pueblo lo que se quiere porque se sabe que no existe, a lo menos como masa compacta, activa, susceptible de empujes formidables y ciegos. Me explico que Rosas, después de una larga tiranía, se haya embarcado tranquilamente, y que el doctor Francia, maravilloso basilisco, haya muerto de viejo; no tenían que temer el puñal de la venganza anónima. Detrás del regicida o de la Corday palpita siempre un pueblo desesperado, el de las verdaderas revoluciones, que en América falta por la baja densidad de población, y sobre todo -gracias a los dioses- por lo soportable de la vida. En Europa es distinto. En Europa hay 8 ó 10 revoluciones latentes. Francia incuba el monstruo en las minas y en los talleres, España en los barrios bajos de Barcelona, Italia en los de Milán y Turín y en las campiñas del sur, Rusia en todo el territorio; Inglaterra tiene también su revolución, pero en la India. Es difícil imaginar la crueldad con que los gobiernos intentan reprimir lo inevitable. Cuando las matanzas de Polonia en mayo de 1908, las autoridades, una vez proclamado el estado de sitio, publicaron el siguiente aviso: "Se nos pregunta si es permitido salir pasadas las nueve de la noche. Informamos a los habitantes que no hay ninguna prohibición al respecto". Y una señora escribe: "Después de cenar me asomé con los niños a la ventana. A eso de las nueve y media, cuando la calle estaba casi desierta, vimos salir a una mujer de una casa próxima y dirigirse con prisa hacia la calle Pavia. Supimos más tarde que era la mujer de un obrero, y que iba a buscar un médico para su hijo que se había enfermado de repente. Aparece un soldado, se echa el fusil a la cara, y la deja muerta a sus pies... Los niños gritan. El soldado levanta la cabeza y, amenazador, se pone a apuntar a la ventana. Cierro y me llevo a los niños... Hacia las cuatro, me acerco a la ventana. La calle está desierta. Se oye el paso cadenciado de los agentes. De repente, un hombre sale de nuestra casa. A la luz de un farol distingo sus facciones. Es M. Laudan. Sus amigos no querían dejarlo partir, pero él se empeñó en volver a su casa, donde le esperaba su familia, llena de angustia. Apenas da unos pasos y un soldado surge, lo agarra y lo golpea. Veo al militar registrar los bolsillos de M. Laudan y golpearle aún. Después un bayonetazo en la cabeza. M. Laudan, ensangrentado, cae. El soldado se aleja con su paso tranquilo. Al cabo de algún tiempo, veo a M. Laudan arrastrarse en cuatro patas hacia Pavia y desaparecer a la vuelta de la calle..."

En las cárceles de Rusia, los centinelas tienen orden de fusilar a los presos por las ventanillas de los calabozos. Recientemente, en Riga, asesinaron así a Emma Doster, a Emma Podzine y a Eduardo Pela, prisioneros políticos. Pela estaba peinándose: sonó un tiro y una bala le atravesó el cráneo. Emma Podzine fue herida en el vientre. Predkalne, el 15 de noviembre último, interpeló al gabinete Stolypine sobre estos hechos. La Duma encarpetó el asunto.

Esperamos que en la América Latina se hagan imposibles hasta las pseudo-revoluciones. El ambiente se transforma; el ejército, mejor pagado, es más útil: se trabaja y se lucra fuera de los ministerios y de los comités; la riqueza aumenta; el cuerpo nacional, más pesado y más sólido, no se convulsiona en un dos por tres; los telégrafos y los ferrocarriles son órganos de paz, y los progresos de la moral cosmopolita se oponen a ciertos complots internacionales. Hemos tenido el gusto de ver fracasar unas cuantas "revoluciones" seguidas (Argentina, Paraguay, Uruguay) y sin duda fracasará la que se nos promete como el número más interesante de los festejos del centenario.

Es el suyo un pontificado movido. En poco tiempo hemos presenciado la campaña antimodernista -bastante justificada puesto que ante lo Eterno nada hay moderno, ni para Dios puede haber novedades-; la agarrada con Roosevelt, que a causa de ocurrírsele rechazar la audiencia condicional del Papa se ve ahora tratado por los católicos de Estados Unidos con una frialdad de mal agüero para las próximas elecciones; el alboroto que produjeron entre los protestantes alemanes los desahogos sobre la reforma; las armagas consecuencias de la ruptura con el estado francés; el cuerpo a cuerpo con Canalejas; la revolución de Portugal... Y el último golpe es el que más duele; sin esperar el dictamen del Santo Oficio, Pío X ha revocado en sus funciones a monseñor Netto, patriarca de Lisboa, que se había adherido con excesiva celeridad al gobierno de Teófilo Braga, profesor y hereje.

En Francia el número de los niños que practican el culto romano disminuye sin cesar. El Papa, en una reciente encíclica, ha intentado volverlos al redil imponiéndoles la primera comunión a los siete años, en vez de los doce, resucitando así los métodos tradicionales de los antiguos concilios. La edad de la escuela laica y del taller socialista se va haciendo impermeable a ciertas ceremonias litúrgicas. Sólo dentro del hermético recinto de los seminarios se conservan hasta más allá de la adolescencia ejemplares humanos sensibles a los reactivos del altar. A los siete años comulgarán doble número de niños que a los doce -admitámoslo-; pero, ¿dejará huella en sus almas el sacramento? ¿Se sentirán ligados, comprometidos por él? Monseñor Chapon, obispo de Niza, lo duda; en cartas confidenciales, que han visto la luz merced a la indiscreción de un prelado, se lamenta del frívolo prosaísmo con que se administrará la Eucaristía a seres casi inconscientes. El escándalo de esta irreverencia ha sido grande, y el retiro de monseñor Chapon -a quien no salva la honestidad de su apellido-, es cuestión de semanas.

Por otra parte, una porción de sacerdotes, filólogos, entre los cuales se destaca el abate Loisy, estudian las sagradas escrituras con el rigor crítico de la ciencia contemporánea. Ninguno de ellos se acuerda de que la Biblia, según el Syllabus, es una taquigrafía tomada al Todopoderoso. Monseñor Duchese -elegido miembro de la Academia Francesa- se ha hecho culpable de una exégesis demasiado sensata y un jesuita le acusa ante el tribunal de la Inquisición. La disciplina del conocimiento y las fuerzas sociales se organizan, en toda su enorme plenitud, a espaldas del Vaticano. Mientras la Iglesia subsiste invariable, el mundo crece; el catolicismo es una lámpara que nos hemos olvidado de apagar al amanecer. Apenas perceptible, sigue ardiendo en medio del día, ella, que nos ha protegido en medio de la noche. El mundo no es ya una prolongación del templo. Lo grave es que no se opone al templo, sino que lo ignora; no dice cosas contrarias, sino que emplea un lenguaje diferente. La conciliación es absurda, fuera de lo inefable. Con buena voluntad, fabricaríamos un Dios seudo-científico, legislador de los átomos, pero no sería el de Pío X. El cólera no diezma hoy a los beduinos por ser musulmanes, a los mujiks por ser cismáticos, ni a los napolitanos por ser apostólicos, sino por ser ignorantes y puercos. El nuevo Dios no castiga tanto la falta de fe como la falta de higiene.

Se trata de defender al Dios viejo. La religión católica y todas las religiones se apoyan en un fondo real: el sentimiento de lo infinitamente misterioso. Este fondo es común a la ciencia, y los sabios de verdad son los que descubren, no más certidumbres, sino más misterio. El mejor fruto de la sabiduría es saber medir la profundidad de lo que no se sabe. Hay supersticiones de la ciencia como de la religión, y el librepensador de café, hermano gemelo del santo de sacristía, está convencido -¡infeliz!- de que el telégrafo Marconi y los aeroplanos ponen en el mayor ridículo a San Pablo, a San Francisco de Asís y Santa Teresa de Jesús. Por eso, para el vulgo, que no puede más que pasar de una superstición a otra, el divorcio con el catolicismo es fatal. ¿Se retardaría tomando al misterio primitivo, al silencio ardiente de las primeras comunidades, hasta que se fuera obteniendo un idioma religioso que se adaptara a nuestra época? Pío X,

lejos de continuar la política flexible de León XIII, se obstina en subrayar los dogmas menos dignos de excusa. Niega la sepultura cristiana a quien no haya confesado y comulgado, y lo curioso es que, dentro del dogma, se ingenia en asegurar los recursos pecuniarios de la Iglesia, permitiendo, por ejemplo, la cremación de los cadáveres, y favoreciendo a la compañía de Jesús, hábil banquera, la cual, después de la constitución *Sacrorum antitistum*, que prohibía diarios y revistas en seminarios y conventos, es obsequiada con el monopolio de esa misma prensa, gracias a un escrito pontifical. Está bien... pero, ¿por qué no dejar dormir -y morir- los dogmas anacrónicos, de los que nadie se ocupa, ni siquiera para refutarlos? ¿Acaso la Iglesia no se ha transformado, añadiéndolos, hasta en el siglo XIX, como el de la Inmaculada Concepción (1854) y el de la Inefabilidad (1870)? Que se transforme abandonando los más intolerables...

Pío X no lo entiende así. ¡Tipo dramático el de este Papa, remachando con furia los clavos que fijan el catolicismo a las edades muertas! Algunos cardenales obedecen de mala gana. Uno de ellos decía:

– Nuestro Santo padre peca sobre todo de una leve ceguera que le impide ver y juzgar con tino las tendencias de nuestro tiempo. ¡Ah! Quiera Dios abrirle los ojos... o cerrárselos -añadió dulcemente.

JUVENTUD DEL PESIMISMO

En la literatura universal, las fórmulas de optimismo, de esperanza, envejecen pronto. Se nota que por lo común están vinculadas a sistemas religiosos, a circunstancias históricas, a modas intelectuales, a series, en fin, de aspectos efímeros. Pero las expresiones de negación, de ironía, de pesimismo, conservan una maravillosa frescura. Se diría que se mantienen por sí solas, aisladas de lo contingente, como apoyadas en secreto por una realidad inmutable. No abrimos la Biblia sin dar un vistazo a los versículos del Eclesiastés o de los Proverbios, porque Salomón es un crítico -el único de la antigüedad hebrea-. Oigan esto:

"El pobre es odioso aún a su amigo. -Quien alza su portada, busca su ruina-. Volvemos a nuestra fatuidad como el perro a su vómito. -No seas demasiado sabio (¿ven la sonrisa de Anatole France?)... quien añade ciencia, añade dolor-. Aborrecí la vida (Espronceda)...; el hijo del hombre y el animal tienen la misma historia (Darwin)...; tienen la misma respiración. -Alégrate mientras vives en la luz, pues los días de tinieblas serán numerosos-. Alabo a los muertos más que los vivos, y más que a todos ellos al que todavía no fue".

Es, casi literalmente, lo que han dicho los griegos (Teognis, Sófocles): "lo mejor es no nacer, y una vez nacido, volver lo antes posible al lugar de donde se nos trajo".

Hace poco, se leía en algunas revistas inglesas estrofas por el estilo de las siguientes:

"¡Ay, amor mío!, llena la copa que libra al Hoy de las pasadas añoranzas y de los temores futuros... ¿Mañana?... tal vez mañana perteneceré yo mismo a los siete mil años del Ayer.
"Algunas veces pienso que nunca florece tan roja la rosa como donde sangra algún César enterrado (no, no es Shakespeare); que cada Jacinto que adorna el jardín ha salido en su regazo de alguna cabeza en otro tiempo amable. Y esta deliciosa yerba, sobre la cual yacemos, cuyo verde tierno flanquea la orilla del río... ¡Ah! apoyémonos en ella suavemente, porque ¡quién sabe de qué labio invisible y en otro tiempo amable brota!

"¡Oh! ven con el viejo Khayyam, y deja hablar a los sabios; una cosa es cierta, que la vida huye; una cosa es cierta, que el sueño es mentira. La flor que ha florecido una vez, muere para siempre.

"Yo mismo, de joven, frecuenté con ardor a doctores y a santos, escuché grandes argumentos sobre esto y aquello; pero siempre salí por la puerta por donde había entrado.

"Vine a este universo sin saber por qué ni de dónde, como el agua que corre a pesar suyo; y me voy, fuera de él, como el viento a lo largo del desierto -no sé a dónde-, soplando a su pesar.

"¿Qué?... Sin consultarme, lanzado aquí... ¿de dónde?... Y sin consultarme, arrojado de aquí... ¿a dónde? Ahoguemos en otra copa y en otra copa la memoria de esta insolencia.

"Mientras florece la rosa a orillas del río, bebe el rubí de la vendimia con el viejo Khayyam, y cuando el Ángel se acerque, a ti, ofreciéndose tu más tenebrosa bebida, tómala y no tiembles.

"El dedo se mueve y escribe: y habiendo escrito se va; ni toda tu piedad, ni todo tu entendimiento le moverán a cambiar media línea; ni todas tus lágrimas bastarán a borrar una palabra.

"Y ese cuento invertido que llamamos cielo, bajo el cual, arrastrándonos, vivimos y morimos; no levantes tus manos hacia él, pidiendo ayuda, porque, impotente, rueda como tú y yo..."

¿Versos inéditos de Leopardi, de Vigny?, interrogaran. No: versos de in tal Omar Khayyam, que vivía en Khorasan, allá por el siglo XI.

Otra forma del pesimismo es la desconfianza y el desprecio de la mujer. El pesimista, trátase que de la muerte o del amor, siente con penosísima vivacidad que no es sino un instrumento en manos de alguien o de algo que no se digna dar explicaciones. La teoría que hace del enamorado un juguete del genio de la especie (¿de la especie?; también las especies se extinguen) surgió, como era de prever, en el cerebro de un pesimista: Schopenhauer. El escéptico amoroso sufre doblemente, en su razón humillada y en su carne que se niega a razonar... Oigan:

"Las palmeras que ondulan en la tempestad están envidiosas de su esbeltez, y las estrellas están celosas de las dos estrellas que se encienden en el fondo del pozo cuando ella se inclina para sacar agua. Su tez tiene el color del huevo de avestruz. Sus dientes son pétalos de jazmín alineados. Su lengua es un pájaro en una jaula perfumada. Sus brazos han conservado el reflejo de la primera aurora del mundo. Sus uñas son capullos de rosa, y las rosas de sus senos hacen palidecer la púrpura del hidjab.

"Para crear a mí bien amada Dios agotó todos sus tesoros, y cuando pensó en hacer su corazón no le quedaba más que un hueso de dáttil.

"Cuando me entierren, rueguen a Leila que les entregue ese hueso de dáttil, y siémbrenlo no lejos de mi tumba: nacerá de él una palmera que me recordará la esbeltez de mi bien amada. Pero si soy yo quien entierre a Leila, haré crecer un áloe no lejos de su tumba, para que las espadas de esta planta le recuerden lo que me ha hecho sufrir".

¡Ah! exclamaran: ¡Esto es Heine puro! No; es de un tal Ebn Tahar, que vivía en España, allá por el siglo X, y cuyos *Kacidas* se acaban de encontrar en Tombuctú...

Las amargas aguas del mar no pueden corromperse. La poesía más amarga es la que más dura.

AJEDREZ

El torneo de Buenos Aires, en que ha salido triunfador el señor Mom, y el match de éste con el señor Villegas, han dado actualidad al ajedrez entre nosotros. Mom, Villegas y Lynch alternan en el campeonato argentino; no son maestros, sin duda, y cualquier profesional europeo podría "cederles un caballo", pero la afición cunde, las distancias se estrecharán. ¿Por qué no habrían los latinoamericanos de distinguirse en el admirable juego? No es cuestión de raza. Inventado por los hindúes hace miles de años, fue brillantemente practicado por árabes, persas, moros, italianos, castellanos, franceses, ingleses, turcos, alemanes y esclavos. Si exigiera sólo dotes de minucioso y frío calculista, ¿cómo explicaríamos que España, estéril en matemáticos, haya producido a Ruy López, y que un cubano, Raúl Capablanca, acabe de vencer al famoso Marshall, campeón de Norte América? Los ingleses, lamentables músicos, tienen soberbios jugadores; Philidor, rey del ajedrez en su tiempo, era músico, y el poeta ingenuo Musset, bien aficionado, mientras Dechappelles, que daba "peón y salida" a todos sus rivales, prefería el *whist*. En cuanto a los que en el ajedrez ven la imagen de la guerra, recordémosles que el pacífico Rousseau jugaba mejor que Bonaparte. Se trata de una aptitud especial, compatible con los temperamentos más diversos y hasta con inteligencia mediocres. Los derrotados no deben sentirse heridos en su amor propio de personas *ilustradas*. Se puede tener mucho talento y perder siempre al ajedrez.

Los juegos físicos proceden por aproximación. Quiero decir que, aunque alteren *un poco* las jugadas, siguen siendo jugadas y hasta conducen por lo común a un resultado igual. El jugador de fútbol no mide los gramos de sus *kick*, ni el de billar los centígrados de su tacazo, lo que de no serles imposible les sería casi inútil. En cambio, el ajedrez es exacto. Sus jugadas son únicas, indeformables, y las que aparentan similitud suelen producir efectos divergentes. El ajedrez se libra de todo azar y de toda incertidumbre técnica. Constituye una combinatoria rigurosa. Las combinaciones del deporte son infinitas porque son vagas. Las del ajedrez son limitadas porque son absolutamente precisas, y gracias a ello susceptibles de reproducción y de análisis completo. En teoría, los que hacen del ajedrez un ejercicio de cálculo puro no se engañan. Dentro de unos cuantos billones de siglos será ocioso continuar jugando, puesto que se habrá agotado el número de partidas posibles y nos encontraremos obligados a repetir las viejas. Es más; el ajedrez, que no es una ciencia, puesto que no es una filosofía, es, sin embargo, un encadenamiento lógico; si no contiene teoremas, contiene problemas. Resolvamos entonces la partida perfecta, sepamos en cuántas jugadas, con la ventaja de la salida, se llega necesariamente al mate, y construyamos una máquina que las copie. Fabricaremos, no un muñeco fingido como el que paseó el barón de Kempelen, hacia 1770, sino un verdadero autómatas que se encargará de batir a todos los jugadores de ajedrez hasta el día del juicio final... Pues bien, eso es irrealizable. Sólo las dos primeras jugadas suministran cuatrocientos sistemas diferentes, y en seguida se alcanza el millón. Simples problemas en tres o cuatro golpes se resisten a los esfuerzos de los ajedrecistas avanzados: ¿qué será el problema de la partida ideal, que quizá abraza mil o dos mil jugadas? Conocer el conjunto de las combinaciones del ajedrez es empresa que excede enormemente al entendimiento humano. Desde que el juego se inventó, apenas hemos desflorado ese mundo maravilloso. No obstante, se comprende la importancia de retener y manejar la mayor cantidad de ellas, y se explica que los jugadores célebres sean notables por su memoria. Philidor dirigía tres partidas a la vez sin mirar los tableros. Morphy, ocho, Pillsbury, quince. Según los psicólogos, no es memoria verbal ni numérica, sino visual, la que bastante inesperadamente asimila los ajedrecistas a los pintores. Claro está, desde luego, que por prodigiosas que sea la memoria deja inmenso campo a las condiciones morales, paciencia, astucia, audacia, y a lo intelectual inconsciente, presentimos, inspiración, genio.

El ajedrez es un exquisito equilibrio entre el razonar inflexible y la iniciativa personal. Los demás juegos están desequilibrados. El de damas, y que me perdone Edgar Poe, es pobrísimo. El ajedrez es a un tiempo lírico y dialéctico. Hay problemas tan profundamente elegantes como un tema de Bach. Hay partidas -la "Inmortal" de Andersson- tan soberanas como un soneto de Heredia. Acaso jueguen algunos por vanidad, por prurito agresivo; yo creo que cuando se ha logrado cierto dominio del tablero no se juega sino por admiración hacia las bellezas inagotables del ajedrez. La palabra *juego* es muy chica para una cosa tan grande. Me felicitaría de que los uruguayos, a ejemplo de los argentinos, empezaran a cultivar un arte cuyo noble ingenio les ha de seducir. Descansarían así de los deportes a la moda, demasiado materiales, de los toros, del fútbol, de los caballos y... del amor.

BUDA

Permítanme escribir Buddha...

Yo sentía un grave respeto hacia Buddha, el Cristo-Esfinge de ojos oblicuos y cara redonda, el dios filósofo encaramado sobre una cordillera de razas y de siglos. Le respetaba porque los dioses ajenos suelen merecer más crédito que los propios, a quienes conocemos demasiado bien. El mecanismo de ciertos trusts católicos, como el de San Antonio de Padua o el del Sagrado Corazón, abusa de nuestra credulidad; el Papa funciona excesivamente cerca y a la vista y comprendemos lo difícil que debe de serle a un sacerdote conservarse cristiano. En cambio la India, China, los enormes y sagrados libros en idiomas ilegibles, nos garantizaban un misterio suficiente a los que no somos filólogos ni *globe-trotters*. Además, Buddha era una divinidad conciliadora, que no se enojaba nunca; hay budhistas ateos, muy religiosos y muy razonables. Y luego Buddha se atrevía a existir, se reencarnaba con frecuencia, no tenía reparo en visitar la tierra donde había nacido. Era más humano, más amigo nuestro que esos dioses de poco ánimo, que parecen rehuir responsabilidades, y que después de su primera excursión por aquí no han vuelto más.

Verdad que la reencarnación de Buddha se encastillaba en el corazón del Thibet (¿me dejan ponerle una "h" a Tibet, no?), en Lasa, en el palacio inmenso del Potala, y no hubo, durante cientos y cientos de años, quien asentara su extranjero pie en aquel glacial Sinaí, erizado de fortalezas-conventos, hasta que Inglaterra mandó allá al coronel Younghusband en 1904. ¿Habría alto tan iconoclasta como un coronel inglés? Younghusband no arrasó las montañas santas: no tuvo tiempo; pero entró en Lasa, y arrasó la mitad de mis ilusiones. El Gran Lama, el Dalaí Lama, el Sumo Pontífice, Buddha en fin, huyó a China. Y ahora me despido de la otra mitad; molesto por los chinos, Buddha, "mi" Buddha, ha tomado las de Villadiego y se ha refugiado en la India Inglesa.

Hemos sabido detalles lamentables. Por ejemplo, que había en Lasa dos reencarnaciones de Buddha, el Dalai Lama, y el Ta-shi Lama; ésta, según dicen, "de orden inferior". Los teósofos se han tirado de los pelos, pues con arreglo a sus teorías dos reencarnaciones simultáneas de un mismo ser son cosa imposible. Yo no me apuro por eso; lo que me desanima es que los dos Buddhas se hacían una guerra del diablo, gracias a las intrigas de Pekín. El Dalai Lama actual ha alcanzado la edad de 35 años; se asegura que es una excepción entre los Sumos Pontífices, que por lo común desaparecen a los 18. A los 18 años, en efecto el Gran Lama es investido de los poderes espirituales y temporales que durante su menor edad ejercen los Lamas o Ministros. Se prefiere entonces que el Buddha fallezca, y su espíritu se reencarne en cualquier bebé del país, descubierto por revelación milagrosa... El postrer Buddha, más ingenioso que sus predecesores, malquistó entre sí a los Lamas, y consiguió arrebatárles el mando.

Apenas llegó, en su fuga sacrílega, a Darjiling, este dios asustado pasó bajo los reporteros y las Kodaks. Se comprobó que tiene el rostro picado de viruelas. ¡*Sic transeunt dei!*... Se trataba de un turista extraordinariamente rico, y durmió en el último piso: no se tolera que ningún mortal duerma en el último más elevado que el gran Lama. Pero el hombre, de Lasa a Darjiling, había descendido ya muchos miles de metros...

Así, en un cuarto de hotel, a principios de 1910, ha muerto Buddha. Mientras tanto, nos hacen falta dioses. En Alemania se ha propuesto la candidatura de Nietzsche. Batault, un exegeta de Zaratustra (yo quisiera escribir Sarathustra...), la presenta en París. Nietzsche era un profeta, quizá el profeta que necesitamos. Él estaba convencido de ello. En el *Ecce Homo* que acaba de publicarse, dice: "no he escrito más que cosas de primer orden, cosas que nadie podría imitar o enseñarme con la responsabilidad de los miles de años que han de venir... A la edad de siete años, sabía ya que ninguna palabra humana podría jamás alcanzarme... Comprender seis fases de *Zarathustra*, es decir, haberlas vivido, eso bastaría para elevarlos entre los mortales a un grado superior al que los hombres podrían alcanzar...". Y circula una curiosa leyenda: que Nietzsche no se volvió loco, sino que hizo correr el cuento para "retirarse a la soledad y a ver sus ideas queridas fructificar y conquistar el mundo". Esto nos consuela de haber perdido a Buddha. No nos aflijamos. Poseemos lo indispensable para fabricar dioses nuevos: cierta fecunda imbecilidad que es la base más sólida de nuestra dicha.

EN EL LOUVRE

¡Caigan sobre mí las iras de Apolo! Reniego del éxtasis en que hace diez años me postraba ante la Venus de Milo. Hoy vuelvo a ella, instruido por la vida; el dolor me ha dado fuerzas para desenmascarar al mármol. He aquí la gran engañadora, igual que siempre, con su belleza eterna, inmóvil, implacable; he aquí el ídolo glacial y satisfecho, con su cabecita redonda y bien peinada, sus ojos ciegos, su leve sonrisa desdeñosa, su torso vasto y tranquilo, capaz de sostener sin un estremecimiento las caricias de Hércules. Aquí estás, Venus Urania, convencida de que lo sabes todo, de que te ciernes por encima de la piedad y de la duda, lejos del mal, lejos del hombre. Crees reinar en tu país y entre los de tu raza, pero han muerto ellos y sus dioses. Y tú has muerto también. Eres una magnífica momia, una máscara brillante y dura, un molde hueco que rueda por las clases de dibujo. Dime, patrón de rectificar cuerpos de mujer, ¿qué hiciste de tu alma? Los académicos adoran tu forma, y está vacía. Tu rostro miente; la mentira baja de él a lo largo de ti, falsificando hasta las raíces de tu pedestal, y debemos felicitarnos de ignorar tus brazos decorativos y tus manos inútiles. Mientes. Pretendes expresar la plenitud de la dicha, la paz absoluta, la sabiduría perfecta, y no hay paz, no hay verdad, no hay dicha; toda perfección es un cadáver. No hay paz en los corazones humanos, ni en las miradas de las bestias, ni entre los pétalos de las flores, ni en las entrañas de la roca. No hay paz en las regiones de lo infinitamente pequeño, donde los átomos chocan, o se hacen prisioneros unos a otros, o se disuelven en el espacio como una bruma fatigada. No hay paz -¡Oh, Urania!- en las regiones de lo infinitamente grande, donde arden los soles y las lunas se hielan, donde el éter palpita y fluyen estelas de gérmenes que buscan al azar la matriz de los astros. No hay paz en las regiones sin nombre, donde la muerte medita y trabaja en silencio. No hay paz, no hay paz. No hay más que inquietud.

Por eso guardo mi fidelidad para la divina imagen de la inquietud, para esa Victoria de Samotracia que en lo alto de la escalera central del Louvre yergue la noble agitación de su figura. Al subir hacia ella, los peldaños se convierten bajo mis pies en gradas de un templo. Sobre una proa medio deshecha, la Victoria alza su tronco retorcido por el esfuerzo, y abre sus anchas alas que parecen temblar. El conjunto es una cruz que me recuerda *la otra*. Las mutilaciones de esta obra sublime tienen no sé qué de trágicamente simbólico. La heroica testa

y los brazos laboriosos se han perdido. De la nave no quedó más que la proa; arriba no quedaron más que las alas y la estatua decapitada avanza en el vacío. Sentimos que se ha desprendido de su tierra y de su tiempo; que los cien fragmentos de su ser, magnetizados por la impaciencia, apenas reunidos bajo los dedos de los arqueólogos se han puesto a caminar. Las alas han batido de nuevo, y merced a ellas la victoria ha corrido sobre las aguas de los siglos, y nos ha alcanzado. Toquen sus sagradas rodillas; no es el frío de la piedra; es el frío de la noche. El viento aplastó el ropaje contra la carne que se estremece, mojada por el mar. El seno respira aún. Las alas luchan aún con las ondas invisibles. Una inmensa compasión se apodera de mí. "Hermana, no te deseo el pensamiento, estéril geometría de la senda que no pisaremos ya nunca. El destino te ha dejado las alas; te ha dejado completa y, siendo el más puro de los gestos, lo eres todo. Pero tus músculos sufren. Reposas un momento. Detente un día, y mañana reanudarás tu viaje".

"Estoy suspendida sobre el abismo, y detenerme es caer. No hay reposo para nosotros, hermano mío. No confíes en las nubes azules con que la aurora viste el horizonte. Nuestro Océano no tiene riberas".

ROOSEVELT Y EL SOCIALISMO

Roosevelt está muy enojado con los socialistas. Dice en la revista *The Outlook* que el amor libre, el maltusianismo, la crianza de los hijos por el Estado y otras ocurrencias son de un carácter profundamente repulsivo y acabarán con la raza en dos o tres generaciones. Exagera. No comprendo cómo se ha de imponer a los hombres nada que les sea repulsivo. Sólo sobrevivirá lo que amen, lo que les dé la ilusión de la felicidad. ¿Por qué duró tan poco la Diosa Razón? Porque los dioses razonables nos parecen aborrecibles. Si los ciudadanos del futuro piensan y sienten como Roosevelt, no hay motivo de alarma, y si prefieren nuevas costumbres, por ser ellos mismos seres nuevos, no hay recursos contra el destino. Así opinaba el fariseo Gamaliel cuando los apóstoles, después de la muerte de Jesús, difundieron la doctrina del mártir, perturbando a los judíos prácticos. El sumo sacerdote proyectaba lapidar a Pedro y a sus compañeros -un grupo de anarquistas-; los odios entonces no eran teóricos solamente, como los de un Roosevelt. Gamaliel se opuso; recordó que habían surgido, antes de Jesús, muchos profetas, Theudas, por ejemplo, y Judas el galileo, "diciendo que eran alguien", y habían fracasado desvaneciéndose en la indiferencia y en el olvido. "Dejen a éstos ahora en paz, añadió; si su obra es de ellos, se disipará, mas si es de Dios, no la podrán deshacer". Traduzcamos el pasaje a nuestro idioma positivo: si la obra de los socialistas y de los anarquistas es de ellos, si encierra elementos que nos repugnan, por sí se aniquilará, pero si es adivinación de nuestro genio, visión del porvenir, inútil será pretender detenerla. Además, por muy convencidos que estemos de los males de nuestra fecundidad, no la suspenderemos, ni disminuirémos siquiera el conjunto de su empuje. No está en el poder de la especie suprimirse a sí misma. El suicidio requiere una organización perfecta, inaccesible a la sociedad; ni es privilegio de la masa, sino del individuo.

La familia en su aspecto actual, agrada a Roosevelt. Me lo explico. El matrimonio se adapta bien al régimen capitalista, entre los que algo poseen como el ex presidente de la gran república, mas quizá no ofrezca tal encanto en las regiones de la miseria. Quizá no sea repulsivo que la comunidad tome un día sobre sí la tarea de salvar a millares de niños degenerados que mueren en los brazos impotentes de sus madres. Quizá también, según las circunstancias, no sea dañosa una economía genésica que reduzca con el número de nacimientos la mortalidad infantil, y aumente al fin de cuentas la población de adultos inteligentes y sanos. Si progresamos, tendremos, al lado de la familia clásica, otras formas de relación sexual, igualmente respetadas. El progreso no es la uniformidad, sino la diversidad útil,

la habilitación de un espacio mayor para la creciente multitud de posibilidades fecundas. En ese espacio, que es la libertad, lo heterogéneo asegura la eficacia del todo. ¿Por qué opone Roosevelt el individualismo al socialismo?

Ambos evolucionan juntos. La unidad del animal superior, ¿en qué se funda sino en lo específico de las partes? El arpa es armoniosa porque son desiguales sus cuerdas.

Roosevelt, al defender el capital, lo confunde con la gerencia de los negocios. Asegura que el capital dirige a los obreros como un jefe a sus soldados o el texto de Shakespeare a los tipógrafos que componen el drama. Es absurdo. El hecho de que ciertos capitalistas administren sus empresas no es un argumento. Dos funciones que se reúnen en una misma persona no son por eso idénticas. ¡Cuántos accionistas ignoran el mecanismo que les enriquece! El capital es un monstruo ciego. No es él, adorado y pasivo, quien dirige el trabajo, sino la inteligencia, por lo común mal pagada. El símil del texto de Shakespeare lo demuestra. Sabemos, por desgracia, que no es Shakespeare el capitalista, sino el patrón de la imprenta, tan ajeno al arte como sus tipógrafos. ¿Acaso por desaparecer el capitalismo nos quedaríamos todos imbéciles de pronto, incapaces de iniciativa alguna?

En lo que Roosevelt acierta es en la crítica de las imágenes artificiales que los anarquistas y socialistas suelen presentar de la humanidad venidera. Nada de lo que prevemos sucederá. Los paisajes que nos aguardan no están al alcance de nuestra ciencia ni de nuestra fantasía. Para verlos es preciso caminar. Son desconocidos e inevitables. Pero sospechamos el rumbo. El anarquismo y su atenuación -el socialismo- son evidentes en calidad de tendencias. Prologan los principios de 1789, agregan una etapa a la marcha emprendida hace cuatro siglos. Después de los señores, la burguesía, y después de la burguesía, el proletariado. Se trata del advenimiento de una clase, que triunfa por la sencilla razón de ser la más fuerte. No estamos en presencia de una teoría, ni de una reforma moral, sino de un hecho. El proletariado, al ganar terreno, implanta su estructura. Hijo del trabajo, al trabajo lo reduce todo. Desposeído, ataca la propiedad, y con ella las leyes y el militarismo, consagrados a protegerla. El Estado contemporáneo, cediendo poco a poco. Los hachazos al tronco hacen temblar las ramas. Pensadores y poetas hay que se figuran por fin la justicia y la belleza en vías de realizarse. Maeterlinck representa con exactitud, en las siguientes palabras, esa simpatía intelectual: "El altruismo absoluto y la ANARQUÍA son las formas extremas que requieren el hombre más perfecto. Ahora bien, es del lado del hombre que hemos de tender nuestras miradas; pues es por ese lado que hemos de esperar que la humanidad se dirija... Todo lo que hemos obtenido hasta hoy ha sido anunciado y por decirlo así llamado por aquellos a quienes se acusaba de mirar demasiado arriba. Es, pues, juicioso, en la duda, preferir el extremo que supone la humanidad más perfecta, más noble y más generosa".

¡Bienaventurados los que se contagien de la santa esperanza!

EL DINERO Y EL ARTE

Me refiero al arte de consumo corriente, de exportación francesa. El arte francés en plaza se acoquina. Si la literatura anglosajona de *magazine*, redactada por institutrices para un público de bebés barbudos, nos consterna, la literatura parisiense ha llegado al punto en que la exquisitez da náuseas. Un idioma excesivamente trabajado y dúctil tiene la desventaja de revelar mejor que los otros la esterilidad de los cerebros. Confesémoslo; el *stock* de refinamientos de *boulevard*, mal ventilados, huele a podrido. El dinero es el culpable. El dinero, que en nuestra plutocracia, con tanto candor llamada democracia, confiere el poder absoluto, hace del artista un congénere de la cortesana. No hay dinero sin éxito, y no hay éxito sin

halagar los instintos de la mayoría. Por desgracia, hoy, cuando casi todos los imbéciles leen, hemos de sufrir las consecuencias del sufragio universal en estética. Y así, mientras la cortesana vive de hacer cosquillas en la piel de sus clientes, el artista vive de hacerlas en el entendimiento de los suyos -¡que suelen ser los mismos!- "La literatura se ha convertido en una industria especial, dice Pablo Flat en la *Revue Bleue*... Este maquinismo parece haber alcanzado su apogeo: bajo la presión de las circunstancias, el escritor se copia y se recopia para aumentar el número de sus cuartillas... luego, cuando se ha vaciado, explota a los demás...". "El teatro, dice Gsell, es una gran fábrica; cada uno de nuestros autores dramáticos es un fabricante... Como el vulgo se presenta en el teatro después de cenar, lo que quiere antes que nada es una digestión fácil. Por eso se le confeccionan piezas digestivas, cuidadosamente expurgadas de cuando haya de exigir en el espectador un esfuerzo cerebral... Pero el teatro debe responder a otra necesidad; comienza la noche y la prepara; debe también calentar los sentidos del auditorio...". No extrañemos que los Donnay y Cía. sean millonarios. Los críticos que cito no escriben en los *quotidiens*; el periodismo de gran circulación no los tolera; posee los suyos, académicos o candidatos a la Academia, pontífices al servicio de las empresas teatrales o editoras, oráculos para cuya lucrativa benevolencia todos los dramas y todos los libros son geniales o por lo menos deliciosos. Flat, Gsell, Rachilde, etc., colaboran en revistas independientes, algunas de las cuales, con ciertos talleres ascéticos y *capillas* de reformadores de la plástica y de la música, son el refugio en París del verdadero arte, unido siempre, como toda religión en su origen, al desinterés y a la pobreza.

Respecto a la pintura, donde las obras se tiran a un solo ejemplar, la cuestión ofrece aspectos variados. La mercadería se exhibe cada primavera y cada otoño en el mostrador de los Salones. Figúrense un surtido de cinco o seis mil lienzos, colocados, como en una inmensa tienda de modas, con habilidad de peluqueros. Piensen que para vender es preciso, entre cinco mil concurrentes que gritan a la vez, detener, asombrar, ensordecer y deslumbrar a una multitud alhelada por el diluvio de colorines, y se explicarán los cuadros alegóricos de una legua, las "mujeres en zigzag" y los desnudos amarillos, verdes y azules, y los modelados poliédricos, y la pasta en virutas, en cuajarones o en lluvia de *confeti*, prestidigitación y pirotecnia y cabriolas de payasos hambrientos..." ¿Qué probabilidad tiene un creador de hacerse oír entre tantos charlatanes? Gracias si le descubren, no los críticos, por lo común miopes, sino los traficantes que especulan con los caprichos de la fama, y que, aprovechando su abandono, le compraran a ínfimo precio sus producciones para lanzarlas después, previo un *bluff*, en los círculos artísticos y en la prensa. Entonces el desgraciado pintor respira, pero ya no es él, sino lo que le han hecho usureros que le han chupado el talento y la sangre... ¿Pretenden consolarlos con las maravillas de los museos, testimonio de los que supieron sentir y realizar aquellos cíclopes del arte, contentos de pertenecer a la servidumbre de algún príncipe de buen gusto? Entran en el Louvre, y encuentran, horripilados, un vidrio que les roba la divina visión de las obras maestras. ¿Por qué medida tan cruel? Porque además de mendigos que vienen al desentumecerse junto a los caloríferos, penetran en el templo degenerados que la miseria enloquece y dan de puñaladas a las pinturas. No se le ha ocurrido al gobierno otro medio de protegerlas que desfigurarlas... Pero vean ahora los atentados de la riqueza suma. Un señor Altmann, de Nueva York, ha adquirido por cinco millones de francos tres cuadros de Rembrandt. Un señor Taft, hermano del presidente de los Estados Unidos, se ha llevado un Velázquez por dos millones y medio. ¡Oh Velázquez, oh Rembrandt, oh plantas únicas de la flora inmortal, arrancadas de su sagrado jardín, oh seres celestiales, raptados a nuestra adoración por los salvajes del oro!... esperen tiempos más limpios, y perdonen a los que, si permiten semejantes crímenes, es porque están muy enfermos...

MAÑAS QUE PASARAN

Entró de pupila pobre de uno de los numerosos colegios del Sagrado Corazón que hay por ahí. Pagaba quince pesos mensuales. Tenía doce años, y su padre, que ciertamente no brillaba por su intelecto, la venía a ver de cuando en cuando. Las hermanitas la hacían limpiar la cocina,

lavar los pisos. Empezó a toser, demacrarse, siguieron obligándola a lavar pisos, lo cual no la alivió. Apenas ya podía tenerse en pie. Se arrastraba. Sus compañeros abogaron por ella ante la madre superiora, pero la santa mujer contestó: "Son mañas que pasarán".

Sí, la niña no tenía nada. Un poco de tisis. Cuando al fin, no hace muchos días, el padre la sacó del venerable establecimiento, y la hizo reconocer, supo que estaba tuberculosa en último grado. Mañas que pasan... que quizá hayan pasado con la mártir para siempre en la hora en que mi pluma la recuerda.

¿Habría sido menos cruel su destino en un colegio laico? No sé... no creo que haya gran diferencia entre ser sierva de laicos o de religiosos. ¿Y en una casa particular? Lo dudo. ¡Hay tantas damas excelentes que buscan con ansia una huerfanita que criar, un pequeño organismo a quien hacer sufrir, sin desembolso y en propiedad absoluta! Y no olvidemos que las niñas muy pobres son todas huérfanas. Si resucitara Dickens, el pintor de la infancia perseguida y torturada, no le faltarían asuntos.

Tener padres es cuestión de dinero. Y tener hermanas. Las del Sagrado Corazón reservan su fraternidad para las pupilas ricas. No nos indignemos; se figuran que Dios existe separado de los hombres y le consagran la mayor parte de su lástima, repartiendo el exiguo resto entre los privilegiados pecadores con cuyos fondos se alimenta el culto. Da gozo ver esas fotografías de *Caras y Caretas* y del *P. B. T.*, donde aparecen los obispos rodeados de sus devotas amigas, sudando lujo, o donde se nos muestra un elegante sacerdote, invitado a una partida de caza, y ocupado en bendecir a los perros. La Iglesia concede a los ricos el cielo y la tierra. En cuanto a los pobres, que se contenten con el paraíso.

Niña mía, si los tormentos de la tisis, que se te habrá enseñado a aprovechar, te aseguran la salvación eterna, ¿qué más puedes pedir? No te engañaron; Dios habita tu ulcerado pecho, y subirás al paraíso. Pero no encontrarás allí a las hermanitas del Sagrado Corazón, ni a la madre superiora. Quisiera que estuvieran contigo, y no es posible. No es que sean perversas, no... Tienen mañas que pasarán. Es que no saben. Es que adoran el oro y la fuerza; es que están todavía engañadas por simulacros. Compadécelas. ¡Hace tanto tiempo que se fue tu padre Jesús! Él te hubiera dicho: "anda, hija mía: tu fe te ha sanado". Y correrías al sol, entre las flores, y serías feliz. Te hacían lavar pisos, hacían poner en cuatro patas tu cuerpo flaco, porque no conocen a Jesús, las desdichadas idólatras de un corazón pintado no reconocen a Jesús...

Y, sin embargo, Cristo, en punto a cristianismo, es también una autoridad. Pero no está a la moda. Los cristianos de hoy le consultan poco. Suelen preferir otros directores. Se han hecho materialistas, se han rodeado de fetiches, necesitan pedazos de palo que adorar, que besar, y en su odio a todo lo que sea espíritu, han cubierto de tatuajes la bella tradición. No han leído a San Pablo. Y sus plegarias chorrean un meloso prosaísmo que sublevaría, no digo a los dioses, sino a cualquier mortal de buen gusto; no han conservado la pureza primitiva de su credo, y pretenden refrescarlo con alucinaciones de semiimbéciles como la Alacoque; no recuerdan que los preceptos del fundador se reducen a uno: amar, y envenenados de política, de codicia y de ambición, o sea de odio, practican una beneficencia que es la caricatura siniestra de la caridad. Y los no cristianos me inquietan doblemente, pues difícil es volver la espalda al cristianismo sin volvérsela al amor. ¿Y qué será de nosotros sin amor...?

¿Vives aún, niña doliente? Te irás; llegará un instante en que el fatigado fuelle de tus pulmoncitos echará su último soplo. Sí; esta atmósfera es aún irrespirable. Quizá no seamos tan malos como lo parecemos, pero parecemos muy malos, parecemos demonios, y entre nosotros los ángeles se enferman y huyen espantados, perdónanos, niña, y desde el seno de la infinita sombra, que para ti será la infinita luz, ruega porque nuestros vicios pasen, ruega para que pasen nuestras mañas...

LA CARIDAD DE LOS NIÑOS

Una importante hoja semanal, dedicada a la infancia, ha fundado un benéfico club de niños que cuenta ya con más de cinco mil asociados. Hace poco se pidió a los suscriptores ropa usada, calzado viejo para los nenes desvalidos. "Queremos dar a todos la oportunidad de aliviar, sin innecesarios sacrificios de su padre, la suerte del prójimo". Las prendas llovieron. Dos pequeñas donantes, Nélide y Sarita P., escriben: "Señor director: ¡Si supiera cuánto nos gustó la idea de enviar ropa! ¿Quién no tiene en su casa alguna ropita que dar?... Si viera con qué gusto mirábamos a mamá arreglar los vestiditos... A cada rato le decíamos: "Mamita, su supiéramos trabajar, qué lindo sería; así planchábamos nosotras la ropita"... Teníamos que esperar una ropa de las amiguitas Elena D., Margarita B., Rosa M. y Catalina J., las cuales estaban animadas de los mismos deseos que nosotras... Sentimos que en la ropita no va ninguna para varón (salvo un guardapolvo que le agradecería llegara a manos de un niño vendedor de diarios)... La que no crea conveniente darla, úsela para limpiar las máquinas..."

No he puesto los apellidos con todas sus letras, porque mis reflexiones no parecerán acaso enteramente amables. Esa propaganda de emulación, de solidaridad, de beneficencia entre los niños es muy plausible. Debemos agitar a los hombres cuanto antes, mezclarlos y restregarlos unos con otros, revolver sin descanso el engrudo social; es la única manera de favorecer las misteriosas reacciones del futuro y de allanar el ignorado camino que nos aguarda.

Bueno es que hasta aquellos de nosotros que tienen la vocación del aislamiento empiecen en contacto íntimo con los demás. La soledad legítima es la que se elige tarde. Pero si la propaganda es eficiente, nos deja de revelar detalles tristes, como el final de la carta de Nélide: "mando ropa para vestir niños pobres y para limpiar máquinas sucias". Caridad a la moda, caridad sin "innecesarios sacrificios", caridad de hielo, caridad sin amor, falsa caridad.

Y lo terrible está en que es falsa y útil a un tiempo. Es útil que los niños desheredados se abriguen, aunque sus harapos vengan de la indiferencia, del asco y del odio. Es también útil que las máquinas se limpien. Y no sólo sirve la falsa caridad, sino la falsa justicia, comprometida y coja, arrancada por el miedo. La mayor parte de los modernos apóstoles se han convencido de lo necio que es buscar el amor en el corazón humano y se resignan a no reclamar sino la fría y práctica justicia, una norma nueva y más amplia, que mañana se desechará por demasiado cruel, y que hoy aliviaría tantas miserias, tantos dolores, abandonados a la caprichosa caridad de los que son todavía felices. Y, sin embargo, el amor iría más allá de todas las justicias, sería la verdadera justicia, porque siempre está en exceso y desborda sobre el mal, y lo ahoga en luz, porque lo da todo, puesto que se da a sí mismo. Y el que da se recobra, se descubre y se gana. No es el que recibe quien se enriquece y se hace poderoso, sino el que da, si da de veras. ¿Recuerdan lo que decía San Pablo, a sus discípulos hebreos? "De la hospitalidad no se olviden, pues por ella algunos, sin saberlo, hospedaron a los ángeles".

Nélide, Sarita, niñas graciosas, ¿será posible que hayan sido útiles sin amor, y que nunca se acerquen a ustedes los ángeles? La Fontaine aseguraba que la primera edad no tiene compasión. Ribot, gravemente, afirma que por lo común las pasiones de los niños se reducen a la gula. No creo que cuánto hay de bueno en nosotros se deba a los que nos educaron. El arte del floricultor no hace de los cardos, rosas. Somos gérmenes enviados de muy lejos, de muy arriba. Hay niños egoístas y niños generosos, niños santos y niños fieras. Legouvé vio a un niño que, antes de poner su limosna en las manos de un mendigo, le saludó cortésmente, quitándose la gorra. Vale más ese saludo que los millones donados por Rockefeller. El niño de Legouvé amaba. Era amigo de los ángeles.

Quizá lo sean, a pesar de las apariencias, Nélica y Sarita. En su carta, si falta la piedad, falta la mala ortografía. Es una carta corregida por personas mayores. Tal vez son ellas las que, al peinarla, la hicieron presentable y aborrecible. Tal vez ellas trajeron la frase amarga. Porque podemos dudar del egoísmo de los niños, pero no del nuestro. Y si ellos acaso feroces, no lo son a nuestro modo. No lo son con nuestra hipocresía mesurada, con nuestra infame seriedad, con nuestros cálculos y nuestros sofismas y nuestra exactitud de administradores de la muerte. Y nosotros los cobardes, los cansados, los decrepitos, somos los que recibimos la santa cosecha de carnes en flor, de almas que asoman; somos -cosa siniestra- sus indignos depositarios. ¡Ay!, ¿cómo haremos de los niños, hombres, si no somos ya capaces de hacernos niños?

HOJITAS DE PARRA

Omnia sana sanis. (San Pablo).

Con la sorpresa de un pintor que, creyendo conocer todos los colores de la naturaleza, encontrara de pronto, al volver una esquina, matices nuevos en un vómito de borracho, he encontrado yo matices nuevos de la humana caquexia en una fotografía de niños desnudos... ¡Oh! no es lo que suponen. Es algo peor. Cada uno de ellos, niños de familias ricas de Buenos Aires, ¡niños de dos años, de un año, de seis meses!, tenía su correspondiente hojita de parra.

Recuerdo una respetable señora, gruesa como un tonel, devota de buena ley, que prefirió morir a descubrir sus encantos y ser operada de un tumor que padecía. Nos sonreímos ante la puerilidad de figurarse a Dios muy preocupado de que un médico le vea la panza a una pobre vieja, pero nos inclinamos ante la energía del carácter. Admiramos a los héroes y los santos, porque lo importante no es saber la verdad, sino saber sacrificarse por el error. Quien se equivoca sinceramente está en posesión de la única verdad accesible al hombre. Somos indulgentes para con los ascetas que atormentaron su cuerpo a fin de conservarlo casto, y fueron capaces de buscar la purificación en las llamas. No mentían. No mentía San Benito acostándose entre espinas, ni Santa Lucía arrancándose los ojos, y aprobamos al cielo que por piedad de las vírgenes desnudas para el martirio ante la plebe, nevó sobre ellas, o las hizo crecer el cabello en "un manto de misericordia". Acaso estos santos se ocupaban demasiado de sus personas, y sus escrúpulos eran vicios al revés; la moral moderna aceptará sobre todo a los profetas de acción social, desde Isaías hasta Lutero, que no se paraban en menudencias de dormitorio. Además, ciertas manías rayan en lo aborrecible: San Luis Gonzaga, que la ley del catolicismo propone por modelo a la juventud, no miraba a su propia madre, para no ser asaltado de pensamientos lúbricos. Confieso que, monstruo por monstruo, entre San Luis Gonzaga y Ravachol, me quedo con Ravachol.

Tampoco mentían los puritanos de la primera hora, mientras el *cant* inglés despidió un nauseabundo tufillo. En la buena sociedad inglesa la mayor parte de las prendas de ropa blanca carecen de nombre. La camisa es un objeto abominable. Irse a la cama es una indecencia; uno debe decir que "se retira". No se dice *pierna*, se dice *miembro*. Se han suprimido no solamente algunos órganos, sino sus alrededores. El vientre no existe; se dice *estómago*. En concepto de muchos moralistas, asegurar que una dama inglesa puede sentir placer en el amor es insultarla. Y he aquí que de tarde en tarde, cuando menos se espera, estallan escándalos como el de la *Pall Mall Gazette*, y aparecen austeros aristócratas haciendo robar obreritas impúberes, violadas en cuartos donde los muros acolchados sofocan los gritos, y donde hay lechos con correas para atar a las víctimas. Las hojitas de parra ocultan más de lo que parece...

Los iconoclastas que profanaron los mármoles paganos, en una furia que acumulaba mutilaciones, revoques y depilatorios; los sacrílegos que despuntaron a golpe de martillo los senos de las diosas lo hacían porque odiaban el arte. Los que profanan la carne de los niños lo hacen porque odian la vida. Confiemos en que la vida también les odia, y acabará por arrojarles de sí. Es la vida quien prepara las revoluciones. Es ella quien siega los individuos y los pueblos. No es la muerte la que mata: es la vida, que limpia su campo para plantar el futuro. Hay en la *Cassandra* de Galdós una frase terrible: dos sobrinas de doña Juana, dos inmaculadas ovejas del Sagrado Corazón, cosen un vestido para el niño Jesús, y la infame beata les dice: "alárguenle la faldita; que no se le vean las piernecitas..." Bajo esa frase está la melosa podredumbre de las almas y la crueldad del fariseísmo, las bocas negras de los confesionarios y los fosos de Montjuich.

¡Hojas de parra sobre la carne de los niños! ¡Sobre niños de seis meses! ¿Cómo estará la conciencia de esas madres, para avergonzarse de la inocencia de sus hijos? Si la desnudez de los ángeles es pornográfica, ¿no será la maternidad una cosa obscena? ¿Tendrá razón en Buenos Aires San Luis Gonzaga? Yo les digo que igualmente hay ya una Argentina caduca, no envejecida por el tiempo, sino por el oro. Y hay una Argentina joven. Por encima de los fútiles millones de toneladas que se exportan se cierne el genio de Alfauerte, el más alto poeta de América; hay una Cassandra argentina que barrerá la decrepitud, y devolverá su santa ingenuidad a las generaciones que nacen.

LA CIENCIA Y EL CRIMEN

Hace pocos años, estudió Lombroso los delitos al *automóvil*. El automóvil se presta a diversas fechorías: salteamos en despoblado, estafas bancarias. Constituye un magnífico recurso de fuga y un salvoconducto entre la multitud amable con las apariencias lujosas. Un chófer, sobre muchas carreteras europeas, se adelanta al ferrocarril. Puede cobrar un cheque en una ciudad y retirar sus fondos de garantía en otra, antes de que llegue el documento. Los progresos de la mecánica sustituyen las deformes y pesadas herramientas de los antiguos ladrones por delicadísimos aparatos de bolsillo, dentados de diamante, procedentes de especiales fábricas inglesas. El bagaje de un facineroso culto se parece al estuche de un cirujano. La ciencia ha civilizado el crimen. Se roba en los grandes expresos y en hoteles suntuosos mediante aplicaciones anestésicas de éter o de cloroformo, y existe en los asesinos una plausible tendencia a operar sin dolor. Los procedimientos hipnóticos están indicados cuando se trata de estupro. La dinamita es demasiado popular; para saltar caja de caudales se prefiere el acetileno o el oxígeno líquido. Descarrilar un tren es una excelente estrategia preparatoria de asalto. Con el teléfono se difama y se fulmina. La fotografía ayuda a falsificar billetes, y, merced a sus prestidigitadoras combinaciones de caras, cuerpos y escenarios heterogéneos, asegura decisivos chantajes. Pero es la medicina la que arma con eficacia mayor a los bandidos sabios. ¡Dejemos el arsénico a los zafios de Borgia, nosotros que tenemos desde la morfina a la colquicina, una maravillosa colección de Yagos alcaloides, nosotros que manejamos la ponzoña de las serpientes del Brasil, y los virus de las pestes, nosotros que reunimos, en un gramo de toxina tetánica, con qué matar a setenta y cinco mil hombres! El porvenir del asesinato, como el de la terapéutica, está en la bacteriología.

La agencia que recientemente vendía en San Petersburgo tubos de suero, cargados de gérmenes de cólera, a personajes con ganas de heredar, fija un momento curioso de nuestra historia. No es que debamos extrañarnos de las ventajas que la instrucción concede a los obreros del mal. La ciencia es cínica; se pone del lado de los que trabajan, sean quienes sean. Insensible al vicio y a la virtud, sólo entiende de activos y perezosos. Es fiel a la energía lógica,

y la encontraran en el laboratorio del médico tan entera como en el laboratorio del envenenador. Si se ha perfeccionado la matanza internacional, ¿por qué no se perfeccionaría la delincuencia, que es una especie de militarismo clandestino? Esos tubos de suero son interesantes por marchar una novedad fecunda en la técnica destructora. Un tóxico químico, lo mismo que una mezcla explosiva, se consumen en sus propios efectos. Pero el microbio se propaga y crece al obrar. Se multiplica al gastarse. Es un tóxico que renace de sí hasta lo infinito. Una inyección promete una epidemia, y la realiza acaso. ¡Nunca el demonio fue tan fuerte! Dispone de la vida: no son los muertos los que amenazan, sino las semillas insaciables de una fauna que no adivinamos. Tal vez sueña el microbio con apoderarse del mundo. Mientras la ciencia nos defendió, era de esperar nuestra victoria. Ahora que la ciencia nos ataca con las manos hábiles del crimen, todas las dudas se justifican. Un loco lleva bajo su manto con qué volar un barrio. Mañana, cuando hayamos contenido en inmensos depósitos de la electricidad, un loco tocará una llave y fulminará media provincia. Cuando hayamos aumentado por el cultivo la virulencia de las bacterias, un loco, con un gesto, infestará una nación. Destruir es sencillo. La humanidad camina inerme, y de sus posibilidades futuras el suicidio es la más fácil. Nuestra ciencia, prematuramente excesiva, es un riesgo enorme. Somos niños de cuatro años, jugando con un rifle. El criminal y el loco están ahí; son nuestros dedos nerviosos o distraídos, la probabilidad de la catástrofe; son la rendija que no nos es posible tapar por completo, y por donde el caos nos acecha, aguardando el instante de echarnos a pique, para siempre, en sus entrañas tenebrosas.

SINIESTRO

En 1908, los ferrocarriles de los Estados Unidos hirieron a 68.989 personas y mataron a 3764, lo que fue una mejora sobre 1907, en que hubo 72.285 heridos y 5000 muertos. Supongo que 1909, a juzgar por los frecuentes telegramas de catástrofes, habrá sido todavía peor. Descartemos la incompetencia de los empleados superiores, y la incompetencia y el *surmenage* de los inferiores; siempre quedará, sea la que sea la perfección de los cerebros y de los mecanismos, un germen rebelde y desastroso, inextirpable del mundo civilizado; siempre estaremos expuestos a que nuestros esclavos de metal enloquezcan de pronto y nos asesinen.

Lo complejo de las máquinas, su número y su encadenamiento multiplican las probabilidades de falla que hay en cada una. Por mucha que sea la precisión de nuestros aparatos, lo que no sucede hoy sucederá mañana, o el año que viene, o el siglo que viene. Lo posible es inevitable, porque "es una parte de lo real". El tiempo nos traerá tarde o temprano lo posible, y tal vez lo imposible. Y ¿cómo vivir sin máquinas? Imaginen que un Dios viviseccionador obligara al hombre a conservar su ciencia y su genio, pero a destruir sus máquinas y no construir otras... ¡El hombre moderno reducido a sus músculos, a la rama desgajada que empuña el gorila!... ¿Habrá suplicio comparable al de este Prometeo mutilado? Mutilado, sí; las máquinas son nuestros órganos recientes, las últimas prolongaciones de nuestro ser; nos han salido ojos nuevos que ven astros y microbios antes invisibles y archivan las imágenes en la retina fotográfica; nos han salido pulmones y pies nuevos, y alas, con que nos transportamos a inesperadas velocidades; nuestros nervios se han alargado y ramificado en una red sutil que envuelve a la tierra. Órganos que no son de carne, y sin embargo más *nuestros* que nuestros brazos y nuestros dedos -¡también los tiene el mono!-; más nuestros, puesto que son descendientes más genuinos de nuestro espíritu. Pero órganos inquietantes, separados de nosotros, formas con tendencia a la autonomía, a la reproducción... las máquinas se hacen a máquina. Daniel Berthelot, cuando describe la usina de la Sociedad de Electricidad de Saint-Denis, nos deja vislumbrar el futuro: aquella "enorme nave en que se divisan, como perdidos, un obrero o dos que silenciosamente dan vuelta a un tornillo o mueven una manija", estará entonces sola lo mismo que un batallón de colosales relojes con cuerda para una semieternidad. Habrá ciudades de máquinas; crecerá

sobre el globo, paralela a nuestra especie, una fauna de autómatas, sin alma y hercúleos, inmensos pedazos de nuestra lógica coagulada en el frío que nos rodea, hijos y servidores ciegos que nos devorarán, sin saberlo, al primer ademán equivocado...

¿Qué son al lado de las suyas, nuestras fuerzas físicas? ¿Qué Sansón podrá tomarlos de la garganta y voltearlos? Es por la inteligencia que nos será dable obrar sobre estos titanes idiotas, en cuyo seno arderá un infierno útil, y se concentrarán las energías que nuestro cuerpo mísero no puso al servicio de nuestra razón, inmensamente más vasta y más prodigiosa que él. Las máquinas, que son ahora nuestro cuerpo social, condensan ya energías extremas; en los laboratorios, donde fermentan las máquinas del porvenir, la química engendra sustancias extranaturales, la física obtiene temperaturas -doscientos cincuenta grados bajo cero- casi tan bajas como la del espacio infinito, y tan altas -cinco mil grados- como la del sol; mediante las emanaciones del rádiom se manejan "energías liberadas bajo la forma más concentrada que se conoce", según se expresa Ramsay, y se consigue dislocar edificios atómicos considerados hasta la fecha como inmutables.

La gama de energías desarrollada por las máquinas y por los instrumentos desborda de cuanto nos reveló nuestra burguesa existencia de mamíferos extraviados en un planeta de tercer orden. Las máquinas, tentáculos de nuestra mente, han agujereado el muro de nuestra prisión aparental. Y he aquí el terror "metafísico" que nos sobrecoge a la idea de los siniestros venideros, a la amenaza de los monstruos que nacerán en nuestros talleres; esos tentáculos del otro lado del muro, cuelgan en la sombra; esas energías que acuden de los confines del universo y se juntan en las entrañas de las máquinas son acaso la vanguardia del destino. Acaso hemos roto el dique que nos aprisionaba y nos protegía. Acaso, en vez de libertarnos, hemos libertado el negro oleaje de las cosas, y por la estrecha puerta de nuestras máquinas el caos entrará y nos estrangulará. Sería tan bello desenlace, que ningún poeta reprocharía a la humanidad haberlo apresurado.

SERVICIO DOMÉSTICO OFRECIDO

Esta sección, en los grandes diarios del Plata, me suele afligir más que la de policía. Hay males agudos preferibles a los crónicos, y recibir o dar una puñalada no es a veces tan lamentable como pasarse toda una vida fregando platos. América es mucho menos dura con los sirvientes que Europa. Por aquí no abunda el tipo de la *bonne à tout faire*, la criada "para todo", la humilde bestia de carga, que pinta Zola en su *Pot-Bouille*. Sin embargo, observen que por cada anuncio de servicio pedido se insertan dos de servicio ofrecido, abonados quizá penosamente. ¿Y qué me dicen de la frase habitual de las agencias de colocaciones: "no se cobra comisión a los patrones"? El que paga al intermediario es -claro está- el pobre. Al rico se le ahorran gastos inútiles. Otros detalles nos confirmarían la inferioridad social del proletariado, en servidumbre doméstica. Si los salarios mejoran, el oficio es siempre muy triste...

Y ante mis ojos desfilan, por orden alfabético, los que piden su pan a tantas humillaciones secretas. Primero, las amas. "Amas gallegas, vascas, piemontesas, lombardas"... "Ama primeriza"... "Con leche fresca"... "Con leche de dos meses, de cuatro, de seis"... "Ama robusta"... "Ama robustísima"... Rara es la que no está provista de certificado médico. Y pienso en el ganado femenino, en las ubres humanas a alquilar; pienso en la leche blanca cuya dulce onda fluye en vano, buscando al niño ausente o dormido bajo tierra. Y luego los mucamos, la "mucama para adentro, con cama", el "mucamo sin bigote y con frac", el mucamo "de color", ¡la perla de la serie! Un mucamo de color es una patente de elegancia. Tener un *groom* negro ¡qué patente! En la Quinta Avenida, la mayor parte de los *valets de pied* son japoneses, y la señora Howard Gould -¡una semidiosa!- exhibe a la entrada de su *boudoir* un etíope de talla

gigantesca, ataviado al modo de su país. Pero sigamos: ahora viene un capítulo lúgubre: el de las señoras. "Señora sería se ofrece, para todo trabajo"... "Señora sería se ofrece para lavandera"... "Señora formal, recién llegada, con un varoncito de 20 meses, se ofrece para mucama"... ¿No adivinan una historia de lágrimas detrás de esas tres líneas? Y termino, sonriendo, a pesar mío: "Hombre formal desea entrar en casa de sacerdote... sabe cocinar, ayudar a misa y demás quehaceres"...

¡Exactísimo! Ayudar a misa es hoy un quehacer mecánico, y no sólo ayudar a misa, sino celebrarla. Se es sacerdote como se es cocinero. El culto ha dejado de ser religioso; los actos comunes han perdido su significado ideal, su aureola mística. Para el sirviente persuadido de que su amo simboliza a Jesús, la domesticidad era un santo ejercicio, una reproducción continua de la escena en que la pecadora humedece con su llanto los pies del maestro y los enjuga con su cabellera. Cristo, más tarde, lava los pies de sus discípulos, porque todo lazo invisible es en el fondo una identidad; los verdaderos cristianos, en su orgullo paradójico, se sentían más libres obedeciendo que mandando, y Juan de Ávila escribía a los aristócratas: "quien no entiende que tener criados es tener señores y tener a quien sufrir y por quien rogar, no sabe qué es tenerlos ni imita a nuestro Señor..." Todavía, en algunas cortes, en algunas grandes casas, en algunos solares hundidos en providencias muertas, queda la anciana nodriza, el servidor venerable, "como de la familia", el sublime Chesnel de Balzac, últimos rastros de un mundo que se va, destellos del viejo espíritu que al desvanecer su bruma luminosa abandona al paria moderno a la feroz realidad de la cocina oscura, pringue y humo, grasa fría, aguas sucias, cloaca de los felices, restos y sobras... Lo que allí se guisa y se adereza es sobre todo el odio.

Como el único dogma en circulación es el de la igualdad, la servidumbre se ha convertido en una ignominia. El criado se avergüenza de servir, y el amo de que le sirvan; ambos disimulan, puesto que no pueden evitarse, pero están de acuerdo en lo cruel de sus relaciones. La ciencia nos sacará de un régimen que degrada los hogares. No concibo que no lo haya hecho aún; nuestros criados deben ser las máquinas. ¿Tan difícil es, en el estado actual de la industria, construir viviendas de cómoda oficina, donde el aire penetre por tubos en que se caliente, se enfríe o se despoje del polvo? ¿Los progresos de la calefacción eléctrica no conseguirían suprimir el salvaje horror de los hornillos? ¿Será nuestra química impotente a limpiar con economía y rapidez los objetos de todo uso? Si los Edison quisieran consagrar al problema una partícula de su genio, el servicio doméstico sería casi automático, entretenimiento breve y agradable, para las señoras. Hemos aprendido a volar, y continuamos haciéndonos lustrar los botines por manos de niños.

Supongo que los sindicatos de sirvientes precipitarán la solución. La servidumbre, en su forma actual, se volverá pronto absolutamente intolerable. Nos dolerá demasiado, y será un bien, porque no hay renovamiento sin dolor. Nos empieza a doler con exceso la supremacía de la riqueza. Los ricos dominan más que nunca, pero cada vez les estimamos menos, y el dolor que nos causa esta falla entre los valores físicos y los valores morales no es sino la inminencia de una era más noble. La emancipación de los que anuncian en el "servicio doméstico ofrecido" será un episodio de la emancipación de nuestras almas.

CONDECORACIONES

Un diputado ha presentado a la cámara argentina un proyecto sobre condecoraciones. Se trata de un problema urgente. El ceremonial del centenario ha puesto a la buena sociedad porteña en un extraño apuro. Se han distribuido millares de cruces, bandas, placas y demás bisutería de que se han mostrado tan pródigos hoy los gobiernos extranjeros como los conquistadores, hace cuatrocientos años, de su pacotilla de cuentas de vidrio para seducir vanidades autócratas.

Pero la ley manda pedir permiso al Congreso antes de aceptar los abalorios actuales. "La inteligencia humana tiene sus límites, mientras la necedad carece de riberas, ha dicho en sustancia el diputado. Conozco un imbécil con quince condecoraciones. Nada corrige el abuso como el abuso mismo; propongo que todo el mundo acepte condecoraciones si lo desea. Llenaremos así el propósito primordial de no desairar a las cancillerías. Pero conviene a la vez prohibir el uso público de los distintivos, porque desentonarían en una democracia como la nuestra, nutrida de principios de igualdad..." (Aquí el himno consabido a las libertades americanas).

No sé de dónde diablos saca el diputado que la Argentina es una democracia. Hay en Buenos Aires doscientos mil ciudadanos que lo niegan enérgicamente. No sé si tienen razón. Ello es que cuesta trabajo hacerles callar. Si se les revistiera de las inmunidades parlamentarias, estremece pensar lo que dirían. Convengamos en llamar democracia al residuo que nos quedó entre las manos después de suprimir los privilegios de la monarquía, del clero y de la nobleza. ¿En qué sería el abuso de las condecoraciones contrario a la democracia? No me refiero a toisones y jarreteras, tatuajes supremos que los príncipes se heredan como ciertas enfermedades de la piel, sino a las innumerables y vagas recompensas al mérito, que florecen en menudas corolas de trapo burocrático. Francia, que tiene por lo menos el derecho de la Argentina a titularse democracia, es el mejor ejemplo del efecto empastelador de las *distinciones*. Cuando entró Víctor Hugo en la academia, le escribió Alfonso Karr:

"Ayer eras tú; no hay más que un Víctor Hugo. Ahora eres uno de los cuarenta. Me anuncian que has presentado tu candidatura para las próximas elecciones. Triunfarás y serás uno de los cuatrocientos. De éxito en éxito llegarás a ser uno de los cuarenta millones de habitantes de la nación francesa".

La legión de honor es legión. Al recibir la cruz, el agraciado se incorpora a un vasto rebaño. Es una distinción que confunde. Hay una capa geológica caracterizada por la abundancia de un solo fósil: los numulites. Hay una capa social en que abundan los caballeros de la legión de honor; es el bloque anexo a las oficinas centrales. Se ata con la condecoración como con un empleo. Por otra parte, las cruces, a semejanza de las antiguas *charges de la couronne*, se cotizan en plaza. Existe toda una empresa dedicada a ese tráfico semisecreto, cuyos agentes cobran fuertes comisiones. Es que la roseta tiene un valor positivo y calculable; es un signo del poder, un pequeño talismán para la vida práctica. Ante el *monsieur décoré*, los mayores del tranvía y los empleados del ferrocarril, los trámites administrativos se lubrican y abrevian, y los acreedores se detienen. La roseta, brote inevitable de la levita republicana, es el sello de una masonería oficial. La cruz, más que emblema fatuo, es póliza de seguro contra los mil accidentes del trajín colectivo.

Nuestro diputado yerra, pues, al pretender que se prohíba el uso público de las condecoraciones. La condecoración protege. Además la condecoración decora. Quitar las cruces del pecho de los funcionarios equivale a quitar del escote de las damas los collares de perlas. ¿Y qué mayor desaire a las cancillerías que declarar delito el uso de sus obsequios? Una condecoración invisible es una condecoración difunta.

El mérito y el honor no tienen nada que ver con las condecoraciones. Sería grotesco condecorar a Tolstoi. En cambio, es piadoso condecorar a los cretinos, consolándoles de lo que les falta, y resarciéndoles de los olvidos de la naturaleza. Un ministro intentó nombrar caballero a Maupassant. Conociendo el carácter del gran escritor, lo hizo llamar a su despacho. "Señor Ministro, le dijo Maupassant, si me hubiera usted enviado la cruz no me habría atrevido a rechazarla. Pero ya que tiene la bondad de consultarme, le suplico que no me la envíe... -¿Por qué?, preguntó el ministro-. No sé... es inexplicable... la cruz me repugna". Hubo épocas en que muchos condecorados iban a presidio y la Legión de honor era la "Lesión" de honor. Flaubert se arrancó la roseta del ojal, y la echó al fondo de su taza de café. Desde Coubert, que

devolvió la cruz, los que aspiran a ella están obligados a solicitarla del ministro. Estos artistas intratables exageraban. Una condecoración no es siempre una deshonra.

¡MUERA EL ZORRO!

Los elefantes porteños acaban de importar de Inglaterra un deporte que hacía mucha falta en la Argentina: la caza del zorro. Se toma un zorro -creo que los encargan a Europa-, se le cuida, se le alimenta bien, y luego se le suelta para perseguirlo a caballo a través de campos y matorrales, rastreado por perros. Todo de primera calidad, zorro, perros, caballos y cazadores. El zorro no debe dejarse alcanzar y destripar demasiado pronto; debe ser bastante resistente y bastante astuto para que la exquisita carrera de obstáculos se prolongue; los perros deben ser sabuesos finos, y los cazadores muy jinetes y algo millonarios. Destripar un zorro -por lo menos de esa manera- es cosa reservada a los miembros de la mejor sociedad. Sólo ellos son dignos de tratar al zorro tan inexorablemente. Pero habría sido poco patriótico, en vísperas del centenario, adoptar el sistema inglés sin modificarlo con discreción, dándole cierto sabor latino. De aquí la conmovedora costumbre de hacer bendecir la jauría antes de la caza. Los perfumados *sportsment* oyen misa, al salir el sol, en la capilla del *château* ganaderil; un venerable sacerdote bendice los perros, y después, ¡guerra al zorro! ¡Dios lo quiere!

¡Pobre zorro! Huye, y nosotros sabemos ya que no hay esperanza, porque los hombres son fieras ingeniosas que no perdonan nunca. Huye con la lengua fuera y el espanto en el corazón; huye, vuela sobre los llanos, se agazapa bajo la maleza un instante, y escucha... sus pelos se erizan, su hocico está seco y tembloroso, sus ojos dementes relucen en la sombra. Y los perros levantan su pista, le acercan, le descubren, le atacan, y él junta sus últimas fuerzas, y huye de nuevo. Huye sin atinar adónde, sin pensamiento en su cabeza dolorida, huye extenuado, lamentable, lleno de polvo y de fango, arañado, desgarrado, harapo de horror, huye para defender su pequeña vida inocente, y en pesadilla trágica, cada vez más próximos, siente ladrar a los perros bendecidos por el cura, siente los hurras de los elegantes... Una postrera convulsión, una breve agonía, y la Muerte, nuestra madre común, le habrá librado del Miedo...

Veán en el zorro a una de las víctimas del imperialismo. El imperialismo es el *sport chic* de las potencias saturadas de oro, y la elegancia masculina, en los ricos, es un imperialismo individual. Por fin tiene el Brasil su juguete a la moda, un juguete de caza, un *dreadnought*. El "Minas Geraes" inaugura la caza del zorro en las cancillerías sudamericanas. Pero podría ocurrir que no se encontrara por ninguna parte quien aceptara el papel de zorro nación. El viejo continente ha llevado los preparativos de caza a un maravilloso extremo. No pasa año sin que se boten más y más *dreadnoughts*, más jaurías flotantes, con las negras fauces de metal abiertas, jaurías de todo lujo, amaestradas científicamente, y bendecidas y sacramentadas en nombre de Jesús, de Alah y de otros dioses. Sin embargo, la caza no empieza todavía. No parece el zorro...

Es que los tiempos no son los mismos. Si quedan aún zorros de cuatro patas, escasean los de mil frentes. Los marroquíes aprenden a morder, los egipcios y los hindúes enseñan los colmillos, y Menelik ha muerto tranquilo en su choza, de donde no hubo medio de desalojarle. Es elegante destruir, no cabe duda. Cuando las energías se intensifican, en nada resplandecen tan bellamente como en la destrucción, pues destruir es rápido, mientras que construir es oscuro y lento. Pero la realidad comienza a estimarse a sí propia, y se niega a que la destruyan. El mundo vale más de minuto en minuto, y es justicia que perdure, y no se desvanezca hasta que haya desarrollado toda la armonía de sus posibilidades. Acaso el poder de destruir se nos retire poco a poco, y lo reivindique un destino superior, interesado, quizás apasionado por los prodigios de nuestro rincón de Universo; un Destino quizás decidido a venir en ayuda

nuestra... ¿Será esto, ¡oh elegantes!, una metafísica excesiva, y sería posible explicar con mayor sencillez la decadencia del imperialismo *dandy*? En la época de Nerón le hubieran acompañado a incendiar Roma. Hoy se tienen que contentar con pegar fuego a las tablas del circo Frank Brown. Entonces hubieran echado esclavos a las murenas de sus estanques, y gladiadores a los tigres. Hoy se resignan a las trompadas del box, a fusilar palomas y a sangrar un zorro con los dientes de sus perros. Verdad que esas cuatro gotitas de sangre de zorro son sangre al fin y al cabo. Los principios se salvan...

¿No conocen, desgraciado zorro, un proverbio oriental que dice: "Si deseas vengarte de tu enemigo siéntate en el umbral de tu casa, y espera"? Descansa en los tenebrosos umbrales, zorro amigo, y espera pacientemente. También llegará para las fieras ingeniosas que caminan en dos pies, y más terrible que para ti, la hora de la suprema angustia

LOS AMOS DE FRANCIA

Y estoy por decir los amos del mundo, porque detrás de Francia desfilan los demás países. Ella padece primero lo que todos padecemos después. Ella triunfará donde más tarde hemos de triunfar nosotros menos penosamente, por habernos abierto el camino con su cuerpo lacerado y animoso, con su espíritu que sonríe a lo trágico. ¡Oh París, oh elegante proa de la humanidad! Aquí se nos invita a inclinarnos sin miedo sobre las tenebrosas aguas del destino. Aquí nadie se lamenta, nadie exulta; nadie afirma, niega, ni discute con ira. Se observa, se duda, se charla a media voz. Se sufre y se goza casi en silencio, se muere y se mata cortésmente. Y nadie cree en nada y todos se atreven a todo. Una armoniosa y vastísima actividad puebla el espacio. Los hombres, tan robustos como ingeniosos, trabajan; pasarán meses enteros sin encontrar un imbécil. Pero en medio de esta potente civilización se respira el cinismo amable de la ciencia extrema. El apache y el santo no se dan importancia a sí propios, y se comprenden uno a otro. Hay algo de socrático en los rostros de los viejos. Hay miradas de niños que les ruborizan o espantan. Los oficios son diferentes: las almas están reñidas de un matiz igual, el matiz común a Salomón, Epicuro, Omar Khayyam y Anatole France. Se diría que los parisienses tienen un confuso conocimiento de la muerte, y que están viviendo por segunda vez y recuerdan la vanidad de los lechos nupciales y de las tumbas. Se diría que sus hijos tienen desde el Limbo un confuso conocimiento de la vida, y titubean en nacer. Francia se despuebla, demasiado sabia, detenida por su misma perfección. París necesita renovarse, cambiar de postura, revolución, desorden. Necesita lo imprevisto. Necesita ignorar, para poder esperar. *Diletante* del heroísmo, no le basta el *sport* de los aires. El tedio le arrastra a lo sublime.

Y he aquí el amo, el *actor* del drama colectivo, un Napoleón de mil cabezas: el sindicato.

Un gesto del sindicato *cheminots* (obrero de la vía) de la red del Norte inmovilizó el enorme tráfico de la empresa más rica de Francia. Los accionistas perdieron 650.000 francos cada veinticuatro horas de huelga. Pero no se trata de eso. Por un instante, los demás sindicatos mantuvieron la huelga general. La nación acaba de vacilar al borde del abismo. La parálisis de los trenes es el desastre definitivo, la entrega del territorio a Prusia. El peligro se conjuró. Briand halló en las masas los restos del militarismo indispensables al servicio disciplinario de las líneas.

Hoy sí, aún; pero, ¿mañana? Observen que la huelga fue una sorpresa hasta para el proletariado. Noten que los *cheminots* consiguieron, a partir del 1º de enero de 1911, el aumento de salario que reclamaban. ¡Ay! El balance de este rápido y siniestro episodio evidencia en primer lugar el pánico del gobierno, y en segundo la derrota futura, la derrota latente. No es preciso el genio de Rivarol para adivinar nuestros 93.

Los mitos religiosos y políticos desaparecen uno a uno. El patriotismo francés se disuelve. Invocar a Dios en un mitin, en una plaza pública de París, ¡qué cosa grotesca! Pues bien, la palabra *patria* comienza a sonar tan clownescamente como la palabra *Dios*. No es posible ya obtener de ellas, ante el pueblo, más que efectos cómicos. Ésta es la verdad. El socialismo, me dirán, es el mito contemporáneo, el mito social. Es la fe de la multitud siempre pueril, frente al escepticismo absoluto de las clases cultas.

No. No confundamos al *meneur*, intelectual o apóstol, con su rebaño. Dejemos de poner nombres sagrados a los apetitos fundamentales. Lo que una entre sí a los proletarios, lo que les solidariza es sobre todo la técnica de nuestra civilización. El esclavo antiguo manejaba un hacha, un martillo; el moderno maneja una locomotora, y la maneja él solo. El esclavo antiguo estaba aislado; el moderno se incorpora a sus congéneres, a través del tiempo y la distancia, por el pavor, la imprenta y la electricidad, cuyos mecanismos están en sus manos hábiles. No es el "mito" lo que hace temibles a los *cheminots*; es el telégrafo. El alambre y el riel les protegen mejor que los cañones. Las herramientas de su faena son las armas de su liberación.

– ¿Cuánto gana un *cheminot*? -pregunté a un empleado de la línea de Orleans.

– Algunos no ganan más que ochenta francos al mes.

¡Ochenta francos! ¡Con tres o cuatro hijos y los artículos de consumo a doble precio! Una docena de huevos cuesta dos francos: casi el sueldo de un día. Este esclavo tiene razón; lo que pide es justo. Pero, ¿por qué lo pide, por qué lo consigue? No porque tiene la razón, sino porque tiene la fuerza.

Los sindicatos son fuertes. Francia fue gobernada por el parlamentarismo. Después, hasta hace poco, fue gobernada por la prensa. Los sindicatos no dependen del parlamento, no dependen de la prensa. Las asambleas obreras arrojan del local a los reporteros y se imponen a los ministros. Francia empieza a ser gobernada por los sindicatos.

El proletariado no tiene ideas. Es una mayoría. Pero no opongan la idea a la fuerza. La fuerza se anuncia por la idea en los cerebros superiores. En los cerebros vulgares, las ideas van a remolque de los hechos. No están las ideas de un lado y las fuerzas de otro. No hay ideas y fuerzas, sino fuerzas viejas y fuerzas nuevas. Lo que llamamos justicia es la imagen de las fuerzas del porvenir. La idea es la fuerza nueva que se mueve bajo nuestros cráneos, y de las fuerzas viejas huyen las ideas, como los pájaros huyen de los árboles desnudos.

El reino del Sindicato ha dado principio en la tierra de Montaigne, Bossuet, Rosbepierre, Zola y Juan Grave. Francia, con su gracia severa de costumbre, por procede y se hunde en lo desconocido. Ésa es su majestad. Ésos son sus títulos a nuestra admiración y a nuestro agradecimiento.

ALABANIA

Hace tiempo que los albanos han resuelto morir antes que dejarse quitar su alfabeto. Las autoridades turcas continuaron prohibiendo el uso de los caracteres latinos en las escuelas, y ahora estalla una insurrección cuya gravedad aumenta cada día. Según los sacerdotes musulmanes, el que no emplea desde niño signos arábigos se expone a perder la "verdadera fe". Desde el momento en que se pronuncia alguna de estas palabras fatídicas, *fe*, *patria*, *libertad*, o *derechos de la civilización*, podemos prepararnos a ver derramarse mucha sangre y hacerse muchos negocios. ¿Será lo religioso problema tipográfico? No sólo son importantes los

tipos en el culto, sino la tinta. Los lamas, para copiar los libros santos, usan cuatro clases de tinta: la de cinabrio tiene 108 veces más virtud que la negra; la de plata, 108 veces más que la de cinabrio, y la de oro, 108 veces más que la de plata: ¡108 veces justas! ¿Por qué no? Aquí siquiera no hay nada opuesto a la embriología ni a la aritmética. Lo comprometedor es afirmar que tres es igual a uno. Pues bien, figúrense la guerra civil que se armaría, quizás en los conventos búdicos, por una equivocación de frascos...

Cruel es la conducta de los turcos en Albania. Se parece a la de los prusianos en Polonia, donde se martiriza a los nenes que no rezan en alemán. Ridículo es sacarse las tripas por cuestión de viejas liturgias. Ridículo es -o ridículo juzgarán las generaciones del porvenir- que las naciones sudamericanas estén a punto de pelearse por cuestión de límites, es decir, por cuestión de archivos. Se trazan las fronteras con arreglo -salvo las soluciones de violencia- a lo que ordenan pergaminos que se apolillan desde cientos de años. Estos pueblos orgullosos de su juventud se olvidan de que son independientes -a pesar del centenario-; retroceden sin vacilar a la época del coloniaje, y se ajustan a la documentación administrativa de España; obedecen a España, y no a la España actual, sino a la difunta, a la del "león rendido". Para las cancillerías no hay presente ni futuro, no hay sino pasado, y cuanto más remoto, extraño e inútil sea el pasado, tanto mejor. Los jueces ordinarios opinan igual; es preciso que los muertos estén bien muertos para gobernar a los vivos, y cuando las cosas, además de muertas, se vuelven incomprensibles, es cuando son sagradas

Observemos también que la flamante constitución turca no impide las persecuciones ni la clásica tiranía. Roosevelt, de vuelta de cazar rinocerontes, se detuvo en el Cairo a hacer rabiar a los egipcios. Les dirigió un discurso en la Universidad, llena de jóvenes nacionalistas, a los cuales irritó cuanto pudo. Les dijo que no estaban maduros para la independencia, ni para la constitución, y que el asesinato de Boutros Bajá se había colocado en el "pináculo de la infamia". Explicó de qué manera seguían caotizadas, y en pleno despotismo, repúblicas cuyas constituciones eran, en el papel, las más libres del mundo. Habría citado, si las hubiera conocido, las frases de Alberdi: "la tiranía no reside realmente en el tirano. La tiranía, como la libertad, está en el modo de ser del pueblo mismo. La tiranía es la causa, el tirano es el efecto... Cada hombre es su propio soberano y su propio súbdito; el que no sabe obedecerse a sí mismo, mal puede saber gobernarse a sí mismo. Puede decir que tiene la sedición en su persona. Cada hombre lleva en la constitución de su individuo, toda la constitución de su país".

Los nacionalistas egipcios contestaron que ellos eran jueces de lo que les convenía. Acusaron a Roosevelt de hacerle el juego a Inglaterra. Porque en el fondo pasa en Egipto lo que en la India: están hartos de los ingleses. Se trata de religión, de genio, de raza. Es un movimiento general en África y en Asia contra el extranjero. La constitución no suprimirá el despotismo, pero los musulmanes prefieren un despotismo musulmán a un despotismo cristiano. Eso es todo. Adoptan las instituciones del enemigo para batirle, como adoptan sus armas. Si el rinoceronte supiera manejar el rifle, no se dejaría cazar por Roosevelt.

Lo curioso es que Roosevelt aplaude la constitución turca, que tan funestamente protege a los albanos. Y lo doblemente curioso es que la máxima favorita de este formidable *sportman* se redacta así: caminen con un buen garrote, y hablen bajito..."

Mientras tanto, los albanos destrozan y son destrozados con el salvaje frenesí de los tiempos prehistóricos. La única diferencia, en verdad insignificante, es la de empuñar fusiles de repetición en vez de hachas de sílex.

Está poniéndose de moda en el gran mundo, no ya declamar, sino componer versos. Los aristócratas se dignan hacer una benigna competencia a los poetas profesionales. Se trata de inspiraciones de círculo y éxitos de salón. Los autores se molestarían si los admirara el público anónimo. El público, por otra parte, no se ocupa gran cosa de esa literatura de etiqueta. Todo habría debido continuar así, hasta que hubiera pasado tan inocente manía. El *statu quo* quedaba definido en el libro del señor barón G. de Parrel: *Sous les lustres*, que nos da la lista de los más célebres conductores de cotillones y de los más notorios conferenciantes, escenógrafos y artistas mundanos. Es una obra que "los intelectuales se abstendrán de juzgar". ¡Su profunda ignorancia les descalifica! Enterémonos, pues, en respetuoso silencio, de las delicias que no tenemos derecho a compartir con los amigos del barón de Parrel. Y con las amigas... porque en la alta sociedad parisiense las damas devotas de la rima y del ritmo dejan atrás, tanto por el mérito como por el número, a los caballeros. Se nos asegura que las tertulias de la condesa de Villarsen, de la baronesa de Sardent, de la condesa Charles de Pomairols, son algo exquisito. A ciertos académicos se les permite asistir. Pero la reina de estos torneos elegantes es la señora duquesa de Rohan. Su fama de poetisa es enorme entre sus relaciones, y me arriesgo a traducirlos, al pie de la letra, el comienzo de uno de sus mejores poemas:

VISIÓN DE ENSUEÑO

*Madre, bendice a tu hijo; va a hacer la guerra,
A defender su patria, y la viña y el trigo,
Los palacios, los hogares donde el grillo se soterra;
Pero al dejarles a todos su corazón está abrumado.*

*Hasta la vista, hijo mío, el buen Dios te proteja,
Que vele sobre tus días y te traiga al puerto;
Del peso de mis tormentos quisiera que me alivie
Y haga de tu corazón el de un hombre fuerte.*

En francés resulta todavía más hermoso. La duquesa de Rohan no desdeña alentar a los principiantes.

¡Nobles desahogos de almas aparte, protegidos contra la crítica grosera por una discreta y perfumada penumbra! Todo iba bien, cuando de pronto, gracias a una distracción de la señora de Rohan, su nombre rodó de boca en boca, algunas no muy limpias, y París entero soltó una inmensa carcajada.

La duquesa, en efecto, mandaba invitar, para sus *tés poéticos*, a Verlaine, muerto desde hace doce o quince años. He aquí el sobre de la invitación: *A M. Paul Verlaine, aux bons soins de M. N. Fasquelle, éditeurs, Paris*. ¿Cómo se supo? Todo se sabe... La pobre duquesa de Rohan concedió audiencias a los reporteros, y explicó que la culpa era de un secretario, no, de un simple ayudante de cámara, encargado, por su linda escritura, de poner las direcciones de los invitados, el cual, viendo un volumen de poesías de Verlaine, envió un convite extra por cuenta suya y por intermedio del editor... ¡Ah! Es necesario ser excesivamente estúpido, aun entre los ayudantes de cámara, para ignorar la muerte de un Verlaine.

Lo malo es que París no pareció convencido de la historia, y lo peor es que la duquesa tampoco, puesto que habló nuevamente del asunto a un reportero del *Paris-Journal*, diciendo: "He invitado a M. Paul Verlaine, es cierto, pero se entiende, claro está que me refería al señor Verlaine hijo, que suele unir a su nombre de pila el de su ilustre padre... ¿Cómo llegó la invitación a manos del editor Fasquelle?... Es un misterio... El cuento no ha hecho reír más que a los que no me conocen".

Sin embargo, 1º) El hijo de Verlaine, mayoral de tranvía, jamás se ha llamado sino Georges Verlaine; 2º) El *Mercure de France* ha recibido dos invitaciones de escritura idéntica a la de la invitación de que la duquesa se declara responsable, y dirigida a los poetas Guérin y Samain, tan difuntos, ¡ay!, como Verlaine...

Sólo se ríen de la duquesa los que no la conocen. Pero es demasiada gente. Por lo demás, la avería de los *tés poéticos* carece de importancia. En ellos lo que importa es el té, y los verdaderos poetas ni han muerto, ni han vivido nunca para la duquesa de Rohan y compañía.

EL ODIOS Y LA PAZ

Según el general von der Goltz, el estadista que vacila en agredir cuando la guerra es inevitable, su país está listo y el enemigo desarmado, es un traidor. Esto, que parecerá excelente a un cerebro militar, carece de buen sentido para los cerebros civiles. Si el enemigo está desarmado, o mal preparado, se guardará de provocar la guerra. En el momento que el generoso von der Goltz elige para agredir, la guerra es menos inevitable que nunca. En cuanto a la moral de semejante doctrina, ¿a qué comentarla? Ninguna persona decente, al cabo de un minuto de examen, dejará de encogerse de hombros.

Lo malo es que en Alemania muchos opinan como el general von der Goltz. Se desea que el mundo sea prusiano, hipótesis que habría horripilado a Schopenhauer, a Heine y a Nietzsche, los cuales despreciaban a su patria, y no saldrían de su asombro al ver a Krupp sobre el pedestal de Goethe. "Las naciones civilizadas pelean como bestias feroces, decía Federico el Grande; me avergüenzo de la humanidad, y me sonrojo del siglo". Federico el Grande, con tales ideas, sería hoy en su tierra Federico el Pequeño.

Consideren lo que le ha sucedido al mismo Káiser. A la muerte de Eduardo VII se encontró en Londres con el ministro francés M. Pichon, y hablaron de política internacional. Guillermo II dijo que el único medio de garantizar la paz consistía en crear una confederación europea de las potencias principales. El pensamiento sería fecundo. No es nuevo. Hace años que Novicow, con su destreza de insigne sociólogo, lo desarrolló admirablemente. Roosevelt lo recogió después. El tribunal de La Haya, en efecto, es un tribunal platónico; está desprovisto de lo esencial, que es la fuerza para hacer cumplir sus fallos. La fuerza precede a la justicia. La justicia no es sino la mejor utilización de la fuerza. En La Haya no se resolverán jamás cuestiones importantes. ¿Qué son esos jueces desamparados, que ni siquiera usan revólver, frente a la escuadra inglesa o al ejército alemán? Obedecerles sería obedecer a la justicia pura, y entonces ¿qué necesidad tendríamos de ellos? En cambio, una sociedad imperfecta podría obedecer a los invencibles cañones de una confederación nacida en un instante propicio, y sostenida ulteriormente por la vigilancia del proletariado. Alberdi -cuya sombra augusta nos consuela de los *dreadnoughts* criollos- ha escrito: "así como la presencia del malhechor en casa ajena es una presunción de su crimen en lo civil, así todo Estado que invade a otro debe ser presumido criminal y tenido como tal sin ser oído por el mundo hasta que desocupe el país ajeno". Los cañones confederados, gendarmes de pueblos, sujetarán el ímpetu agresivo de los von der Goltz.

He aquí -acaso- los sueños del Káiser ante el ataúd del rey de Inglaterra. Ataúd de majestad cómica, urna vana, caja de podredumbre que velaron nueve reyes y medio millón de hombres condenados a pudrirse también; ¡espectáculo pacificador! Ya que la naturaleza nos destruye con tanta solicitud, no nos impacientemos por sustituirla. Conoce su oficio mejor que nosotros. Quizá Guillermo II, en la madurez de su existencia, doblado el cabo de la Desesperación, a

partir del cual los ojos se descongestionan y adquieren la amarga lucidez de lo real, vivió una hora plenamente humana, y sintió que hasta para el Káiser hay cosas superiores a Prusia... Pero volvió a su Prusia, y la halló indignada contra él. La prensa, casi unánime, le desautorizaba con sarcasmo. El *Deutsche Tageszeitung* se reía de las ilusiones inglesas: "Alemania no mudará de política; sabe que está en un plano de igualdad con el poderío británico". El *Taegliche Rundschau* decía que era imposible que el emperador hubiera propuesto soluciones tan impracticables. "¡Nuestra flota es el más potente instrumento de paz!" El *Hamburger Nachrichten*: "¡Desconfiemos de la paz!" El *Deutsche Zeitung*: "Se trata de una perfidia de Francia, que quiere endosar al emperador el papel lubricante del difunto Eduardo VII". Otros: "Un emperador germano se compromete y se rebaja haciendo votos por una fantasía utópica"... Etc., etc. Y el Káiser rectificó. Hizo declarar que la palabra Confederación no había sido pronunciada, que el proyecto de una liga europea estaba muy lejos de su espíritu. Pidió excusas a la opinión por no haber compartido con ella, durante un segundo, el odio y la paz.

La opinión, entre los resignados a su infortunio o al del prójimo, la hace la prensa. Los no resignados, cada vez más numerosos, se informan por sí de lo que les atañe. Adivinan que la *gran* prensa es una industria combinada con otras industrias, y que debajo de una campaña periodística hay siempre un negocio. Saben que son ellos quienes pagan los *dreadnoughts*, puesto que no se les devuelve en forma de salarios sino una fracción de lo que contribuyen. Saben que ellos proporcionan el 99 por 100 de las víctimas de la guerra. Saben que uno de los fines del *dreadnought* es mantener las tarifas proteccionistas y encarecer los artículos de consumo. Saben que el enemigo *de ellos* no está fuera de las fronteras, sino dentro. Saben que el trabajo que no produce factores positivos es inmoral. Ese ejército de no resignados está sólidamente constituido en Alemania, pero tiene el defecto que hace de los alemanes magníficos relojeros; es un poco miope; es candoroso y paciente. Le falta el genio revolucionario. Con él, con unos adarmes de sal rusa o francesa, el socialismo alemán impondría la paz a Europa.

LORDS

Como el mantenimiento de la paz exige continuos progresos en el arte de la guerra, la Gran Bretaña, igual que las demás naciones, construye ansiosamente acorazado sobre acorazado, a fin de que no peleen nunca. ¡Lástima que el sistema preventivo sea tan costoso! El gobierno, en la necesidad de nuevos recursos, se ha dirigido a los propietarios, seiscientos y pico de los cuales, aprovechando la circunstancia de ser lords, es decir, señores, han rechazado el presupuesto de la Cámara de los Comunes; se conforman con las escuadras destinadas a defender su fortuna, siempre que las pague otro. ¡Tremendo conflicto!... Los partidos apelaron al pueblo, y, en consecuencia, se dedican hoy al deporte electoral.

El pueblo -como se llama a los electores en jerga parlamentaria-, el pueblo decidirá... ¿qué decidirá? Hace siglos que funciona la Cámara de los Lords, y nadie sabe aún en qué consisten sus funciones. Había la costumbre de que la Cámara alta aprobara los presupuestos de la baja. Pero ahora que se les ocurre a los lords cambiar de costumbre, estamos perdidos. ¿Y el rey? Lo malo es que tampoco sabemos bien en qué consisten las funciones del rey. Hay la costumbre de que no se meta en los asuntos de su país. Y en efecto, cuando queremos conocer su opinión sobre la querrela actual, se nos contesta que trabaja sus caballos y que sigue patrocinando las levitas de dos botones. Es un rey correcto.

Se ha dicho que no sólo Inglaterra, sino cada inglés es una isla. ¡Admirable individualismo, producto y escuela de la energía personal, clave de la estructura religiosa, política, mental y social de los ingleses! "Los ingleses, observaba Voltaire, tienen cincuenta religiones y una

salsa". Religiosos sí; místicos, jamás; el inglés va a su iglesia como va al club. Se guarda de abstraer, de elevarse a regiones del espíritu demasiado ratificadas para la acción. Ni místico, ni metafísico, ni apóstol. Cromwell hace su revolución con la biblia en la mano. Cualquier trasto viejo sirve; lo importante es la gimnasia. ¿Para qué unificar las leyes? En Inglaterra la ley es un caos inextricable de usos de todas las épocas; ¡mejor!, el juez es más libre. Nada se suprime en la política británica; para semejantes atletas nada es pesado. Su cerebro robusto digiere lo anacrónico, así como los gansos se tragan piedras que les muelen los alimentos en el buche. El materialismo es el nervio de la crítica inglesa. Los ingleses ven y oyen a maravilla los objetos terrestres. Sus raros filósofos son físicos, biólogos, ingenieros. Sus físicos mismos utilizan cincuenta teorías contradictorias para explicar un fenómeno, y prefieren una salsa especial, el aparato de cartón o de madera que lo figure. Para el inglés, comprender es tocar. Dueño de los hechos aislados y próximos, las armonías trascendentales se le escapan. En vano estudia a los célebres compositores y acude a Bayreuth y solfea con rabia: el destino le ha negado el don de la música. Su imaginación es plástica; su fuerte es lo particular, llevado hasta lo excéntrico; triunfa en la caricatura, en la descripción de lo horrible; su arte, intenso y agresivo, carece de plan; por eso sus obras maestras no pertenecen a lo clásico, sino a lo romántico. Me refiero más al talento que al genio. No hay genios ingleses, ni franceses, ni alemanes. No hay genios nacionales. El genio no tiene patria, ni siquiera familia. Aprecien, este último rasgo del fecundo prosaísmo inglés: las *tradeunions* no profesan ninguna doctrina social; millones de obreros asociados para la lucha contra los patronos, transforman el ambiente económico sin ser socialistas ni anarquistas; su método es el de los gremios de la Edad Media. En los distritos industriales establecen jerarquías, aristocracias. El operario que gana diez chelines alquila piano, aunque su mujer no lo toque, y no se visita con los que ganan cinco. ¿Y esta gente que no puede resolverse a adoptar el sistema métrico, se dejaría estropear sus lords?

¡Venerables lords! Su prestigio es mucho; su historia, gloriosa. Se opusieron a la emancipación de los católicos irlandeses y a la abolición de la esclavitud. Se oponen a los proyectos sobre despachos de bebidas, al sufragismo y a la profanación de la renta. "Es necesario, claman en el manifiesto conservador, es necesario que exista nuestra Cámara, órgano de la voluntad del Estado en su carácter de entidad viviente y en cumplimiento de su primer deber, que es subsistir". ¡Subsistir! He aquí el deber típico de todo inglés, de toca cosa inglesa. He aquí el supremo argumento. Y los lords amenazan con males terribles: el capital emigrará a donde la demencia socialista no se haya apoderado de los ministros, a la América Latina, sanamente metalizada, a México, por ejemplo, donde un juicioso despotismo asegura la inviolabilidad de los cupones.

"Somos grandes -decía Gladstone-, por el *cricket* y porque casi desde la cuna hemos aprendido a abominar la mentira". Esto de abominar la mentira significa simplemente que hay que ganar al *cricket* sin hacer trampas. Inglaterra es el deporte, un deporte a veces brutal, pero muy honrado. No existe deporte sin un conjunto de obstáculos que definen el juego. La Cámara de los Lords es uno de los indispensables obstáculos del deporte público, y no será eliminada ni modificada. Su primer deber es subsistir, como subsiste el marco del gol, sin el cual no habría fútbol posible. Por lo demás, la incapacidad de los ingleses para las ideas generales les ha hecho maestros en política.

RED COCOA

La Amazona Rubber Company no es la única *company* que esclaviza a sus obreros de color. Notemos sin embargo que las compañías inglesas no tienen excepcional predilección por la esclavitud. En los gomales de Bolivia los procedimientos son análogos. Italia se ocupa de revelar ahora -quizá por argentinismo- los horrores de ciertas *fazendas* del Brasil. Mas si los

ingenios de Tucumán no son lo que antes, quedan los yerbales del Alto Paraná, donde se tortura y se asesina concienzudamente a los *mineros*. ¿Saben lo que es *estaquear* un peón? Se le atan las cuatro extremidades a cuatro estacas, al sol, con cuero fresco, y tan fuerte que la víctima no toca tierra. El cuero se seca, se encoge, y corta la carne. A veces se *estaquea* sobre un nido de hormigas coloradas al cual se prende fuego. El padre Las Casas encontraría asunto para su pluma vengadora en la América de hoy. Y quien dice América dice Asia o África. Las costumbres de los europeos, cuando ellos se ocupan de civilizar al prójimo, son bastante monótonas.

Si la moderna esclavitud origina tantos escándalos en Inglaterra, es porque allí hay gente que se escandaliza. El hecho es que no oímos hablar de los grandes males donde existen, sino donde se les combate. Las sociedades antiesclavistas y la prensa denuncian los abusos y mueven con éxito la opinión británica. El *Daily News*, por ejemplo, ha realizado campañas ruidosas contra la esclavitud de los chinos en el Transvaal y contra las ignominias del Congo libre. Pero nada, en el género atroz, compite con las colonias portuguesas del oeste de África -islas de Príncipe y Santo Tomé-, donde se trabaja el cacao. Hombres, mujeres y niños son sacados de sus casas y llevados por la violencia a las plantaciones. En 1901, un par de negros, macho y hembra, sanos y fornidos, costaban, *puestos* en Santo Tomé, cincuenta libras. Por el camino se les marca como al ganado. Durante las marchas nocturnas van con grillos; a los que se rezagan se les degüella. Un suplicio que se les aplica frecuentemente en el escritorio del patrón, es aplastarles los dedos en la prensa de copiar. La mortalidad anual es de veinte por ciento. Esta cifra lo resume todo. (Resultados del proceso Standard-Cadbury, 1908).

Lo triste es que el *Daily News*, tan indignado cuando se trataba del Congo o del Transvaal, guardó siempre un misterioso silencio respecto a la esclavitud de Santo Tomé. La razón -muy cotizable- consiste en que las 199.000 acciones del *Daily News* pertenecen a los Cadburys. ¿No conocen el cacao Cadbury, el mejor cacao manufacturado del globo? Ha dado una inmensa fortuna a sus dueños. Se prepara con él un chocolate exquisito. Sólo que es cacao de Santo Tomé, *red cocoa*, cacao rojo, cacao manchado de sangre. Pero no importa. Su sabor es bueno. Además míster George Cadbury, el más voluminoso de los Cadbury (166.000 acciones del *Daily News*) es una excelente persona. Baste decir que es cuáquero, *id est*, representante del más austero puritanismo inglés. ¿Recuerdan el heroísmo de los primeros cuáqueros? "Al enviarme Dios al mundo, cuenta Fox en su diario, me ordenó que no me quitara el sombrero ante nadie, y que tuteara a todos, ricos y pobres, grandes y pequeños... ¡Oh! ¡Cuántos desprecios, cuántos furores tuve que sufrir! ¡Cuántas bofetadas, cuántos puñetazos, cuántos palos, cuántas prisiones, porque no queríamos quitarnos el sombrero! A varios de nosotros les arrancamos los sombreros de las sienas, y se los lanzaron a tal distancia que jamás pudieron hallarlos". Si eso soportó Fox en defensa de la santa igualdad de los hombres, ¿qué habría opinado sobre el cacao rojo? Me objetarán que Mr. Cadbury, aunque cuáquero, vive en el siglo XX.

¡Curiosas desviaciones del cristianismo! Pienso en Mr. Cadbury, y pienso a la vez en el padre Conrady.

El padre Conrady es belga. Tiene sesenta y nueve años. Recibió las órdenes sacerdotales en París. Fue misionero siete años en la India. Después pasó a China, y los leprosos de Cantón le retuvieron. Escupidos por la ciudad como bestias de maldición, estaban amontonados en los muladares de los suburbios. El padre Conrady voló a Norte América, llamó a las puertas y a los corazones, reunió treinta mil dólares, regresó a Cantón, compró una isla cerca del puerto, y hospedó a quinientos leprosos, con los cuales cohabita. Las últimas noticias que tengo del padre Conrady son que se ha contagiado de la lepra, y está moribundo.

He aquí un fraile que, sin ser del siglo XX, vive en él para gloria de la especie humana. Pio X no haría ningún desatino en ofrecer su tiara de pontífice a este divino leproso, cabeza visible de la

antigua iglesia. Prefiero complacerme en creer que el padre Conrady, como sus inmortales precursores, son ejemplares prematuros del porvenir. De Mr. Cadbury no es posible asegurar lo mismo. Mr. Cadbury no es del pasado ni del futuro. Su mérito -o por lo menos su eficacia- es de estricta actualidad. Mr. Cadbury es del presente. Y el presente es algo tan cojo, sumergido, despeñado, leve y ciego, que Mr. Cadbury nos inspira compasión por haberse embarcado, para cruzar el infinito, en la nave de los escasos y endeble minutos de su propia vida. No aplastemos a Mr. Cadbury, simple millonario, bajo la majestad de padre Conrady. Al fin el padre Conrady tampoco es perfecto. Al frente de una explotación de cacao fracasaría lamentablemente.

LA REHABILITACIÓN DEL TRABAJO

En nuestra sociedad el trabajo es una maldición. La sociedad, como el Dios del Génesis, castiga con el trabajo, ¿a quién? A los pobres, porque el único delito social es la miseria. La miseria se castiga con trabajos forzados. El taller es el presidio. Las máquinas son los instrumentos de tortura de la inquisición democrática.

Hemos envenenado el trabajo. Le hemos hecho temer y odiar. Le hemos convertido en la peor de las lepras.

¡Y pensar que el trabajo será un día felicidad, bendición y orgullo, que quizá lo ha sido en sus orígenes! Mientras escribo estas líneas, mi hijo -de dos años y medio- juega. Juega con tierra y con piedras, imitando a los albañiles; juega a trabajar. La idea de ser útil germina en su tierno cerebro con alegría luminosa. ¿Por qué no trabajan los hombres, alegres y jugando, como trabajan los niños? El trabajo debe ser un divino juego; el trabajo es la caricia que el genio hace a la materia, y si la maternidad de la carne está llena de dicha, ¿no ha de estarlo también la del espíritu? Y he aquí que hemos prostituido el trabajo; hemos hecho de la naturaleza una hembra de lupanar, servida por el vicio y no por el amor, hemos transformado al obrero en siervo de eunucos y de impotentes.

El trabajo ha de ser la bienaventurada expansión de las fuerzas sobrantes; el resplandor de la juventud. Ha de ser hermano de las flores, del encendido plumaje que ostentan las aves enamoradas; hermano de todos los matices irisados de la primavera. Compañero de la belleza y de la verdad, fruto, como ellas, de la salud humana, del santo júbilo de vivir.

Entretanto, es compañero de la desesperación y de la muerte, carga de los exhaustos, frío y hambre de los desfallecidos, abandono de los desarmados, desprecio de los inocentes, ignominia de los humildes, terror de los condenados a la ignorancia, angustia de los que no pueden más.

Pero lo absurdo no subsiste mucho tiempo. Libertaremos a los pobres de la esclavitud del trabajo, y a los ricos, de la esclavitud de su ociosidad.

NOTICIAS DE LEOPOLDO

– ¡Me ahogo, doctor, me ahogo! -dijo el rey de los belgas al doctor Thiriart. El doctor Thiriart le puso unas inyecciones. Mientras tanto el rey falleció.

Desde ese momento no se ha tenido más noticias de él. Sin embargo, cuando morimos de repente es probable que al ser despedidos de este mundo conservemos cierta velocidad adquirida y describamos un resto de trayectoria. Así le ha sucedido a Leopoldo. Quiero contarles su viaje póstumo, en el que ha invertido un mes y medio.

Al volver del sofocón, se encontró tendido en su lecho de muerte. Le velaban miembros de su familia y demás dignatarios. Personas, muebles y muros parecían fluidos. Leopoldo se sentó en la cama. Nadie dio señales de extrañeza. Se levantó, marchó a través de sus hijos y de sus consejeros, masas vaporosas que no le opusieron resistencia alguna, y salió a la calle.

Puesto que todo está muerto alrededor de mí, pensó juiciosamente, es que el muerto soy yo.

Le satisfacía, en medio de tantos seres etéreos, sentir su carne palpable, consistente, dura. Notó que le habían vestido de general, con grandes charreteras, y todas sus cruces. Luego calculó:

– Estoy muerto y vivo a un tiempo. ¡Dios existe!

Empujado por un instinto misterioso y certero, se dirigió a la frontera de Francia.

– Sin duda voy a comparecer ante Dios...

Confiaba en que su hermosa barba blanca y su uniforme de general impresionarían favorablemente. Además, había recibido los santos sacramentos y el Papa era su amigo. Y caminaba: cruzó campos de un verde traslúcido, surcados por vagas siluetas laboriosas, arroyos en cuya linfa de ensueño se desleía el alma de los sauces, aldeas de silencio, ciudades cuajadas en el vacío de lo imposible, y alcanzó París a medianoche, *su* París, familiar y fantástico, construido de estelas de gas fosforescente, horno glacial en que se movían innumerables comparsas mudos, con un lamentable gesto de salamandras felices. Leopoldo comprendió que Dios no estaba en París, y siguió caminando hacia el Sur.

Empezó a fatigarse. Empezó a sufrir. La tierra se le hacía acaso menos irreal. Y caminaba... Tuvo que atravesar landas inmensas, en que los espectros de los pinos se retorcián bajo pesadillas de huracanes. Tuvo que buscar desfiladeros entre la nieve de las cordilleras. Descendió a llanuras, donde ondulaban los penachos rubios del maíz. El sol frío brilló después sobre los trigos y los olivares. Y el muerto caminaba hasta que lo detuvo el fantasma del mar, o tal vez el mar mismo. A la orilla, un grupo de pescadores sórdidos sacaba una larga red, en cuyo vientre oscuro hervían escamas de plata. Era evidente que Dios no estaba en Europa.

Leopoldo, suspirando, se quitó su traje de general y nadó sin tregua, siempre hacia el Sur. Sus carnes se ablandaban, se hacían transparentes. En la noche, hilacha de tinieblas flotando en las tinieblas, perdía la fe. "¿Por qué se me retiene sobre el planeta? ¿Dónde estará Dios?" A veces, un buque de alto bordo, coronado de luces, hendía el abismo, con un grito monstruoso. Y el muerto nadó tres días.

Desnudo, rendido, angustiado, se internó en el África. Las cosas materiales iban recobrando su aspecto normal, a medida que él se aniquilaba. Vio extrañas plantaciones, casas de soledad, tapiadas y blanquísimas, terrazas y alminares donde los muezines se delineaban en el fuego del crepúsculo, chozas techadas de follajes exóticos, pozos entre palmeras; conoció a los árabes y los beduinos, las lentas caravanas; oyó el aullido de los chacales y la voz del león. Y todo aquello vivía, y él se moría definitivamente. "Quizá no hay Dios... quizás estaré juzgado sin saberlo". Y se arrastraba en su rumbo fatal hacia el interior del país. Y seguía arrastrándose, jirón de bruma dolorida, entre los matorrales, sobre las arenas abrasadoras, herido del sol despiadado. Y pasaron los días y las noches y al fin llegó.

Leopoldo, que no era ya sino el recuerdo de un suspiro humano, el eco de un hueco donde hubo una sombra, contuvo el átomo de vida que aún le restaba, y miró -mirada postrera- en torno. El paisaje trajo a su memoria una de las fotografías tomadas en el Congo. Al pie de un árbol, un negrito recién nacido dormía profundamente. No había más Dios por allí. Leopoldo entonces se disolvió en la brisa y el niño, al respirar, se sorbió al rey...

Ahora el espíritu de Leopoldo, tan curiosamente reencarnado, tendrá ocasión de ampliar su experiencia, recorriendo otra de las infinitas aristas del poliedro universal.

LOS EX REYES

Entraron en el *hall* del hotel, y sentaron cerca de mí. Los reconocí en seguida. Eran don Manuel y su madre doña Amelia. Parecían algo abatidos aún, pero el adolescente se acordaba de mirar a las muchachas con el rabillo del ojo, y doña Amelia, un poco madura, mas siempre buena moza, estaba vestida con esa elegancia inexorable de las que, inclinadas ya sobre los bordes del tiempo, no se animan a separarse voluntariamente de las vanidades del mundo. Me hicieron el honor de dirigirme la palabra. Hablaron de la revolución portuguesa y juzgue oportuno dirigirles frases de vago consuelo.

– No crea usted -dijo don Manuel-. Valía más salir de dudas. Nuestra situación ha mejorada.

– Entre nuestros súbditos -dijo doña Amelia- corríamos grave peligro. Fuera de Portugal nos sentimos seguros.

– Tanto más -añadí yo- cuanto que no hay tratados de extradición para los reyes caídos.

– Note usted -insistió ella- que antes temblábamos hasta en el extranjero. Viajábamos bajo la amenaza del crimen, rodeados de un ejército de policías, igual en París o Viena que en Lisboa, mientras ahora, felizmente, nadie se ocupa de nosotros...

– No deja de ser humillante, mamá -dijo el joven-, que por voluntad ajena, y de repente, me hayan despojado de tantos títulos gloriosos. Yo era rey de Portugal y de los Algarves, aquende y allende la mar del África, señor de Guinea, de Etiopía, de Arabia, de Persia y de la India. ¡Todo eso a los diecinueve años!... Y ahora no soy nada.

– Los asesinos de tu padre te lo dieron, y ellos te lo quitaron.

– Señor -dije yo-, ayer era usted Manuel II, pero hoy es usted Manuel. Continúa siendo alguien.

– Hay muchos que se llaman Manuel.

– Ninguno destronado como usted, señor. Nadie podrá confundirle.

– Lo cierto es -suspiró el honrado mozo- que yo no tengo nada que ver en lo que me ocurre. Soy tan inocente como ignorante de mi destino. Apenas subí al trono, abandoné la música -le advierto que sé dirigir una orquesta-; amé a mi país, y me puse a confeccionar la dicha de mi pueblo. Tendí la mano a los republicanos, renuncié a la mitad de mi lista civil, fui todo lo simpático y cordial que me fue posible. Los cómplices del asesinato de papá quedaron impunes.

– ¡Pobre don Carlos! -dijo doña Amelia-. Pesaba ciento veinte kilos, era incomparable en el tiro de pichón y no se metía en política. ¡Pero eso atañe a los ministros! Ellos son los únicos responsables. Y, sin embargo, la víctima es el rey.

– Llegué a ser ingrato a la memoria de mi padre -dijo don Manuel melancólicamente-. En las fiestas públicas las mujeres llevaban los abanicos con el retrato de los regicidas. Si un forastero pedía mi retrato en una tienda, se le contestaba que no vendían allí esa basura. Y yo guardaba silencio. ¡Ah!, no tengo el alma de Hamlet.

– Señor -le dije-, olvide usted a los reyes a la antigua. Usted es un rey moderno. Los reyes verdaderamente modernos son los que se van. Durante todo el siglo XIX, los reyes se han ido en fiacre. Usted ha hecho más. Usted se ha ido en automóvil. Semejante velocidad dignifica la fuga.

– ¡Desgraciado Portugal! -exclamó el mancebo-. Europa devorará esa república administrada por médicos, profesores y poetas chirles. De Braganza han bajado a Braga. El presidente cita en sus decretos a Augusto Comte. ¡Qué caos! No he conseguido nunca comprenderlo. Y a propósito, ¿sabe usted quién era el coronel de uno de los regimientos sublevados? Alfonso XIII.

– Sí; pero era coronel como usted era señor de Arabia. Era coronel honorario.

– Menos mal.

– Hijo mío -dijo doña Amelia-, Gaby nos aguarda.

– ¡Gaby! ¡Si la conociera usted! Una excelente chiquilla. La prensa le enrostró el delito de serme agradable. No se atrevió a visitarme en Lisboa más que una vez, y dijeron que dormía en palacio. Tuvo que partir, calumniada y casi agredida por una plebe imbécil que, se lo confieso, he cesado de amar. Ya no me preocupa absolutamente la felicidad de mi pueblo.

– Gaby es muy mona, muy artista, muy *chic* -dijo doña Amelia-. Me da consejos de *toilette*.

– Veo otra ventaja del destronamiento -observé al joven-. Las Gaby no le saldrán a usted tan caras como antes.

– ¡Oh! No nos faltan recursos...

– Verdad que usted hace música, y que su señora madre pinta con gusto exquisito -dije cándidamente.

– ¡Caballero! -exclamó doña Amelia, irritada-. ¿Por quién nos toma usted? ¡Trabajar! ¿Se figura usted que en estos años de sacrificios regios no hemos hecho economías!

EXTRAVAGANCIAS

Los hombres de ingenio y los elegantes de otras épocas han cultivado la extravagancia con un brillo que echamos de menos hoy. Los artistas, vestidos de poesía, y los *dandis* -poetas del traje- concentraban sus tiros sobre los burgueses y la Academia, que es la burguesía del talento. Era una brusca protesta contra la beocia circundante. Necesitaban quebrar el hielo de las conveniencias sociales, en que patinan con ridícula dignidad los filisteos; necesitaban sumergirlos de un golpe en el agua fría del asombro. Hace más de un siglo, un *buck English*

entra en un hotel, riñe con un sirviente y lo mata; a las reclamaciones del dueño, replica que le pongan el muerto en la cuenta. Brummel, siempre *squire*, hipnotiza a la aristocracia inglesa y al mismo rey con la insolencia glacial de sus refinamientos de indumentaria y con su tedio exquisito. Era el tirano de los salones, donde se dignaba aparecer un instante. Se hacía charolar la suela del calzado; "si no está charolada toda la suela, decía, ¿cómo estaremos ciertos de que el canto lo está?" El *humour* de Brumel era odioso. Visitó una vez los lagos del norte de Inglaterra. A su regreso le preguntaron cuál le pareció más bello.

– Están muy lejos de la calle Saint James... -contestó el *dandy* bostezando. Pero su interlocutor insiste. Brummel entonces interroga a su criado:- Robinson, ¿cuál de los lagos me gustó más?

– Me parece que fue Wintermere, señor.

– Así debe ser -añade el *dandy*-; Wintermere... ¿le satisface a usted esto?

Según la perfecta frase de Paul de Saint-Victor, el mundo, para Brummel, terminaba en sus uñas. Los estetas pusieron una nota decorativa en el *dandismo*; Oscar Wilde, paseándose en público con un lirio en la mano, nos ofrece una transición al D'Annunzio de 1901, deshojando un haz de rosas en los umbrales de su maestro Carducci. Pero Whistler, deliciosamente compuesto, no cenaba en los restaurantes a la moda sin antes lanzar un largo rugido de pantera.

La mejor bohemia es parisiense. El conde de la Palférine, en la *Comedia Humana*, oye con placidez los desesperados reproches, las súplicas que le dirige la madre de una joven seducida... "Señora, responde el magnífico bohemio, ¿qué quiere usted que haga? No soy cirujano ni partera...". Todos conocen la gracia tenue de los tipos de Mürger. La banda de Musset era canora, caballeresca y galante. Villiers reclama a la reina Victoria la isla de Malta, que según él le pertenecía por herencia de sus antepasados. En Barbey d'Aurevilly el *dandismo* se hace expansivo, coloreado, armonioso, espiritual; se hace francés. Brummel rompía rara vez el silencio; era el magnetizador de un rebaño; la conversación de Barbey deslumbró a la sociedad más aguda de Europa. "He conservado de él, cuenta Marta Brandés, visiones precisas; en un salón, sin dejar de charlar, tenía en la mano una copa de coñac del que no derramaba ni una gota -¡y Dios sabe cuánto gesticulaba!-; en la otra mano tenía un espejito para ver lo que ocurría detrás de él...". Era el encantador despotismo de un Rivarol. Cundo había alguna cara que no le gustaba en la tertulia, Barbey enmudecía obstinadamente. En casa de Mme. Daudet, por culpa de un caballero de exigua estatura que le fue antipático, el autor del *Chevalier des Touches* no dijo una palabra en toda la noche. El hombrecillo por fin se despide; iba a desaparecer, pero Barbey, tomando un lápiz de una mesa, lo llama a gritos: "¡Señor!... ¡señor!... se ha olvidado usted su bastón...".

Hubo en Madrid, hace doce o quince años, un discípulo de Barbey d'Aurevilly: Ramón del Valle Inclán. Acaso, ahora que ha llegado, si no a la fortuna, a la gloria literaria, se ría de sus extravagancias juveniles. Valle Inclán, en el ambiente más refractario de la tierra a ciertos desplantes, tuvo el heroísmo de llevar una melena enorme que amotinaba a la población. Este *dandy*, con rostro de Cristo bizantino, mantenía relaciones con la esposa de un catedrático de química. La resignación del químico indignaba a Valle Inclán. Le pisaba en la calle. "¿Qué ha sido? -balbuceaba la víctima-. Ya lo ve usted: un pisotón"... En el *foyer* de un teatro, Valle Inclán desuella a veces los dramas de X... literato célebre por sus desgracias conyugales. "Caballero, interrumpe uno de los presentes; no le consiento que siga hablando. – ¿Quién es usted? -pregunta Valle Inclán-. Soy el hijo del señor X-. ¿Está usted seguro? -replica apaciblemente el admirable cuentista de las *Sonatas*".

¡Pobre Valle! Discutiendo en un café le dieron un palo en la muñeca y hubo que cortarle el brazo. Palo simbólico. La bohemia ha muerto: quedan los atorrantes. El arte se industrializa; las

extravagancias se vuelven imbéciles. Ya no se mata con una ocurrencia; es necesario sacar el revólver. No hay *dandis*. Hay la brutal ostentación de los millones. En Nueva York las damas de la Quinta Avenida hacen reproducir sus efigies en estatuas de oro macizo, y en París los *rastas* hacen cocinar tortillas con billetes de mil francos en lugar de carbón... Para encontrar la ironía de buena ley, preciso es subir a los patíbulos. El salvaje bandido Liottard, ante la guillotina, contesta al magistrado que le exhortaba a tener valor.

– No se preocupe usted por eso...

EL MAL DEL SIGLO

Francia sigue desdoblándose. Los franceses no quieren tomarse el trabajo de nacer. De 1887 a 1890, había 58.000 nacimientos anuales en París. El año pasado no hubo más que 50.811. En las ciudades grandes los nacimientos han descendido de 25.5 a 21.21 por mil, y en las chicas de 23.3 a 20.6. El río humano se seca. Con la siempre enorme mortalidad infantil, resulta que la mayoría de los franceses se compone de cuádragenarios; Francia es hoy un pueblo de viejos. "Es probable que desaparezca de entre las naciones hacia el fin de este siglo", dice gravemente un autor japonés. Pero el Japón no está inmune; piensen que el país más enfermo es el más civilizado, y que el tipo de la civilización se hace sobre el globo. Los ingleses se sienten ya tocados por el mal; Alemania lo conocerá pronto. Los Estados Unidos se sostienen gracias a los inmigrantes; las familias americanas son casi estériles. L. de Norvins llegó a contar doce niños en cuarenta y cinco matrimonios. D'Avenel (1908) dice que en Washington, en un *appartement house*, donde se alojaban sesenta y cuatro parejas adultas, no se vio sino dos niños, uno de ellos extranjero. ¿Francia les asusta? Todos llevamos los gérmenes de su lepra. El oro nos matará.

Su opacidad nos aísla. Su peso nos estorba la sangre. Por él amaestrados a una crueldad metódica, el pobre lo adora de rodillas, o a cuatro patas, y el rico de pie; el uno lo sueña y el otro lo exige. Nos figuramos poseerle, y es él quien nos posee, no como un dios, sino como un ídolo. Hemos sacrificado al Moloch nuestros hermanos; ahora a nuestros hijos les toca el turno. Los humaniteros van consiguiendo que se prohíba al niño la fábrica y el taller, con lo cual el hogar proletario pierde unidades productivas; los chiquillos se vuelven una carga, y mejor es suprimirlos a tiempo. ¿Para qué engendrar la miseria? Sin embargo, es la alta burguesía la gran abortadora; su fórmula consiste en limitarse a un vástago que continúe el negocio. Primero se concentra la fortuna mediante el despojo legal, y después mediante el fraude genésico. Las damas que han adquirido una cultura exquisita comprenden claramente cuán molesta, peligrosa, antiestética y soez es la maternidad. Los padres odian a los hijos; no les quitan la existencia, pero no se la dan pudiendo dársela: mutilan el futuro. Y los hijos odian a los padres; les desean la muerte, o para heredarlos, o por economía. La ciencia suministra mientras tanto la técnica de la desgastación y del envenenamiento a domicilio.

Francia camina delante hacia la sombra, y el resto, unos más lejos y otros más cerca, se arrastran. Créanme: si no concluimos con el oro, el oro concluirá con los hombres. El oro es egoísmo solidificado. ¿Conciben una vida individual egoísta que sea superior? Pues lo que disminuye al individuo acaba por destruir la raza. En nuestro cerebro, espejo curvo donde se refleja lo infinito, intenso significa perdurable. El entusiasmo, la fe, el heroísmo, son imágenes del largo porvenir, perspectiva profunda de las generaciones venideras. Cuando nuestra alma desborda, los siglos reciben su simiente invisible. Pero las almas modernas no desbordan; se achican y se endurecen dentro de su cáscara, momificadas por el oro. Esta sociedad sórdida se ha disociado ya en el espacio, se ha convertido en un polvo de moléculas enemigas: es el triunfo de lo que se llama democracia y libre concurrencia. Faltaba la disociación en el tiempo,

mortificar y deshacer el último vínculo, el de la continuidad de la especie. Estamos empezando... ¡Ah! ¿pretendíamos vivir de negaciones? La realidad es lógica. ¿La negamos? Pues ella nos niega, y es la noche sin fondo lo que nos aguarda.

Para formarse una idea de lo enfermos que están los franceses, basta examinar los remedios que proponen. "Convenzamos a las gentes de que lo patriótico es tener hijos", dice uno. "Aseguremos un salario a las mujeres encinta", dice el más allá. "Concedamos primas de 500 francos a los hijos segundos y de 1.000 a los sucesivos...", "que los padres de familia tengan derecho a dos votos en las elecciones...", "metamos en la cárcel a los propagandistas del neomaltusianismo...", etc., etc. ¡Pobres diablos!

Remy de Gourmont, que, como la mayor parte de los literatos célebres de Francia, es un cínico, se felicita de que hayamos refinado nuestra inteligencia al punto de jugar con el instinto, separando el placer sexual de la procreación. Estas trampas que hacemos a la naturaleza le divierten mucho. También el infeliz que se pega un tiro le da a la naturaleza un chasco estupendo. Algunos sabios, en cambio, la hacen responsable de lo que acontece. Evolucionamos, dicen, hacia un estado de equilibrio que tal vez imponga una especialización, una restricción del sexo...

¿Quién sabe?, pero no olvidemos las innumerables especies que se han extinguido sobre la tierra. Quizás el cráneo de Gourmont esté condenado a no ser nada más que un fósil curioso...

No, amigos míos, lo que necesitamos es derribar el ídolo, y tender un puente nuevo que nos una a las cosas; necesitamos una religión nueva. El río humano, cuyo nivel baja cada día, necesita las aguas del cielo.

MARÍA

Es el mes de María. Todas las tardes oigo la campana de la iglesia del pueblo. Campanita humilde, cuerda con telarañas, iglesia pequeña y pobre, que por no tener nada ni tiene cura. Cuatro o seis mujeres siguen el mes de María por estas tardes de sol, y rezan, y después de cerrar con llave la iglesia sonora donde no hay nada que robar, regresan gravemente. Han rezado; caminan entre los árboles, y una a una entran en sus casas. Han apartado un instante sus ojos de los objetos próximos y han mirado más allá; han mirado a su modo, han pedido algo a lo desconocido. Porque aquí sucede lo que en las grandes ciudades; la gente nace, sufre, espera, muere. Y oigo la vocecita de bronce...

– ¿No va usted a la capilla, señora Rosario?

La vendedora de naranjas se ruboriza, y me ofrece los frutos que perfuman mis manos. Yo insisto en la pregunta. La señora Rosario, en efecto, era muy devota. Hasta se aseguraba que había sido ama de un capellán, y que si ella quisiera vendría un sacerdote al pueblo. Era ella la depositaria de la llave de la iglesia. ¿Habría dado la llave? ¿Sería imposible?

– Sí, señor, he dado la llave... Ya no voy más...

– ¿Por qué? ¿Le ha hecho alguna jugada la Virgen?

– ¡Calle, señor! No hable así... Es por la Virgen que no voy más a la iglesia. Yo no sabía rezar, yo rezaba mal, sin fijarme en lo que hacía. Es que me habían enseñado de esta manera los que no conocen a la Virgen. Usted creará de seguro, como los otros, que a la Virgen le gustan las

letanías, y los canturreos que no acaban nunca, ¿verdad? Pues no; todo lo contrario... La aburren. Y por no aburrirla no le rezo.

– A mí también, señora Rosario, me enseñaron mal. Tuve un maestro de religión que era el más bruto de la escuela. Su genio era insufrible; usaba en clase una larga regla para golpearnos, y rezaba el padrenuestro con furia. Aún parece que le escucho: "Padre nuestro... ¡orden, borricos!... dánosle hoy... (un reglazo)... como perdonamos a nuestros deudores... ¡te he de matar, sinvergüenza!..." Y luego me convencí de que los rezos sobran, de que los labios no deben interponerse entre nuestra alma y el alma del mundo.

– Pero a usted ¿quién se lo dijo?

– A mí... nadie, o quizá todo...

– Pues a mí me lo dijo la Virgen. Es decir, me lo dio a entender. Yo, señor, tuve hace poco un hijo muy enfermo. Le dolía la garganta, tosía, le abrasaba la fiebre. Yo no me hubiera apartado de su camita; ya ve, era más que mi sangre. Quitarme mi niño era lo que no es de pensar. Y, ¡estúpida de mí!, por las tardes oía la campana de la iglesia; arrojaba a mi niño, que me comía con los ojos tristes, le besaba llorando y me iba a la iglesia. Iba pedir por él, pero le dejaba. Le sentía toser y le dejaba, con su calentura y con la muerte que le andaba rondando. ¡Me iba a rezar, a conversar con la Virgen! Yo estaba loca; cuando volvía le encontraba pero. Una vez, durante los rezos, comprendí de pronto que eran inútiles, que mi hijo se ahogaba, que lo hallaría muerto, y corrí a su lado. Vi las puertas abiertas, y a la cabecera de la cama una mujer de pueblo, como yo, que acariciaba al niño y le subía sus ropitas. Yo la amé lo mismo que a mi madre y con una infinita confianza la supliqué para que se quedara. Ella me dijo dulcemente: "Si tu hijo está casi bien: tengo que hacer en otra parte", y se levantó. "Nos hemos cruzado en el camino, siguió diciendo, tú venías a mi casa, y yo iba a la tuya, a cuidar de tu hijo abandonando". ¡Dios mío! ¡Era la Virgen! ¿Cómo lo adiviné? No se parece a los retratos que hay en las iglesias. Yo caí arrodillada y ella sonreía...

– Señora Rosario: no se extrañe usted de que María opine así. Jesús le habrá comunicado sus ideas anticlericales.

– ¿Qué decía Jesús? ¿Usted lo recuerda?

– Decía: "Cuando ores entra en tu cámara y, cerrada tu puerta, ora a tu Padre que está oculta. Y no hables inútilmente porque tu Padre sabe lo que necesitas, antes de que se lo hayas pedido..."

BIRIBÍ

¿Qué es Biribí? Ir a Biribí es ir a los batallones de África –los *Bat d’Af* –llamados también -oh, ironía- los *joviales*, los *céfiros*... Biribí son las compañías de disciplina, presidios militares volantes, organizados por el gobierno francés en las colonias. Se va a Biribí por robo, por lesiones y por haber rebosado cierto número de castigos en el cuartel o por *las ideas*, o por andar de puntas con un jefe o sencillamente porque sí. Un concripto es enviado por *hecho de huelgo*. Otro por haber gritado: ¡Viva Dreyfus! Les aseguro que es muy fácil ir a Biribí. Lo difícil es volver. Cuando la amnistía de 1889, volvieron viejos de sesenta y de setenta años. ¡Curiosos Matusalenes! En Biribí, se concluye por perecer por lo común mucho antes. O si lo prefieren, se tiene ya setenta años a los treinta. Efectos del clima físico y, sobre todo, del clima humano.

En Biribí, suceden cosas interesantes. El azote, las esposas, los grillos, los cepos se usan siempre; pero existe la tendencia a considerarlos como una rutina. Los ayunos, las marchas con el equipo completo a cuestras (azadón y pala inclusive) son lo habitual. La mordaza y la *crapodina* vienen oportunamente a variar el programa. La mordaza consiste en un pedrusco que se le hunde al paciente en la boca. Después se le aplica sobre los labios una estaca de carpa, sujeta con cuerdas a la nuca. De este modo se guarda un correcto silencio en Biribí. La *crapodina* consiste en atar tobillos y muñecas a la espalda del *colono* y en dejarle al sol. El hombre es un animal ingenioso.

He aquí un régimen moralizador. Gracias a él, quedan pronto los criminales imposibilidades para el mal y para la vida. Se convierten en ángeles o, por lo menos, en difuntos. De las *enquétes* hechas en épocas diferentes por Vallier. Darvien, Dubois-Desaulle, Jacques Dhur, Quillard y otros ingenuos alquimistas sociales empeñados en obtener la piedra filosofal de una autoridad que no sea arbitraria, extraigo la siguiente lista de los asesinatos en Biribí:

4 diciembre de 1884. – El cabo Gonland mata al *colono* Demeure. Es felicitado por sus jefes.

10 marzo de 1896. – El sargento Perrin ata a Cheymol a la cola del caballo y lo arrastra cinco kilómetros. El caballo cocea. Cheymol muere, según cuentan a su familia, de congestión pulmonar.

27 abril de 1898. – El alférez Rossignol mata a patadas en los órganos sexuales, a Matton. El cabo Vallés ayuda a su alférez. Es ascendido a sargento.

Los tres casos son de Aumale.

19 septiembre 1897. – El sargento Gerôme hace fuego sobre Halfond y le yerra. El capitán Legros advierte que todo graduado que yerre a un *colono*, sacará un mes de calabozo. El cabo Bernard mata a Halfond. El general Gallieni le felicita. (Madagascar).

Noviembre 1897. – El cabo Cantelope mata de tres tiros de revólver a Grenier, que servía el rancho. Felicitaciones del general Gallieni. (Madagascar).

Septiembre 1898. – El cabo Vivier mata a Mathieu de un tiro en la cabeza. Caso acaecido en la columna Maintirano (Madagascar), que tenía 67 hombres. A los cinco meses no había más que veintiséis. La columna no se batió.

23 noviembre de 1898. – El sargento Chenet mata a patadas a Danger.

21 noviembre 1899. – El sargento Bernard mata de un bayonetazo a Pellat.

7 octubre 1900. – El cabo Chauvel mata a Lamarre de un tiro de revólver. Le golpea durante la agonía.

19 enero 1901. – El sargento Seilinger mata a Sales a puñetazos.

31 octubre 1902. – En Orleansville. El alférez Manani mata a Raidigues de un tiro.

19 febrero 1907. – Lenormand es muerto de un tiro al salir de la cocina.

En septiembre 1897, el teniente coronel Liautey hace fusilar a Jean y a Brando sin formalidad de interrogatorio. Hoy es Liautey uno de los más acreditados generales franceses.

Por último el 2 de julio de 1909, el soldado Aernoult muere durante el suplicio. El ministro de guerra asegura que la muerte ha sido natural. Yo opino como él. Ya no hay milagros. El doctor Sicard de Planzolles observa que si Aernoult hubiera tomado la precaución de ser caballo, la ley Grammont de 1850 le habría protegido, infligiendo a su verdugo cinco francos de multa. Pero no era un caballo; no era más que un *colono* de Biribí. El soldado Rousset, que denunció el hecho, fue condenado a cinco años de presidio.

La opinión parisiense, generosa y frívola, está indignada. Olvida la *sudanitis*. Todos los oficiales de Biribí están enfermos de *sudanitis*, que es una demencia nacida de la temperatura calcinadora, del ajeno, del siniestro tedio africano y principalmente de la ausencia de civilización exterior. Es tal la sed de sociedad que se sufre en Biribí, que los oficiales torturan con el solo objeto de ser llamados a declarar en las ciudades de la costa. Aquellos que no se vuelven feroces en la sociedad son idiotas o santos. Hadamard, profundo matemático del Colegio de Francia, ha lanzado su correspondiente grito de protesta, y ha reanudado en seguida sus fórmulas. Sí, pero ¿se cree él inmune contra la *sudanitis*? Un Hadamard en el desierto no sería Hadamard. Acaso llevamos todos, comprimido y domado por el peso de la cultura ambiente, un Biribí dentro del cerebro.

CHAMPAGNA Y RULETA

Los diarios montevidianos traducen la justa satisfacción de su público. Montevideo posee por fin un edificio donde se puede comer, beber y jugar con exquisita opulencia. Cada época se retrata en sus templos; los imbéciles de la Edad Media levantaban catedrales; nosotros levantamos casinos. Hace años que la Argentina tiene su santa ruleta en Mar del Plata. Si Montevideo no tuviera la suya, sería vergonzoso.

Imitemos las cumbres de la metrópoli. En Europa se come y bebe y se juega así. La ambición de las jóvenes repúblicas americanas es copiar al viejo mundo: siguen siendo colonias. Me apresuro a declarar que empleo la palabra Europa en su sentido usual: La Rue de la Paix a la derecha, Monte Carlo a la izquierda, el Gran Canal en medio y cerros suizos alrededor. Cuando se habla de "ir a Europa", del "clima de Europa", de "la vida europea", del tipo europeo, etcétera, nadie necesita detalles. Pues bien, Anatole France y Rafael Altamira pasan, pero el casino queda. Es la ruleta la que nos europeiza a fondo, la que nos arma caballeros de la civilización.

Acaso algún resfriado moralista nos salga con que el vicio es incapaz de engendrar cultura, y sandeces por el estilo. Sin el vicio, sin las superfluidades siempre nuevas y siempre crecientes, pronto convertidas en hábitos imperiosos, apenas habría movimiento industrial. Consideren una mesa lujosamente puesta, la mantelería de rizada nieve, vajilla de plata, de cristal y de melodiosa porcelana, las flores de estufa, la luz eléctrica en menudos astros, los manjares y los vinos en que la naturaleza y el hombre agotaron los recursos de su química, mariscos vivos aún como en las profundidades del mar, frutos de otra estación y de otros continentes, y piensen el trabajo que todo ello representa. Si las cortesanas y las actrices, que son las que legislan la moda, cometieran la locura de atender a los santos padres y de renunciar a la vanidad y a la coquetería, la mitad del comercio se vendería abajo. ¿Qué harían con sus huesos los que buscan plumas de garza en los trópicos, y pieles preciosas entre los hielos, y diamantes en las entrañas de la tierra? Tendrían que estarse tranquilos en sus casas, comiendo el pan de su campo. Sería espantoso. Sin el vicio nos faltaría el arte, que no se desarrolla en la austera Esparta, sino en la Atenas voluptuosa. No se concibe la sagrada elocuencia de Bossuet sino en la Francia del Rey Sol, ni artistas que pintaran tan excelentemente los éxtasis místicos sino en la Italia del Renacimiento, la Italia de los príncipes envenenadores y de los papas disolutos.

Los puritanos empobrecen, amargan y afean un país. La virtud es antipática porque es una negación. Son los impotentes los que abominan del amor, las viejas, de la elegancia, los dispépticos, de la gula. Los virtuosos no perdonan al prójimo la virtud que se ven obligados a guardar; el remordimiento les mata. Los viciosos, en cambio, son alegres, tolerantes, fecundos. Sin el vicio no habría moral ni religión posible. Para que un placer sea perfecto, debe ser pecado. Es delicioso hacer rabiar a Dios. "¡Qué lástima que esto no sea pecado!" -decía una bella napolitana, tomando un sorbete. "¿De qué le sirve a usted la religión?", preguntaba una señora a Verlaine-. "Me sirve para pecar" -contestó. El mismo Verlaine, eterno niño goloso, estaba convencido de que el mayor beneficio de la ciencia sería fabricar un vicio inédito.

Sí: el vicio es el fundamento de toda cultura seria, y más el vicio distinguido de frac y de smoking. Sin el frac ¿cómo distinguiríamos unas personas de otras? Los jefes llevan frac. De aquí la importancia de jugar, vestido de frac, a la ruleta. El obrero que deja su jornal en un garito sórdido me hubiera inspirado reflexiones distintas. Quizá hubiera que demostrar, con la historia en la mano, los calamitosos efectos del vicio. Pero cuando es un frac el que ruletea, ¡tabú! Montevideo entra en plena regeneración.

EPIFONEMAS

El reverendo padre Fouriel-Bonnard, hablando de los procesos de hechicería en el siglo XVII -entonces a los histéricos se les quemaba vivos- cuenta un caso curioso: "Entre las víctimas hubo un rico mercader de Mattaincourt, inculpado de brujería por varias pruebas, de las cuales la más importante era que el hombre había firmado dos contratos con la misma fecha, el uno en Ginebra y el otro en Besançon, cosa imposible dados los medios de comunicación existentes. El tribunal no se acordó de que Ginebra en aquel tiempo, como ahora Rusia, no había adoptado aún la reforma del calendario introducida por Gregorio XIII, resultando así una diferencia de diez días, muy suficiente a nuestro mercader para hacer el viaje.

Hoy, en aeroplano, se va de Ginebra a Besançon en pocas horas. Además, hemos dejado de creer que el histerismo es un crimen. Y luego estamos más al tanto de los almanaques. Pero, ya que no quemando, seguimos ahorcando, fusilando y guillotinando a los criminales de nuestra pequeña época. Es cierto que nuestras definiciones de crimen y delito, y nuestros pretextos para aplicar la pena de muerte nos satisfacen: sin embargo, los que usábamos hace tres siglos nos satisfacían también. Estamos contentos y la sangre corre. Hemos cambiado de ortografía; eso es todo. ¡Tres siglos! ¿Qué son tres siglos en la historia de nuestra evolución moral? Hace más de cien mil años que vagamos por la tierra.

Y Nietzsche me dice: "Para juzgar al criminal y a su juez: El criminal que conoce todo el encadenamiento de las circunstancias no considera, como su juez y su censor, que su acto está fuera del orden y de lo explicable; su pena no obstante le es medida exactamente según el grado de *asombro* que se apodera de ellos, al ver esto que le es incomprendible: el acto criminal. Cuando el defensor de un criminal conoce bastante el caso y su génesis, presentará circunstancias atenuantes que acabarán unas tras otras por borrar toda la falta. O para expresarse mejor aún: el defensor *atenuará* grado por grado este *asombro* que quiere condenar y fijar la pena, y concluirá hasta por suprimirlo completamente, obligando a los oyentes a confesarse en su fuero interno: "Le fue necesario obrar como obró; castigándole, castigaríamos la eterna fatalidad". Medir la pena según "el grado de conocimiento" que se tiene o se puede tener de la historia de un crimen, ¿no es contrario a toda equidad?".

Sí, el criminal es un ser asombroso. Es enérgico puesto que rechaza la protección de las leyes y lucha por su cuenta. Es libre, puesto que no teme a Dios y le usurpa el manejo de la muerte.

¡Ni siquiera teme al gendarme! Sus odios no son platónicos, como los de las personas honradas. Denle el genio y surgirá Napoleón, ídolo universal. En el prestigio de los criminales hay pinceladas napoleónicas. La gran prensa de París, a cinco céntimos el número, biblia cotidiana del pueblo, ha cantado, durante quince días, las hazañas del capitán Meynard. Meynard era un buen mozo, de buena familia, con algunas cruces ganadas en las colonias -en la obra de la civilización-. Era algo bruto, algo borracho, algo neurasténico, algo estafador. En fin no tenía nada de particular. Pero se le ocurrió matar a su prometida (la cual era a la vez su querida, divorciada de otro caballero y *entretenida* por otro más). La mató en una pieza del hotel para robarle ciento setenta francos. Desde aquel instante fue el *héroe*. Un bello matar *tutta la vita onora*. El asesino se afeitó, y se pasó dos semanas rodando de café en café, tomando ajenjos y dirigiendo a los diarios cartas sentimentales en que se quejaba de los "ataques de que era objeto por parte de la prensa" y defendía la "memoria de su pobre amiga". Estas cartas, naturalmente, se han publicado en primera página, con tipografía especial, como si fueran poemas inéditos de Víctor Hugo. Alrededor, las fotografías y las biografías de los mozos que sirvieron los ajenjos al capitán, y sobre todo de un excelente señor, de un respetable anciano que había jugado una partida de *Jacquet* con Meynard, sin saber que era Meynard -¡Meynard!-. Y hubiera muerto ignorado, si un destello de la gloria del asesino no llegara casualmente hasta él.

Y dice Tolstoi (para conservar la salud mental, conviene un párrafo de Tolstoi después de uno de Nietzsche): "Nos extrañamos de ver a los ladrones enorgullecerse de su maña, a las prostitutas, de su corrupción, a los asesinos, de su insensibilidad. Y nos extrañamos sólo porque la clase de estas personas es muy restringida, y porque su círculo, su atmósfera se hallan fuera de los nuestros. Y no nos sorprendemos, por ejemplo, de ver a los ricos enorgullecerse de su riqueza, es decir, de sus encubrimientos y robos, ni de ver a los poderosos enorgullecerse de su poder, es decir, de su violencia y de su crueldad. Es que el círculo de estas personas es grande, y formamos parte de él..."

¡Exacta observación! Los criminales son una minoría; por eso, y únicamente por eso los hacemos sufrir y morir, les imitamos sin ser nosotros criminales, puesto que no hay nueva mayoría que nos juzgue.

Pero, dentro de los acorazados brasileños los criminales estaban en mayoría. Después de echar los oficiales al agua, pidieron perdón al Gobierno sin dejar de bombardearle, y fueron perdonados, y no se les condecoró porque no lo habían exigido. En la sociedad actual, donde no hay lazo moral que no se disuelva, nada va quedando más que el número, y es el número quien posee las armas. Cuando la masa se dé cuenta, como a bordo de "Minas Geraes", de que ella es la dueña de los cañones, ¿qué será de nosotros?

¡Y el dinero que nos ha costado enseñarles a que apunten bien!

JOHNSON

El mejor de los boxeadores negros ha vencido al mejor de los boxeadores blancos. Es algo escandaloso. Johnson se ha olvidado de que pertenecía a una raza inferior. Sus homocromos caníbales no se olvidan de que la carne de blanco es la más exquisita de todas. Se acaban de comer en África dos misioneros. Pero Johnson no quería comerse el cuerpo de Jeffries. Quería comerse su alma. Es un negro civilizado. Triunfó, no solamente por el músculo, sino por la perseverancia y por la inteligencia. Energía bruta, y también habilidad y voluntad. Es el triunfo del hombre completo. Sus puños han caído sobre el rostro blanco, y lo han hundido en la sombra. ¡Oh trompadas infamantes como bofetadas! Transmitidas por telégrafo a medida que las recibía Jeffries, pocos instantes después las sentían en su piel los norteamericanos. Y muy

pronto las ciudades de la Unión reproducían la tortura, mediante sus cinematógrafos. Gracias a un film, las generaciones podrían contemplar, hasta la consumación de los siglos, la imagen viva de la derrota de Jeffries, la caída de los puños negros sobre el rostro blanco. ¡Oprobio nacional! Y en gran parte del territorio de los Estados Unidos, los blancos empezaron a linchar negros con doble animación que de costumbre.

Observemos, a fin de excusarles, que los paisanos de Roosevelt -el cual, siendo presidente, sentó a un negro a su mesa- han sido heridos en una fibra más sensible aún que la racial y patriótica: la fibra propietaria. Por añadidura, Roosevelt, que representa casi matemáticamente a sus electores, identifica las dos. Durante su última gira, ha repetido en el Cairo, en Roma, en Berlín y en París, que el primer deber del ciudadano es hacerse rico. Es un deber patriótico. Pues bien, la mayoría de los yanquis blancos habían apostado 10 a 6 por Jeffries. ¿Comprenden ahora toda la extensión del desastre? El dinero, que con tanta facilidad suple a la honra, con ella naufragó. Y luego la ira de errar el diagnóstico, de haber sido engañados... ¿por quién? Esto exige una breve digresión analítica.

Si juego a cara y cruz, en ignorancia absoluta de la suerte, apostaré a la par, 6 contra 6. Si sé de antemano que hay trampa, pero ignoro en obsequio de quién, seguirá apostando a la par. El dato me es inútil. Y he aquí lo curioso: si habiendo ya perdido, me entero de que hubo trampa, protesto indignado. ¿Por qué? Porque de haber sabido antes de jugar, el "sentido" de la trampa, habría estado a mi contendiente. No aprovechar la ocasión de estafar a mansalva, equivale a ser estafado por el prójimo. Y no hay juego sin trampa. A cara y cruz, lo único justo sería que las monedas quedaran de canto. En la más equitativa ruleta de la tierra, la bolita se decide a preferir un número, uno sólo -al menos, aquella vez-, un número favorecido por la naturaleza oculta. Los que apostaron 10 a 6 -¡Jeffries!- le creyeron favorito probable de las trampas de una patriótica naturaleza, amiga de los Hombres Pálidos. Y la naturaleza se puso del lado del negro. Y ellos, a quienes nadie impedía apostar por Johnson, juntaron a sus otros dolores, la rabia de haberse estafado a sí mismos.

Johnson, si se me permite emplear términos de fotografía, es un negativo que nos revela las líneas inesperadas de la realidad. Johnson -Menelik en *tournee*- ha demostrado al mundo que los negros, como los amarillos, son capaces, en ciertas condiciones, de vencer a los blancos. ¡Oh, la alegría de Johnson, la alegría de este hijo de la esclavitud; la sonrisa de los dientes blancos que deslumbran en el rostro negro! Blanco, negro... ¿qué importa? Ilusión de los odios. Los blancos odian a los negros, como se odian entre sí; pero la diferencia de color facilita la caza. Las casillas de un tablero de ajedrez se pintan alternativamente de negro y de blanco, para comodidad de los adversarios. Pura fórmula. Hay un rey blanco y un rey negro; mas lo esencial es dar jaque mate *al otro*. ¡El otro es el enemigo! Debajo del barniz negro o blanco corre la sangre, y la sangre es siempre igual, es siempre roja. Son las sangres las que se aborrecen.

DIOS Y EL CÉSAR

¿En qué acabará la lucha entre Canalejas y el Vaticano? Pero ¿se trata de una lucha real, o de una representación escénica cuyo empresario permanece oculto, lucha romana de campeonato de casino, entre dos mocetones que prolongan noche tras noche, con todo arte, un duelo en que no se va de veras hasta los últimos cinco minutos? No olvidemos que *liberal* y *conservador*, en la política española, son simples rótulos. Es sabido que bajo Cánovas solía haber más liberales que bajo Sagasta. Aquel "turno pacífico" de los partidos era una secreta simultaneidad. Hoy, como ayer, no hay precisamente ideas, sino personas y circunstancias. Acaso estemos presenciando la tramoya del regreso de Maura, rejuvenecido por el revólver. Acaso es la primera vez que un ministro dice lo que siente. ¿Qué pensar? Juzguemos los hechos, aunque

muchos crímenes se cometan con la mejor intención del mundo, y muchas buenas acciones resulten consecuencia curiosa de la perversidad humana.

Los hechos son por el momento, anticlericales. Hay en Canalejas una tendencia aparente hacia el gobierno a la moderna, es decir, la neutralidad vigilante, lo que Carlyle llamaba "la anarquía *plus* el polizonte". Según esta concepción, las funciones del gobierno se reducen a evitar que los ciudadanos se muerdan unos a otros en las plazas, y se desvalijen de distinta manera que la marcada por el código. El gobierno se encarga de fijar un máximo a la violencia; bajo ese máximo, todo está permitido a todos y por igual. De aquí la libertad de cultos, de palabra, de imprenta, de reunión y de tránsito. El gobierno asegura ciertos límites físicos a las relaciones sociales, sin preocuparse de lo que ellas son. No necesita opinar en materias científicas, artísticas ni religiosas. Casi estoy por decir que, una vez en marcha, ni siquiera necesita opinar sobre sí mismo. La conciencia le estorbaría. Como el regulador de Watt, le conviene ser automático para ser más útil.

La libertad de cultos anda estropeadita en España. Baste notar que las capillas protestantes no pueden tener puerta a la calle. Se considera que la puerta es "signo exterior del culto". En cambio, cualquier procesión católica, a cualquier hora del día, conquista las vías céntricas de las ciudades y paraliza el tránsito. Los jueves y viernes santos se prohíbe la circulación de toda clase de vehículos. Canalejas ha querido que los protestantes tengan puerta por donde entrar y salir. Esto le ha costado reñir con el Papa.

"Den a Dios lo que es Dios, y al César lo que es del César". Bien. Pero ¿cuánto debemos dar a Dios, y cuánto al César? He ahí la dificultad. ¿Cree Canalejas en Dios? Si no cree, que no le dé nada. Nada hay que dar a lo que no existe. El gobierno perfecto es ateo. Para él tanto monta Jesús como Mahoma. Los cultos son manías que él observa con ojo atento a fin de prevenir que degeneren en locuras feroces. Pero si Canalejas cree en Dios, debe dárselo todo. Todo es de Dios. ¿Libertades? ¿Para qué? Sólo Dios es libre. ¿Orden? Sólo Dios ordena. ¿Razón? Sólo Dios es razonable. ¿Verdad? Sólo Dios es verdadero.

Lo grave, lo terrible es que Canalejas, en su calidad de gobernante, está obligado a creer en el Dios de Pío X. En España, el Estado profesa la religión católica. La religión, para los religiosos, priva sobre el derecho. Canalejas está obligado a creer que Pío X es infalible, y no le toca discutir con el pontífice, sino obedecerle. Desde el instante de su ruptura con él, traiciona sus votos y se convierte en un pequeño Lutero peninsular. Ante los católicos españoles, Canalejas se ha despojado de toda autoridad y se ha hecho acreedor al infierno. Es sencillamente un apóstata.

Seguirle sería seguir al demonio. Acatarle sería insultar a Dios. Dios y Canalejas se pelean. ¿Cómo tolerar que le quite lo suyo? ¡Protejan a Dios, si es tiempo aún! Los clericales parecen resueltos a la guerra santa. La sed de martirio les devora. En Barcelona, las damas del Patronato de la tuberculosis, en combinación con los médicos, desollaron a un obrero tísico que tenía tatuajes revolucionarios. También las damas se habrían dejado desollar por el amor a Dios. La religión no prospera sin heroísmo, no retoña sin mártires. Es preciso ser mártir o por lo menos martirizar. En el fondo ambas cosas son equivalentes. Los católicos sacarán enormes ventajas de la *persecución* de Canalejas.

Desengañémonos. La mentira no engendra sino calamidades. Es imposible resolver el problema religioso sin empezar por la separación entre la Iglesia y el Estado. Un gobierno católico es incapaz de ello porque miente al decir que es católico. ¿Maura convencido de la transubstanciación y de la trinidad? ¡Esa sí que es broma pesada!

SUFRAGIO

“El misterio de la guerra está en el Creusot”, decía un miembro del gobierno francés de Anatole France, que en varias ocasiones nos ha explicado el mecanismo de la política parlamentaria: los financistas, por el dinero, tienen la prensa; teniendo la prensa, tienen la opinión, todo líder que intente resistirles se ve rápidamente difamado y derribado. M. Maury, en la *Revue Bleue*, declara que los representantes de la nación son simples corredores, y denuncia “tristes complicidades entre los parlamentarios y los piratas del ahorro”. ¿Recuerdan las fórmulas de Barrès?: “El parlamentarismo, que no es sino un sistema de chantaje”... “Carnot opinaba que era fatal que en un sistema político liberal, regulado por el regateo y el chantaje, todo perteneciera a los traficantes que conocieran la tarifa más exacta de las conciencias y que poseyeran ya un *stock* de recibos”... “los verdaderos estadistas prefieren siempre los canallas a las gentes honradas”... “los diputados, en la sala Casimir Perier, adoptaban el *argot* de las cárceles”... “ciertos raros matices de ignominia no pueden aparecer más que cuando el mundo parlamentario se superpone al mundo judicial”.

El dato que nos importa retener es el precio actual del voto: veinte pesos en Buenos Aires. El balance de un siglo de evolución política arroja una cifra indeleble: veinte pesos moneda nacional. Lo demás es literatura. El sufragio no ha hecho sino introducir en el mercado un valor nuevo, un artículo que se cotiza como la manteca y el kerosén. La patria se ha enriquecido: cada ciudadano, en tiempo de elecciones, añade a su activo un lote de libertad pública tasado en veinte pesos. La libertad real de los pueblos se mide así, y no es posible calcularla de otro modo. ¿Y acaso no es preferible para un miserable obrero, vender su partícula de libertad que no entregarla a fuerza de patadas y de palos? No hay más libertad que la libertad económica. Los ricos son los que gobiernan y si ahora les cuesta veinte pesos suplementarios la ajena servidumbre, al fin es una ventaja... El salario electoral ha subido a veinte pesos; es un fenómeno de la misma clase que el alza de cualquier sueldo; los trabajadores comprenden que por el instante deben reducirse a conseguir que les paguen mejor, sea como bestia de carga, sea como bestia de voto. Renuncian a la soberanía política con tal de comer un plato más de habichuelas y nadie será capaz de reprochárselo. ¡Curiosa invención de los electores hambrientos! ¡Ingeniosa democracia! Pero ¿habría calamidad parecida a la del sufragio libre? Si piensan acordes en creer que la mayoría de los hombres son imbéciles y malvados, ¿desean seriamente que sean ellos los que manden?

MI ANARQUISMO

Me basta el sentido etimológico: “ausencia de gobierno”. Hay que destruir el espíritu de autoridad y el prestigio de las leyes. Eso es todo. Será la obra del libre examen.

Los ignorantes se figuran que ANARQUÍA es desorden y que sin gobierno la sociedad se convertirá siempre en el caos. No conciben otro orden que el orden exteriormente impuesto por el terror de las armas.

Pero si se fijaran en la evolución de la ciencia, por ejemplo, verían de qué modo a medida que disminuía el espíritu de autoridad, se extendieron y afianzaron nuestros conocimientos. Cuando Galileo, dejando caer de lo alto de una torre objetos de diferente densidad, mostró que la velocidad de caída no dependía de sus masas, puesto que llegaban a la vez al suelo, los testigos de tan concluyente experiencia se negaron a aceptarla, porque no estaba de acuerdo con lo que decía Aristóteles. Aristóteles era el gobierno científico; su libro era la ley. Había otros

legisladores: San Agustín, Santo Tomás de Aquino, San Anselmo. ¿Y qué ha quedado de su dominación? El recuerdo de un estorbo. Sabemos muy bien que la verdad se funda solamente en los hechos. Ningún sabio, por ilustre que sea, presentará hoy su autoridad como un argumento; ninguno pretenderá imponer sus ideas por el terror. El que descubre se limita a describir su experiencia, para que todos repitan y verifiquen lo que él hizo. ¿Y esto qué es? El libre examen, base de nuestra prosperidad intelectual. La ciencia moderna es grande por ser esencialmente anárquica. ¿Y quién será el loco que la tache de desordenada y caótica?

La prosperidad social exige iguales condiciones.

El anarquismo, tal como lo entiendo, se reduce al libre examen político.

Hace falta curarnos del respeto a la ley. La ley no es respetable. Es el obstáculo a todo progreso real. Es una noción que es preciso abolir.

Las leyes y las constituciones que por la violencia gobiernan a los pueblos son falsas. No son hijas del estudio y del común asenso de los hombres. Son hijas de una minoría bárbara, que se apoderó de la fuerza bruta para satisfacer su codicia y su crueldad.

Tal vez los fenómenos sociales obedezcan a leyes profundas. Nuestra sociología está aún en la infancia, y no las conoce. Es indudable que nos conviene investigarlas, y que si logramos esclarecerlas nos serán inmensamente útiles. Pero aunque las poseyéramos, jamás las erigiríamos en Código ni en sistema de gobierno. ¿Para qué? Si en efecto son leyes naturales, se cumplirán por sí solas, queramos o no. Los astrónomos no ordenan a los astros. Nuestro único papel será el de testigos.

Es evidente que las leyes escritas no se parecen, ni por el forro, a las leyes naturales. ¡Valiente majestad la de esos pergaminos viejos que cualquier revolución quema en la plaza pública aventando las cenizas para siempre! Una ley que necesita del gendarme usurpa el nombre de ley. No es tal ley: es una mentira odiosa.

¡Y qué gendarmes! Para comprender hasta qué punto son nuestras leyes contrarias a la índole de las cosas, al genio de la humanidad, es suficiente contemplar los armamentos colosales, mayores y mayores cada día, la mole de fuerza bruta que los gobiernos amontonan para poder existir, para poder aguantar algunos minutos más el empuje invisible de las almas.

Las nueve décimas partes de la población terrestre, gracias a las leyes escritas, están degeneradas por la miseria. No hay que echar mano de mucha sociología, cuando se piensa en las maravillosas aptitudes asimiladoras y creadoras de los niños de las razas más inferiores, para apreciar la monstruosa locura de ese derroche de energía humana. ¡La ley patea los vientres de las madres!

Estamos dentro de la ley como el pie chino dentro del borceguí, como el baobab dentro del tiesto japonés. ¡Somos enanos voluntarios!

¡Y se teme *el caos* si nos desembarazamos del borceguí, si rompemos el tiesto y nos plantamos en plena tierra, con la inmensidad por delante! ¿Qué importan las formas futuras? La realidad las revelará. Estemos ciertos de que serán bellas y nobles, como las del árbol libre.

Que nuestro ideal sea el más alto. No seamos *prácticos*. No intentemos *mejorar* la ley, sustituir un borceguí por otro. Cuanto más inaccesible aparezca el ideal, tanto mejor. Las estrellas guían al navegante. Apuntemos enseguida al lejano término. Así señalaremos el camino más corto. Y antes venceremos.

¿Qué hacer? Educarnos y educar. Todo se resume en el libre examen. ¡Que nuestros niños examinen la ley y la desprecien!

JUECES

"No comprendo, decía Alfonso XIII a un periodista francés, no comprendo cómo los que se dicen intelectuales y que nunca se atreverían a proclamar un descubrimiento científico antes de verificarlo con centenas de experimentos, condenen en este caso [el de Ferrer] sin buscar informes fidedignos, un juicio llevado conforme a las leyes y que tiene por garantía el honor de los oficiales españoles...". Esta asimilación del rigor científico al rigor judicial es muy propia en el infeliz muchacho a quien amamantaron teológicamente, haciéndole incompatible con su época. Lo gracioso es que se dirigía a un francés; en Francia no se cometen más iniquidades "conformes con las leyes" que en otro sitio, pero se conocen mejor. Sin remontarnos a Calas, encontramos a Pierre Vaux, que después de catorce años de haber muerto inocentemente en presidio, no podía ser rehabilitado por oponerse a ello el artículo 444 del código de instrucción criminal. El rigor científico de los peritos deslumbra en los casos Moreau, Druaux, Cauvin, y sobre todo en aquel proceso célebre en que el grafólogo confundió la letra del acusado con la del juez. En el asunto Dreyfus, el perito Bertillon declara que su convicción de culpabilidad responde a "razonamientos de una certidumbre matemática". ¡Admirable asunto Dreyfus, obra maestra del acaso, inesperado haz de rayos X que hizo transparentes por un momento las tristes entrañas de la sociedad! El asunto Dreyfus nos enseña lo que es la garantía del "honor de los oficiales". Y a la altura del ejército estuvieron la juventud, la prensa, el pueblo y los diputados, que se hacían reelegir, como Teisonière, gritando: "¡todos los judíos son traidores!", o como Berry: "sea inocente Dreyfus o sea culpable, no quiero la revisión". El 8 de julio de 1898, la Cámara -una Cámara en que había radicales y socialistas- votó el sacrificio de Dreyfus por unanimidad. ¡Bonita democracia! Al fin la justicia triunfó, me objetaran-. No la justicia, sino la política. Un grupo de republicanos se dio cuenta de que el poder pasaba insensiblemente a la Iglesia, y entonces se resolvió a rehabilitar al judío. Más tarde nombraba ministro a Piquart. Hoy un Dreyfus clerical iría a la Isla del Diablo y quizá no volviera nunca. Si desconfiamos del juez que condena, seamos lógicos, y desconfiemos también del juez que rehabilita.

Cuanto hemos vivido un poco, sabemos por experiencia que todo proceso donde giren grandes intereses políticos, económicos y sociales, se decide por el más fuerte. Sólo en las cuestiones insignificantes observamos esa aparente regularidad que llamamos justicia. ¿Por qué habría de tener privilegios, sobre Francia, España, el noble país enfermo en que se ha olvidado a Pí y Margall, Weyler es todavía un personaje; España, resignada y satírica, en que corren los proverbios de "no hay mal que cien años dure" y "quien hizo la ley hizo la trampa"; la España que en pleno siglo XIX encendió la última hoguera católica; la España, sin embargo, en que ha nacido Francisco Ferrer? Alfonso pide indulgencia a Europa, como si el drama de Montjuich del 13 de octubre fuera el primero. ¿Y las bombas del Liceo de 1893? Se mató conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, a seis infelices, resultando después que el autor del atentado era otra persona. ¿Y la bomba de Cambios Nuevos en 1896? Se aplicó durante meses la tortura a ciento veinte desgraciados, se ejecutó a cinco, conforme a las leyes y con la garantía del honor de los oficiales, resultando después que el verdadero autor era otra persona. ¿Quién ha visto claro en la causa de Rull? En España no le faltaría trabajo a un Zola. Lo malo es que el sucedáneo español de Zola se reduce a Blasco Ibáñez.

Todo esto es conversación. ¿Qué importa que los poderosos juzguen a los débiles según su capricho, o según la ley, que es el capricho de los poderosos de ayer? Hay una injusticia más profunda que violar las leyes, y es cumplirlas a ciegas. Las leyes jurídicas usurpan su nombre. Las únicas leyes reales son las que la ciencia va descubriendo penosamente en el Universo

físico, y ninguna de ellas nos autoriza aún a ser jueces de nuestros hermanos. No sabemos lo que es la responsabilidad, ni medirla; ni siquiera sabemos si existe. Lo que sabemos es que nuestros códigos son fútiles y que avanzamos manoteando en la sombra. Por eso Jesús es más sublime que Sócrates, porque supo morir por motivos más altos que el respeto a las leyes.

CLEMENCEAU

Es uno de los testarudos más simpáticos de Francia. Bastante robusto y despreocupado para coger su sillón de primer ministro y lanzarlo a la cabeza de sus contendientes o de sus colegas, ha pasado varias temporadas en violento destierro de la política, las cuales nos han revelado al artista y al filósofo. Son estos períodos de soledad laboriosa, y no los de acción, los verdaderamente instructivos y acaso fecundos. La acción es una mezcla confusa de los gestos de un grupo de hombres con el azar. El cerebro de un pensador aislado será siempre la más perfecta de las sociedades. De aquí lo inconsistente de toda comparación entre el organismo de un animal y el de un pueblo. Son de esencia distinta. En el uno la parte constituye el elemento rudimentario; en el otro lo rudimentario es el conjunto. Clemenceau, como espíritu superior que es, se ha sentido limpiarse, vigorizarse y dignificarse en la calma de sus diversos retiros. Ya, cuando el famoso *affaire*, había observado que los intelectuales puros eran los que revolucionaban el país, desde sus apartados gabinetes. "Zola, que no tiene electores, dice, ha puesto toda la Europa, toda la humanidad pensante en movimiento".

No se conoce por lo común a Clemenceau sino en su aspecto parlamentario, y quizá interesen sus fórmulas morales y metafísicas. Derrotado en su distrito de Draguignan se recogió por varios años, rehizo su instrucción literaria, meditó y reunió el fruto de sus reflexiones en una serie de volúmenes bellamente escritos. La cultura científica de Clemenceau le llevaba al pesimismo estoico. "Quien dice evolución dice curva -¡ay!- y la ascensión no puede ser infinita. Después de alcanzado el vértice, es el descenso, la caída lenta o rápida en la vertiginosa noche. Hay que saber mirar el infortunio cara a cara, como hacemos con nuestra propia suerte... La lenta regresión sin piedad hará su obra. El último humano que viva se apegará en el mismo misterio en que surgió el primer humano que vivió. Así, se concluirá en la suprema miseria la lucha comenzada por la vida en los días del nacimiento feliz en el mundo encantado". Pero el carácter combativo de Clemenceau se sobrepone pronto a esa especie de desesperación glacial que es el estoicismo. El fogoso polemista nos incita a la actividad, a la pugna, a la fe *quand même*, y exclama: "¡qué importa lo que el hombre cree, con tal de que crea! ¡Qué importa lo que el hombre espera, con tal de que espere!... La acción es la salvación porque es la esperanza, el bien para sí y para los otros... ¡Valor, ser de un día, destripa esta tierra que te recobraré mañana, golpea el hierro, o la madera, o la piedra, pinta, esculpe, escribe, habla, todo eso es vivir para ti mismo, para los otros que viven o vivirán! Trabaja con brazo firme y corazón resuelto. Es de valiente cumplir su destino. Un día, la gran paz a que aspiras, la gran paz de que vienes, te será devuelta".

Y añade esta postdata, muy parisiense:

"P. D. – Además, te diré una cosa: si estás demasiado fatigado, vete".

En el *Grand Pan*, que según Marcel Uréaux, debe colocarse entre el *Ashaverus* de Quinet y el *William Shakespeare* de Hugo, Clemenceau, Nietzsche democrático con sed de sacrificio, refuta poéticamente la influencia inhibitoria del sistema cristiano. El gran Pan es "la fuerza total, universal, que toma conciencia de sí en el hombre y por el hombre. Por nosotros, se hace y crece... Vivir para guardarse es bueno. Vivir para darse es mejor. Todo goce perfecto es esparcir de sí, entrar por comuniones de cada hora, en el Pan universal, de quien la evolución

no nos ha separado sino para hacerlo por nosotros mayor y mejor... ¿Qué más noble destino de la de ayer nada? Surgir a la luz, para acrecer con el sacrificio de sí, el espíritu, en las vías de realizar la ecuación del mundo, es el acto más alto, envidiado de los dioses mismos, privilegio de lo Humano". Clemenceau es, pues -y perdone Marinetti-, un noble futurista. "A la inversa del Pulgarcillo, que dejaba caer sus guijarros en el sendero recorrido, mi ambición sería simplemente lanzar algunas veces una piedrecita hacia adelante, para indicar el camino por recorrer..."

¿Cómo sonarán estos acentos de abnegación en Buenos Aires? ¿No parecerían descorteses? Y ciertas máximas del Clemenceau periodista, ¿no provocarán las iras del coronel Dellepiane? "No hay otro recurso que pegar cuando no se puede responder... La potencia de egoísmo necesaria a la conquista del oro... Es más fácil matar que hacer vivir... El progreso humano se mide por la cantidad de fuerza bruta eliminada de las relaciones sociales... Se debe la justicia a todos, hasta a los verdugos... La obediencia de máquina viva, obtenida por el temor al consejo de guerra y al fusilamiento, podrá hacer esclavos o rebelados, pero no hombres... Quien sostiene la mole social es la multitud, carne de cañón, carne de hisopo, carne de sentencia, o carne de dividiendo..."

¡Diablo! Todo eso es peligroso en un país que acaba de declarar subversiva la constitución. Clemenceau envainará su radicalismo, como Ferri envainó prudentemente su socialismo, y Anatole France, su anarquismo. Timidez de exploradores extraviados... Y el buen público porteño seguirá ignorando qué clase de herejes se le meten por las puertas. Festejó el Centenario, arrasando las escuelas Ferrer, presididas hoy por... Anatole France, el más agasajado de sus huéspedes.

RAZAS INFERIORES

Se puede sostener cómodamente que hay razas inferiores. Los sabios lo aseguran, medidores de cráneos y disectores de cerebros; los sociólogos lo confirman, y sin duda, la hipótesis contraria parecería absurda a las gentes prácticas, viajeros, empresarios y comisionistas. Un caballero inglés se resigna en Londres a que un compatriota le lustre los botines, pero en Calcuta tendrá por muy natural que ejecute tan brillante labor un hindú. Jamás un noble alemán, arruinado o deshonrado, y remitido a las vagas colonias de África, se considerará semejante a los indígenas con cuyo oscuro pellejo remienda su bolsillo y su nombre. ¿Cómo no ha de creerse el industrial de Yucatán superior a los indios mayas mediante cuya esclavitud, sacramentada por el cura del establecimiento, extrae del henequén ganancias fabulosas? Si llamamos razas inferiores a las razas explotables, claro es que las hay. ¡Pobres razas, quizá dormidas, quizá susceptibles aún, bajo un choque externo, de revelar el sentido crítico, la tenacidad metódica, la admirable multiplicidad de aptitudes y de ideas de la raza blanca! ¡Pobres razas, poetizadas algunas por un pasado magnífico, agitadas otras por los síntomas de un regreso a la vida intensa! No olvidemos que los árabes, los tártaros, los turcos, estuvieron varias veces a punto de dominar la Europa. Acaso también la especie humana, como tantas que no han dejado más huellas que sus fósiles, está condenada a extinguirse, y ciertas variedades suyas, avanzadas de la muerte, han entrado ya en la agonía. ¡Quién sabe! Pero el hecho es que un niño negro, por ejemplo, criado entre blancos, no será nunca tan salvaje como un niño blanco criado entre negros. Es probable que lo que caracteriza a la raza inferior es su incapacidad de producir genios. Si un hombre civilizado está más arriba que los demás, no es porque tenga mayor estatura, sino porque está encaramado sobre la civilización. Los mediocres de todas las razas son iguales, y cualquier raza, guiada por el genio, sería capaz de conquistar el mundo.

Las razas explotables son concienciadamente explotadas. Antes, se les asesinaba. Ahora, por ser mejor negocio, se les hace trabajar. Se les obliga a producir y a consumir. Es lo que se designa con la frase de "abrir mercados nuevos". Suele ser preciso abrirlos a cañonazos, lo que, por lo común, se anuncia con discursos de indiscutible fuerza cómica. Así, el general Marina Vega ha dicho a sus soldados de Melilla, que Europa había encargado a España la obra de introducir la cultura en Marruecos. Si el cañón es prematuro, se procura embrutecer y degenerar a los candidatos. Se les vende alcohol o, como Inglaterra a los chinos, opio. Los japoneses se negaron a intoxicarse, y los acontecimientos han demostrado que hicieron bien. Si no vale la pena explotar directamente las razas inferiores, se les rechaza, se les confina y se espera, cazándolas de cuando en cuando, a que desaparezcan, minadas por la melancolía, la miseria y las enfermedades y vicios que les inculcamos. Es lo que hacen los yanquis con los pieles rojas. Es lo que hacen con sus indios los argentinos, a quienes decía últimamente Anatole France, en el Odeón, que los pueblos denominados *bárbaros* no nos conocen sino por nuestros crímenes. En la ley González, codificando el trabajo (1907), se lee este pasaje delicioso: "la protección a las razas indias no puede admitirse si no es para asegurarles una extinción dulce".

Quedan las exploraciones menudas, el comercio de objetos arqueológicos y de curiosidades, armas, adornos y cacharros que intercalan en un texto más o menos fantástico, exploradores pseudo-científicos y misioneros pseudo-religiosos. Las tres cuartas partes de esta mercadería se fabrica a muchas leguas de las tribus, en excelentes ciudades, lo que facilita considerablemente las expediciones *al desierto*. Hubo tiempo en que ser misionero era oficio de héroes; aunque está probado que si los catequizadores no se hubieran salido de su papel, el número de mártires y de perseguidores habría sido insignificante. Asia es la patria de la tolerancia de los cultos, y las odiosas reducciones jesuíticas del Paraguay prueban hasta qué extremo llegaba la resignada docilidad de los guaraníes. Habría doble cantidad de católicos sobre la tierra, si la Iglesia se hubiera contentado con el poder espiritual. Hoy, no es raro que los misioneros sean simples traficantes, o Barnums de sotana, protegidos por los fusiles oficiales. El salesiano Balzola, director de la colonia *Thereza Christina*, en Mato Grosso, es un tipo de apóstol moderno. Se llevó tres indios Bororós, para exhibirlos en Turín, y cuando le preguntaron si había bautizado a sus fieras, contestó que lo haría solemnemente, en plena Exposición y a dos francos la entrada...

¡Pobres razas inferiores! La Argentina, para mostrar lo enorme de su territorio, debe hacer figurar en su próximo centenario los Onas de la Tierra del Fuego que hayan sobrevivido al frío y a la tuberculosis. Buenos Aires misma patentizará su ingreso a la categoría de gran capital civilizadora, ofreciendo a la curiosidad pública una colección de habitantes de conventillo, ejemplares de la raza propia de las regiones del hambre, raza seguramente inferior, a pesar de su blancura, a pesar, ¡ay!, de su palidez de espectros...

LOS PRESTIGIOS DE LA GUERRA

No pasa día sin que en alguna parte de la tierra retumbe el cañón. Y por cada libra de pólvora que se quema existen innumerables toneladas que sólo esperan una orden, un signo, un roce ligero para estallar. La montaña de combustibles aguarda una chispa. Miles de millones de pesos se invierten anualmente en conservar y renovar los instrumentos de matanza, y millones de soldados están listos a morir y a hacer morir en cuanto así se disponga. Por muy optimistas que seamos, confesemos que a pesar de los arbitrajes, de las conferencias y de las campañas de todo origen a favor de la paz, la guerra sigue sólidamente instalada en este mundo. Los estados menos belicosos se arruinan en armamentos y en efectivos, prueba de que entre la gente del alto negocio nadie confía en que disminuya la ferocidad de nuestra especie. La guerra continúa siendo amenaza para unos y comercio lucrativo para otros. Y la hipertrofia de los

ejércitos acrecienta el riesgo. No se acumulan en vano enormes energías; locura es pretender que se mantenga indefinidamente inmóvil un órgano que se robustece sin cesar. Vencido de su propio peso, el alud se desplomará por fin, tanto más destructor cuanto más tardío. Pasaremos del simulacro de las maniobras, a la realidad, y esa comedia de gran aparato que es la luz armada, concluirá en tragedia, porque nuestras armas no son de cartón y, tarde o temprano, la verdad se apodera del hombre.

¿Será mentira nuestro mejoramiento moral? ¿Quién negará que la guerra agresiva es un crimen? Que los directores de pueblos no retrocedan ante el crimen, está muy puesto en la regla; pero ¿cómo es que encuentran tantos auxiliares desinteresados? Además, se dice que la guerra ha perdido su esplendor caballeresco. No concebimos hoy a Bayardo. Ya protestaba don Quijote contra la endemoniada artillería, "con la cual se dio causa a que un infame y cobarde brazo quite la vida a un valeroso caballero", y añade: "estoy por decir que en el alma me pesaba de haber tomado este ejercicio de caballero andante en edad tan detestable como es ésta en que vivimos..." Olavo Bilac, en uno de sus deliciosos artículos, exclama: "la espada antigua y noble, que fulguraba en las manos de Alejandro, es hoy una reliquia de museo... El arma moderna es un revólver cobarde, que fulmina de lejos, como un rayo de la Fuerza irresponsable y anónima", y deduce: "¡Tanto mejor! ¡La guerra morirá, porque dejó de ser bella y gloriosa!".

Creo que la espada recién inventada no fue bella. Habrá parecido un pincho raro. Es el tiempo el que, al consumirlas, embellece las cosas, y por eso, cuando comienzan a ser bellas suelen comenzar a ser inútiles. La guerra ha dejado de ser bella, lo que demuestra que prosigue viviendo. Acaso nuestras herramientas actuales sean la poesía de mañana, si no las reemplazamos demasiado pronto. La guerra vive, la guerra es fuerte porque ha sacrificado la vieja poesía, porque se ha incorporado a un siglo, porque ha progresado tal vez más de prisa que el resto de la civilización. La guerra triunfa todavía de la evolución moral porque se ha hecho científica, porque se ha convertido en un vasto trabajo inteligente. Ha organizado un tejido de oficios y de carreras. Ocupa casi todo un hueco de incontables cerebros, donde no hay ya lugar para ideas de altruismo abstracto, ni para ferocidades gratuitas. El artillero empleado en apuntar su cañón contra el obstáculo casi invisible no tiene nada de feroz. Es congénere del astrónomo que apunta su telescopio. No es un bestia sediento de sangre, ni un patriota abnegado, ni un apóstol de ningún credo. Es sencillamente un técnico. El tecnicismo es el alma de nuestra época. ¡Qué quieren! De tanto hacer máquinas, nos vamos haciendo máquinas, máquinas de pensar, máquinas de curar, máquinas de matar... Es lo mismo...

No es completamente lo mismo. Hace pocas noches, cruzaron cerca de la estancia donde resido, las fuerzas revolucionarias paraguayas, que habían levantado el sitio de Laureles. Un grupo de jinetes se detuvo frente a mi puerta. Era el caudillo José Gil con su estado mayor. Al ver salir de la sombra, anunciados por los destellos de los sables, aquellos rostros resueltos y fatigados, que una bala destrozaría quizá un momento después, comprendí el prestigio del peligro; que es la sal de la vida. Se trataba, es cierto, de una guerra muy chica, pero como ya ha replicado alguien, en las guerras chicas se hace lo que en las grandes: se muere. No hay vida intensa si no es junto a la muerte. Sentimos que únicamente a través de la muerte somos eficaces. Aun a medias transformados en máquinas, anhelamos ser máquinas heroicas. Y eso es el crimen de la guerra contemporánea: un tecnicismo heroico. No se suprime sino lo que se sustituye, y como la humanidad no puede renunciar al heroísmo sin traicionar su destino sublime, necesario es buscar otros tecnicismos heroicos que absorban el de la guerra. La esperanza, en estos instantes, luce del lado de los admirables *sports* de los Shackleton y de los Blériot. Luce también del lado del antimilitarismo activo, porque, sin duda, el soldado que se niega a la agresión internacional es más audaz que el esclavo de la disciplina. Y además es menos máquina...

EL CORSÉ

El corsé les duele a nuestras compañeras. Mujeres de otras razas se someten también a ritos de elegancia dolorosa: se atraviesan el cartílago de la nariz para cargarlo de clavijas de hueso o de metal, se abrasan la piel con tatuajes, se dilaceran los labios para incrustar en ellos pepitas y discos, se rompen los dientes, se deforman los pies. El corsé es más peligroso. Ataca vísceras esenciales, trastorna la digestión, la circulación, la generación. Pero no insistiré en evidencias hasta la saciedad repetidas por los médicos y por todos los que hacen la guerra -infructuosamente- al singular aparato. Recordaré tan sólo que el corsé moderno, empeñado en escamotear el abdomen, transformándolo en asentaderas, amenaza la especie. Se cree que las señoras son las únicas encorsetadas. Es un error. Tanto los varones como las hembras llevaron corsé en el vientre de sus madres. Y, sin embargo, los niños crecen y corren todavía. ¡Qué poder de aguante el de nuestro organismo!

¿A qué se debe el valor tenaz con que las damas afrontan semejante tortura? Nadie sostendrá en serio que el buen gusto y la estética exigen precisamente el uso del corsé. Eva no lo necesitó para ser agradable, ni aquellas cortesanas amigas de atenienses poetas y escultores. Sin duda, las mujeres hoy, menos que nunca, entienden de arte. Su misión consiste en evocar la belleza sin comprenderla, y si no se lo hubieran dicho los hombres, jamás habrían sabido que son hermosas. Pero si los hombres las quieren bellas, ¿cómo les permiten el corsé? Y si las mujeres desean gustar a los hombres, ¿por qué no les consultan y les obedecen? Sobre todo cuando no se trata ya de salud ni de engendrar hijos robustos, sino de algo más importante: la coquetería.

Observemos que el asunto principal es el amor, y que el amor suele volver su espalda a la belleza. Amamos sin preocuparnos mucho de las modas femeninas; somos amados o engañados sin que las nuestras influyan en ello. El corsé afea y desfigura a las bienamadas; malo es cuando se lo ponen, y peor -¡ay!- cuando se lo quitan. No obstante, si se suprimiera de nuestras costumbres, no por eso se aumentarían los tesoros de la fecunda voluptuosidad. Cierto que destruye lo flexible y cálido del talle, y obstáculo es para la misma posesión, pero la impaciente fantasía del amante encuentra en lo difícil, en lo absurdo y lo inútil motivos para amar. Enterrada viva, no entre varillas de acero, sino en un espeso sepulcro, la mujer sentirá llegar hasta ella el amor, tanto más intimado cuanto más heroico, y el día en que no podamos enamorarnos de ella por hermosa, la amaremos por fea. No pretenderé explicar el divorcio entre el instinto artístico y el sexual, que según la biología coincidieron en los remotos orígenes; admitámoslo con la sabia benevolencia con que se admiten los hechos. Estemos seguros de que los griegos no se parecían a sus estatuas. El Júpiter de Fidias y la Victoria de Samotracia no nacieron de la carne. Lo que el hombre y la mujer aman uno en otro es el sexo; mientras el sexo conserve su vitalidad, la envoltura es indiferente. El amor no se debilitará mientras no se virilicen las mujeres ni se afeminen los hombres. El feminismo es bastante más temible para él que los atentados a la belleza.

Entonces, ¿nos resignaremos al corsé? Es lo mejor. Aguardemos a que se vaya cuando se le antoje. Los cómicos y las *cocottes* de edad preparan la moda. Las viejas comprimen sus grasas flotantes dentro de esa máquina y no renunciarán a ella. Tal vez, cuando las jóvenes reivindiquen su intervención en los problemas de la *toilette*, el corsé emprenda la retirada, pero no es probable. Consagrado por el tiempo, el sufrimiento que causa contribuye a que se le respete. Es un deber. El molde común que oprime los intestinos y aplasta las costillas corresponde ya a un molde mental, aceptado en calidad de dogma. Invencible puesto que carece de sentido, es un cilicio *chic*, un escapulario laico, más amplio que los otros. ¿Está vagamente asociado a ideas de corrección y de decencia? ¿Ir sin corsé es ir medio desnuda? ¿Bailar sin corsé? El corsé es un pedazo de catecismo amarrado al esqueleto. Subsiste como

una devoción familiar. Durará lo que duran las manías supersticiosas, eternidades, y revela al menos perspicaz la endiablada levadura de nuestro espíritu.

TIROS EN EL PARAGUAY

Habito una estancia en tierra paraguaya, no lejos del ancho Paraná. Este bello desierto no está, como podría esperarse, al abrigo de la política. Aquí, también late el atroz problema de los azules y los colorados. Se parecen tanto unos a otros los partidos, que la única manera de distinguirlos es ponerles un color. Así, se distinguen las piezas de los adversarios en el juego de damas o en el ajedrez. Los hombres se atan al cuello un pañuelo celeste o rojo, con lo cual se ahorran juiciosamente la molestia de inventar un programa. Para ser exacto, añadiré que los azules o liberales se han subdividido en dos ramas, "cívicos" y "radicales". Los radicales están en el poder. Echaron en julio de 1908, por un golpe militar, a los cívicos, que habían echado a los colorados por la revolución de 1904. La existencia de los partidos y su tendencia a ramificarse obedece, en el Paraguay, lo mismo que en Inglaterra, a que el presupuesto no da para todos. Los que no comen del Estado sienten arder el patriotismo en sus venas, y se lanzan a la lucha. En los países pobres, sin comercio ni industrias, los jóvenes instruidos no tienen más carrera que la política, equivalente a conspiración y matanza, donde los pobladores no están unidos al suelo por las raíces de la riqueza, y donde es fácil arrearles y hacerles aceptar la vida vagabunda y ecuestre de revolucionarios criollos. En los *civilizados*, donde la gente funcionaria o aspirante a serlo forma una insignificante minoría frente a los nudos de la vasta y rígida urdimbre económica; en los países donde no manda ya el hierro, sino el oro, la guerra partidista, preñada de iguales odios, se reduce a la locuacidad parlamentaria, lo que, sin duda, es preferible, aunque menos pintoresco, menos cargado de matiz local.

Los colorados, pues, con el sano propósito de arrojar del Gobierno a los radicales, se habían preparado desde hace muchos meses en su destierro del Brasil y de la Argentina. Las dos grandes naciones creen aún, quizá, que su grandeza nace del rebajamiento ajeno. Y, víctimas de tan noble ilusión, favorecen maternalmente las invasiones subversivas del Paraguay, después de haberlo arrasado en 1869. Con idéntico entusiasmo ayuda hoy la Argentina a los colorados que en 1904 a los cívicos (azules de la primera remesa). De Corrientes pasaron a la próxima orilla partidas armadas, y el 8 se nos presentaron en las estancias veinte infelices, montados en escuálidas cabalgaduras, provistos de fusiles de diferentes marcas, calzando espuela sobre el pie desnudo, y al mando de un apacible labriego que nos habló de humanidad y de regeneración. Por de pronto se llevaron los caballos que quisieron, luego de aturdirnos con las noticias siguientes: que el general Caballero había convenido con todas las potencias la entrega de los azules que asilaran en las legaciones; que el presidente Roca quitaba las armas a los cívicos -que también conspiran- para obsequiar con ellas a los colorados; que pronto un acorazado atacaría a Humanité, y que dos yanquis fabricaban en Corrientes dinamita sin cesar. La mayor parte de los campesinos de estos contornos huyeron a los montes. Varios se han unido a los revolucionarios, por vengarse de las palizas que reciben de los jefes políticos en tiempo de paz, y otros fueron detenidos y reclutados por fuerza, exactamente lo mismo que si se tratara de defender la patria. Empezaron por matar tres vacas *liberales* y comérselas. El 14 aparecieron las tropas gubernistas. Ahora son ellos los que se llevan a cada momento los caballos y nuestras reses. Hemos oído, a larga distancia, los tiros de Gras y de Máuser: estampidos sordos y lúgubres, semejantes a leves palmaditas en tierra mojada, signos de muerte, empapados como en llanto, por la mañana lluviosa. La noche del 15 fue de terrible tempestad. El huracán arrancaba a los altos árboles los nidos de la primavera. Un diluvio continuo se desplomaba sobre el mundo, al fulgor palpitante de los rayos. Los heridos se desangraban en los esteros, los cadáveres dormían en la hierba, de cara al infinito, las madres

sabían que había transcurrido la hora irremediable. Es lo que los estadistas llaman gestar la nacionalidad futura.

Mis lectores estarán mejor enterados que yo de la marcha general de los sucesos. Algo ha de haber ocurrido por el norte. En el combate del próximo pueblo de Laureles cayeron cuarenta colorados. Su jefe, el caudillo A. Ramírez, un viejo cuyo arrojo conozco, se vino al galope sobre la guardia, él solo, con el cigarrillo en la boca y una bomba en el bolsillo. El centinela lo mató al tercer disparo. José Gil, el célebre cabecilla, aguarda a unas cuantas leguas más allá, tal vez con ametralladoras. Trescientos hombres avanzan contra él. Nuevos horrores nos amenazan, horrores muy heroicos, pero doblemente horrores, por lo salvajes y por lo inútiles.

¿SOMBREROS?

El nombre actual es demasiado laborioso para preocuparse por el adorno de su persona y por la exhibición de sus encantos físicos. El privilegiado del lujo se impone la faena del *sport*. Hemos visto desaparecer los refinamientos de la indumentaria masculina, florecidos al calor de las costumbres cortesananas. Los palacios-estufas han sido arrasados, y el aire libre de las democracias ha barrido del cuerpo viril toda fruslería de tocador. Más intransigentes que nunca con lo relativo a la limpieza, aceptamos valientemente nuestra fealdad. Nos repugnaría rizarnos el pelo, llevar peluca, encorsetarnos, o encajarnos músculos postizos. Con impúdica audacia paseamos nuestras calvas lustrosas, la ausencia de nuestras pantorrillas o la exageración de nuestros vientres. Los atavíos guerreros tienden a caer en desuso. Comprendemos que los tatuajes son inútiles y a veces peligrosos. Un combatiente pintarrajeado y erizado de plumas presenta un buen blanco al enemigo. Los uniformes, por mimetismo, deben confundirse con el sucio matiz del fango o del polvo, y en Suiza, por otras razones, se han suprimido casi en absoluto. La técnica industrial y social es la que manda. Hasta el frac, sencillo uniforme de etiqueta civil, es en varias profesiones un traje de trabajo. Los ingleses son los que se visten mejor, los que mejor adaptan la solidez, la comodidad, la *sinceridad* de su ropa a las circunstancias de la vida moderna.

Parece, pues, natural que la mujer se reserve la coquetería decorativa, manteniendo el dimorfismo necesario a la sabrosa propagación de la especie. El hombre y la mujer se desean porque son distintos -sin ser extraños-. Ni muy cerca ni muy lejos. Es cuestión vital ésta de conservar la distancia óptima. Si un sexo se desplaza, el otro ha de evolucionar en consecuencia. Cuando más se borren los rasgos externos sexuales del hombre, más ha de reforzar los suyos la mujer. Y, en efecto, las modas femeninas marchan hacia lo llamativo, lo sorprendente, lo inexplicable -¡jay!-, también hacia lo absurdo.

Díganme, por ejemplo, cómo se puede justificar la existencia de esa especie de apagadores que llevan ahora las mujeres en la parte alta. ¡Caso típico de cobardía colectiva! Noten que no son las señoras las que han imaginado ni elegido semejantes sombreros. Tampoco nosotros, estupefactos ante el disfraz recetado cada mes o cada seis meses a nuestras compañeras. Es un grupo de modistos europeos el que lanza el artículo mediante sus maniquíes, cortesananas, actrices y *demimondaines*, reclamo vivo del negocio. Hay que cambiar de formas para renovar las mercaderías y sostener los precios al amparo de una novedad falsificada. Es evidente que las modas se transformarían con la lentitud de la arquitectura, si obedecieran a motivos lógicos y generales, a la diferencia en las ideas, en los hábitos, en el material de confección. Pero precisamente el material es poco más o menos idéntico, hilo, lana, seda, plumas, pieles, y las máquinas se esfuerzan para imitar la labor de las antiguas manufacturas. Mientras la moda masculina sigue el ritmo amplio de la realidad, la femenina, histérica, convulsionada, se presta al capricho de unos cuantos mercaderes. El público, tan ignorante como ellas, paga lo que le

desfigura. Un vago instinto estético desorienta al transeúnte, que al encontrar una mujer *chic* no sabe si calificarla de divina o de horrible.

¡Infinita docilidad de las masas! ¡Ah, esos sombreros! No hablo del casco blando, gorro siniestro, lúgubre vendaje, no. Hablo del aparato cilíndrico o tronco-cónico, del vasto tiesto invertido, media barrica, cazuela, pero sin mango, campana en que se pierde como un badajo la resignada cabecita de la mujer. ¿Cómo instalan las mártires tal caparazón sobre sí? El diámetro de la tapadera es triple del de sus cráneos. ¿De qué rellenan el hueco? ¿Con qué pernos fijan al contenido el continente? Sólo nos es dado divisar, desde fuera, las largas puntas metálicas del andamiaje interior. ¡Pobres mujercitas! Su cuello no se dobla. Y nos dan ganas de acercarnos compasivamente a ellas, de agacharnos a la sombra de la cúpula grotesca que las aísla, y de cerciorarnos de si sus ojos están allí, siempre allí. Y allí están, solitos, abiertos en la oscuridad.

Gracias que los cuatro o seis dictadores tan religiosamente acatados en toda la redondez del globo no han ordenado todavía que las damas duerman con el sombrero puesto... ¿Sombrero? Me objetaran que con él se cubren las cabezas. Pero esas cabezas, ¿son cabezas?

FRUTOS DEL TIEMPO

Me han tomado de medio a medio los trastornos del sur, las idas y venidas de revolucionarios y gubernistas. El primer combate de Laureles me hizo temer una campaña sangrienta; el segundo, en que cerca de dos mil hombres se batieron muchos días, sin que llegaran a dos docenas las bajas, me dio el alegrón de ver que los paraguayos no son maestros en el triste arte de matar. Las persecuciones se llevaron con pintoresca lentitud. Se churrasqueó bastante; los barcos varaban. Lo que ahora deseo con toda el alma, es que los colorados no se metan en más aventuras, y vuelvan al país, si pueden, a trabajar tranquilos. Por aquí, se habla de fusilamientos y degollinas, aunque insignificantes, y de vecinos despojados. La guerra es ambiente de delito, y me extraña que no haya habido mayores atropellos. También asomó un comercio no incluido en la estadística: el de animales arreados a diestra y siniestra. Las fugas al monte, las aldeas donde no quedan sino mujeres asustadas, no son novedad. En tiempo de paz, los jefes políticos equivalen a una revolución permanente.

Pues bien, para mí, lo extraordinario, durante estos dos meses de prueba, es que los argentinos residentes en La Asunción se hayan reunido y se hayan preguntado a sí mismos "si tienen derecho a aplaudir o censurar los actos de su gobierno".

Los argentinos geniales que se formaron atacando desde fuera de su patria la tiranía de Rosas, se habrán estremecido en sus tumbas.

Pero si la pregunta nos llena de asombro, la respuesta votada nos sumerge en los abismos del estupor:

"Los ciudadanos argentinos no tienen derecho a protestar o aplaudir, desde país extranjero, los actos de su país (¡qué gramática, por los dioses!)"

Dígame el discreto lector, si no es inexplicable que haya, a fines de 1909, un grupo de personas cultas ocupadas en negarse a sí mismas lo que ha costado cinco siglos de esfuerzos comunes.

-¡Ciudadanos así son los que nos hacen falta!- pensaría Alfonso XIII o el zar Nicolás II, merecidamente despreciados, infamados y ejecutados en efigie por la libre crítica internacional.

Los ingenuos argentinos de Asunción, que han regresado con tanta placidez a la Edad Media, deben mandar el acta de su asamblea al Centenario.

Figurará allí dignamente, al lado de las fotografías de obreros asesinados por Falcón, y del famoso indulto con que Figueroa Alcorta sancionó hace poco el fraude electoral en la República.

A PROPÓSITO DEL CENTENARIO ARGENTINO

El año pasado, un profesor dinamarqués -Karl Larsen- con el fin de averiguar "el estado de espíritu de un pueblo durante una guerra", reunió dos mil cartas y documentos íntimos, referentes a la campaña de Austria y Prusia contra Dinamarca en 1864: correspondencia entre los soldados y sus familias. La mayor parte de los combatientes desean "volver lo antes posible al seno de los suyos". Mientras tanto, "lo que les preocupa hasta lo sumo es la alimentación. Las madres recomiendan a los hijos "que no se mojen los pies", o "que se preserven de las balas". Eso es todo. Ninguna alusión al patriotismo.

¿Qué concepto tienen de la patria los encargados de defenderla con su vida? Arsenio Houssaye, en 1907, interroga a los reclutas sobre las glorias francesas. He aquí lo que obtuvo:

- ¿Qué sabe usted de Juana de Arco?
- Era un grande hombre que hacía guerras.
- ¿Y Bayardo?
- Un gran marino.
- ¿Y Luis XV?
- Un antiguo oficial. Fundó escuelas.
- ¿Y la revolución francesa?
- Tuvo lugar a causa de la muerte de Luis XIV.
- ¿Y Napoleón primero?
- Fue emperador del mundo durante cien días.
- ¿Y la Alsacia-Lorena?
- Una gran ciudad de Francia.
- ¿Y Austerlitz?
- Un embajador.
- ¿Y las colonias?

- Es a donde se envían los criminales y los niños abandonados.
- ¿Y Víctor Hugo?
- Inventó la vacuna.

Etcétera, etc.

Dirán que la masa ignora, pero siente. Sin embargo, ¿a qué se reduce un sentimiento que no se manifiesta en palabras y actos habituales? Conversen con un labrador, con un obrero; se ocupará de sus cosas, de su oficio; nada les hará suponer que piensa en la patria. Escarben en él, toquen la tecla de las aspiraciones colectivas, y verán que su región le interesa más que su país, y su aldea más que su región. Para que estalle su sentimiento patriótico, sería necesario una invasión extranjera, y aun aquí jugaríamos con el vocablo, de tal modo el instinto de defensa de sí mismo, de la casa, de la hembra y de la prole es anterior a las patrias constituidas.

Sospecho que tampoco se ocupa de la patria el ingeniero ni el médico, ni el agrónomo, ni en general nadie que produzca, o no ser que esté contaminado del microbio político. Se habla de la patria donde se sirven de ella en vez de servirse de la propia labor. No hablan a cada momento de la patria los que la engendran, sino los que la explotan.

La Argentina, ese magnífico sistema de energías, saludadas por cuantos comprendemos que las energías nuevas, sean las que sean, contribuyen en virtud de la asociación o de la lucha a empujar al mundo hacia adelante, la Argentina cometería un error si diera a su centenario un alcance exclusivamente patriótico, en lo que el patriotismo tiene de celoso, hostil a lo que no es él, aislador, subrayador de fronteras. Si la Argentina, exaltada por lo solemne de la hora, imagina que es la idea de la patria quien ha presidido su soberbia prosperidad, yerra en absoluto. Dejemos esas cándidas mitologías a los manuales de instrucción primaria. No es el culto de la patria lo que ha hecho grande a la Argentina, sino el trabajo, y el trabajo moderno, lejos de subrayar fronteras, acabará por barrerlas y borrarlas, devolviendo al hombre su *patria celeste*, ¡el astro en que vive!

Los argentinos son grandes por ser ricos, ¿y no es hoy la riqueza de índole esencialmente internacional? ¿Qué le importa al ganadero de la pampa vestir con la lana de sus ovejas al argentino o al inglés? La libérrima Francia colma de oro a la despótica Rusia, presta dinero a Servia, para que compre fusiles alemanes, ¡y vende minas de hierro a la casa Krupp! ¿Qué industrias son las que invocan la patria, sino las industrias débiles, que por producir caro y malo bloquean fronteras a golpes de tarifa, encerrando en el territorio nacional, con objeto de esquilarlos, a los consumidores indefensos?

Los argentinos son grandes y fuertes porque son ricos, y son ricos porque han trabajado -si es lícito llamar argentinos también a los emigrantes llovidos de todos los rincones de la tierra- ¿y no es hoy el trabajo de índole esencialmente internacional, por serlo la ciencia, directora única de las técnicas contemporáneas? ¿Hay un método argentino de proyectar un ferrocarril, administrar un Banco, construir un buque? ¿Creen que los abonos con que el argentino fertiliza sus campos obran de una manera argentina? ¿Creen que el oxígeno y el hidrógeno se combinan de un modo argentino en las aguas del Plata? ¿Creen que existen fenómenos que obedezcan a las leyes argentinas o brasileñas? La realidad objetiva no tiene patria, y los hombres se han resuelto a fundar su patria en realidades. Si un médico argentino descubre la curación de la tuberculosis, ¿con qué derecho se apropiaría la Argentina la honra del descubrimiento? El internacionalismo de la ciencia ha llegado al extremo de que el sitio donde ha de surgir un resultado es cuestión de azar. Todo colabora en todo, y nos estamos acercando a una época de cooperación indivisible, en que no habrá nación ni ciudadano que pueda reivindicar progreso alguno como propiedad suya.

El Centenario, para los que miran en la patria una transmisión a la humanidad, es la fiesta del trabajo americano, es la conciencia de un vasto organismo, vibrante de esperanzas y ansioso de esparcir a los cuatro vientos del planeta los gérmenes generosos de su juventud.

NIÑERÍAS

Mi hijo tiene más de tres años. Es un niño excepcional. Todos los niños de esa edad son excepcionales. Pasa por un máximo de la curva descrita por el hombre. Atraviesan una época breve en que la suma de las prosperidades de la carne y del espíritu es mayor. ¡Flor de la florida infancia! ¡Momento sagrado! El cuerpo, rico aún de líneas redondas y suaves que recuerdan el seno que lo nutrió y la amabilidad de la leche, ha empezado a estirarse, enjuto por el juego. El músculo brota. Las pantorrillas bronceadas se endurecen. El pecho, cuando la agitación de la carrera le hace respirar angustiado, dibuja el sólido círculo de su oculta caja. El cuello adquiere su orgullo de pedestal; la cabeza comienza a sentirse cumbre, y se alza naturalmente hacia el cielo. Los pies se han vuelto ágiles y astutos. Las manos no son ya rollitos de inválida manteca. Saben acariciar y romper, y cada dedo aprende su oficio. La piel ha perdido el rosado excesivo y un poco vulgar de los que lactan todavía. Una sublime palidez, mensajera del corazón, pone su luz en las sienas delicadas. El cabello tibio se ensortija en bucles rebeldes. La boca, delicia húmeda y roja donde ríen, hasta en el llanto, los completos diente-cillos, es un vértigo del beso. Los ojos rebosan inocencia, y también deseos innumerables: ojos en que caben ahora las perspectivas de los bosques y de las llanuras: ojos bastante profundos para retratar los mares y las estrellas, ojos en que reposará, mientras viva, la imagen del infinito. Esos ojos claros, sus ojos... ¿qué? ¿Se cerrarán, dicen que se cerrarán?

Y mi hijo canta, grita, corre, torbellino de júbilo, pequeño alud de felicidad. ¿Han calculado los sabios la energía que gasta un niño desde la mañana a la noche? ¿Cómo explican que gastando tanta, crezca y se haga fuerte con tal empuje y rapidez? ¿En qué aritmética estará la solución? ¡Y además, mi hijo es valiente! -es capaz de asomarse a todos los precipicios, como si hubiera conservado sus alas de ángel...-, ¿qué? ¿Se caerá por fin, dicen que se caerá?

¡Oh, nuestros paseos filosóficos! En un charco del jardín se ahoga una avispa. Nos compadecemos de ella. Organizamos el salvamento. La sacamos con un palito. Él quería sacarla sin artefacto alguno.

– ¿Por qué el palito? -me pregunta.

– Porque hay avispas que pican, ¡ay!, hasta cuando se les socorre...

A veces nos arriesgamos sobre el camino ancho, el camino que no se acaba nunca. Yo me fatigo mucho antes que él. Y hablamos. Y nos cruzamos con personas y con animales, con una vaca...

– Papá, esa vaca que viene, ¿"quién" es?

– No lo sé, hijo mío.

Casi siempre tengo que contestar lo mismo: "No sé". ¿Qué? ¿Dicen que él tampoco sabrá nada, que se irá sin saber nada?...

Una caravana de hormigas nos corta el paso. Hay que respetarlas. Mi hijo, acostumbrado a que las gallinas y los perros menores huyan de él, contempla las hormigas silenciosamente, y después me interroga:

– Papá, ¿por qué no se asustan de mí?

– Porque no te ven, hijo mío. Eres demasiado grande...

¿Se sonríen? ¿Qué habrían respondido ustedes? De esos labios salen enigmas terribles. Salomón consiguió satisfacer a la reina de Saba. Yo dudo que mi hijo se fuera contento. ¡No existe reina que tenga la imaginación de un niño de tres años! Poetas ufanos de su fantasía, ¿pueden jugar tres horas con piedrecitas y cáscaras de nuez? ¿Pueden, como mi hijo, infundir un alma brillante a lo más inerte, oscuro, mutilado, muerto, a una mota de tierra, a un pedazo de trapo? Si les llegara siquiera la imaginación a representarles el alma ajena, el dolor ajeno, hombres cultos, ¿se tratarían unos a otros como máquinas?

Para mi hijo no hay máquinas hasta hoy en el universo. Todo respira, todo es instinto y voluntad. Todo convida o amenaza. Todo es digno de amor o de odio. Así debió ser la aurora del mundo... ¿Qué? ¿Morirá? ¿Dicen que mi hijo morirá?...

LOS OJOS DE LA TARNOWSKA

La Tarnowska... Suena bien. Suena a título de ópera. Hay en este nombre, para los que creen en el sortilegio de las sílabas, un aroma de sangre, un anuncio de crímenes. No confundan: me refiero a crímenes musicales, por un Glazúnov, un Rimsky-Korsakov; crímenes estéticos, de una lascivia cerebral, flores de la suma civilización. La condesa Tarnowska y madame Steinheil, cogidas de la mano, nos sonreirían para siempre, embalsamadas en un poema de Baudelaire, que las hubiera comprendido. Pero sólo tuvieron junto a ellas, en la apoteosis del banquillo, la insensibilidad de los leguleyos, el aturdimiento de los reporteros y la miopía de los Lombrosos de turno. Réjane y D'Annunzio volaron a Venecia a lucirse; les faltó la devoción necesaria. Y la Tarnowska, como la Steinheil, caerá al olvido común, empujada por la misma ola de actualidad que nos la trajo.

Sabemos que la Tarnowska es una embrujadora de hombres. A su primer amante, Borgetski, lo mata el marido. Los demás abandonan, por ella, esposa, hijos, honor; roban, como el magistrado Prilukov; se asesinan unos a otros, como Naumov a Kamarowski, o se suicidan, sencillamente, como uno que poco antes de levantarse la tapa de los sesos, escribía: "Amada María Nicolaiewna, me quedan aún cuarenta minutos que aguardar. Solamente mi amor vive en mí, y la esperanza de verte, dentro de algunos instantes, pasar en tu coche, bajo mis ventanas. Te beso y muero". Sabemos que la Tarnowska es aficionada al tabaco, a la cocaína, a la morfina y al éter. Sabemos que su tipo es elegante y gracioso; sabemos que es morena y tiene la nariz larga. No es mucho, para penetrar su espíritu; para explicarnos que las señoras de la alta sociedad italiana se hayan disfrazado de labradoras, con el propósito de deslizarse en la sala del tribunal, y que, a fin de contrarrestar los efectos del magnetismo que parecía ejercer la procesada, se haya ordenado revelar varias veces al día los *carabinieri* encargados de su custodia. Único dato positivo: los ojos de la Tarnowska. Un corresponsal inteligente dice: "Maupassant hubiera descrito el poder de esos extraños ojos negros. La maravilla de los ojos de María Nicolaiewna -por paradójico que resulte- consiste en que carecen de toda expresión. Su brillo, su tamaño y su matiz no varían jamás. Los he observado atentamente durante media hora cumplida, y no los he visto pestañear. Y esos ojos inescrutables leen el fondo de los corazones, y contemplarían cualquier tragedia sin adquirir expresión alguna".

Bonafoux se indigna, en crónicas vibrantes, contra los infelices, o quizá demasiado felices, esclavos de la Tarnowska, y no es capaz de imaginarla. Con la mejor intención del mundo, moraliza, y dan ganas de aplicarle la frase de Maeterlinck: "dejemos esas menudencias a los que no sienten que la vida es grande". No nos asombremos de que una mujer mala, es decir, una mujer que hace cosas tenidas por "malas" en la Europa del siglo XX, haya sido tan querida. Al amor no le importa lo que hacemos, sino lo que somos. Y nadie conoce lo que la Tarnowska es, la realidad que nos mira a través de sus ojos impasibles.

Estamos distraídos por los cortos vaivenes de nuestra existencia superficial, y no reconocemos el misterio más que en casos aparentemente excepcionales. Creemos que el misterio es algo irregular y sorprendente, un dios caprichoso, cuando es una atmósfera tranquila. Todo está sumergido en él, desde las cumbres hasta los bajos escondrijos. Recorran la historia de las simpatías y de las antipatías que formaron la trama sentimental de su pasado, y hallarán en cada una un enigma, menos aparatoso que en la Tarnowska, pero igualmente impenetrable. Se ama porque sí. Solemos amar a los que nos hacen daño. Solemos no amar a los que nos hacen bien. Sagrada ingratitud; el amor no debe comprarse con nada, ni con nuestro entero ser; el amor debe permanecer indiferente a los esfuerzos humanos, debe descansar por completo en lo desconocido. El que razona el amor no ha amado nunca. Descifrarlo, someterlo a nuestra lógica y acaso a nuestra voluntad, sería desviarlo de su objeto oculto; ignoramos las leyes del amor: por eso es libre. No entendemos la muerte, ¿y entenderíamos al vencedor de la muerte?

Se habla en química de ciertas sustancias que, sin transformarse durante las combinaciones, las hacen, sin embargo, posibles. Se dice que estas sustancias, indispensables e inalterables, obran por "presencia". Así, en los fenómenos de la simpatía, de la antipatía, del amor y del odio, obran las almas. Obran, inmutables, en medio de las convulsiones de los cuerpos, en medio de las agonías, de los heroísmos y de los crímenes. Obran por presencia, omnipotentes e inmóviles, como los ojos negros de la condesa Tarnowska.

PERROS POLIZONTES

Hace años ya que en varias capitales europeas se amaestran perros al noble ejército de la pesquisa policial. Los resultados, según se anuncia oficialmente, son muy satisfactorios. Es cierto que un perro polizante apostado junto al Sena, cayó al agua, costando gran trabajo salvarle, porque no sabía nadar. Se habla también de otro perro extraviado, que no fue posible encontrar antes de ocho días, a pesar de haberse puesto en juego todos los recursos de la oficina de investigaciones. Pero estos tropiezos son insignificantes. El perro tiene bellas aptitudes para la carrera de Sherlock Holmes. Hasta se le emplea en varias empresas de represión pública. En París defendieron con perros la puerta de la embajada española, y en Berlín con perros disolvieron un mitin de aprendices.

Mr. Huyghebaert opina que la mejor casta para la caza humana es el llamado "perros pastor belga". Goza de cualidades especialísimas: "audacia, fidelidad, vigilancia, olfato e inteligencia". ¡Ay! Las mismas cualidades sirven a fines opuestos. Proteger ovejas y perseguir desgraciados son cosas diferentes, aunque exijan medios semejantes. Con igual olfato olemos el estiércol y la flor. Triste metamorfosis: el perro pastor convertido en perro agente, el pequeño Monseñor Bienvenido transformado en un pequeño Javert. Nuestra alma es bastante robusta para soportar tales contrastes; se admite que un empleado de policía sigue siendo un caballero. No así el alma canina. El humilde camarada prehistórico es de una vergonzosa debilidad para con nosotros; nos obedece y nos adora ciegamente; cree a pie quieto cuanto le digamos, y a una

señal nuestra sería capaz de sacrificar su propia prole. Yo dejaría con gusto escapar algunos supuestos delincuentes con tal de no turbar y corromper el corazón del perro.

Veán qué formidables revelaciones para él: hay hombres buenos y hombres malos, es decir, dioses buenos y dioses malos. Es preciso rastrear y acosar a los malos, para lo cual es forzoso comenzar por distinguirlos. Reducido a su olfato, el perro los distingue por el olor. Su hocico es juez. Hay efluvios honrados y efluvios criminales. Hay un código de emanaciones. Los miasmas del vicio y el aroma de la virtud han cesado de ser una metáfora. ¡Oh penalistas, oh magistrados, si vacilan en avaluar la responsabilidad del reo, si se hallan frente a un caso difícil y sienten que sus narices son demasiado cortas, citen como perito inapelable al *pastor belga*, reeducado en las comisarías, y ruéguele que olfatee a su cliente! Si el perro se enoja, griten: ¡*macte!*, y vuelvan su pulgar hacia abajo. Manden después, sin escrúpulos, montar la guillotina.

Acaso el perro nos suministre ese criterio objetivo del mal y del bien, ese soporte material de que tan necesitada está nuestra conciencia. Cuando se demuestre, aunque por intermedio de un can, que el asesino no huele como su víctima, se nos habrá quitado un peso enorme de encima. No sabemos, en efecto, lo que significa la palabra asesino. ¿Se puede ser asesino mientras no se mata? Entonces cualquiera de nosotros sería un asesino -y quizá lo sea-. ¿Qué diferencia existe entre el que no mató nunca y el que ha matado ya? Ningún sabio, por minucioso que fuera su examen, sería capaz de averiguarlo. El que mató recuerda que ha matado, y eso es todo. ¿Qué le caracteriza, qué castigan en él, sino el recuerdo de su crimen? Acabó de matar, y acabó su carácter y su culpa, puesto que asesino es el que mata. Un asesino justiciable debería matar continuamente, como un objeto negro es continuamente negro. Consideren, pues, la importancia del perro policial. Hoy se le amaestra, mañana amaestrará a sus profesores. Constituirá, por su actitud ante los acusados, el reactivo del delito, como el conejo de Indias constituye el reactivo biológico de la tuberculosis.

La policía, a cuyo servicio está la mayor parte de las ciencias, utiliza ahora el intestino animal, y se incorpora laboratorios donde prepara diversos cuadrúpedos. Tal vez encargue elefantes para disolver manifestaciones callejeras. Entretanto, la criminalidad crece infatigablemente. Felicitémonos del desarrollo armónico de todas nuestras actividades.

DACTILOSCOPIA

Cada uno de nosotros lleva en las yemas de los dedos, bajo la apariencia de finísimas curvas paralelas o confluentes, arcos, óvalos, espirales, círculos concéntricos, el dibujo misterioso y único que le designa para siempre, el sello que le separa y le aísla de sus hermanos y de todos los seres del universo. Si Novalis las hubiera examinado, habría de seguro reconocido en ellas "la gran escritura cifrada que se encuentra en todas partes: sobre las alas, sobre la cáscara de los huevos, en las nubes, en la nieve, en los cristales, en las formas de las rocas, sobre las aguas congeladas, en el interior y en el exterior de las montañas, de las plantas, de los animales, de los hombres; sobre los discos de vidrio y de pez cuando se les frota y se les junta, en las limaduras que rodean el imán y en las entrañas conjeturas del azar...". No hemos descifrado por cierto los arabescos digitales, pero sabemos que varían de una raza a otra y de un individuo cualquiera a otro, con la misma libertad impenetrable que de la madre al hijo, o de un dedo al siguiente. Sólo son fieles a la mano que señalan. No hay poder en la tierra que pueda falsificar esa firma grabada en nuestra piel. Es inmutable. Es indeleble. No se borra sin mutilarnos. A. Ivert cita el caso de un reincidente que para evitar la comprobación dactiloscópica metió las manos en agua hirviendo. Se curó y se hallaron sus impresiones digitales idénticas a lo que habían sido. El doctor Locard se ha quemado con aceite, con un hierro hecho ascua; su dermis, al sanarse, reprodujo las figuras antiguas. Tres meses antes de nacer, estamos ya

marcados para la vida entera, y largo tiempo después de morir, conservamos, en nuestros dedos que se pudren, la maravillosa prueba de nuestra individualidad.

Así como los astros no pierden nada de su poesía porque se sirva de ellos el navegante que conduce su cargamento de guano, la dactiloscopia no pierde su alcance metafísico aunque la utilicen los hombres para denunciarse con mayor exactitud entre sí. ¿Es beneficioso este medio perfecto de identificar delincuentes? Lo ignoro. No me siento con fuerzas para decidir si los desórdenes sociales se deben a los delincuentes o a la autoridad. Pero apuremos las enseñanzas de la dactiloscopia. Una vez recogidas las imágenes papilares, se trata de clasificarlas y guardarlas en un registro donde sea fácil obtener rápidamente la que se busca. Vucetich, jefe del servicio de identificación de la Argentina, ha inventado el método más sencillo y más ingenioso de clasificación y notación de dactilogramas. El vucetichismo se está adoptando por todas las naciones del mundo; no es de admirar que sigan, en el arte policíaco, el ejemplo de aquélla, donde ha llegado a su apogeo la idolatría de la propiedad. Vucetich distingue cuatro tipos dactiloscópicos, que bastan a suministrar un millón y pico de fichas diferentes; dentro de un tipo, se descubren hasta 55 caracteres fijos, que se deducen de líneas y puntos singulares. Tomando en cuenta seis caracteres, resulta un guarismo de fichas distintas superior al de los habitantes del globo, con una probabilidad de error en la identificación por bajo de uno contra sesenta y cuatro mil millones. Los 55 caracteres proporcionarían un registro suficiente para la vía láctea, suponiendo cada uno de sus soles rodeados de planetas tan poblados como el nuestro.

Lo esencial es que no se parte de las dimensiones del dactilograma, sino de su forma, de sus particulares numerables, y una ficha se representa por un número entero. Entero, ¿comprenden? No hay uno de nosotros que no tenga incrustado en su carne un número entero, "su número". Estamos numerados. Ahora bien; no se razona sobre cualidades, sino sobre números, y no es posible pensar ni escribir un número si no es entero. Nuestras pocas certidumbres psicológicas y físicas se reducen a sistemas de números enteros. El cosmos es una aritmética viva. La mecánica celeste, *verbi gratia*, gira en torno del número 2, constante de la ley de Newton; el resto se compone de coeficientes experimentales, o según la frase de Verlaine, "de literatura". Decía don Hermógenes que todo es relativo, y no falta quien repite esta sandez. Si todo fuera relativo, ¿cómo estaría *seguro* de ello don Hermógenes? ¡No! Unas cosas son relativas y otras absolutas. Los *cinco* dedos de mi extremidad -cinco justos- son algo absoluto, aunque no muy significativo para mí, puesto que mis semejantes, y numerosas especies geológicas, usan también cinco dedos. En cambio el número de mi ficha dactiloscópica me interesa intensamente. Me es personal. Bertillón mide mi talla: 1750 milímetros. Pero añade: "milímetros más o menos...". No me da un número; me da dos, entre los cuales, por próximos que estén, queda una incertidumbre infinita. Y todos los números positivos, indicados por nuestros instrumentos, son números límites, números falsos. La prodigiosa precisión de nuestros laboratorios es impotente a construir un número entero. Apreciamos la diezmilésima parte del milímetro, y la centésima de miligramo sobre un kilogramo, y es inútil; en esta estrechísima grieta de error se agazapa, inaccesible y virgen, la realidad. "La verdad, decía Pascal, es una punta tan sutil, que nuestros instrumentos son demasiado romos para tocarla exactamente, y si lo consiguen, aplastan la punta, y apoyaban alrededor, más sobre lo falso que sobre lo verdadero..."

Vucetich me hace el don soberano de mi número, ¡verdad absoluta que no me es permitido leer, pero que tengo asida! Ustedes, quirománticos del porvenir, la leerán acaso. Temo que nos revelan una gran tristeza. Temo que las finísimas curvas papilares no sean sino una estratagema de Dios, jefe supremo de policía, para identificar a sus criaturas el día del juicio final.

LOS JUECES

Cuando se piensa algún tiempo en los jueces, nace por contraste la idea de la justicia.

La sociedad, en todas sus formas estables, se compone de una minoría armada, dominando a una mayoría desarmada. Goza la minoría, ya del hacer, ya del oro, ya de la confianza de los dioses. La mayoría se sostiene gracias a un extraño e implacable furor de vivir: los sufrimientos hacen que el hombre ame la vida, y que la mujer sea fecunda. Las relaciones entre la minoría y la mayoría son asesoradas por los jueces, que pueden considerarse tenedores de libros de la casa. Esos últimos empleados se enteran de los asuntos pendientes, y reciben de la minoría las instrucciones y la autoridad necesarias para revelarlos. El pacto celebrado entre la minoría y los jueces es la ley.

Notemos que el pacto es forzoso, pues no se concibe jueces sin gendarme, cárcel y el verdugo, que son la fuerza, y la fuerza pertenece a la minoría.

Por definición, la ley se establece para conservar y robustecer las posiciones de la minoría dominante; así, en los tiempos presentes, en que el arma de la minoría es el dinero, el objeto principal de las leyes consiste en mantener inalterables la riqueza del rico y la pobreza del pobre. Llega el instante de que la idea de justicia nazca porque la ley, que favorece al poderoso, habría de parecer justa al poderoso, y al humilde, injusta. Sin embargo, nace la idea en sentido contrario: el poderoso encuentra la ley todavía estrecha a su deseo, ya que él mismo la dictó y es capaz de hacer otras nuevas, y el humilde se conformaría con que la ley se cumpliera como se dice y no como se hace.

Hay algo peor que la ley: es la incertidumbre. El terror del infierno se debe no a que las torturas sean excesivas, ni a que sean eternas, sino a que no se sabe lo que son. El que delinque y sabe que será ahorcado, descansa en una realidad espantosa, pero firme. Si ignora qué género de suplicio le espera, su angustia sería intolerable.

Los jueces prevarican algunas veces, y muchas, se equivocan. De aquí procede su prestigio. Un juez infalible no amenaza más que a los culpables; un juez que yerra, amenaza a culpables e inocentes. Él es el juez verdaderamente augusto; nada escapa a sus ojos; nadie está seguro con él. Y la idea de justicia, en la mente de los humildes, nace menos verosímil aún que el país de utopía, que la edad dorada; es un ventanillo abierto en lo alto de la prisión, sobre el infinito azul del cielo; es lo irrealizable, lo que florece más allá de la tumba. Sólo Dios es justo: para salir por el ventanillo, hacen falta las alas de la muerte.

Y únicamente en las épocas felices, cuando durante largos años son los jueces incorruptibles, esclavos de lo escrito, es cuando los hombres empiezan a descubrir la formidable injusticia de las leyes.

EL MATERIALISMO CATÓLICO

El catolicismo -el Vaticano, para emplear la palabra exacta- muere porque ha dejado de ser una religión.

Su alma, que era el misticismo y la caridad, ha ido desvaneciéndose a medida que aumentaba su poder político y se consolidaba su estructura burguesa. Convertido fatalmente, por el proceso de la decrepitud universal, es una vasta industria explotadora de las más groseras supersticiones; el vaticanismo se fosiliza a nuestros ojos y pronto será un inmenso sepulcro blanqueado.

Si hoy es imposible ser sabio -o siquiera inteligente- y ser católico -en el sentido en que lo es por ejemplo Pío X, ese fenómeno de sandez augusta-, también es imposible ser católico y ser religioso. No es la ciencia lo que sobre todo nos separa de Roma; es nuestro instinto de la belleza y de la majestad de lo invisible; es nuestra honradez. ¿Qué persona decente admitirá el Dios que aplasta niños en Messina? Para eliminar a semejantes dioses de nuestras costumbres entran ganas de apelar a la policía antes que a la lógica.

¿Qué queda del espíritu de Jesús en el clero? ¿Qué queda del sublime manantial? Ya San Pablo, que no conoció al maestro, es un poco áspero. Los papas volvieron la espalda al comunismo desde el siglo III. Los católicos se hicieron capitalistas y militares, usureros y verdugos, y los verdaderos cristianos huyeron a la soledad. La Reforma salvó de la corrupción definitiva una parte del culto pero dentro del vaticanismo el efecto reaccionario trajo a los *jesuitas*, término con que ahora se designa en todos los países a una cierta categoría de hombres despreciables.

El catolicismo parece por fin reducido a las solas funciones digestivas. Es un parálítico que digiere y defeca en enormes proporciones, y fuera de cuyo vientre ningún órgano trabaja. ¿Dónde encontrar el rastro, no ya del ideal, sino de la idea? El catolicismo, materialista como un banquero hidrópico, trafica y hace política; compra, vende y manda representantes de su partido a los parlamentos; la empresa marcha, los dividendos no son malos. Y, no obstante, ¡cuánto más débil es en medio de su oro, que cuando Jesús no tenía donde reposar la cabeza! ¡Oh, católicos!, ¿qué hicieron de la cabeza de Jesús? Son incapaces, con todos sus millones, de levantar un templo digno de su pasado, incapaces de añadir un capítulo al Libro, incapaces de producir un santo que no nos haga reír. De la más alta figura de la historia hemos venido a parar a las Marías Alacoque, fletadoras de corazones sanguinolentos a tanto el cromo. Es triste, después de haber bebido en el purísimo manantial bajar a la fétida charca en que se abrevan los fariseos y los temibles asnos de nuestra época.

¡Tristeza de las religiones moribundas! ¿Qué diría Jesús, él, que llamó al clero de su tiempo raza de víboras, qué diría, si viera el champaña de los obispos y los cheques del Papa; qué diría si viera las imágenes de palo cubiertas de joyas, qué diría si buscando en vano un destello de su prodigioso espíritu en las iglesias, que profanan su nombre, hallara en la de San Juan de Letrán, en Roma, adorados por la tribu fetichista, su cordón umbilical y... etc.

CARTAS INOCENTES

Laguna Porá, junio de 1907.

Esto es un arca de Noé. Aparte de la multitud cornúpeta, tenemos caballos, mulas, gatos, perros, puercos gallinas, patos, y hasta una pareja de jabalíes en la infancia. La única preocupación de toda esta gente es comer. Su apetito es perpetuo, su estómago está siempre en acecho. Se diría que su cuerpo se reduce a un tubo digestivo que hay que defender, transportar y servir. Los ojos son para descubrir el alimento, los pies para alcanzarlo. La

inteligencia añade a la caza la astucia y nada más. ¿La vida? Fauces abiertas, y algunos accesorios.

Entre el hombre y el animal doméstico existe una relación económica. El uno hace de capitalistas y el otro de proletario. La carne, los huesos, la piel, la leche, la faena de noria o de carga, la bufonería de la resignación amaestrada y el entretenimiento sanguinario de gallos que riñen y de foxterriers exterminadores de ratas son rendimientos regulares que se pagan con el salario mínimo de la subsistencia material. Régimen de esclavitud, tal vez menos dañoso que la orfandad hipócritamente libre del obrero de ahora, pero régimen económico al fin, como el que va estableciendo en el mundo nuestra civilización, enemiga de la guerra. Es que la guerra no es ya útil. La codicia prefiere la paz, que resulta más fructuosa. Así mantenemos la paz entre los animales domésticos. Les castigamos sin herirlos, nos ocupamos de su salud, estudiamos su higiene. Queda la guerra para las especies salvajes, batidas en las selvas y las llanuras; para nuestro botín de prisioneros, pájaros poetas y fieras heroicas. La soberanía del granjero en su corralada consiste en que él y nadie sino él, es el dueño del hambre. Los fieles servidores que le acompañan perdieron la energía de nutrirse por cuenta propia. Son siervos porque su odio es contemplativo, porque se abandonan a la pereza del desayuno asegurado. Son demasiado cultos para sacrificarse por la estética, arriesgándose a una muerte noble.

Y, sin embargo, un lazo sentimental parece en ocasiones mezclarse con el lazo económico. Aquí se presenta el consabido problema del perro. Según ciertos autores -recuerden a Maeterlinck, *Á la mort d'un petit chien*; a France, cuando nos habla de Riquet, digno interlocutor de Bergeret el filósofo- no sólo acepta el perro la piltrafa que le arrojamos, sino que la agradece. Para él somos más que la llave de la despensa; somos dioses; en su humilde locura afectuosa nos cree infinitamente justos e infinitamente misericordiosos, a causa quizás de los puntapiés que recibe. Nos ama porque nos atribuye todos los males. Y en verdad que siendo lo que son el hombre y el perro, debió nacer entre ellos algo religioso. Yo he visto en las pupilas de nuestro amigo esa humedad devota de los grandes beatos. Ciertamente da triste idea del perro la elevada idea de nosotros tiene. No importa; sería ingrato criticárselo, o dudar de su buena fe.

La adulación nos hace llorar de gusto, aunque nos venga de un perro. El perro nos admira, luego es inteligente. Además, ¿no fue contemporáneo del genio entre los genios, del Prometeo ancestral que robando el fuego a la Naturaleza engendró de la llama a la humanidad futura? El perro está de buena fe; no es un intrigante secular que nos entenece para explotarnos; no es un político. ¿Cómo explicar entonces, siendo tan delicado con nosotros, que lo sea tan poco con sus congéneres? Les saluda de una manera repugnante y cómica. A pesar de su olfato famoso, no le molesta lo peor oliente. ¡Qué gustos más groseros, más lamentables! ¿Y el amor? El perro empieza por no distinguir bien los sexos; su corazón no le dice nada, y el miope amante se entrega a un examen irreverente, positivo y obstinado. No comprende el perro lo grotesco y lo sucio. En su misma adoración por nosotros se encuentra un no sé qué de indecente.

Por mucho que se insista en que los sentimientos religiosos no son incompatibles con una escasa corrección de modales, ello es que cuanto pierde el perro en carácter lo gana el gato. El perro es un creyente; el gato, un crítico; el perro nos obedece, el gato nos juzga; el perro es un burgués que venera al señor y ladra al mendigo, el gato guarda su desprecio socarrón para el presuntuoso que pretende conquistarle con un hueso. El uno traga y el otro saborea; el uno es irremediamente vulgar hasta en sus pasiones, el otro, exquisito, gime sus deseos amorosos al solitario claro de luna. Compáren el torpe morder del primero con la precisa y graciosa ferocidad del segundo. El gato embellece su persona, sus conocimientos, su crueldad, y un gato grande, el verdadero rey de la creación, el tigre de Bengala, suele complacerse en arrebatarse al hombre vivo, y en prolongar horas y horas -¡suntuoso horror de la caverna!- la tremenda agonía. No nos idolatra el gato: somos nosotros quienes lo hemos idolatrado a él; su reposar hierático conserva un reflejo de cultos remotos; su alma de enigma frecuentó a las divinidades. No

busquen el misterio en el iris fácilmente sensual del perro, sino en el gatuno, joya cristalina y metálica, insondable transparencia hendida al sol por el filo de un siniestro puñal, ahuecada por la noche en un fascinador abismo. El perro ha llegado a la certidumbre, a la felicidad; el gato espera. Su silueta inmóvil nos inquieta en la penumbra habitable adonde le arrastró un capricho prehistórico. Sus preferencias son de mujer. Elige sus íntimos, si es que los tolera. ¡Cuántos iluminados, como Baudelaire, se honraron con la caricia eléctrica, rara, de esa bestia magnífica!

El perro, en su honrada y aturdida ternura, nos representa el más allá posible, el puente sobre los precipicios que separan a los seres. El gato nos representa el más allá impenetrable, la frialdad burlona de lo desconocido. Si uno es el definitivo compañero, el otro es la esfinge familiar.

Laguna Porá, junio de 1907.

"En el Paraguay la mano de obra es imposible", dicen los industriales; "la gente aborrece el trabajo". "¿Por qué no desearán ganar dinero?" se preguntan los mercaderes. "El servicio es infame", gimen las dueñas de casa. Nadie tiene vocación de changador ni de sirviente. Estos taciturnos campesinos prefieren no hacer nada a enriquecer al prójimo. ¿Cómo perdonarles el delito de contentarse con poco, y de no dejarse civilizar?

Porque la civilización es el oro. Hay que adquirirlo para sí, o al menos para otro. Pero no colaborar a la aglomeración del oro, he aquí lo abominable. No obedecer a la gravitación áurea de los tiempos modernos es lo que era en épocas pasadas no obedecer a la gravitación del hierro: una rebelión incomprensible. "El servicio es infame". Cuando una gallina resulta dura de comer murmuramos: "¡qué infame animal!" Es infame lo que no nos sirve, lo que resiste a nuestros dientes. Es además herético. Para las seseras democráticas hay una fe, que es la codicia legal, y un Dios, que es el progreso, un Dios muy práctico, muy yanqui, que adjudica la felicidad al resoplido de las fábricas. Hay que ser feliz a la fuerza. Hay que andar en tropel, hay que dar aceite a las máquinas, y admirar los resultados de la avaricia metódica.

Y, sin embargo, la armonía no es perfecta. Existe quien sufre la inquisición de la miseria y se niega a convertirse. Existe quien se aviene a una mandioca y dos naranjas, y no quiere ser lacayo. Debería votarse una ley que obligara a esos insensatos a fomentar el progreso. No bastan los harapos; es necesaria la cárcel. Tranquilamente: la ley está en vigor; es la ley contra los vagabundos. ¡Qué aspectos tan cómicos ofrece la libertad, y qué sainete el de los derechos del hombre! Puesto que los curas y los nobles revelaron su propia debilidad, suprimamos sus privilegios, cortemos sus cabezas en nombre de la fraternidad y de la tolerancia. En cuanto al oro es el siempre immaculado, el siempre agosto. ¿Por dónde atacarle? No tiene cabeza, trono ni credo. Pueblo, pueblito: eres libre de insultar al Padre Eterno, a los santos, ya que son mentira. Vocifera contra cosas que ya a nadie importan: eres libre. Ven acá, bárbaro de los montes, borracho de taberna, tu voto vale tanto como el del profesor Lombroso; elige tu gobierno, eres libre. Y tú, *madre chanteur* entrampado, testafarro macilento, arranca honras desde el púlpito de la prensa: eres libre. Son libres de todo, menos de alimentarse.

La propiedad es intangible. Cada día su culto es más intransigente; cada día se vuelve más sagrada. Hubo miserables por los caminos y caballeros en los palacios, como ahora, mas el que temblaba de frío, lejos de su choza, entraba en el bosque del rico y cortaba un haz de leña. Era el derecho del pobre a la caridad. Hoy es preciso ser ladrón para no morir. Si al desheredado que salta una tapia se le encaja un tiro, no faltará quien felicite al propietario por su buena puntería. ¿Se concibe en la actualidad una costumbre como aquella en virtud de la cual los grandes señores romanos tenían que abrir sus habitaciones y parques al público una vez por semana? ¿En qué familia quedan lazos de afecto profundo entre amos y criados? "Criado de V. E.", firma Cervantes, según el uso, y la fórmula es cortés sin bochorno; *servidor* ya nos choca;

criado, donde nada resta del tradicional sentido de *criar*, ofende. ¿En qué industria sobrevive un sentimiento de solidaridad en la obra, y de igualdad moral entre empresarios y obreros en el entusiasmo de una misión? Resplandece aún la belleza cuando es un espíritu aislado quien la produce; donde se juntan varios para crear, la belleza huye, espantada del egoísmo. Imposibles se han hecho pujanzas parecidas a las maravillosas selvas de piedra que plantó la piedad, a las cátedras en cuyo encantado nacimiento se empleaban las generaciones. La luz que bañaba por igual la frente del arquitecto y las manos del artesano se ha desvanecido para siempre.

Se repite demasiado que el trabajo dignifica. "El que trabaja ora", indica el apóstol. Protestemos. Hay un trabajo que eleva, y uno que rebaja. Hay un trabajo que aumenta el ser interior, y uno que lo disminuye; un trabajo que alegra y otro que entristece. Trabajar por hambre es horrible, y horrible trabajar por concupiscencia. "Es indecente, escribe Wells a propósito de los niños que lustran botines, hacer brillar sobre nuestros pies el sudor ajeno". Sí; mucho de indecente se esconde bajo la prosperidad del siglo. Una raza de recuerdos y se silencio yace desterrada en las regiones de la melancolía: si no se enamora de nuestras fáciles maniobras comerciales, respetémosla. No la injuriamos; nada nos pide. No la declaremos perezosa y corrompida. ¿Qué el trabajo emancipa? Lo que emancipa en ocasiones es no trabajar.

Laguna Porá, junio de 1907.

Después de los motines de la India inglesa y de la lucha civil en Marruecos llegaron los desórdenes de China. A pesar del desastre ruso, que vino a desbaratar prejuicios disfrazados de verdades inmovibles, todavía circulan muchos dislates sobre las benévolamente llamadas razas inferiores. Un estudio de las borrascas que se desencadenan en regiones tan distantes entre sí, tan características una por una, como el norte de África y esos dos continentes humanos, el Indostán y el centro de Asia, ayudaría a vislumbrar nuestra ignorancia y aconsejaría siquiera aprender a callarnos. Para el vulgo la especie se compone de los blancos y de los que no lo son; los no blancos están condenados a constituir pronto o tarde simples colonias de los primeros. Si la raza sometida resulta inferior al extremo de no ser explotable ni como consumidores de porquerías vendidas a precio décuplo ni como colección de bestias de carga, se le destruye sin ceremonia. Es preciso algo semejante a la lección japonesa para sentir la realidad, es decir, lo imprevisto y el misterio, y para sospechar que el alma de los pueblos es indescifrable, que la inmovilidad no equivale siempre a la muerte, ni la resignación y el silencio a la estupidez.

Porque caídos en la ilusión de que nuestro punto de vista es el centro del mundo, nos equivocamos grandemente hasta cuando nos creemos altruistas y nos dedicamos a exportar a otras latitudes los seudos beneficios de nuestro progreso famoso. ¿Qué nupcias pueden celebrarse entre nuestras costumbres de pastores de máquinas y las costumbres de los marroquíes, por ejemplo, ociosos y audaces, corredores de la pólvora y del rapto, jinetes poetas, errantes embriagados de sol y animados por pasiones ocultas bajo el movimiento arabesco de una fantasía que ondula? El elemento bereber, creciente sin cesar, ha sido la pasta conmovida por la elegante levadura árabe, y se ha asimilado rasgos de brillantez pintoresca, de discurso simbólico y cortés, de malicia diplomática. La guerra mora no es nuestra guerra. Allá se vence parlamentando, se sitia con sobreentendidos. No suelen apelar a medios radicales aquellos eximios ajedrecistas, y la jugada final no se ejecuta, sino que se anuncia. Pocos europeos, ¿no es cierto? los combates de *tela*. Ambos ejércitos, en lugar de batirse, acampan próximos, y se consagran a levantar, ante las narices enemigas, el mayor número de carpas posible. El que ha logrado alinear más carpas ahuyenta al otro. Y sería un error creer apocados a los descendientes de los que espantaron la tierra con la fundación fulminante de un imperio no igualado, y fueron durante siglos las aves de presa del Mediterráneo, y abrieron comercio de esclavos franceses y españoles. Aún hoy se añade al peligro amarillo el peligro del Islam. Los musulmanes se organizan; ellos son los designados para dominar y fanatizar al

negro y lanzarle contra el blanco. Una reacción sectaria avanza a través de comarcas inmensas. La influencia se esparce a los confines del oriente. No es el panislamismo una palabra ridícula.

La historia de las misiones cristianas en Indias, en China, en el Japón, es la historia de la torpe intransigencia de nuestro dogma en pugna con la majestuosa tolerancia asiática. Los misioneros eran felizmente hábiles mercaderes, y su obra precaria se mantuvo por la seducción que el lucro ejerce de inmediato en el indígena, el cual no es indiferente tampoco al *confort* ni a lo nuevo y raro que traen los comisionistas y los viajeros. El celeste de Hong-Kong, enriquecido en diez años, disimula su venerable trenza bajo una galera de *clubman*, y cualquiera de Tokio, enamorado de los anteojos occidentales, sostiene trabajosamente los suyos en medio de la faz aplastada. La ventaja material, la curiosidad frívola, he aquí lo que es capaz de satisfacer en tales países nuestra cultura. Nos está vedado penetrar en lo íntimo social, en lo religioso. Los ingleses han comprendido dónde concluye el radio de acción de los conquistadores, pacíficos o no. La servidumbre no hace sufrir mucho al indio inglés, libre de la exasperante indiscreción latina. Conserva sus sacerdotes, sus príncipes, sus costumbres privadas, lo que le parece esencial a su destino y a la tradición. La administración británica le es más cómoda por más barata y más expedita: sin embargo no cambian en él los conceptos genuinos de lo justo, de la jerarquía, de la autoridad sagrada. La savia moral no se destiñe fácilmente, ni fácilmente se muda el matiz de los ojos y de la piel. Europeizar cerebros es tan factible como blanquear pigmentos. Así la introducción del sufragio universal en las posesiones francesas produce efectos cómicos, absurdos, intolerables. En Pondichéry y otros establecimientos votaron sesenta mil naturales que no sabían una jota de francés (1906). La mentalidad de los electores se mide por la contestación de una annamita a quien se preguntaba qué era lo que más le había impresionado en su visita a Francia: "He visto a un señor francés entrar en la jaula de un tigre, y el tigre se hacía el perrito" (Carl Siger). En Guadalupe la campaña electoral ha conducido -fenómeno extraño- a que los blancos y los negros se coliguen contra los mulatos y los exterminen. En ciertos sitios la química detonante no es entre colores, sino entre credos: Mahoma y Brahma se increpan delante de las urnas, y los fieles respectivos se degüellan en el pleno uso de sus libertades cívicas.

¿Qué argumentos contradictorios no se han sacado de las noticias o de la falta de noticias referentes a China y al Japón? China fue la predilecta de filósofos de toda opinión y calibre. Voltaire la puso a la moda. Gourmont, en su continua, aterciopelada sátira de las instituciones de occidente, se ríe de nuestros mecanismos desalojadores de obreros, y admira el principio chino: "Los chinos han decidido en su sabiduría que todo trabajo que pueda ser hecho por el hombre debe ser reservado a los hombres, y no toleran los caballos o las máquinas sino cuando el animal, el mecanismo vivo, es realmente impotente a producir el efecto querido. Este sistema, que debe tener grandes inconvenientes para el público, tiene grandes ventajas para los trabajadores, que encuentran siempre colocación a su actividad". Nowicow proclama la superioridad china sobre nosotros, porque los chinos odian la guerra, y entre los chinos ningún oficio es tan despreciado como el oficio militar. "Tanto mejor, replican los creyentes; en la época actual, la China, mole de cobardes, no se japonizará nunca, y nos salvaremos". "Desarrollo detenido de puro perfecto", diagnostican unos. "Nulidad decrepita", diagnostican otros. Hay quien se felicita de las reformas que se están implantando en China: supresión del opio, defensas terrestres y navales, debilitamiento del mandarinato, modificaciones en la enseñanza, disminuyendo la interminable erudición lingüística e histórica de los letrados y aumentando el cultivo de las ciencias positivas. Hay quien teme y se lamenta de las reformas. Hay quien les niega alcance, declara irreductible al chino, y cita el caso de un diplomático que se casó en París, en la Magdalena, ante lo más *chic* de la capital, con una señorita de familia excelente. Mientras habitaron la Europa todo fue bien. El diplomático volvió a su patria, recluyó a la francesita en el fondo del *yamen*, y se casó a la china, con una china, a quien otorgó categoría de esposa oficial y de madre legítima del hijo que la primera había dado a luz. Esta desgraciada, después de mil penalidades, consiguió evadirse, robando al niño. Un cuento de

aventuras y de honor. ¡Desconfiemos de los chinos a la europea! ¿Y le Japón, el Japón tan europeo, tan simpático, tan nuestro? Contraorden. Se murmura que ni los negociantes ni los jueces del Japón tienen vergüenza, y que las *mousmés* que han conocido al blanco, de ningún modo reanudan relaciones con los japoneses.

¡Costas remotas, muchedumbres de maravilla, confusos contornos de esfinge, sólo el artista vagabundo adivina el arcano y aspira desde alta mar los perfumes de la invisible isla encantada!

Laguna Porá, junio de 1907.

Lo que me sucede es extraordinario. Lo contaré sin esperanza de que me crea. Estoy en el caso de los inventores de genio que tuvieron la desdicha de ser los primeros en descubrir una verdad importante y fueron satirizados en consecuencia como embusteros o locos y perseguidos como perturbadores del orden social. Lo menos que puede acontecerme es caer en ridículo, con la desventaja de no deberlo al propio mérito, sino a la casualidad. Gracias a una casualidad extrema he sabido que hay otros hombres que nosotros. Pero la sencilla y auténtica narración de lo acaecido será más elocuente que cualquier comentario. He aquí los hechos:

Una tarde en que, a causa quizá del repentino viento, nos encontramos libres de mosquitos, me propuse pasear a pie por los alrededores. De vuelta a casa, ya cercana la noche y desmayada la brisa, venía costeano un bosque misterioso, cuyo cimiento innumerable y retorcido salía de la tierra en el desorden de una desesperación paralizada. Los troncos, semejantes a gruesas raíces desnudas, multiplicaban sus miembros impacientes de asir, de enlazar, de estrangular; la vida era allí un laberinto inmóvil y terrible; las lianas infinitas bajaban del vasto follaje a envolver y apretar y ahorcar con inextricables nudos los fustes gigantescos. Un vaho fúnebre subía del suelo empapado en savias acres, humedades detenidas y podredumbres devoradoras. Bajo la bóveda del ramaje sombrío se abrían concavidades glaciales de cueva donde el vago horror del crepúsculo adivina emboscada a la muerte, y tan sólo alguna flor del aire, suspendida en el vacío como un insecto maravilloso, sonreía al azar con la inocencia de sus cálices sonrosados.

Impresionado y atento, vi de pronto oscilar los juncos a tres pasos delante de mí. ¿Víbora? Más bien sapo, pájaro herido... La oscilación era irregular y desorientada. Avancé, me incliné. Era un hombre: se había detenido al sentirse acosado.

Un hombre de un palmo de altura. Llevaba una especie de manto. Era un viejo. Su calva, su barba gris, sus pies descalzos, la angustia de sus ojos enternecieron mi asombro. Aquello era un hombre. Era evidente que era un hombre, y esa evidencia me trastornaba.

Absurdo que me entendiera, y sin embargo le hablé. Oí que de su garganta se desprendían sonidos débiles e incomprensibles. Alargué los brazos y noté que temblaba imperceptiblemente. Me agaché y lo agarré. Creí un momento que se desvanecía, porque sus párpados diminutos y pálidos se cerraron. Me lo metí con gran cuidado en el bolsillo y eché a andar absorto, casi estúpido. Traía a un viejo en el bolsillo. Evidente. No acertaba a pensar nada razonable.

De cuando en cuando palpaba el bulto delicadamente. Un pequeño sobresalto, y se quedaba quieto. El viejecito no había intentado ninguna resistencia. Me ocurrió la idea de que era inteligente, y la realidad palpable y trascendental de la aventura me oprimió el corazón. Después recordé ejemplos de enanos famosos y el sistema japonés para conseguir árboles en maceta, y pasaron luego por mi imaginación fábulas de gnomos y de silfos, y comprendí que no había nada de eso, que aquel hombre era normal. ¿Normal? ¿Por qué no? Y mi espíritu por fin emergió del mar enloquecido en que se ahogaba. Recobré mi conciencia completa, mi presencia mental. ¿Por qué no? ¿Y si los anormales somos nosotros?

Llegamos a casa, me encerré en mi cuarto, encendí la lámpara y coloqué al viejo liliputiense sobre la mesa. Hizo un gesto de espanto y de aversión a la luz, y se desplomó agotado. El chasquido de sus huesecillos contra la madera me conmovió hondamente. Corrí por un pañuelo de seda que me suelo poner al cuello y que doblé, y sobre el cual acosté al desgraciado, ovillándole de la misma pieza una almohadita. Le acomodé al lado de una cuchara en equilibrio, llena de leche. Entonces levantó las manos en ademán solemne de agradecimiento, de plegaria o de bendición: el manto se entreabrió, y un cuerpo flaco y liso, de tonos de marfil, apareció un instante. Tal vez se hubiera reído alguien de tanta miseria microscópica. Yo no tomé al viejecito por una caricatura de la humanidad, sino por la humanidad misma, y su actitud me pareció tan grandiosa y patética como si la hubiera contemplado en la estatua de un Dios.

El hombre se tendió de largo a largo, y se quedó dormido. Le abrigué todavía y le examiné sin miedo a molestarle. El matiz de su piel era dorado, sus facciones finísimas, ligeramente asiáticas. Su pecho palpitaba suavemente, y yo, penetrado de ansiedad curiosa y de indefinible respeto, no me cansaba de mirar las órbitas donde se recortaba un doble círculo de preñadas tinieblas, y la frente, brillante y menudísima cúpula, bajo la cual habitaba la inmensidad del pensamiento.

Han transcurrido diez días. Alberico y yo somos amigos. He hecho mal en llamarle así, pues no le mueven ambiciones por el estilo de las nuestras; no busca el oro ni forja espadas; mas no me animé a quitarle este nombre ameno. A. Alberico le sienta bien la leche. Cuando me enteré de que era vegetariano, añadí al *menú* una almendra partida o un pedacito de naranja. Sus demás necesidades no son fastidiosas. Vive sobre mi mesa, y conversamos mucho. El medio principal de entendernos consiste en una hoja de papel blanco; Alberico empuña un trozo de mina de lápiz, y empieza la charla, interminable, secreta. Yo bajo sigilosamente la voz, él la alza un poco, y nadie sospecha nada.

Quise al principio aprender su lenguaje, pero no tardé en darme cuenta de que Alberico es incomparablemente más listo que yo. Él fue quien aprendió con velocidad vertiginosa las tres cuartas partes de nuestro vocabulario usual. Sin duda, lo debe al prodigio de su memoria fonética; no obstante, nuestro recurso decisivo está en las figuras. Alberico dibuja con precisión y rapidez que aturden, a pesar de esforzarse en agrandar los diagramas para facilitarme su lectura. Esta gimnasia no le fatiga demasiado. Él se lo hace todo. Pinta y explica, interroga; contesto y jamás olvida. Me brinda el camino para ir hasta él; en efecto, no le costaría comunicármeme con la sola ayuda del lápiz. La expresión de cuanto retrata admira. Vacilo en calificarlo de arte, porque los diseños, con su intensa expresión y todo, no son sintéticos, sino analíticos. Sigieren conceptos abstractos a la vez que escenas vivas. Las imágenes de Alberico son signos, metáforas, razonamientos. Filosofía bosquejando objetos y paisajes familiares. ¿Cómo entrar en psicologías sin reproducir la colección preciosa que guardo en mis cajones? Agregaré solamente que el idioma de Alberico es de una variedad suntuosa y musical, inspirada y continua; induzco que las formas estéticas, para nosotros excepcionales y desprovistas de contenido ideológico universal, sirven a Alberico y a los de su raza como vehículo de ideas puras y de sensaciones plásticas a un tiempo.

¿Qué me ha dicho Alberico? Tales cosas, que voy creyendo que el enano soy yo, y el gigante, él. Desde que mi alma está en contacto con la suya, el mundo se ha ensanchado y embellecido. Pero es largo de contar. Comenzaré en la carta próxima.

Laguna Porá, julio de 1907.

Cualquiera que entrara en mi cuarto (forzando las puertas) cuando conferencio con Alberico, se asombraría primero y se echaría a reír después, al verme sentado a la mesa ante un viejecito que si se empina sobre ella no alcanza a mi hombro. Alberico tiene exactamente, según he

verificado, dieciséis centímetros de talla. Al iniciar nuestras conversaciones, siento lo cómico del espectáculo, pero bastan algunos momentos de comunicación espiritual para desvanecer todo efecto equívoco. Alberico empieza en seguida a crecer, y yo a comprender una vez más que las cosas son pura apariencia, y el universo inmensa máscara. La inteligencia soberana del hombre diminuto se apodera de mí, y bebo en aquella fuente imperceptible realidades nuevas, capaces de refrescar el marchito jardín del mundo.

En una carta anterior di mediana cuenta de cómo nos entendemos. Puedo asegurar que mi lenguaje viene a ser un caso particular del lenguaje enorme, musical y pictórico de Alberico. Pocas sesiones le bastarían a él para enterarse de nuestra pobre civilización, mientras que yo no conseguiré nunca apreciar la profunda y complicada vida de mi amigo y de sus congéneres. Reduciré a la forma vulgar los diálogos gráfico-fonéticos que hemos sostenido hasta la fecha, y los que sostengamos. Abrigo el dulce proyecto de guardar a Alberico a mi lado, y de oír y recoger su opinión sobre las actualidades morales y políticas. Entre tanto, he satisfecho parte de mi curiosidad acerca de los *a-imdlis*. Me atrevo a significar de este modo la raza a que Alberico pertenece. No es que él la haya llamado así; creo que los *a-imdlis* no tiranizan las palabras, imponiéndoles forma fija, y haciéndolas corresponder siempre a los mismos objetos; quizá no conciben objetos invariables. Para comodidad del lector usaré de esas tres melodiosas sílabas que semejantes a un *leit motiv* wagneriano, vuelven a los labios de Alberico cuando se ocupa de sus compañeros. Confieso, a mayor humillación mía y ustedes, que mi huésped no se manifestó tan impaciente de conocer nuestras costumbres como yo de conocer las suyas.

Yo. – ¿...?

Alberico. – Los hombres son numerosos cual las hojas de una selva; los *a-imdlis* son menos numerosos que las hojas de un árbol. Viven de frutas y raíces; se guarecen bajo tierra; van desnudos. A veces se abrigan con un manto sutil, que toman al olvidado telar de algún insecto.

(Observo el manto de Alberico, y compruebo que parece obra de arañas).

Yo. – ¿No trabajan? ¿No explotan ninguna industria? ¿No construyen nada? ¿No poseen máquinas?

Alberico. – ¡Ahora no! En una época remotísima cuando los *a-imdlis* eran unos salvajes, tenían máquinas e industrias. Llegaron a dominar el globo y a transportarse a los planetas más próximos. Los seres que encontraron allí eran en tal extremo extraños, que no fue posible tender un puente hasta sus almas, y los *a-imdlis*, penetrados de nostalgia y desesperación, tornaron a su patria. Fueron necesarios colosales lapsos para que descubrieran que las máquinas los disminuían, invistiéndolos de un poder falso; descubrieron al fin que sólo conquistaban lo que era inferior a ellos mismos, y que urgía restablecer las energías interiores, únicas esenciales.

Yo. – ¿Lo ejecutaron así?

Alberico. – No todos. Una pequeña porción persistió en el estado bárbaro, conservando sus máquinas.

(Alberico dibuja un círculo; la tierra. Sigue dibujando dentro del círculo. Reconozco el Este de Europa y de África, la mitad Sur de Asia, un trozo de Australia, islas, golfos. Sin embargo, ciertos istmos mudados en estrechos y viceversa, ciertas deformaciones en los contornos de las costas me llaman la atención. Alberico lo mira y sonrío con la intensa dulzura habitual).

Alberico. – La geografía no era lo que es hoy. Los mares reforman incesantemente sus orillas. Todo cambia. (*Señala con la mina un lugar de la costa no lejano del Cambodge actual*). Aquí se quedaron los rebeldes. Esta es su cuna.

Yo. – ¡Cómo!

Alberico. – De los rebeldes brotó la humanidad, tu humanidad. El abuso de las faenas innobles fue robusteciendo, hinchando y estirando su carne. Se hicieron gigantes de cuerpo, y enanos de conciencia. Se condenaron a no pasar de la cáscara del Cosmos. Cultivaron las ciencias exteriores, y perdieron la visión directa de la verdad. Se extendieron por la superficie de los continentes. En cuanto a los *a-imdlis*, se retiraron a las intimidades de la naturaleza, renunciaron al error, y su reino inmaterial se ensanchaba a medida que se ensanchaba el reino material de los hombres.

(Ante mi fantasía, la frente calva de Alberico se agrandaba hasta igualar la bóveda celeste. Intenté, por fórmula, defender las maravillas del progreso a la moda).

Yo. – Las ciencias exteriores son modernas. Estamos inventando aún...

Alberico. – ¡Modernas! Es que están desprovistos del sentido de la historia. Tan pronto se creen descendientes de los dioses como de los animales. Ignoran, hermanos abortados, que ésta es la octava vez que piden a la física la felicidad. No hacen por desdicha memoria de los siete fracasos precedentes; la física tiene un límite absoluto, puesto que es lógica y sensual; ciegos y obstinados, corren a la muralla negra contra la cual se estrellan de nuevo, y se sobrevendrá el octavo período de ANARQUÍA inculta y de ferocidad. Están enfermos. La crueldad y la codicia son sus síntomas. ¿Quién, si no un enfermo, se odia a sí mismo y se despedaza con sus propias uñas? Raro es que los *a-imdlis* espíen a los hombres; cuando la casualidad nos ha permitido contemplarlos, hemos comparado nuestra paz serena con sus guerras emponzoñadas. Y lo triste es que conservan todavía un vago instinto de la luz. A través de sus párpados sellados perciben confusamente la claridad del sol. La belleza les atrae con el misterio de lo inaccesible; sus religiones impotentes se desploman unas tras otras, y a sus dolores se añade el de sentirse extraviados sin remedio en la noche. No nos interesan, ni conocemos los detalles de su existencia. Huimos de ustedes. Una armonía justa nos une, a nosotros videntes, con los demás organismos naturales. El tigre y el águila nos respetan. Aunque fuera de su alcance por lo común, lo cierto es que son las únicas bestias que tenemos.

Yo. – (*Picado*). ¡Ah! ¿Por eso temblaste cuando te agarré y te metí en mi bolsillo?

Alberico. – (*Imposible*). Me estremecí, no de miedo, sino de contrariedad; recelaba no disponer de espacio para prepararme a morir, mas inmediatamente juzgué que eras bueno y digno de mi confianza. Los *a-imdlis* no temen morir; esa idea les es familiar y venerada. Nuestra especie ha entrado ya en la sombra augusta de la muerte. Caduco estoy, y no he salido de la adolescencia. Nacen nuestros niños con arrugas; la vejez colectiva nos agota y el desenlace universal de cuanto alienta no está cercano. La población diseminada de los *a-imdlis* se reduce día a día, y entre nuestras manos se hielan las cenizas del amor. Cargados de tiempo y de revelaciones, no tememos a la muerte, porque sabemos que la muerte no es contraria a la vida.

(Alberico rechaza los papeles borroneados, que ordeno cuidadosamente, y bosteza. Es la hora de su comida. De bruces sobre la cuchara de leche bebe despacio. Luego muerde un pedacito de maní. Yo considero en silencio la actitud de aquel pequeñísimo, harapiento y formidable Diógenes).

Laguna Porá, julio de 1907.

Pensaba yo en el caso de ese buen Nakens, condenado a nueve años de presidio por no haber querido ensuciarse con una delación cobarde. Me parecía natural que no se pueda aspirar a ser

correcto ciudadano sin practicar el espionaje, y que en una época en que se paga tan bien la bajeza de alma se persiga sin piedad a las personas demasiado decentes. Lo cómico del negocio es que si Nakens hubiera denunciado a Morral, éste hubiera quizá prolongado su interesante existencia algunos meses más, los del proceso. Por otra parte Morral sólo era culpable de tentativa de asesinato. Su modesta y única intención era la de matar al rey. No pensó un momento en las demás víctimas de la bomba. Estos apreciables miembros del séquito real perecieron por puro accidente, por equivocación. Su suerte se asemeja a la de los enterrados por el terremoto de la Martinica.

Deseaba conversar del asunto con Alberico, el grandioso y diminuto. Alberico, que estaba cabalmente con éxtasis. Su postura, en efecto, era propia de la meditación al tradicional estilo indio. Según aconseja Patandjali, estaba "sentado, con la columna vertebral y la cabeza recta, de modo que la respiración sea cómoda y las relaciones entre la médula espinal estén bien establecidas". Con la diferencia de que Patandjali habría tomado probablemente el método de los *a-imdliis*, mientras que Alberico lo heredaba por vía legítima. Arranqué a mi amigo de sus contemplaciones, y me propuse ponerle en los antecedentes del *affaire* Nakens, a lo que se prestó con gusto. Su paciencia conmigo es incansable. Hay en ella algo de paternal. Después de todo, ¿no soy uno de los fallidos descendientes de su raza? Debo de ser para él un nieto atento y tratable, capaz de recibir, aunque sin comprenderlas a fondo, las simbólicas doctrinas de una sabiduría trascendental.

Tardé tres horas en hacerle entender lo que son leyes y jueces. Noté que lo que se oponía a ello era en primer lugar su inteligencia propia; el pobre Alberico luchaba con lo absurdo. Admitidos por fin los jueces como hecho, nuevas dificultades se presentaron.

Alberico. – Es manía curiosa esa que tienen de confrontar las acciones individuales con una serie de antiguos documentos que llamas leyes, y es notable que haya quien se ocupe sistemáticamente en labor tan inútil y fastidiosa. Una ley escrita, y sobre todo escrita en el lenguaje falso y paupérrimo que hablas, ¿qué tiene de común con el mundo sintético, inmedible, misterioso, que se encierra en el menor acto humano? Perdónese tal paralelo en calidad de entretenimiento sandio, de juego de niños ociosos.

Yo. – Es que los jueces, interpretando la ley, pasan de la teoría a la acción. Absuelven o castigan.

Alberico. – ¿Se atreven a obrar? Ya es disparatado de por sí que las leyes existan, pero que se cumplan es monstruoso. ¡Cómo! ¿El juez, en una cuestión que no le importa personalmente, y sin perder la ridícula tranquilidad de su conciencia, se arriesga a herir a un semejante, o lo que es peor, a un extraño? ¿Por qué le dan copiado un papel viejo, se figura saber lo que pasa debajo de un cráneo? ¿Se cree Dios? No; no es tan osado Dios mismo. Si tienes algún juez a tu disposición, tráemelo; no me prives del placer de examinarlo. Dices que castigan, que les echan de comer para que castiguen. ¿De qué manera castigan?

Yo. – Quitan la libertad, a veces la vida.

Alberico. – Quitan la libertad, envenenando y agotando los espíritus. Quitan la vida: no vacilan en desencadenar sobre un alma incógnita el majestuoso espanto de la muerte; no vacilan en golpear a las más altas y negras puertas del destino. Y esos jueces que matan, ¿duermen? Y matan, no en virtud de una pasión, de una locura, de una realidad cualquiera, sino en virtud de la vaciedad misma, en virtud de un razonamiento. He visto de lejos sus guerras, les he visto degollarse, quemarse vivos; lo hacían en el delirio de su ser. Lo que me revelas ahora es mucho más terrible; es una guerra fría y vil que ningún animal conoce.

Yo. – (*Contrariado*). Sin embargo, hay que defenderse de los que atentan contra la sociedad.

Alberico. – Tal me la pintas, que me van a complaciendo los que la amenazan. Mas suponiendo que su sociedad sea respetable, perfecta, sublime, una de dos: o los delincuentes son sanos y normales, o no lo son. Si son normales su deber es imitarlos. Si están enfermos, su deber es curarlos. Todo menos agredirlos. No me asombra que, con tan estúpida higiene, la sociedad se encuentre cada día más debilitada. Así pues, ¿el juez se precipita sobre el criminal, y se lo lleva a casa prisionero, o lo asesina? ¿Elegirán, sin duda, jueces jóvenes, de una musculatura imponente.

Yo. – ¡Qué barbaridad! No es el juez quien ejecuta la sentencia. Manda a otros hombres que la ejecuten.

Alberico. – ¡Ah! Estos hombres, por lo visto, ¿están de acuerdo con el juez en cuanto a lo justo de la sentencia?

Yo. – (*Fastidiado*). No. Son por lo general gente inculta, que ignora completamente de qué se trata. Obedecen, y punto concluido.

Alberico. – Te aseguro que mi juicio es sólido, y al oírte temo soñar. ¡Había hombres que mataban por un razonamiento, y hete que los hay que matan sin razonamiento siquiera! ¿Y de cierto que esos ejecutores, sin los cuales las leyes no se cumplirían jamás, serán muy respetados entre ustedes?

Yo. – Nada de eso. Son despreciados como carceleros, espías y verdugos.

Alberico. – Y a los jueces ¿se les respeta?

Yo. – (*En voz baja*). A ellos, sí.

Alberico. – ¿No han descubierto entonces que los carceleros, los espías y los verdugos son los jueces, que no es la mano la maldita, sino la voluntad? Basta. No escucharé más. Decididamente están graves de salud. ¿Para qué seguir adelante? El tronco está emponzoñado; dejemos los frutos.

Y aquí se acabó el caso Nakens. Alberico tornó a sus meditaciones, y yo traduje y resumí, para enviársela a ustedes, esta conversación en que se manifiesta lo poco que el gnomo filósofo entiende nuestras costumbres.

Laguna Porá, julio de 1907.

Hacía ya muchos días que Alberico, recostado en su lecho minúsculo, humedecía apenas sus áridos labios en la dosis de leche que a hora fija yo le presentaba, y salía con grave trabajo de un mutismo que me llenaba de incertidumbre. Alentaba levemente; enfermo, según lo denunciaban su demacración y palidez crecientes y la fijeza de sus dilatadas pupilas, ¿por qué él, que lo sabía todo, no me decía lo que era necesario hacer? A mis inquietas preguntas contestaba con un sereno ademán de indiferencia. Me convencí al cabo de que se había dado cita con la muerte, y de que no quería comprometer en nada la exactitud y la seriedad de la entrevista.

Este moribundo, que no era por su apariencia exigua menos digno de un fin grandioso, me tenía lástima. Ante las visiones del solemne crepúsculo, que empezaban a bañarle, debía yo parecerle muy pequeño. Al prepararse al último tránsito, no temía la sombra que le esperaba,

sino los engañosos reflejos en que me dejaba a mí. Yo leía tal piedad en las pocas y profundas miradas que caían de sus cavadas órbitas. Sin fuerzas ya para levantar el lápiz, todavía consiguió legarme parte de su espíritu, que atado siempre a las raíces de un pasado inmemorial, se abría a las inminentes y definitivas revelaciones. La voz tenue de Alberico y los gestos lentos de sus dedos, pálidos y flacos como aristas de marfil, bastaron a transmitirme algunas fórmulas que he recogido con filial solicitud.

"No se preocupe al verme separado de mis amigos y de mis semejantes, y extraviado en una región ajena a mis costumbres. Voy a morir, lo que anuncia que voy a ser investido de nuevos privilegios, que voy a recibir nuevas armas para dominar el espacio y el tiempo, tan abrumadores aquí abajo. Una vez libre, volveré a los bellos instantes de la carrera concluida; visitaré a los nobles compañeros de viaje. Morir es el medio mejor de unirnos a los vivos.

"Sólo envejecen los viejos; la juventud es eterna. Los que han vivido verdaderamente no pueden ser aniquilados. Ni son las tinieblas las que apagan la luz, ni es la muerte capaz de detener a la vida. Tiemblen a la idea de la muerte los que vivieron muertos, pero no nosotros.

"La muerte es una de las puertas que dan a la realidad invisible. Los hombres que no tienen más que ojos de carne, los sabios, según me has contado, añaden a los ojos de carne ojos de vidrio, se figuran que lo invisible no existe. Así, en un orden grosero, necesitaron siglos y siglos para descubrir que existía el aire que respiraban. La vida es un aire sutil, invisible y veloz, cuyos remolinos agitan un instante el polvo que duerme en los rincones. El inmortal torbellino pasa, torna a la pura atmósfera, torna a ser invisible, y el polvo se desploma inerte en su rincón. Los sabios no ven más que el polvo: palpan minuciosamente los cadáveres.

"Considero que tus obras son efímeras. Las acabas con impaciencia, y las despides de tu lado para que cumplan no sé qué misión exigente y fútil. No te expongas a que sucumban a su misma insignificancia, lejos de quien las engendró. No seas de esos padres malditos que sobreviven a su prole. La única obra importante es la propia vida. Encierra su armonía en el interior de tu ser. Concentra su aroma en el fondo del frasco; al morir perfumarás el mundo. No llegues vacío a la muerte. No permitas que se desgajen tus ramas. Guarda tus frutos hasta que la madurez extrema los haga inclinarse al suelo. Lícito es el amor con que intentamos copiar los misterios interiores sobre el papel y el lienzo, y moldearlos en mármol y en bronce; mas no creas que tu labor visible es la más trascendente, ni que está en tus manos mortales aumentar la riqueza espiritual. El pensamiento, al tomar forma, se resigna a la pesadez y a la inercia de la materia en que se cuaja; cuando perdura palpitante y oculto en nuestros sueños, son más poderosas sus alas invisibles.

"No te propongas convencer, sino conmover. Lo esencia no es saber, sino soñar. La verdad no se demuestra. Se sueña. Sólo se demuestra la mentira. Si naciste para ello, haz soñar a los hombres y no desees que sueñen lo que tú.

"Sé paciente con los malos, con los que no salieron de la infancia. Cuanto más estúpidos y crueles sean los hombres, tanto más necesitarán de tu compasión, y tanto más provechoso será compadecerlos.

"Piensa todos los días en la muerte, y tu obra resplandecerá de vida".

Una noche, Alberico se extinguió dulcemente. Como, a mi regreso a la capital, he notado que la mayoría de mis lectores suponen ser este curioso personaje invención mía, sospecho que no hallarán crédito los fenómenos extraños que acaecieron durante la noche mencionada, y que constan a continuación: no se logró encender en la casa lámpara, candil, hogar, ni fuego, ni llama algunos, en contradicción con el estado del tiempo se esparció una niebla ligera por varios kilómetros a la redonda; esta niebla, a pesar de no haber luna, despedía una claridad

espectral; se me figuró que flotaban en su seno seres descomunales y borrosos, y que la eléctrica tibieza del ambiente se estremecía de un modo apenas perceptible. Todo terminó a la aurora.

Los restos de Alberico reposan al pie del más añoso naranjo de Laguna Porá. Ellos, si es que alguien se atreve a profanarlos, atestiguarán lo auténtico de mis informaciones.

Laguna Porá, julio de 1907.

Pienso en la muerte.

Después de Moissan, Berthelot; después de Brunetière y de Carducci, Huysmans.

Cada uno de estos espíritus antorchas era el astro fugitivo de una tierra intelectual. *Desaparecieron detrás del horizonte*; para ellos no habrá segunda aurora.

Abran un epitome de química moderna: pronto encontrarán los nombres de Moissan y Berthelot. Moissan, muy joven aún, persiguió el ágil gas intomable, siempre activo y oculto, el endiablado gas que ataca al vidrio, el flúor: lo aisló y lo capturó mediante un frío estremecimiento galvánico. Inquietado después por el enigma de la formación del diamante, y sospechando las ciegas presiones que luchan en las entrañas del globo, imaginó disolver carbón en hierro fundido y enfriar el hierro de repente; así construyó el ingenioso mago los primeros diamantes artificiales. Para conseguirlo tuvo que inventar el más tarde famoso horno eléctrico, donde se alcanzan temperaturas enormes, infernales; allí se ablandaron, doblegaron y derritieron los sólidos más refractarios, los que no habían vacilado nunca. Hasta la venida de Moissan al mundo, la llama de Prometeo había sido demasiado débil.

Si Moissan fue el duelista brillante de la química, Berthelot fue el cíclope. Su obra inmortal, cargada no de habilidades y sí de métodos largamente fecundos, no será jamás comprendida por un público incapaz de sonar la filosofía de una hipótesis, y que no admira sino la parte efectista de la ciencia, la parte acrobática y prestidigitadora. La *Termoquímica* y la *Síntesis orgánica*, edificios de inmensa arquitectura interior, extienden los resultados químicos, de un lado hacia el concluyente análisis de la física, y de otro hacia las misteriosas combinaciones de los laboratorios vivos. Y este constructor titánico, que debe la augusta soberanía de la razón era el alto representante del librepensamiento europeo, no logró emancipar su ternura de amante. Adoraba a su mujer, y no pudo sobrevivirle.

Y Brunetière, roca ortodoxa frente a la invasora marea de la cultura positiva, también cayó. Con escrupulosidad de monje se impuso el rigor actual de los procedimientos de investigación, conservando en las conclusiones y en las tendencias la apasionada parcialidad de su fe. Su erudición portentosa era cruel; tenía algo de ascético. Se obligaba a recurrir a las fuentes cada vez que necesitaba un dato; era de los que remueven bibliotecas y archivos para grabar una línea, una palabra definitiva y proba. Y en medio de semejante disciplina supo mantener inextinguible el fuego polémico que calentaba los argumentos el rojo y que iluminaba de arabescos candentes las mil sinuosidades de su frase tenaz, sitiadora, bañada en el hechicero acento de su voz. Se gloriaba de no ser católico por sentimiento, sino por lógica. ¿Quién, mejor que este altivo padre laico de la Iglesia, mereció morir consolado y exaltado por los últimos auxilios de su Dios? Y sin embargo, desorientado por una falsa oleada de salud, haciendo planes de futuros libros, sucumbió casi de pronto; pasó sin confesarse a la eternidad, estafado por una mueca del destino.

Y Carducci, el clarín de Italia, enmudeció también. El cantor de las *Odas bárbaras*, renovador despótico de la lengua, imprimió el ritmo de su poesía a la carne de su país. Fue un Mazzini

traducido en cantos. Sus enemigos personales fueron el Papa y el feo. Hizo épica la política. En su orgullo de agitador obstinado rechazó una suscripción nacional para editar sus obras completas. "Ni de mi patria acepto limosnas". Y su furor heroico acabó por simbolizar el crisol hirviente de donde ha surgido la hermosa Italia de nuestros días. Carducci fue el maestro. Todos, empezando por D'Annunzio, se proclaman sus hijos. Desaparece en plena gloria, como Víctor Hugo.

Y la pluma de Huysmans, la pluma que cincelaba una novela lo mismo que se cincela un verso, que rascó los bajos fondos de la aristocracia parisiense y disecó las trágicas manías, el delirio de los refinamientos cerebrales, y que para aliviarse de tanta miseria de lujo se volvió hacia la soledad y hacia el cristianismo, narrando vidas de santos humildes y evocando los haces de iris que la luz deja fluir de las suaves vidrieras al silencioso refugio de las catedrales, también se detuvo.

Pienso en la muerte, en la muerte desigual y torpe.

¿Por qué persistir en postrarnos ante lo desconocido? La fuerza de la costumbre; nuestro espinazo, después de tantos siglos de flexión idólatra, se dobla a nuestro propio peso enfrente del *no sé* glacial y sin forma arrojado por la ciencia como un residuo indigerible.

Ese *no sé* ha de ser sabio, justo, bueno.

¿Y por qué hemos de abrir crédito a lo desconocido, mayor crédito que a las feroces evidencias inmediatas de la realidad?

He aquí de nuevo, el miserable optimismo con que llamábamos Dios justo, sabio, bueno, al torturador infatigable del género humano, al inventor de la maldición, sin término más allá de la tumba. Si un Dios así es bueno y sabio, ¿cómo no ha de serlo, y más todavía, lo desconocido, el gran ser agazapado en las tinieblas?

No: esas tinieblas están vacías. Nosotros las llenaremos. El hombre está solo. ¡Solo! Somos la medida de las cosas. Fuera de nosotros no hay otra inteligencia, otra voluntad. No hay más que el caos, el caos que tenemos que dominar, organizar y humanizar hasta el fin, si antes no nos aplasta él, por accidente, bajo su mole distraída.

Hemos traído el orden y el designio. Lo haremos crecer, apoderarse de todo. Avanzamos, únicos, en mitad del desierto. Hacemos retroceder el azar.

La muerte de un Berthelot no es una fatalidad respetable, sino un azar. Estamos aquí para vencer el azar. Y si esto es mentira, la verdad es una triste infamia.

UNA CARTA INÉDITA DE R. BARRETT

De la obra de Barrett no es necesario que hablemos. Algunas partes de su vida son también conocidas. Sin embargo, todo lo que se ha dicho y se ha publicado no basta para saciar nuestro deseo de poseer su vida completamente. Quedaron todas las lagunas que sería necesario llenar para comprender probablemente al hombre. Éste, que poseía un hermoso talento, una vasta cultura, una cuidada educación universitaria, si bien anarquista con los obreros más humildes y modestos. Como el más sencillo neófito, les escuchaba, les pedía libros, era ya famoso en el Paraguay, por sus artículos, que se disputaban en la prensa, y las juventudes acudían a él como a un maestro.

De ahí, de los compañeros que no sabían apenas escribir para el público, pero que manejaban ideas tan grandes, tan hermosas, sacó Barrett ese respirar de grandeza y profundidad, el claro cristal de agua de su obra, que hizo después y que ha quedado en sus libros. "Ahora sí -decía-, ya sé lo que tengo que hacer. Aún puedo sacar un gran partido de mi vida enferma". Los amó y los quiso mucho. Fueron sus compañeros.

A un compañero de éstos dio las únicas explicaciones que están contenidas en esta carta, y cuya copia nos ha facilitado éste, sobre su entrada en una iglesia, que le reprocharon los diarios y, principalmente una revista anticlerical titulada *El Alba*. Rechazó responder a toda persona que creyera tener más derecho por su significación social burguesa, y dio todas las explicaciones a un compañero. En ellas campea una de las facetas del espíritu de Barrett, de su alta libertad interior, sin dejar de marchar por la línea seguida siempre. (T. Antilli, de *La Obra*, noviembre 5 de 1917).

He aquí la carta:

Estimado compañero: Hoy, al mismo tiempo que a usted, escribo a Bertani, recomendándole su pedido. Creo habrá salido ya a luz la primera edición de *Moralidades actuales*, pues así se titula el libro.

Con respecto a las publicaciones de que usted me habla en su carta, no he querido defenderme ni dar explicaciones a nadie, pues estando seguro de la bondad de mis actos en cuanto a las ideas que profeso, no me molestan los desahogos de gentes interesadas en hostilizarme. A usted se lo explicaré, por ser un modesto compañerito de acciones más nobles que las de algunos de mucho título. Sucedió así:

Un día, paseando con mi compañera, pasamos frente a la capilla de San Bernardino, y como tenía deseos de oír algunos aires de Beethoven, penetramos al templo, y me senté a tocar el armonium. ¿Qué de extraño tenía que yo entrara a la iglesia a gozar de la música? Zola visitó al Papa. También he tocado el piano en los prostíbulos, mientras mis compañeros, menos castos que yo, se entretenían allá adentro con las pupilas. Pero los de *El Diario*, que no pueden tolerar que un hambriento como yo, ¿verdad?, les rechazara sus pesos negándome a colaborar en un órgano convertido en oficial de la situación imperante, aprovecharon esa oportunidad para vengarse.

En cuanto a los de *El Alba*, a los cuales considero clericales al revés, no quise obedecer a su citación. ¿Quién son ellos para llamarme a declarar?

Como usted bien dice, el buen concepto de la libertad será la base en que descansará la armonía de la sociedad del porvenir.

En cuanto a mi salud, el buen deseo de Vera le hace verme mejor, pero la realidad no es así. Contra la integridad de mis pulmones, el mal progresa en su obra destructora.

Estoy preparando un folleto sobre la Argentina, y como he tenido noticias de un atentado en el Colón, necesito los números de *La Prensa* y *La Nación* de esos días, donde se ha publicado la Ley social recientemente sancionada y datos y consideraciones sobre aquel suceso. Le agradeceré me envíe los ejemplares inmediatamente.

Afectos para los compañeros. *Rafael Barrett.*

San Bernardino, junio 20 de 1910.